A promotional poster for the movie 'Xánder'. The top half features a close-up of a man's face and hands, wearing a dark suit jacket and a white shirt. The background is a dark, starry night sky. The bottom half shows a panoramic view of a city at night, illuminated with lights, featuring a prominent road and buildings. The title 'XÁNDER' is written in large, glowing cyan letters across the middle. Below it is a tagline in white, and at the bottom, the name 'ROSE GATE' is written in glowing pink letters.

# XÁNDER

EN LA NOCHE MÁS OSCURA,  
SIEMPRE BRILLA UNA ESTRELLA

ROSE GATE

# XÁNDER



En la noche más oscura, siempre brilla una estrella

Rose Gate

Copyright © 2019 by Rose Gate

Todos los derechos reservados, incluidos los de reproducción total o parcial. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión, copiado o almacenado, utilizando cualquier medio o forma, incluyendo gráfico, electrónico o mecánico, sin la autorización expresa y por escrito de la autora, excepto en el caso de pequeñas citas utilizadas en artículos y comentarios escritos acerca del libro.

Esta es una obra de ficción. Nombres, situaciones, lugares y caracteres son producto de la imaginación de la autora, o son utilizadas ficticiamente. Cualquier similitud con personas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones es pura coincidencia.

Diseño de cubierta: Kramer H.

Corrección: Joana Arteaga.

# DEDICATORIA

A veces la vida te golpea, parece que ni el aire puedas respirar, todo apunta hacia una condena, difícil de evitar.

Si alguna vez te has sentido así, si has perdido toda la fe y la esperanza en que las cosas mejoren.

Si has llegado a plantearte que estarías mejor muerto que con vida.

Este libro es para ti.

Porque la esperanza nunca se pierde e incluso en la noche más oscura,  
Siempre brilla una estrella.

# Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

# AGRADECIMIENTOS

Este libro ha sido muy fácil y muy difícil a la vez.

Era una idea que rondaba por mi cabeza incluso antes de escribir la serie Steel, pero supongo que no lo escribí porque no había llegado su momento.

Quiero dar las gracias, en primer lugar, a una persona que inspiró algunas de las cosas relatadas en este libro. A ti, gracias por tu magnificencia.

A mi familia por el tiempo robado y que es imposible de recuperar. Gracias por vuestra generosidad al permitirme seguir con mi sueño.

A mis chicas Gate, mi equipo, las tías de este libro, quienes han sufrido conmigo el parto de esta historia: Laura Duque, Nani Mesa, Esmeralda Fernández y Mila Parrado. Gracias chicas sois mis ángeles de la guarda, porque sin vuestro esfuerzo, nuestros debates y las risas que nos echamos, nada de esto sería lo mismo.

A Joana Arteaga, Marisa Gallén y Sonia Martínez. Por ayudarme en la corrección final y en la última lectura buscando que nada se escape, aunque sea imposible, pero ya sabemos que la perfección no existe.

A Kramer H. por dar a Xánder la portada perfecta. Gracias, Mago, eres cojonudo.

A MiNa DeKaCa, porque siempre estáis ahí para apoyarme. Gracias, Anabel García, Tania Lighling-Tucker, Nani Mesa y Mila Parrado .

A mis NEGADAS: Yolanda García y Verónica Naves, *sisters* es cuestión de piel.

A Kathy Pantoja y el Aquelarre de Rose, espero que disfrutéis muchísimo de este libro, chicas. Jessica Adilene Rodríguez, Gabi Morabito, Cristy Lozano, Morrigan Aisha, Melissa Arias, Vero López.

A las páginas de Facebook que sin pedir nada me brindáis vuestra ayuda

para poder publicitar los libros, sois muchos, así que si me dejas páginas,  
disculpádmelo:

Divinas Lectoras, Tertulianas Eróticas, Las Auténticas Devoralibros,  
Suspiros en la noche by Eve, La caja de los libros, Un café entre sueños de  
papel, Zorras literarias, Cotorras lectoras, V de Vero, Book's Wings,  
Cazadoras de Lecturas Erótica, Apasionadas y Sexys lectoras, Adictas a la  
lectura, Amantes de la lectura romántica y erótica, Libros y Café, Rincón  
Romántico, mi Hobby es leer, Lectores apasionados, Maynu Readers, Libros  
al poder, Blog The Crazy Readers Girls,  
Club de lectura erótica, Escritores de literatura erótica,  
Adictas latinas de literatura erótica, Lectores y Escritores, un Kindle y un  
café, y un largo etcétera que me ayudan muchísimo.

A mis Rose Gate Adictas, capitaneadas por Sonia Martínez y Tania Espelt.  
Sois unas administradoras maravillosas y todas las que conformáis el grupo  
sois muy especiales para mí.

A tod@s mis Devorador@s, que sois much@s ya sabéis que l@s que salís  
en esta lista sois l@s que os he pedido colaboración en Facebook, para que  
salgáis en los agradecimientos y, aunque no estéis aquí todas, formáis parte de  
mi familia literaria y espero en algún momento daros un gran achuchón:

Cecilia Pérez, Vanessa Trujillo, María Cristina Conde, Raquel Jiménez,  
Shuliana Antonio Pérez, Remedios Pérez, Ana María Manzanera, Marta  
Hernández, Asun Ganga, Sara Lozano, Manuela Guimera, Rosi Molina, Juani  
Egea, Encarna Prieto, Elena Pérez, Mari Carmen Lozano, Noelia Frutos, Sia  
Arroyo, Mari Carmen Peinado, Mónica Martínez, Rosario Esther Torcuato,  
Paqui Gómez, Ulises Novo, Mariló Molero, Raquel Bere, Cristina Iguíño,  
Irene Gago, Karla Ca, Sandra Arévalo, Klert Guash, Marcia Rial, Raquel  
Álvarez, Mireya Loarte, Maru Rasia, Wendy Filippi, Martina Dacosta,  
Conchi Álvarez, Chelo Aisa Lozano, Francis León, Carmen Moya, Ángela  
Martínez Camero, María Isabel Robaina, Mónica Fernández Cañete, Nicole  
Pino, Rocío Pérez, Cinthya Reyes, María José Valiente, Ainy Alonso, Lorena  
de la Fuente, Paulina Morant, Pilar Triguero, Angélica Arango, Ana García,  
Brenda González, Mónica Hernando, Ana María Quesada, María García,  
Elizabet Borrell, Vanessa M. Escapa, Raquel Martínez, Fina Vidal García,  
Ana María Padilla, Setefilla Sete Benítez, Ana Farfán, Gema María Párraga,

Paula Mariscal, Dhya Nocturn, Rebeca Català, Ana Moraño Dieguez, Mari Cruz Payeras Gonzalez, María José Estreder, Rosario Montero, Isabel Herrera, Enri Verdú, Sara Alba Diego, Mercedes Liébana, Irene bueno, Emi Gómez, Montse Elsel, Itziar Martínez, Joaqui Baltasar, Mari Carmen Romero, Mercedes Angulo, Minny Xulita, Cristina Díez Rollo, Mónica Tort, Beatriz Maldonado, María del Mar Cortina, Pepi Morón, Sonia Mateos, Soraya Agúñiga, María José Félix, Inma García, Geraldine Zora, Mari Izan, Eluany García, Marimar Pintor, Rosa Gonzalez Moncayo, Fontcalda Alcoverro, Carmen Rb, Eva María Florencia Chanques, María Elena Justo, María Jesús Peris, Eva Suárez, María Cruz Muñoz, María Pérez Cordero, Milagros Rodríguez, Keila Daza, Vanessa Contreras, Maite Sánchez, Elisenda Fuentes, María José Gómez, María Mercedes Castilla, Paqui López Nuñez, Vanessa Aznar, María Isabel Sebastián Camarena, Evelyn Tabarez, Anys Felici, Yiselita, Vanessa Jiménez, Liliana Elizabeth Ezcurra, Esther García, Rubi M. Menéndez, Carolina Pérez, Marisol Zaragoza, Elisabeth Esro, Maria Rossenia Argüello Flete, Anavic Valmuñoz, Claudia Meza, Luisa Reyes, Susana, Aglae Cristal Tovar, Karmen Campello, Ana de la Cruz, Miryam Hurtado, Ana Plana, Beatriz Loor, Chari Horno, Mari Carmen Agüera, Begoña Torilo, Ana María Barbudo, Gael Obrayan, Maite Bernabé Pérez, María Valencia González, Aurora Reglero, María Ángeles Rubio, Ester Prieto, Salud Lpz, María Victoria Alcobendas, Estefanía Cr, Liliana Marisa Scarpino, Estela Rojas, Ana Cecilia Gurierrez, Victoria Alonso, Daniela Mariana Lungu, Ana Perera, Alma Hendriks, Anya Perdomo, Ester Trigo, Amelia Segura, Mari Cruz Ríos, Ximena Silva, Yasmina Sierra, Ana Vanesa Martin, Mconstancia, Laura Ortiz, Mónica Sánchez, Beatriz Ortiz, Gabriela Guerrero, Mar Serrano, Luisa Ruiz, Isabel García, Eugenia Ramírez, Anabel Raya, María Alejandra Gimenez, Pitualma bueno, Magda Santaella, Paqui Galera, Annie Pagan, Flavia Farias, Carmen Cimas, Sara Sanchez, Roxana Andrea Stegeran, Juana Sánchez Martínez, Isabel Lee, Montse Carballar, Aisha Rest, Flor Salazar, Esther Fernández, Alexia, Ana Alves, Eva María Solano Romero, Sylvia Ocaña, Lorena Marco, Mili Mora, María del Mar González Romina Sepúlveda, María Giraldo, Carmen Lorente, Tania Castro, Marisa Gallén, Gloria Garbizo, Nadja Dos Santos, Lupe Berzosa, María José Félix, Paqui Juliá, Opic Feliz, María Elena Justo, Soledad Álvarez, Manoli Romero, José Losada, Inma Ferreres, Luz Anayansi Muñoz, Sheila Maldonado, Vane Mari, Marian Estephanie, Maribel Martínez, Maria Àngels Caballero, Mary Romanticamore, Shirley Valest, Susana de la Torre, Gibierca María Gómez, Carolyn Sanfel, Silvia



Luján, Andrea Huerga, Candela Carmona, Soledad Díaz

## Prólogo



Tic, tac, tic, tac. El segundero retumba en la fría esfera de cuarzo, recordándome que cada instante que pasa, es un suspiro menos en mi incómoda existencia.

Así ha sido desde que tengo uso de razón, mis momentos nunca han sumado, simplemente restaban de aquellos que me quedaban por vivir, aquellos que me empujaban a mantenerme a flote, aún sin saber muy bien por qué me seguía aferrando a la vida.

Ajusté los gemelos a los puños de mi camisa. Nunca había soportado las cosas fuera de lugar, todo lo que alguna vez había escapado a mi control, lo había reducido a una simple incomodidad, como aquella arruga que se resistía a perecer bajo el acero de la plancha, aun sabiendo que estaba condenada a fundirse bajo su calor.

Me sentía como aquella miserable arruga, luchando a sabiendas que terminaría sucumbiendo bajo el vapor abrasador.

Miré mi reflejo en el espejo, clavando el frío verde de mi mirada en la alargada figura que me contemplaba desde el otro lado. ¿Quién era yo? ¿Fui feliz alguna vez? Aquel hombre me cuestionaba echándome en cara con su mirada retadora la falta de cojones para no terminar con mi miserable

existencia y desaparecer de una puta vez.

Ojeé la camisa blanca que desaparecía impecable bajo el gris del traje. Ese día no me puse corbata, a mi cliente no le gustaban y yo siempre recordaba las preferencias de mis clientes. Era bueno en mi trabajo, el mejor, y eso me impulsaba a satisfacer todas y cada una de sus necesidades. Aunque eso me hundiera más y más en la mierda hasta hacer insoportable el mero hecho de respirar.

Giré la muñeca en un intento por ver la hora. Me quedaban unos minutos, los necesarios para echar unas gotas de perfume en los lugares clave. No demasiado, el punto exacto para que el sutil aroma masculino se mezclara con mi piel, dándole esa esencia única que me distinguía de los demás.

Paseé la mano por mi firme mandíbula cubierta por una corta barba de apenas unos días, pulcramente arreglada. Era la medida justa, aquella que al pasearla por un trozo de piel la raspaba dejando una marca rojiza. Mi marca.

Ajusté el cuello de la camisa, alzándolo ligeramente. Me fijé en las puntas de los zapatos negros, italianos, que asomaban resplandecientes.

Absolutamente todo estaba en su lugar. Cogí aire llenando al máximo mis pulmones y soltándolo minuciosamente. Siempre lo hacía así, justo antes de salir a trabajar, en un vano intento de calmar mis demonios interiores que pugnaban una y otra vez clavándome sus tridentes. Les sentía saborear el momento previo a mi marcha, arrastrando los últimos resquicios de mi obsoleta alma a un lugar sin retorno, un espacio desolador donde la esperanza se había extinguido hacía mucho tiempo.

Me llamo Xánder Asimakopoulos y estoy condenado a vivir en el infierno.

# Capítulo 1



«*Va patrullando la ciudad, va patrullando la ciudad, por la noche con su coche, apatrulla la ciudad*», tarareo mientras aporreo el volante del taxi con mis dedos.

Sé que es una canción *mu friki*, pero es como un extraño ritual. Cada noche, cuando bajo a por Maya, mi sexy Seat Toledo de culo respingón, apodado el coche de los taxistas, lo primero que hago es sentarme al volante, ajustar el retrovisor y colocarme el cinturón de seguridad ronroneando como un gato contra el respaldo del asiento. Está cubierto de bolas de madera masajeadoras, tantas horas en el taxi hacen que la espalda se te quede destrozada y, por lo menos así, se alivia un poco.

Tarareo la maldita estrofa que tengo grabada en la mente desde que vi *Torrente* en una sesión de cine familiar.

El Fari siempre fue un referente en el sector del taxi español, al cual me dedico desde que me saqué el carné de conducir. Él, y por supuesto el mítico Justo Molinero, que al frente de Radio Tele-Taxi, habían formado parte de mi infancia, al igual que la de mis hermanos.

Bajé el parasol del coche. Sí, ya sabéis, esa cosa que hay justo encima del parabrisas que intenta impedir que te deslumbres al conducir para que no te dejes los dientes en el volante. Tal vez lo reconozcáis mejor si os digo que

lleva un espejo muy mono para ver si se te ha quedado un trozo de lechuga entre los dientes, arrancarte un pelo del entrecejo que ha decidido brotar de repente, cual champiñón, o el lugar elegido para observar esa espinilla indolente que se niega a ser explotada y que termina muriendo aplastada entre tus dedos. Exacto, ese es el parasol. Bien, pues lo bajé para echarme un ojo antes de arrancar, aquello también formaba parte del ritual, aunque no hubiera demasiado que ver salvo mi reflejo.

Allí estaba yo, con mis enormes ojos azules abiertos de par en par, como si fuera capaz de que todo lo que veía quedara grabado en mis retinas. Tenía el pelo rubio platino y la piel muy blanca, así que un día decidí darme algo de color para no parecer una vampira de una peli de serie B. Llevaba las puntas coloreadas en rosa chicle y azul, a lo Harley Queen. Eso fue lo único que dejé que me hiciera mi amiga Vanessa, que era peluquera, que se empeñaba en que me pintara los labios y pareciera menos mortecina, pero me negaba a llevar un gramo de maquillaje en el rostro.

La doble de Margot Robbie de Cornellá, así era como me llamaba mi hermano mellizo cuando decidí darle un toque de color a mi melena. Y lo cierto es que me daba un aire, solo que yo no tenía su clase ni su profesión ni, obviamente, su dinero.

Nani, ese era mi nombre. Bueno, mejor dicho, Encarni, aunque me liaba a hostias si alguno de mis hermanos me llamaba por aquel odioso nombre.

Sí, ya sé, ¿en qué estaban pensando mis padres para poner a una chica de mi edad un nombre como Encarni? Pues para ellos hay una explicación. Era la quinta de cinco hermanos, todos chicos, incluso mi mellizo era varón. Así que, cuando nací, era poco más que un milagro, que, por cierto, es mi segundo nombre, aunque lo erradiqué incluso de mi carné de identidad. A ver si me centro y no divago... es que el tema de mi nombre me pone un pelín nerviosa.

Pues como os iba contando, mi padre estaba tan contento de que fuera una niña que quiso que llevara el nombre de su difunta madre, mi abuela, colocándome en la partida de nacimiento el susodicho nombrecito: María de la Encarnación Milagros de todos los Santos, una cruz que me acompañará hasta el fin de mis días. Además, seguía con el orden estipulado para todos mis hermanos, del primero al último íbamos por orden alfabético, así que, sí o

sí, mi destino era comenzar por «E».

Andrés, Bertín, César, Damián y yo, había una diferencia de dos años secuencial, es decir, que mi madre cada dos años paría, toda su juventud se la había pasado luciendo bombo, así que mi padre, que también se llamaba Andrés, la llamaba cariñosamente Manuela la del bombo.

Fue tal el cariño que le pilló a la barriga, que veintiún años después, bueno, casi veintidós, que son los que cumpliré en breve, seguía con ella. Lo achacaba a los partos, pero es que tendríais que ver cómo comía la condenada. Con la excusa de que la comida no se tira, arrasaba con las sobras de todos los platos, y encima, mojando pan, no vaya a ser que quede algún resto de carne en salsa pegado al plato.

Todos mis hermanos eran una copia de mi padre, morenos y de ojos castaños, todos excepto yo, que era una réplica de la abuela Encarna, supongo que ese fue otro de los motivos para heredar tan maravilloso nombre: éramos como dos gotas de agua, a veces sorprendía a mi padre contemplándome emocionado, con los ojos acuosos. Supongo que le recordaba a ella, pues lo había tenido de muy joven.

Mi infancia fue genial, nunca me despegaba de mis hermanos. Siempre había sido algo revoltosa, es lo que tiene cuando te crías entre chicos. Me chiflaban los deportes, los coches y los tatuajes, era de vaqueros, zapatillas y cine antes que de minifaldas, tacones y discotecas.

Además, mi trabajo no me permitía salir excesivamente de noche, ya que compartía la licencia del taxi con Andrés, César y Bertín. Y mi turno favorito siempre fue el nocturno.

Todos conducíamos aquel vehículo desde que nuestro padre sufrió el accidente que le hizo vivir postrado en una silla de ruedas. Bueno tampoco fue exactamente así, pues el caso de mi hermano mayor fue distinto: su entrada a la empresa familiar vino dada por otro motivo muy distinto al nuestro.

Andrés se estaba separando y tenía otro empleo. Hacía años que no vivía en casa. Dejó embarazada a su novia en el instituto, así que con diecisiete años tomó la decisión de irse a vivir con ella, a casa de sus suegros,

supuestamente para echar una mano con el bebé. Era el único de los cinco a quien siempre le había gustado estudiar, por eso la noticia, en casa, sentó como un jarro de agua fría. Todas las esperanzas estaban puestas en él y la vida se encargó de truncarlas.

De la noche a la mañana, se vio casado, conviviendo en casa de los padres de su mujer y trabajando de camarero en el bar de su suegro.

Andrés intentó que no nos preocupáramos, siempre había sido muy responsable, así que dijo que, en cuanto pudiera, retomaría los estudios, que entonces no era el momento.

Dos años después de deslomarse sirviendo tapas y cervezas, cumplió con su promesa, reemprendiendo su sueño estudiando a distancia. Por las noches dedicaba horas y horas a sacarse la carrera de Derecho. Tenía claro que no iba a ser algo rápido, que le iba a tomar más tiempo y esfuerzo que a un estudiante normal, pero eso no le hacía desfallecer; todos sabíamos que se la acabaría sacando, porque a cabezón no le ganaba nadie.

Su matrimonio comenzó a irse a pique y, una semana antes del accidente de papá, se encontró sin curro, sin piso, y cursando el penúltimo año de carrera. No era un futuro muy prometedor, pero en nuestra familia siempre habíamos arrimado el hombro, así que volvió a vivir a casa y a compartir el trabajo del taxi con papá, para que pudiera seguir pagándose los estudios.

Según el juez, debía pasar una pensión a mi sobrina Candela, como era lógico, así que necesitaba trabajar como fuera. Aquella niña era la luz de mis ojos. No había una sobrina más bonita que ella, aunque la viéramos menos de lo que nos gustaría.

El destino podía ser muy cabrón a veces, y parecía haberse cebado con mi familia. Todo lo malo, habido y por haber, nos ocurría a nosotros. En ocasiones dudaba si el Dios al que mi madre se empeñaba en rezar existía o no.

«Dios aprieta, pero no ahoga», cuántas veces la había escuchado decirme eso. Pues a nosotros nos estaba apretando tanto que casi parecíamos la familia de los pitufos.

¡Joder!, si es que parecía que hubiéramos pisado una mierda y de elefante.

Damián, mi mellizo, llevaba una semana en la cárcel tras participar en una carrera ilegal de coches. Cuando parecía que todo se estaba asentando, que la vida empezaba a sonreír, te daba un zasca para recordarte cuál era tu sitio, no fuera a ser que te acostumbraras a que las cosas fueran bien y pensaras que otra realidad era posible.

No podía sacarme de la cabeza la noche que nos comunicaron que Damián ingresaba en la cárcel. Aquel día sentimos, prácticamente, el mismo dolor que cuando nos comunicaron que mi padre no volvería a andar. Su entrada en prisión nos destrozó a todos.

Arranqué el coche dispuesta a iniciar mi turno.

A nadie de mi familia le gustaba que condujera de noche, pero a mí siempre me había parecido el mejor momento para hacerlo. La soberana tranquilidad de la circulación a la una de la madrugada no era comparable a los colapsos de las ocho y media de la mañana. Había menos tráfico y solían dejar buenas propinas. Normalmente siempre hacía el mismo recorrido, iba al aeropuerto del Prat para que mis carreras pudieran llevar pasajeros a la ciudad.

Tenía buen oído, la música y los idiomas siempre me habían gustado, así que chapurreaba lo justo para entenderme en inglés, francés y alemán. En el taxi pusimos un vinilo donde rezaba:

*We speak english — On parle française — Man spricht deutsch*

Obviamente tuve que enseñarles a mis hermanos las cuatro nociones que había aprendido, porque de este modo hacíamos carreras mejor pagadas que el resto.

En fin, esperaba que la noche fuera fructífera.

Mi mente voló recuperando la imagen de mi mellizo. En casa éramos Zipi y Zape, donde iba Damián, iba yo. Siempre habíamos estado muy conectados,



todo lo hacíamos juntos, incluso a la hora de meternos en problemas.

A ambos nos apasionaba la velocidad y los coches, mérito de nuestro querido padre que, en vez de llevarnos al parque, nos llevaba al circuito de Montmeló para ver las carreras. Papá había sido un piloto frustrado, pero, como él decía, «pilotar no está hecho para los pobres». Los ojos se le iluminaban cada vez que asistíamos a una competición de fórmula uno, igual que nos sucedía a mi hermano y a mí, que heredamos esa pasión desmedida que nos hacía hervir la sangre cada vez que oíamos el rugido de un motor u olíamos a goma quemada.

Eso fue lo que nos había impulsado a dar más de un disgusto a mi madre, quien obviamente, no compartía la afición con nosotros. Ella hubiera dado lo que fuera porque me hubieran gustado las muñecas, pero cuando rapé a mi primera Barbie y le improvisé un traje de piloto con una bolsa de basura para meterla en un coche teledirigido que le habían regalado a mi hermano y lanzarla por un terraplén para ver cómo derrapaba, a mi madre le quedó claro que esa iba a ser mi última muñeca.

Si algo era seguro en mi familia era que el carné de conducir era imprescindible.

Mi padre nos enseñó a todos, así que el paso por la autoescuela fue una mera anécdota. Todos conducíamos excepcionalmente bien, así que mi padre bromeaba diciendo que, en vez de sangre, corría gasolina por nuestras venas. Fue un excelente profesor, armado de paciencia infinita, recordaba con mucho cariño aquellas prácticas con él, las risas cuando a Damián se le calaba el coche y las carcajadas de mi padre cuando yo me liaba a dar trompos como una posesa, en el descampado de al lado de casa.

Llevábamos la velocidad imprimida en el alma. Tal fue así que Damián y yo nos unimos a un grupito que fomentaba las carreras ilegales, porque era el único modo que conocíamos para poder conducir aquellos increíbles coches a los que no teníamos acceso y los consiguientes subidones de adrenalina.

Al principio comenzó como una mera diversión y terminó siendo una manera de ganar dinero fácil.

Nos juntamos con mala gente, que movía muchísimo dinero en ese negocio. Damián y yo éramos sus pilotos, corríamos para ellos, les hacíamos ganar cantidades infames de euros gracias a nuestra temeridad al volante.

Nuestra juventud, unida al deseo de sentir la velocidad y demostrar que éramos los mejores, nos podía. Éramos infalibles y, además, nos sacábamos un buen pellizco cada vez que nos llamaban para participar en una carrera.

Ese fue el principio, a través de las carreras fue cómo Damián logró desvincularse del negocio familiar, montando su propia empresa hacía algunas semanas. Yo había apostado por él, invertí todo mi dinero en la empresa, creía en el sueño de mi hermano. Él ahorró como un cabrón para comprar su primera limusina. Correr estaba bien, pero era un trabajo peligroso y de corto recorrido.

Apostó por una manera diferente de ganarse la vida. Damián siempre quiso ser rico, me gustaba tomarle el pelo cuando se sentaba en el sofá fingiendo que el vaso de JB era de Chivas y el cigarro, un puro habano. Le encantaba ver reportajes de gente que había ganado montañas de dinero siendo un don nadie, meloneros, deportistas, dueños de bares... Todos ellos habían logrado amasar una fortuna. «Si ellos lo han conseguido, ¿por qué nosotros no? Hay que focalizarse Zipi y codearse con esa gente para llegar a ser uno de ellos», me decía con ojos brillantes. «Una sola carrera más y tendré la limusina liquidada, y después, a ganar pasta».

Suspiré mirando la carretera, echando la vista atrás. Le quedaba una carrera, una sola para pagar la última letra, no había pedido un préstamo al banco, básicamente porque con su edad y sin nada que lo avalara, era imposible.

Se lo pidió al tipo para el que corríamos, se hacía llamar el Rey Escorpión y estaba metido en negocios algo turbios, de los cuales prefería no saber nada. Alguna vez había demostrado interés en mí, más allá de mi modo de conducir, pero si algo tenía claro es que pasaba de ser la puta de un matón, por mucho dinero que tuviera. Nunca le había visto, pero sus hombres se encargaban de insinuarme que cenara una noche con él, que le apetecía estar a solas conmigo. Siempre decliné la oferta; lo único que me interesaba era conducir, todo lo demás quedaba descartado.

Le había aplicado unos intereses altísimos en cada pago, así que Damián tuvo que aceptar todas las carreras propuestas para saldar la deuda cuanto antes. Por eso corrió aquella noche, pese a los rumores de que la policía les estaba pisando los talones.

El desastre era inminente, si no hubiera sido esa noche, habría ocurrido antes o después.

Yo no le acompañaba porque me tocaba currar en el taxi, así que fue solo. No podía dejar de culparme por ello, tal vez si hubiera ido yo se podría haber evitado, de algún modo, lo ocurrido. Aunque Damián no dejaba de insistir en que no, yo no podía sacarme aquella idea de la cabeza.

Efectivamente, aquella noche hubo un chivatazo y la policía se presentó en plena carrera. El idiota de mi hermano, en vez de parar, se dio a la fuga, ¿que por qué? Pues porque ya no le quedaban puntos en el carné y si se lo retiraban no podría conducir la limusina. Escapó conduciendo como un loco sin fijarse en el hombre que cruzó la carretera corriendo, y sin mirar, intentando atrapar al perro que se le había escapado.

Damián se lo llevó por delante, dejándolo en coma profundo. Todavía no había salido del estado crítico, sumiendo a mi hermano y a toda mi familia en una angustia perpetua.

Tras el atropello vino la retirada de carné y el ingreso en prisión. El abogado de oficio estaba haciendo todo lo que podía para sacarle, pero de momento allí seguía. Mi madre había envejecido diez años tras el suceso, y mi padre, que desde el accidente tenía un humor algo taciturno, empeoró ostensiblemente.

El año pasado ya le habían retirado el carné a Damián al perder los puntos por exceso de velocidad y, por si fuera poco, le habían pillado conduciendo sin él por lo que había tenido que pagar la multa que le impusieron.

Aquel hecho le distanció mucho de papá, porque para él la seguridad al volante era fundamental y no toleraba aquel tipo de conductas que ponían en riesgo su propia vida y la de los demás.

Por eso, en esta ocasión, el juez no había transigido ni un ápice y lo metió en la cárcel ipso facto, donde iba a pasar unos meses como mínimo, eso si no se agravaba la cosa con la muerte del hombre al que se había llevado por delante.

Llegué al aeropuerto y saludé a mis compañeros de la parada. Éramos como una gran familia viviendo en una época complicada.

Uber y Cabify habían llegado a Barcelona hacía ya unos años, con el trastorno que aquello suponía para el sector. El mundo del taxi había sido un negocio prácticamente familiar. Se nos acusaba de ser un oligopolio, de querer echar a esas empresas de Barcelona, como había terminado ocurriendo por no querer compartir el pastel, pero es que nadie se ponía en la piel de los taxistas.

En primer lugar, si uno se quería dedicar al mundo del taxi, debía estar en posesión de la credencial profesional de taxista, otorgada por el Área Metropolitana de Barcelona o, lo que era lo mismo, por el Instituto Metropolitano del Taxi.

Para su obtención era necesario superar una prueba teórica y práctica que se convocaba en distintas épocas del año, además de disponer del carné de conducir B, acompañado de un informe psicofísico expedido por un Centro de Reconocimiento de Conductores acreditado, por el *Servei Català de Trànsit*.

Una vez superado, con la credencial obtenida, había dos posibles vías para poder ejercer, o bien ser titular de una licencia de taxi, en caso de adquirirla, o trabajar como asalariado o familiar de alguien que dispusiera de una.

¿Que cuánto valía una licencia? Pues entre ciento treinta y cinco mil y ciento cincuenta y ocho mil euros. Casi *na*.

Por eso había tanta indignación desatada con los de Uber y Cabify. El conflicto también se había desatado en Madrid, con huelgas, destrozos y situaciones que no gustaban a nadie, pero que para los de nuestro gremio, según mi padre, eran imprescindibles. Él se había convertido en un activista

desde la sombra y aquello le daba un motivo para seguir luchando por lo que creía justo.

Para trabajar en dichas empresas simplemente debías tener más de veintiún años, no tener antecedentes penales, disponer de la licencia de conducir de clase B o A y que tu permiso de circulación estuviera al día. Además de eso, solo era necesario tener una cuenta bancaria en la que pudieras recibir el dinero de los viajeros y un teléfono móvil capaz de soportar sus aplicaciones. Si no tenías licencia VTC, que en el caso de los de Uber ascendía a una cantidad entre treinta y cinco y cuarenta y dos mil euros, podías elegir si tenerla o, simplemente, unirse a su flota.

Sus conductores se llevaban el setenta y cinco por ciento del importe ganado en la carrera, no había limitación horaria y cobraban por viaje mucho menos que un taxista. Eso nos perjudicaba a todos, no era solo competencia desleal, sino que los precios caían en picado, bajando los sueldos de todos. Era el mercado de la oferta y la demanda, como les gustaba decir a algunos que apoyaban a estas compañías.

Ellos defendían su postura diciendo que se trataba de «economía colaborativa», pero lo único que veíamos nosotros era intrusismo, falta de profesionalización en el servicio y explotación salarial.

Este tipo de empresas ponía en grave riesgo a los usuarios al carecer de las autorizaciones, los seguros y las garantías correspondientes, así como los requisitos que establecía la propia ley para prestar un servicio de transporte de viajeros. ¿Cómo podía ser que a unos se les exigiera tanto y a otros tan poco? Mi padre decía que ese tipo de empresas, con sus pertinentes aplicaciones de telefonía, solo podían fomentar la piratería en el transporte, creando un más que evidente fraude fiscal.

Por suerte, en Barcelona ya no operaban, pero sentías irremediamente aquella empatía con los compañeros de Madrid, que lo estaban sufriendo colapsando las calles de la capital.

Salí del taxi y allí estaban todos, debatiendo las últimas noticias.

—Buenas noches, chicos —les saludé, sin lograr interrumpir la acalorada

charla.

—Buenas noches, Nani. ¿Comenzando el servicio? —me preguntó Pascual acercándose ante la indiferencia de los más exacerbados.

—Sí, eso parece —observé mientras no perdía punto a lo que se estaba cociendo. Me gustaba estar informada y escuchar a ambas partes para lograr una opinión imparcial, aunque fuera difícil.

—Llevan media hora igual, ya sabes cómo es Tomás con este asunto.

Tomás tenía la misma edad que mi padre y era uno de sus mejores amigos.

—Lo sé, créeme, en casa tengo a su clon. —Él asintió.

—Por cierto, ¿cómo está tu padre? —Me encogí mirando sus suaves ojos castaños. Pascual tendría, aproximadamente, la edad de mi hermano mayor, quizás algún año más. Era muy agradable y educado, y siempre me hacía sentir cómoda.

—Como siempre, ya sabes, es un hombre de ideas fijas.

—¿Y Damián? —preguntó con tiento nombrando a mi hermano. Suspiré.

—Jodido, mañana iré a verle. Ya no es solo por estar encerrado, que también, es la culpa la que nos está matando a todos. ¿Sabes que ese hombre tenía dos hijos y era el único que aportaba un sueldo en casa? —Pascual movió afirmativamente la cabeza. Todos los medios se habían hecho eco de la noticia.

—Lo sé. Debe estar destrozado.

—No lo sabes bien, ¡menuda mierda! —exclamé llevándome las manos a la cara.

—Vamos, pequeña, tranquila, que seguro que todo se soluciona. —Su mano tocó mi antebrazo, tratando de infundirme ánimo. Aparté las manos del rostro, apesadumbrada.

—No sé qué más decirte, si ese hombre llega a morir, sé que mi hermano no lo soportaría, es un cargo de conciencia demasiado grave. Estar unos meses en la cárcel es una putada, pero la condena que supondría cargar con una muerte por un puñado de euros no tendría consuelo. —Una miserable lágrima cayó por mi mejilla, hice el gesto de ir a secarla antes de que Pascual la viera, pero él fue más rápido, pasó su dedo pulgar por mi rostro e intentó borrarla.

—Si necesitas hablar con alguien... —Su mirada era tierna, sabía que podía contar con él para lo que necesitara.

—Gracias, estoy bien —Sorbí por la nariz. La puerta principal del aeropuerto comenzó a escupir una marea de personas que se dirigían a la parada—. Empieza la función. —Cabeceé hacia ellos.

—Espero que tengas un buen servicio. Llámame si lo necesitas, ya sabes mi número.

—Igualmente y muchas gracias, Pascual, de verdad. —Él asintió y se fue a su vehículo.

Seis horas después dejaba al último pasajero en el hotel Princesa Sofia. Tras ayudarlo con las maletas, me dio una buena propina.

Regresé al taxi con una sonrisa, necesitaba dejarlo en el *parking*, ir a casa, echarme un par de horas, darme una ducha y visitar a Damián.

Me senté en el asiento, puse la mano en el contacto y, cuando iba a arrancar, la puerta del copiloto se abrió abruptamente.

## Capítulo 2



—Lo siento, ya no estoy de servicio. —Miré al hombre que se había sentado a mi lado incomodándome. Su aspecto era aterrador.

—Hola, Queen. —Me quedé helada cuando usó el sobrenombre con el que era conocida en las carreras.

—¿Disculpa? ¿Nos conocemos? —pregunté, aún sin arrancar. Él me ofreció una sonrisa en la que destelló un diente de oro en una de las paletas frontales. Sus ojos estaban cubiertos por unas gafas de sol e iba vestido con una chupa de cuero negra.

—Yo a ti sí, y con eso es suficiente, arranca —dijo en un tono que no admitía réplica.

—No sé quién eres y te acabo de decir que he terminado mi turno, así que si necesitas transporte... —Se abrió ligeramente la chaqueta, mostrándome una pistola. Mi garganta se cerró.

—Te he dicho que arranques y no me gusta repetir las cosas dos veces. No sufras, solo quiero hablar, mi intención no es hacerte daño, a menos que me obligues. No nos llevará mucho rato y, para que veas que es cierto, puedes dar vueltas a la manzana, lo único que pretendo es que no nos interrumpan. —



Accedí sabiendo que era eso o terminar francamente mal—. Buena chica —me felicitó—. ¿Cómo está King? —Ese era el apodo con el que se conocía a Damián.

—Jodido, ¿cómo crees? —El tipo sonrió.

—Un chico tan guapo como él va a hacer muchos amiguitos en las duchas. —Apreté las manos en el volante, los nudillos comenzaron a ponerse blancos de la tensión—. Es un bocadito demasiado tierno como para dejarlo escapar ¿no crees? Con esa carita y ese cuerpo fibrado. —Pensar en mi hermano en esas circunstancias me revolvía el estómago. Damián era muy guapo, un bala perdida, le encantaban las mujeres y me pellizcaba el alma pensar en él reducido y forzado.

—¿Qué quieres?

—Me gusta que seas tan directa. —Su mano voló a mi muslo cubierto por mi tejabo desgastado. Me agité al instante y él sonrió apartándose—. Tienes coraje, pero eso ya lo sabía, debo confesarte que me he empalmado alguna vez viéndote correr. —Su afirmación me asqueó. Yo no le conocía, pero al parecer, él a mí sí—. Tal vez en alguna ocasión te deje disfrutar de mi cambio de marchas. —Se frotó el paquete.

—Mira, si tu intención es que te la chupe, vas listo. Si quieres te llevo al Campo del Barça que allí por unos cuantos euros fijo que te hacen como mínimo una manualidad. —Ese lugar era un punto de concentración de prostitutas. El tipo soltó una carcajada seca.

—Si quiero tu boca ten claro que la tendré, pero hoy no he venido a por eso. Me manda el jefe y está muy cabreado ¿sabes? La cagada de tu hermanito nos ha puesto en el punto de mira, y al Escorpión no le gusta que olfateen en su territorio.

—Pues si no le gusta que olfateen que no se cubra de mierda. Cuando uno organiza carreras ilegales ya sabe a lo que se expone.

Nos quedamos parados en un semáforo, me sobresalté cuando alguien golpeó el cristal de malas maneras, era un indigente intentando vender

pañuelos de papel. Hice un gesto negativo con la cabeza.

—Ya sabes que al jefe le gusta mucho competir y el dinero que se mueve, pero no le van los idiotas como Damián, que pierden la sangre fría en vez de mantener la calma. —Su mano rozó mi mejilla, moví el rostro con brusquedad para librarme de él.

—Mi hermano no es ningún idiota, reaccionó intentando salvar el culo de todo el mundo. Que yo sepa no ha abierto la boca pudiendo salvarse delatando a tu jefe y ha asumido toda la culpa sin rechistar.

—Y más le vale que siga así porque a Escorpión no le gustan los chivatos. Dile de mi parte que tiene una semana para devolvernos el último pago, ni un día más.

El semáforo se puso en verde y un coche me pitó, pues me había quedado impactada por la noticia. Era muy poco tiempo para devolver toda aquella suma.

—Eso es imposible. ¡Está en la cárcel!

—¿Y crees que eso le importa al jefe? Por cierto, deberá sumar a la deuda los desperfectos de la reparación del coche y los intereses por demora.

—¡No va a poder pagar! ¡Necesitamos más tiempo! —Su mandíbula se tensó.

—No hay más tiempo, pequeña Queen. Paga o paga. —Su voz de advertencia mostraba con claridad que no se trataba de un juego.

—Necesitamos alguna opción. ¿Hay algo que podamos hacer para que nos dé más tiempo? —Eran hombres de negocios, negocios turbios, pero negocios, al fin y al cabo. Seguro que algo se podría hacer. Él torció el gesto, me daba la sensación de que justamente estaba esperando eso. Se acarició la barbilla.

—Tal vez tenga una, pero te implica directamente a ti.

—¿Cuál? —pregunté sin reservas. Si estaba en mi mano, haría lo que fuera.

—¿Qué estarías dispuesta a hacer por tu hermano, Queen? —«*Cualquier cosa*» pensé. Pero eso no iba a decírselo a él, ese tipo de gente olía el miedo y se beneficiaba de él.

—¿Qué propones? —Sus dientes asomaron anudando mis tripas.

—Debe mucho, así que lo justo son cuatro carreras. Correrás gratis para Escorpión, te diremos lugar y hora y no podrás negarte a ninguna de ellas.

—¿Y si no acepto? —contraataqué desviando la mirada.

—Si no aceptas, tu hermanito morirá en esa celda, no sin antes ser violado y torturado. Tenemos mucha gente dentro. —El pulso se me aceleró de golpe—. Pero la cosa no quedará ahí, tu familia lo pasará francamente mal: tal vez tu madre se quede viuda, o pierda a todos sus hijos en lamentables accidentes o tal vez... —Hizo una pausa dramática—. A su nieta. —Apenas podía contener el horror, me imaginaba el cuerpecito sin vida de Candela y me invadía el espíritu asesino. Resollé con fuerza—. Veo que nos entendemos. Respira, suave, eres muy dulce, Queen. —Su pulgar presionó mi barbilla para que abriera la boca y soltara el aire que estaba conteniendo. Los dedos olían a nicotina, eran gruesos y rasposos—. Tienes una boca muy follable, ¿te lo han dicho alguna vez? Me encantaría que me la mamaras mientras conduzco, ver tu cabeza descender por mi polla en plena carrera. —La imagen se agarró a mi cerebro haciéndolo papilla. Bajó por mis entrañas y subió en forma de bilis por el esófago—. Recibirás noticias nuestras, muy pronto. Ahora puedes parar en esa esquina y dejarme, yo seré tu contacto a partir de hoy. No des pasos en falso, voy a vigilarte de cerca, y si la cagas, las consecuencias serán inmediatas. Nada de pasma, ni de hermanitos mayores, solo tú puedes salvar a tu mellizo. ¿Serás capaz de hacerlo? —Cogí aire con fuerza.

—Sí —afirmé rotunda—. Pero con una condición. —No podía dejarme vapulear, necesitaba algo a cambio.

—Habla, te escucho.

—Quiero protección. Nadie le tocará mientras esté en la cárcel, no quiero que le ocurra nada ni le hagan pasar por un calvario. Quiero tu palabra y

correré para vosotros. —Si algo me quedaba claro era que ellos podían hacer eso y más.

—Chica lista, eso está muy bien. Tienes mi palabra, nuestros hombres le cuidarán. Y si eres una buena chica, Damián no pasará penurias. —Paseó la mano por mi pelo, enredando los dedos en mi coleta. Paré en la esquina que me había indicado, pero antes de bajar del coche tiró de mi pelo para besarme con dureza. Quise apartarme, me daba mucho asco su aliento, pero me mordió la boca y, cuando intenté gritar, aprovechó para meter la lengua e invadirme. El sabor a tabaco y alcohol barato me revolvió el estómago. Se comportó como un animal y, cuando se sintió saciado, se apartó—. Recuerda que esta boca es mía. —Me dio un último pico para afirmarlo—. Hasta la próxima, dulce Queen.

Desapareció como había venido.

Necesitaba aire, así que salí del coche hiperventilando por la situación. Odiaba a los tipos que creían que podían dominarlo todo por la fuerza. Si no me había resistido, había sido por todo lo que había en juego. Sabía que, a veces, la victoria se escondía tras la derrota. Era mucho más grande que yo, más fuerte y llevaba un arma. En ese tipo de situaciones era mejor mantener la mente fría, tomar distancia y no dejarse llevar por la ira o el asco.

Una vez más sosegada, volví a meterme en el vehículo. Necesitaba reflexionar sobre lo ocurrido porque, aunque mi decisión ya estaba tomada, necesitaba tomar distancia y analizar las cosas con perspectiva. Correría para Escorpión, eso estaba claro. Iba a salvarle el culo a Damián costara lo que costase.

\*\*\*\*\*

La primera imagen de la prisión me impactó, ver aquellos muros altos rodeados de alambres espinados me hizo recordar lo que se veía en las películas. No podía dejar de pensar en lo solo que debía sentirse mi hermano

allí dentro, en cómo se estaría reconcomiendo por la culpa al reprocharse sus propios actos. Conocía a Damián, así que casi podía palpar su desasosiego en mi pecho.

Por teléfono me había pedido que fuera yo sola a visitarlo. Debía rellenar una instancia para poder tener un vis a vis familiar, había muchísimas normas en la cárcel y nadie de mi familia tenía experiencia. Ese día solo podría hablar con él a través del cristal.

Aquel lugar olía a cerrado, a humanidad contenida, a desesperación y, por qué no decirlo, a maldad. Pese a tener ventanas y puertas, el aire era denso y las miradas desconfiadas. Los funcionarios apenas sonreían, todo estaba lleno de rejas y advertencias. No era un lugar cómodo, más bien frío, con las paredes pintadas en un ocre rancio plagado de sospechas.

Allí, en una sala común, llena de gente gritando a las personas que había tras el cristal, estaba Damián. Tenía el rostro demacrado con una barba cerrada que acusaba la falta de afeitado. Unas feas ojeras alrededor de sus ojos hablaban de la culpa y el pesar que se escondían bajo sus densas pestañas. Un moretón caía sobre su pómulo izquierdo, ¿qué habría ocurrido? ¿Le habrían pegado? Todas las alarmas se despertaron en mí, que apenas podía contener la lúgubre emoción al verlo.

Me senté frente a él, temblorosa, intentando que mis ojos no se desviaran hacia la gitana rumana que tenía a la derecha y que discutía a grito pelado con un tipo calvo lleno de tatuajes en el rostro.

—Hola, Zape —saludé a mi hermano acariciando la fría mampara de cristal. Él insinuó una sonrisa que no le llegó a los ojos.

—Hola, Zipi. —El labio inferior me temblaba, me había prometido a mí misma no llorar, no quería que me viera triste, pero se me hacía verdaderamente cuesta arriba.

—¿Cómo estás? Te he traído un bocadillo de chistorra de los que tanto te gustan, pero estos cabrones se lo han quedado en la entrada, fijo que se lo comen para almorzar —intenté aligerar el tono, necesitaba infundirle ánimo, eso siempre se me había dado bien. Al instante sonrió.

—Lógico, esos bocadillos son los mejores del mundo. Dale las gracias a mamá, aunque no me lo haya podido comer. —Asentí.

—¿Te tratan bien? —Él suspiró.

—No es el Ritz, pero tengo una cama y me dan de comer, así que supongo que no puedo quejarme. Además, mientras estoy aquí no hago gasto en nuestro piso. —Mi hermano y yo vivíamos juntos en un pequeño apartamento de dos habitaciones, cerca de casa de mis padres. Siempre habíamos sido muy independientes, llevábamos un año conviviendo y no nos podíamos quejar.

—Preferiría que lo hicieras a que tengas que estar aquí —murmuré entristecida.

—Lo sé. ¿Cómo está el tipo que atropellé? —Sabía que esa pregunta iba a llegar.

—De momento sigue igual, por lo menos no ha empeorado, se mantiene estable dentro de la gravedad.

—¡Joder, Zipi!, ¿cómo pude cagarla tanto? —Se agarró del pelo y tiró de él con fuerza, sus dedos se crisparon—. ¡Me asusté! ¡No le vi! ¡Fueron décimas de segundo! —Chasqueó los dedos, veía el tormento asolando sus bonitos ojos oscuros condenados a sus propios reproches. No quería ni podía imaginar el infierno en el que estaba viviendo. Damián podía parecer un tipo despreocupado, pero, en el fondo, era lo opuesto, no había un hombre más cariñoso y protector que él.

—Tranquilo, a mí me hubiera pasado lo mismo. —Él negó.

—Tú habrías parado. —Tenía el rostro oculto en sus manos.

—Mírame —le imploré. Levantó la cara con las arrugas de la culpa arrasando en ella—. Eso no lo sabes, son suposiciones. Ahora no podemos dar marcha atrás, debemos asumir el error y seguir, ya has entonado el *mea culpa*, y estás aquí dentro mientras el hijo de puta de Escorpión se lava las manos. —Hizo un gesto para silenciarme.

—Ni lo nombres, tiene oídos en todas partes. Apártate de él, ¿me oyes? Ese tipo no puede traernos nada bueno. —No pensaba decirle nada del trato que había hecho con su hombre. Era mejor mantenerlo al margen.

—No sufras, sé lo que me hago. ¿Necesitas algo, Damián? ¿Puedo hacer alguna cosa por ti? ¿Para que estés más cómodo?

—Pese a que eres un ángel, hermanita, dudo que puedas hacer un milagro y arreglar todo este embrollo en el que me he metido. Aunque sí hay algo que puedes hacer por mí.

—Dime. —Necesitaba aliviarle con lo que fuera.

—Debo saldar la deuda con Escorpión, no creo que me perdone la letra y solo tengo un modo. No te lo había dicho, pero acepté mi primer cliente, me contrató durante un mes de prueba y hoy era el segundo servicio que tenía con él. Si le gustaba, iba a convertirme en su chófer, es un tío que paga muy bien y me prometió abonar todo un año de golpe si cerrábamos el trato. Con ese dinero podría pagar a Escorpión. —No sabía de qué cantidad se trataba, pero dudaba que cubriera los intereses y la reparación del coche—. Mira en casa, en mi agenda tengo su nombre, coge mi teléfono, el del curro, que está en el segundo cajón del recibidor. Con él puedes hablar con mi cliente, es el número que le facilité. No debe tener batería, así que cárgala, el pin lo tienes anotado en la letra W de la agenda de papel, ya sabes que para estas cosas soy un desastre. —Era cierto, esos pequeños detalles no eran lo suyo—. En mi agenda tienes todo lo que necesitas saber: dirección y número de teléfono. También hay una tarjeta con su número, búscala. Es un tipo serio, muy reservado, apenas habla si no es para decir el lugar al que quiere ir, así que no te dará problemas. Los servicios suelen ser en viernes y sábado, justo cuando tú libras. Sé que es una putada lo que te pido porque te quedarás sin días libres, pero...

—Acepto, no te preocupes, yo haré los servicios. —En su rostro asomó la esperanza.

—No sé cómo voy a pagártelo, pero te juro que lo haré en cuanto salga.

—Me lo pagarás cuidándote aquí dentro, no quiero que te ocurra nada ¿me oyes? Cuida tus espaldas, mamá no soportaría otro revés. —Su mirada se ensombreció.

—¿Cómo está?

—Ha tenido épocas mejores, pero ya sabes que es fuerte, mamá puede con todo. —Movi6 la cabeza con pesar—. No te derrumbes, lo importante es que te mantengas a flote. En cuanto ese tipo se recupere y nuestro abogado haga lo que tenga que hacer, estoy convencida de que te soltarán. Tienes que ser fuerte, Damián, por todos nosotros y también por ti. —Levanté la muñeca en la que llevaba el tatuaje que ambos lucíamos exactamente igual. Era una rueda en llamas con las siglas F&F entrelazadas. Ambos éramos unos frikis de *Fast & Furious* y nos lo hicimos en honor a Paul Walker y su injusta muerte al volante. Un día eres un actor de éxito, guapo y con todo lo que puedes desear, y un instante después pierdes en el frío asfalto, solo, igual que viniste al mundo, igual que cualquier otro ser vivo de la tierra. La muerte no perdona a nadie, viene a buscarte y te lleva con ella.

Él pegó su muñeca contra el cristal, ese era nuestro saludo secreto. De pequeños nos hacíamos dibujos a boli y nos saludábamos del mismo modo, era algo nuestro que iba a perdurar para siempre.

—Sabes que te quiero, ¿verdad? —Estaba a punto de quebrarme y no quería que eso ocurriera.

—Yo también. —Un funcionario pasó para advertirnos que el tiempo se terminaba.

—Recuerda ir uniformada, pantalón negro, americana del mismo color, camisa blanca, guantes, pajarita y la gorra. En el armario de mi habitación está el mío, pruébatelo y, si no te va bien, dile a la señora Joaquina que lo arregle para ti. —Dios, no recordaba ese pequeño detalle. Evoqué la primera vez que vi a mi hermano probarse la indumentaria, estaba realmente guapo, hizo que bajara de casa para acomodarme en la limusina como si fuera una clienta.

Me había espatarrado en el asiento trasero llamándole Ambrosio y pidiéndole que me trajera unos Ferrero Rocher.



Habíamos bromeado y reído, soñadores, pensando en la cantidad de lugares que visitaríamos cuando el negocio fuera bien. Nunca habíamos viajado, la economía familiar no lo permitía, así que, como mucho, habíamos ido a casa de una hermana de mi madre en Jaén que tenía olivos y algunas tierras. Nuestros padres eran andaluces, aunque ya llevaban más de media vida en Barcelona. Tanto tiempo llevaban aquí que habían perdido incluso el acento.

Me despedí con tristeza de Damián, prometiéndole que volvería cuando nos concedieran el vis a vis familiar.

Llegué al piso destrozada, sobre todo anímicamente, con la moral por los suelos.

Dejé las llaves sobre el recibidor, me saqué los zapatos para no ensuciar y fui hacia el armario para hacer lo que me había pedido. Saqué el traje de mi hermano y me desnudé contemplándome en el espejo. No era gran cosa, delgada, con un pecho bonito, con la piel demasiado blanca para mi gusto y los huesos de las caderas que se me marcaban demasiado.

Llevaba unas bragas de algodón blanco y un sujetador sin aros. Nunca había sido presumida, más bien práctica y no entendía por qué las mujeres se emperraban en ponerse esos sujetadores constrictores que eran un martirio para el cuerpo.

—Porque te empujan las tetas hasta la luna y a los tíos les pone verlas, deberías probar, seguro que ligabas mucho más —me dijo una vez mi amiga Vanessa en el vestuario del instituto, cuando le pregunté por qué los usaba ella. Se miraba complacida frente al espejo, recolocándolas dentro de esa tortura del siglo XXI. Como si a mí me importara ligar con un tío.

—Cuando ellos se pongan un aro de hierro en las pelotas para que nosotras nos fijemos en su paquete, o en la falta de él, entonces me lo pondré.  
—Vanessa soltó una carcajada.

—Mira que eres animal. Con lo guapa que eres y el poco partido que te sacas.

—Más bien, soy práctica, me importa una mierda gustarles a cuatro idiotas.

—¿Eres bollera? —me preguntó mascando chicle con la boca abierta mientras tomaba el carmín rojo de su mochila.

—¡No! —protesté indignada porque todos opinaran lo mismo. Vale que mis gustos estaban más cerca de los masculinos que de los femeninos. Si a eso le sumábamos que siempre estaba rodeada de chicos, y no precisamente porque me tiraran la caña sino, más bien, porque me largaba con ellos a pescar, podía dar lugar a equívoco.

Era desgarbada, llevaba el pelo demasiado corto en aquella época y siempre me acompañaban mis hermanos o sus amigos, así que supongo que la imagen que proyectaba daba pie a que pudieran pensar eso.

—No te ofendas —replicó Vanessa—, no serás la primera ni la última que sale del armario. De hecho, tal vez lo seas y no lo sepas. —Me miró entrecerrando los ojos.

Por aquel entonces, ambas teníamos dieciséis años y Vane ya se había tirado a media clase. No podíamos ser más opuestas, no sabía qué nos había llevado a ser amigas, de hecho, era mi única amiga, éramos la cara y la cruz de la misma moneda. Ella morena, con curvas, guapa y sexy, y yo, todo lo opuesto. Solo había una cosa que nos unía y era el amor por mi hermano Damián, aunque no me lo dijera. Creo que por eso se acercó a mí en un principio, para estar más cerca de él. Aunque desde entonces Vane y yo éramos inseparables.

—¿Has besado a un tío alguna vez?

—¡No! ¡Puaj! ¡Qué asco! A saber si tiene un trozo de pizza entre los dientes. Los tíos son muy guarros, si vieras las cosas que hacen mis hermanos —le contesté con repugnancia.

—Está bien. Esa no es una respuesta que nos saque de dudas, porque que los tíos son unos cerdos no es nada nuevo. Así que no me dejas otro remedio

que hacer una prueba de fuego. —Vanesa se acercó a mí, con la mirada fija en mi rostro.

—¿Qué tipo de prueba? —No me dio tiempo a preguntar más, puesto que me tomó del rostro y me besó.

No podía creerlo, mi primer beso y era con mi mejor amiga. Nunca antes me habían besado, así que me sorprendí. No era algo desagradable, la piel de mi boca hormigueaba bajo la suya, mis labios azuzados por los de ella se fueron despegando y su lengua entró sin pedir permiso. Me tanteó con suavidad, era delicada, aunque no por ello dejé de ponerme en alerta.

Escuché un grito a nuestras espaldas y ambas nos dimos la vuelta. Yo estaba en ropa interior, pues acabábamos de ducharnos tras la clase de gimnasia.

Quién había gritado no era otra que Angélica, y venía acompañada de sus secuaces, Andrea y Sole. Eran la típica *chupipandi* de instituto que disfruta haciendo el mal.

—¡Son lesbianas! —exclamó azorada—. Rápido, huyamos, no vaya a ser que nos violen o se nos pegue. —Salieron estrepitosamente del vestuario, saboreando la sangre que iban a verter con lo que acababan de ver. Estaba claro quiénes iban a ser la próxima comidilla del instituto. Éramos carne de cañón, las dos inadaptadas besándose medio desnudas en el vestuario.

Miré a Vanesa que movía la cabeza de lado a lado resignada.

—Lo siento, no era el lugar más apropiado. ¿Estás bien? —Moví la cabeza afirmativamente—. Esas zorras fijo que van a verter un montón de mierda, pero no te preocupes, yo estaré a tu lado ocurra lo que ocurra. —Estaba segura de eso—. Dime una cosa ¿te ha gustado el beso? —Me miró con curiosidad, como quien te ofrece Coca-Cola por primera vez y espera a que le des el veredicto sobre si te gusta o no.

—¡Y yo qué sé! Ha sido raro, nunca había besado a nadie. —Me sonrojé—. Si tu pregunta es si me ha dado asco, pues no, no me lo ha dado.

—¡Esa no es la pregunta! —Parecía algo exasperada—. Medita bien la respuesta porque no pienso volverte a besar, esto solo era un experimento para descubrir qué eres. —Se aclaró la voz—. ¿Te has excitado? ¿Se te han puesto duros los pezones y te ha hormigueado el chichi?

—¡No! —exclamé horrorizada—. Pero ¿qué te has pensado? —Ella sonrió arqueando las cejas.

—Bien, pues entonces o no eres lesbiana o, simplemente, yo no te gusto. —Resoplé apartando el corto flequillo de mi frente. Menuda respuesta.

—¿Entonces? —le pregunté sin saber muy bien cuál era el siguiente paso.

—Entonces, has de liarte con un tío para saber si reaccionas de un modo diferente a mí. El viernes puede ser un buen día, es la fiesta del *insti* para recaudar fondos para el viaje de fin de curso. Estaría bien que te dejaras besar por alguno que te guste.

—Tú estás loca.

—No estoy loca, solo quiero ayudarte y harías bien en hacerme caso, así despejarías la empanada mental que tienes.

—Aquí la única empanada que hay es la que hace mi madre, que por cierto está buenísima. No necesito besar a nadie y no lo pienso hacer —afirmé sin darle demasiada importancia al asunto. Fui a por mi ropa y me vestí.

La noticia de que Vane y yo éramos lesbianas corrió como la pólvora. A los chicos no pareció importarles, seguían tratándome como siempre. Damián me preguntó por el tema del beso, él y yo no teníamos secretos, así que se lo conté todo. Cuando le comenté la conversación con Vanessa y lo ocurrido, se echó a reír. Le restó importancia y me dijo que ni me molestara en preocuparme, que ese tipo de bulos terminaban por disolverse. Aunque debo añadir que le vi demasiado interesado por la historia de mi díscola amiga.

Las chicas fueron otro cantar, nos repudiaron, nos dejaron de lado como si tuviéramos la peste, así que, harta de las habladurías y con el *run run* de Vanessa sobre lo que debía hacer asolándome, hice lo único que se me

ocurrió. En la fiesta, ni corta ni perezosa, me lancé a los brazos del ex de Angélica y le besé. Si debía hacer algo iba a ser a lo grande, era el más guapo de todo el instituto, el más codiciado. Atractivo, de buena familia y con una vasta experiencia con las chicas, si alguien podía besar bien, ese era él. Para mi sorpresa y la de todos, no se apartó, nos besamos con lengua durante una canción entera.

Mi cuerpo reaccionó muy diferente a como lo hizo con Vane. Los efectos secundarios que me había descrito en el vestuario, sí me ocurrieron con él. Me separé de su boca ante la perplejidad de todos los que allí estaban, y fui corriendo a contarle la buena nueva a mi amiga, que estaba muy entretenida comiéndose la boca con... ¿mi hermano?

Creo que aquella vez fue la única que los vi besarse y llevarse bien. Tras aquella noche se comportaron como el Coyote y el Correcaminos, lanzándose pullas a la mínima oportunidad.

En aquel momento no les quise interrumpir, al fin y al cabo, ya sabía que me gustaba la carne y no el pescado, mi cometido en esa absurda fiesta había terminado. Decidí volver a casa, sola, sin darme cuenta de que, tras salir por la puerta, Pablo, el chico con el que me había besado minutos antes, me seguía.

—Espera. —Me detuvo agarrándome el brazo con su bonita sonrisa—. ¿Ya te marchas?

—Mmmm, sí, estoy cansada y mañana tengo que madrugar.

—Es tarde y no son horas para ir sola, ¿te parece bien si te acompaño? — Me pareció muy caballeroso por su parte, así el camino sería más entretenido.

—Claro, si no te importa. —Me sonrojé y ambos echamos a andar.

Tonteamos todo el camino, me sentí bien, era la primera vez que flirteaba con un chico. Me disculpé por mi ímpetu al besarle y él le restó importancia, haciéndome sentir muy cómoda en todo momento. Así que, cuando tiró de mí en un callejón oscuro que quedaba cerca de casa, no me resistí.

Por fin se me había despertado la curiosidad, y al parecer, lo que me gustaba eran los chicos o, por lo menos, ese. Besaba muy bien y me hacía sentir todas esas cosas que me había contado Vane.

Seguimos besándonos y experimentando, me acarició mis diminutos pechos, que se habían negado a florecer.

Paseó sus manos por mi cuerpo, pegándose a su erección. Eso sí tenía claro qué era, había pillado en más de una ocasión a mis hermanos tocándose en sus habitaciones, aunque jamás había dicho nada.

El calentón fue subiendo de intensidad. Pablo, animado por mi curiosidad, dio un paso más al colar la mano bajo la falda de mi vestido. Cuando le sentí hurgando entre mis piernas, le detuve.

—No, eso no. —Apreté los muslos y él sonrió, besándome de nuevo, pero sin apartar aquellos dedos que pujaban en mi calor.

—Vamos, empezaste tú, ahora no puedes decir que no. Toca el premio final y te garantizo que lo pasaremos en grande. Ya verás, soy muy bueno follando, todas lo dicen. —La mano apartó mi braguita, adentrándose sin permiso. Me revolví.

—Te he dicho que no —protesté de nuevo, sintiéndome incómoda por su persistencia.

—Shhhh, vamos, has estado calentándome la polla todo este rato. Ahora no puedes decir que no. Verás qué rico se siente.

—¡Soy virgen! —me apresuré a decir, como si aquello fuera a librarme.

—Pues mucho mejor, así no tengo que usar condón por miedo a que me pegues algo. —Tiró con fuerza, arrancándome las bragas. Fui a gritar, pero me silenció de nuevo con sus labios. Restregó su lengua contra la mía de un modo violento, había dejado de gustarme lo que estábamos haciendo. Quería que se detuviera, no quería aquello. Intenté morderle y me gané un bofetón—. ¡Zorra! —exclamó enfurecido agarrándome del cuello—. A mí nadie me muerde, si crees que me voy a quedar así, lo llevas claro. —Era mucho más fuerte que

yo, estaba claro que no podía usar esa habilidad en su contra. Con lo que Pablo no contaba era con que yo me había criado con cuatro chicos y era más astuta que él. Dejé que se confiara.

—Tienes razón, lo siento, me ha entrado el miedo, no debí haberte mordido, ¿me perdonas? —Agité las pestañas mordiéndome el labio, como había visto en las pelis, haciéndome la inocente. Él sonrió.

—Tranquila, pequeña, seré amable contigo. —Volvió a besarme mucho más relajado, un poco más y le tendría justo donde deseaba. El corazón me golpeaba ensordecedoramente en el pecho, apenas podía escuchar cómo gemía en mis labios. Su mano bajó a la bragueta para liberar la erección que allí se ocultaba. Había logrado separar mis muslos, era ahora o nunca.

—¿Puedo chupártela? Siento curiosidad —¿Qué chico de dieciséis iba a decir que no a eso? Él arqueó una ceja, sonriente.

—Claro, pero guarda los dientes, no quiero accidentes como el de antes. —Asentí, le agarré de la cintura fijando la vista en aquello que se alzaba frente a mis ojos. Era el momento, mi cabeza estaba a la altura de su pecho. «*Tres, dos, uno*», respiré levantando la cabeza con todas mis fuerzas, noté el impacto. Mi cráneo se estampó contra su barbilla y él gritó como un animal herido. Pero, no contenta con eso, le golpeé en las pelotas con la rodilla, provocando que cayera al suelo doblado por la mitad.

Cogí mis bragas del suelo y le escupí.

—¡No es no! ¡Gilipollas! Nunca lo olvides. —Sin mirar atrás me largué a casa.

Esa fue mi única y última experiencia con el sexo masculino, creo que me volví asexual. No se lo conté a nadie, tampoco había demasiado que explicar. Me equivoqué al flirtear con él y él se equivocó pensando que, por ser una chica, no iba a saber defenderme.

Tras comprobar que el traje debía ser ajustado por la vecina, fui a por la agenda de mi hermano. La abrí, dentro había una tarjeta negra, las letras eran plateadas con un trazado clásico y algo rocambolésco, aunque masculino. Tuve

que leer tres veces el nombre para entender qué ponía.

—Xánder Asimakopoulos. —¡Joder, menudo nombrecito! ¿No podía llamarse Paco Pérez? Seguro que era exportador de yogures griegos, con ese apellido, de sidra no lo era, seguro.



## Capítulo 3



Me levanté sudando de la cama. Otra vez las malditas pesadillas, ¿terminarían algún día?

Soñaba con poder levantarme un puto día con la mente en blanco, pero sabía que eso no iba a ocurrir.

Estiré los músculos que estaban completamente rígidos, no había noche que pudiera descansar en paz. La tensión se acumulaba en cada fibra de mi cuerpo junto con aquel primer recuerdo que me oprimía la mente.

Dicen los expertos que lo primero que podemos recordar es a partir de los tres años y cuatro meses de edad, todo lo ocurrido anteriormente queda suprimido, eliminado o almacenado en algún lugar que nuestro consciente es incapaz de encontrar.

Pero el subconsciente es otra historia. Allí queda todo preso en un mar salvaje repleto de oscura ansiedad.

Cada vez que caía en la cama, me dejaba arrastrar por la inconsciencia reviviendo una y otra vez mi infierno personal.

Puse los pies en el suelo, las frías baldosas blancas lanzaron un escalofrío

a mi espina dorsal. Miré las sábanas revueltas, había pasado la noche solo y, sin embargo, parecía que un montón de gente hubiera estado allí. Aunque fuera imposible, mi piso era sagrado, era mi santuario, nadie, salvo los más allegados, tenía permiso para visitar mis dominios.

Me fui directo a la ducha. No me gustaba dormir con ropa, cualquier simple roce era una molestia que trataba de evitar desde hacía años. Otra de mis malditas manías, fobias u obsesiones. Tenía una buena colección. Había gente que coleccionaba sellos, otros monedas, lo mío eran las malas experiencias que habían terminado desembocando en determinadas cosas que no podía tolerar. El pijama era una de ellas, evocaba en mí la infinidad de noches que me hacían dormir mojado en mis propios orines.

Las monjas no estaban para hostias y si te hacías pis, dormías meado toda la noche. Así aprendías la lección en el colegio interno en el que me crie.

Me metí bajo el agua, intentando purificar mi alma bajo ella. Mis duchas eran un ejercicio tanto o más extenuante que hacer deporte. Podía pasar entre media hora y tres cuartos bajo el chorro abrasador, a veces, incluso más. Todo dependía de la intensidad de mis pesadillas.

El agua siempre había sido un elemento esencial para la vida, algo que nos es dado sin otorgar nada a cambio, un elemento consustancial con la vida misma. Incluso podríamos decir que es algo divino, pues la vida iba implícita en ella.

Pasábamos nuestros primeros meses de vida inmersos en ella, dos terceras partes de nuestro cuerpo estaban formadas por el preciado líquido. Era imprescindible para mantenernos con vida, para saciar nuestra sed, lavarnos, inclusive, preparar alimentos. Necesitábamos agua para sobrevivir, sin ella, simplemente, moriríamos, al igual que el resto de seres vivos del planeta.

Dejé que cayera sobre mi pelo contemplando cómo era arrastrada por el desagüe. Desde los inicios de la humanidad se había vinculado el agua a algo sagrado. Todavía recordaba mis clases de religión, esas que recibía a diario por aquellas que se hacían llamar siervas de Dios y para mí lo eran del demonio.

La hermana María nos citaba la Biblia, el libro sagrado del cristianismo. En ella el agua aparecía como elemento primigenio de toda la creación, de tal forma que en el principio «el espíritu aleteaba sobre las aguas» (Génesis 1,2) «de donde hizo que surgiese y se diversificase de forma ordenada y progresiva la vida en todas sus formas».

Reconozco que aquellas clases me resultaban interesantes. Aunque, para mí, la Biblia no fuera más que un libro de ciencia ficción.

Cuando se despertó en mí la curiosidad por entender cómo habíamos llegado a este mundo, pues la historia de la manzana y la costilla no me terminaba de convencer, busqué respuestas en otras religiones y descubrí que todas tenían algo en común: aquel sutil elemento era venerado en todas ellas.

Para los musulmanes, el agua tenía una función purificadora a través de las abluciones. Existían tres clases, de las cuales, la más importante, la que concernía al cuerpo entero, era obligatoria después del acto sexual y se recomendaba también antes de la oración del viernes y, por supuesto, antes de tocar el Corán.

Los que se regían por Alá, antes de las cinco oraciones diarias, debían mojarse la cabeza, lavarse las manos, los antebrazos y los pies. Por ello, en las mezquitas, su lugar de culto, siempre se encontraban puntos de agua, a menudo fuentes, y su uso era dirigido a realizar dichas abluciones.

Para los judíos, la limpieza ritual con el agua permitía restaurar o conservar un estado de pureza. En el judaísmo era obligatorio lavarse las manos, incluso después de las comidas. El baño ritual, o *Mikveh*, era sumamente importante para las comunidades judías en otros tiempos.

Aunque el agua también había sido, y era, elemento de destrucción.

*«Plaf, plaf, plaf», era el sonido de la regla impactando sobre la mano de la hermana María durante la lección.*

*—Dios envió una lluvia torrencial sobre el mundo entero para castigar a la humanidad de su desobediencia. Solamente Noé, su familia y una pareja de cada raza de animales escaparon a ese castigo. —Todos la mirábamos*

*con ojos asustados, mientras ella paseaba arriba y abajo del aula, clavando sus negros ojos sobre nosotros—. El diluvio destruyó todos los pecados del mundo para poder renacer de nuevo, libre de impurezas. Vosotros tenéis las almas impuras, pecáis, mentís y anteponéis vuestra voluntad a la de nuestro Señor, no habéis aprendido nada de lo que le pasó a la humanidad en el diluvio y por ello seréis castigados.*

*Recuerdo a Martín orinarse encima por sus palabras dichas con tanto ímpetu, los gritos de la hermana María instándolo a recogerlo con su propia ropa revolcándose en ello. Recuerdo su pequeño cuerpo absorbiendo el líquido, a la par que el resto contemplábamos la escena sin mover un maldito dedo.*

*La vez que lo había intentado, los golpes que recibí me dejaron sin ganas de volver a interceder. Me tuvieron encerrado, comiendo pan rancio, sin agua que beber y durmiendo en el suelo. Tenía la cabeza plagada de moratones, ocultos bajo el pelo para que nadie los notara. El castigo cumplía su función, dejarte sin ganas de volver a intentarlo.*

*Las muy hijas de puta sabían dónde golpeaban, lo hacían con el reverso de un peine en plena cabeza, y allí no se apreciaba nada, a no ser que fueras rapado, que no era el caso de ninguno.*

*Otros lugares que eran elegidos, por no dejar huella, eran las palmas de las manos o las plantas de los pies.*

*A veces, sus castigos se limitaban a llevarte a la extenuación, tenían una enorme creatividad para ello.*

Me enjaboné el pelo, masajeando la cabeza tras las vívidas imágenes.

Tal vez por ese motivo pasaba tanto tiempo en la ducha, sintiendo el agua recorrer toda la piel, intentando arrastrar la culpa, expiando mis pecados en un vano intento de renacer libre de impurezas, a sabiendas, de que era imposible.

Cuando terminé, me sequé vigorosamente, hidraté mi piel olivácea, que era característica de mi país de origen.

Era griego de nacimiento, al igual que mis progenitores. Nací en Atenas, haré treinta y cinco años, aunque con dos mi madre me había traído a vivir al norte de España.

Mi padre era un pescador alcohólico de mano larga, a quien se le soltaba habitualmente con mi madre.

Ella, la mayor de diez hermanos, era abnegada, trabajadora y dúctil. Siempre esclavizada bajo las órdenes de una madre que apenas tenía tiempo de cuidar de todos sus hijos y que la utilizaba para criarlos junto a ella.

Recuerdo cuando me contó que, a los diez años, fue enviada a servir a una casa. Mi madre siempre había sido muy guapa, aunque ahora estaba muy estropeada por la vida que había llevado.

El dueño de la casa se encaprichó de ella y, con solo trece años, dio a luz a su primer hijo que falleció al nacer. Yo no tuve la misma suerte.

Deshonrada y expulsada por incitar a aquel hombre a pecar, regresó a casa de mi abuela. Para redimir su culpa, fue enviada a trabajar de sol a sol, en una conservera de pescado, para después seguir ayudando en las tareas del hogar.

No es de extrañar que, a los diecisiete años, se encaprichara de uno de los pescadores que la lisonjeaba y le traía regalos: mi padre.

Con diecinueve años fue madre de nuevo, pero, harta de recibir gritos y palizas tras las borracheras de él, le abandonó con veintiuno.

¿Queréis saber qué le dio el coraje necesario para hacerlo?

Según ella, todo estalló el día que mi padre la amenazó con arrojarme por la ventana. Me tenía sujeto por un pie, cabeza abajo, colgando por ella desde un cuarto piso de altura. Mi madre le imploraba que me dejara, abatida en el suelo con el brazo roto tras la paliza que acababa de recibir porque, según él, la cena estaba fría.

Por suerte, ese recuerdo había muerto en mi mente, aunque sentía un pánico irracional a las alturas, supongo que desatado por aquella experiencia alojada

en mi subconsciente. Años después, tras muchas visitas al psicólogo, había logrado mantener el miedo a raya. Incluso ahora me permitía el lujo de vivir en el último piso de un edificio, aunque nunca me asomaba por la barandilla de la terraza.

Recogí el baño, no me gustaba el desorden, limpié el vaho del espejo para reflejarme en él.

Si Dios había sido generoso conmigo, había sido con mi físico.

¿Un don? ¿Una maldición?, dependía del prisma con que se mirara, pero estaba claro que mi cuerpo me había abierto muchas puertas, aunque no estaba seguro de que fueran las correctas.

A mi edad, seguía manteniendo el cabello negro, lustroso y brillante como el ala de un cuervo, salpicado de algunas vetas plateadas fruto de tantas preocupaciones. Llevaba una barba corta, impecable, que cubría mi barbilla, bendecida por el llamado hoyito de la hermosura, dividiéndola en dos partes simétricas.

Justo en ese punto tenía un mechón blanco, el cual las mujeres tildaban de rasgo interesante, les gustaba besar ese punto o agarrarme de él para atrapar mi amplia boca.

Tenía unos rasgos fuertes, marcados, coronados por unos tortuosos ojos verdes que cambiaban de color dependiendo del estado en el que me encontrara.

Mi madre decía que era la réplica de mi padre, tal vez por ello, a veces, había tenido la sensación de que no me quería ni ver. Aunque, por otro lado, sabía que, a su manera, me quería.

La odié durante años. De pequeño no me había contado el motivo por el cual huyó de Atenas. Sola y sin nadie que pudiera ayudarla, me internó en un colegio donde me crié solo, sin cariño, sin besos, sin calor. Solo recibiendo indiferencia y malos tratos de aquellas mujeres que vestían el hábito y predicaban el amor a Dios.

Recuerdo las salas repletas de literas, las monjas desoyendo los llantos de niños temerosos. Allí cumplías o cumplías, no había espacio para el amor, la piedad o el perdón que tanto declaraba la fe cristiana.

Tal vez por eso era agnóstico. No creía en ese Dios misericordioso que era capaz de ver las atrocidades que yo viví a manos de sus siervas y quedarse de brazos cruzados.

Me puse la crema hidratante en el rostro. A mi edad, y tras épocas de auténticas penurias, las líneas de expresión habían formado trazos profundos en algunas zonas de mi cara. Se podía leer en aquellos pliegues el sufrimiento perpetuo al que había sido sometido, aunque lo enmascaraba con un antifaz de arrogancia y frialdad.

Mis clientes decían que envejecía como el buen vino, pero la vejez no era un buen síntoma en mi profesión, era una mera cuenta atrás que te indicaba que cada día estabas más lejos de poder ofrecer aquello por lo que te pagaban. En mi trabajo, la experiencia era un grado y la juventud, otro.

Fui al vestidor, me puse ropa de deporte, cada mañana corría cerca de una hora al aire libre, lloviera, nevara, hiciera frío o calor. Formaba parte de mi rutina, debía cuidarme, me lo debía a mí y a los que contrataban mis servicios, así que el exceso de grasa era algo que no me podía permitir.

Tras mi carrera, en ayunas, tocaba ir al gimnasio. Primero desayunaba en la cafetería tras darme otra ducha, una hora después trabajaba con mi entrenador personal, que me indicaba el plan de ejercicios diario.

Una vez al mes visitaba a la nutricionista para corroborar que mi IMC, el índice de masa corporal, fuera el adecuado.

Tras las pesas tocaba ir a clase. Combinaba distintas disciplinas, dependiendo del día de la semana. Yoga, Tai chi, Pilates y Boxeo. Si necesitaba calzarme los guantes y eliminar mi ira por algún sitio, el *ring* era un buen lugar para ello.

Para finalizar la mañana, pasé por el *spa*. Al día podía darme entre cuatro y cinco duchas como mínimo. La mujer que limpiaba mi piso siempre se

quejaba de la cantidad de lavadoras que debía poner viviendo solo.

Regresé a casa para comer, mis tardes eran tranquilas. Veía alguna película o leía un buen libro, no me gustaban los bullicios, así que allí era donde mejor me sentía. Llevaba una vida bastante solitaria.

Conservaba algún que otro amigo de mi época como *stripper*, con ellos era con quienes me relacionaba puntualmente cuando necesitaba hablar. Todos habíamos tomado caminos distintos y eso nos colocaba en puntos de vida muy dispares.

Cuando quedábamos, siempre volvíamos al mismo instante, rememorando de nuevo una época que, para nosotros, había sido dorada y terminó por ser algo deprimente.

Cuando nos encontrábamos, me sentía como aquellas viejas glorias del cine que, de repente, confluyen para salir todas juntas en una película, sin asumir que han perdido aquello que una vez les hizo brillar, quedándose suspendidos en un ficticio limbo de gloria agotada.

Así era justo como me sentía, exhausto. Si mi vida finalizara en este preciso instante, sería lo mejor que me podría pasar. Cada vez tenía menos fuerza y, aunque intentaba no dejarme arrastrar por mis impulsos, soñaba con tener el suficiente coraje para poder saltar por el balcón, lanzarme al vacío y liberarme.

Necesitaba descansar, colgar el fin a la película, sabiendo que, en mis manos, solo sujetaba el cartel de continuará.

Mandé un wasap a mi nuevo chófer. Había decidido cambiar de empresa de transportes, pues el anterior me había dejado tirado en un par de ocasiones.

Damián era joven, pero parecía responsable, con ganas de comerse el mundo con su nueva empresa. Creo que le contraté justo por eso, por la vitalidad que emanaba. Quería intentar sentir de nuevo un rayo de alegría y esperanza, aunque fuera a través de los ojos de otra persona.

XÁNDER



«Buenas tardes,  
hoy pásame a buscar a las ocho y media».

DAMIÁN

«Allí estaré».

El mensaje era escueto, suficiente para mí.

El primer día, cuando intentó entablar conversación, le advertí que prefería los silencios a las charlas, que no quería ser molestado, a menos que yo lo pidiera.

Él sonrió. Era guapo, seguramente un chico exitoso entre la población femenina. Era joven, rondaría los *veintipocos*, con un rostro de los que hacía suspirar a las chicas y hacerlas soñar con reconvertir al canalla en príncipe azul.

El primer día hizo un buen servicio. Tras mis peticiones, estuvo el resto de la noche en silencio, lo cual era fundamental para mí. Solo pedía cuatro cosas a quienes tenían algún tipo de relación laboral conmigo: profesionalidad, puntualidad, silencio y discreción.

Damián cumplió a la perfección y por ello le ofrecí un trato. No me gustaba ir cambiando de personal habitualmente, prefería que se habituaran a mis manías y no tener que volver a repetir las.

Si lo hacía bien, tras el mes de prueba que ya había pagado, le contrataría por un año con pago anticipado. Así me aseguraba de que no me fuera a abandonar. Ese tema también lo llevaba mal, siempre era yo quien dejaba, nunca me dejaban a mí.

Sospecho que eso también debo agradecerse a mi madre.

Terminé de arreglarme y no cené, pues ya lo haría con mi cliente. Cogí las llaves, apagué las luces y bajé en el ascensor.

Tenía dos vehículos que nunca utilizaba, un flamante coche, y una impecable moto, cogiendo polvo en el *parking* del edificio. ¿Que por qué tenía chófer? Primero porque me daba caché, mis servicios no eran baratos precisamente. Segundo, porque no me gustaba comerme la cabeza buscando sitio para aparcar o conducir entre el tráfico de la ciudad, y prefería sentarme en el asiento trasero y prepararme para lo que iba a acontecer. Y, en tercer lugar, porque prefería el anonimato, cualquier dato que pudieran sacar de mí era información, y yo prefería dar la justa y necesaria a mis clientes, manteniéndome siempre entre las sombras.

La limusina ya estaba esperándome. Se notaba que era recién estrenada, todavía almacenaba ese intenso aroma a nueva en su interior. Me sorprendió que Damián no me esperara fuera, sabía que debía abrirme la puerta para que entrara, como todo buen chófer.

La puerta del conductor se abrió de un modo abrupto, tal vez le hubiera surgido algún imprevisto dentro.

Damián descendió del coche tropezando, juraría que era moreno de pelo corto, ¿por qué estaba viendo un moño de colores en su nuca?

Cuando se dio la vuelta, el aire abandonó mis pulmones. Frente a mí no estaba Damián, sino una chica con cara de muñeca de porcelana y cara asustada.

Era muy joven y vestía un uniforme de conductor demasiado grande para su talla. La gorra encajada a media frente enmarcando unos enormes ojos azules, tan claros, como las aguas de Grecia.

Tenía una boca jugosa carente de cualquier artificio, llevaba la cara lavada, sin rastros de colorete, rímel o pintalabios. Creo que era la primera vez que veía tanta belleza en estado puro.

—Disculpe, señor... —hizo una pausa como si estuviera tratando de recordar. Cuatro perfectas paletas blancas asomaron para morder el grueso labio inferior. Estaba agitada, incómoda, podía percibirlo en la forma en la que dañaba la fina piel de su boca en un intento inútil de recordar mi apellido, que no era para nada sencillo.

— Asimakopoulos —le facilité con la voz tomada por la sorpresa.

—¡Eso es! —exclamó desplegando la sonrisa más maravillosa y franca que había visto en mucho tiempo—. Señor *Asímeacoplo*. —Entrecerré los ojos ante su error, ella lo percibió, encendiéndose como una bombilla—. Perdón, quería decir *Asímelokopulo*. —mis ojos se abrieron de auténtica incredulidad. ¿*Asímelocopulo*? Estuve a un instante de soltar una carcajada profunda, frente a la mortificada mirada de la muchacha que no sabía dónde meterse—. ¡Mierda! —Soltó aquel exabrupto que hizo temblar mi garganta—. ¡Lo lamento de nuevo! ¡Discúlpeme! —Abrió la puerta para que pudiera pasar—. Le prometo que en un rato me saldrá, uso la técnica de asociar frases o palabras para recordar los nombres y como usted tiene un apellido tan complejo busqué cosas que me lo recordaran y ahora solo logro evocar esas estupideces en vez de su apellido que era... —Obviamente estaba abochornada.

—Asimakopoulos —le repetí intentando aliviar su incomodidad.

—Por supuesto, si es tan amable de entrar, señor, se lo agradeceré, no me gustaría que llegara tarde por mi culpa. —No estaba muy seguro de cómo reaccionar frente a ella, era un elemento inesperado. Yo había contratado a Damián y, en su lugar, aparecía aquella muñequita de cabellos de colores a quien me apetecía besar.

Era de locos y me cabreaba sobremanera. No me gustaban los imprevistos y menos uno como ese. Miré el reloj, no podía plantearme otra opción, así que pasé al interior de la limusina sin estar muy convencido de que fuera la mejor opción.

## Capítulo 4



Dios, Dios, Dios. ¿Se podía ser más necia, idiota y *metepatas* que yo? ¿Por qué mi hermano no me había avisado que iba a llevar al Dios del sexo en la limusina?

En cuanto le vi aparecer por la puerta, recé para que él no fuera mi cliente, bueno, el de mi hermano. Pero cuando se detuvo al lado del coche supe, sin ninguna duda, que se trataba de él.

Jamás me había sentido tan atraída hacia algo, o hacia alguien. Era como si, de repente, hubiera despertado de una larga hibernación. Mi cuerpo respondía y de qué manera.

No pude evitar echar un vistazo al retrovisor y maldecir por no usar esos potingues que, según los anuncios, hacían sentir a las mujeres poderosas, postrando a su paso a los hombres a sus pies con un simple aleteo de sus pestañas.

¿Pero a quién pretendía engañar? Un tipo como aquel jamás se iba a fijar en alguien como yo. No era un niño como los que solían revolotear a mi alrededor en las carreras, era un hombre con todas y cada una de sus vocales, y consonantes.

Mi capacidad de reacción fue mermada de cien a cero, ¿sería ese el famoso atolondramiento femenino que sufrían las chicas cuando alguien les gustaba?

Su mirada impaciente me recordó que Damián me había dicho que debía abrir la puerta al cliente. Empezaba bien la noche.

Salí atropelladamente, dando un pequeño traspies a la salida. La modista no había tenido tiempo de arreglarme el traje, así que me sobraba por todas partes. Intenté serenarme antes de enfrentarme a su mirada.

Me sentía minúscula comparada con él, y ya no era solo por su estatura o su amplitud, era la energía que emanaba, esa de quien es sabedor que el poder le pertenece. Tenía unas manos enormes y muy cuidadas, me daba vergüenza que mirara mis uñas mordidas. Por suerte, las había ocultado bajo los guantes. Tenía una boca perfectamente perfilada y unos hechizantes ojos verdes.

¡Madre mía! ¡Qué ojos! Cualquier chica hubiera matado por tener unos iguales.

Me disculpé intentando recordar el maldito apellido. ¿Cuándo se me había quedado la mente en blanco? Me mordí el labio intentando rememorarlo, era un apellido difícil, pero empleando la nemotecnia no debería tener problemas para evocarlo.

No me dio tiempo, él ya lo había soltado por aquella boca donde asomaba una dentadura blanca y perfecta ¿Llevaría dentadura postiza?

Imaginar a don perfecto sacándosela cada noche para colocarla en un vasito de agua sobre la mesilla, hizo que una carcajada sacudiera mi mente descolocándome.

¡Mierda, me había quedado callada! «*Reacciona*», me insté, pero, con los nervios, sobreactué.

—¡Eso es! —exclamé con demasiada efusividad para mostrarle mi mejor sonrisa—. Señor *Asímacoplo*. —Sus ojos se achicaron como si no comprendiera lo que acababa de decir. ¿Qué había dicho? Intenté rebuscar en

mi cerebro, ¡Joder! Había usado uno de los sobrenombres con los que jugueteé para recordar el suyo. Sentí mis mejillas arder—. Perdón, quería decir *Asimelokopulo*. —Aquellos ojos se abrieron de par en par. No podía ser ¿lo había dicho en voz alta? ¡Dios, otra vez no!

Había probado con unos cuantos sobrenombres para aprenderme el maldito apellido, aunque reconozco que este último tenía mucho sentido. Solté un taco sin poder contenerme y, tras él, me disculpé de nuevo. Me estaba cubriendo de gloria, debía pensar que era una niñata estúpida. Mejor sería si me limitaba a hacer mi trabajo y dejaba de liarla de una vez.

Le abrí la puerta mortificada.

Le prometo que en un rato me saldrá, uso la técnica de asociar frases o palabras para recordar los nombres y como usted tiene un apellido tan complejo busqué cosas que me lo recordaran y ahora solo logro evocar esas estupideces en vez de su apellido que era... —necesitaba aclarárselo antes de que creyera que era una *tontadelculo*.

—Asimakopoulos —repitió con cara de pocos amigos.

—Por supuesto, si es tan amable de entrar, señor, se lo agradeceré. No me gustaría que llegara tarde por mi culpa.

¿Qué persona confiaría en un chófer que ni siquiera era capaz de aprenderse su nombre? ¡Como para darle una dirección y fiarse! No podía permitirme el lujo de cagarla más con él o echaría por tierra todo el esfuerzo de Damián.

Por suerte no dijo nada e hizo el gesto de entrar pasando muy cerca de mí. Cuando se agachó, contemplé una gruesa vena palpitando en el moreno cuello, asomaba sobre la camisa llamando, soberanamente, mi atención.

El aroma masculino invadió mis fosas nasales, despertando un pequeño gemido, que no fui capaz de contener. Él apretó la mandíbula, cubierta por una barba corta, de esas que te hacen suspirar al imaginarlas recorriéndote el cuello.

¿Desde cuándo yo suspiraba por eso? ¡Por todos los santos! ¿Sería ese despertar el que anunciaba mi amiga Vane?

—Cuando le encuentres, lo sabrás —me decía mientras me teñía las puntas de colores en la peluquería donde trabajaba—, y no podrás hacer nada por refrenar los impulsos que se desatarán en tu cuerpo. —Resoplé sin creerme nada de lo que contaba—. Serás como la gata de la señora Joaquina, maullando de esquina en esquina, frotándose en ellas para que el minino del señor Ramón la empotre de mala manera —anunciaba. Yo solo podía pensar en ella como una fusión entre Esperanza Gracia, la pitonisa de Telecinco, y la presentadora de *Pelopicopata*, un programa de animales que veía de pequeña. Pero la muy cabrona había acertado.

Ahora mismo solo podía verme como aquella gata *maullante* de la señora Joaquina. Todo iría bien mientras no me diera por hacer como ella y pasarle el culo por toda la cara a mi gato *empotrador*.

Cerré la puerta intentando alejar aquellas imágenes de celo animal. «*Es trabajo, Nani, actúa igual que cuando estás en tu taxi, eres una profesional del transporte de personas*», me infundí algo de valor e intenté comportarme del mismo modo que en mi día a día.

—*Va patrullando la ciudad, va patrullando la ciudad, por la noche con su coche, apatrulla la ciudad...* —tarareo dando golpecitos en el volante, con mi ritual de siempre.

—¿Disculpe? ¿Está cantando? —la voz masculina trona en el interior del vehículo y yo siento la necesidad irrefrenable de estampar mi frente contra el volante. Me aclaro la garganta, intentando hacer ver que estaba manipulando la radio. Agacho la cabeza con la esperanza de que me cubra la visera y comienzo a emitir pequeños ruiditos como si tratara de sintonizar la emisora. ¡Por Dios, qué ridícula! En cuanto di con un canal respondí.

—No, señor Asimakopoulos. —Por fin me había salido—. Es la radio, estoy tratando de encontrar una emisora a su gusto.

—Por mí puede dejar el coche en silencio, señorita... —Busqué su mirada a través del retrovisor, era interrogante y me quedé embobada sin entender qué

esperaba. Parecía molesto, su boca se movía, ¿me estaba preguntando algo? Intenté recuperar mis ondas cerebrales que parecían cortocircuitadas, ¿sería aquel hombre un inhibidor de mi frecuencia cerebral?

—¿Entiende mi idioma? —¿Por qué me preguntaba eso? ¿Sería por mi pelo?

—¡Claro! Aunque sea rubia y de ojos azules mis padres son de Jaén. —Él resopló.

—Me importa poco su físico o la procedencia de sus padres, pero sí necesitaría su apellido para dirigirme a usted, a no ser que quiera que la llame simplemente chófer. —Iba de mal en peor. Su tono parco me hizo recordar que mi hermano me había dicho que no le gustaba entablar conversación. ¿Si no quería saber nada de mí por qué me preguntaba lo del idioma? Estaba claro que estaba frente a un esnob indeseable. Era cierto que no tenía por qué importarle de dónde eran mis padres, pero tampoco tenía por qué responderme así. Me sentí molesta, así que me limité a darle la información que precisaba.

—Estrella, me apellido Estrella. —Se acarició la barbilla como si estuviera evaluando si mentía o no.

—¿Igual que Damián? ¿Acaso todos se apellidan igual? —¿Ese tío era tonto o se lo hacía?—. ¿Qué le ha pasado, por cierto? No me gustan los cambios. —Me sentó como un tiro, estaba diciéndome a la cara que yo no le gustaba. Comenzábamos con mal pie y la cosa no tenía pinta de mejorar. Me había ofendido, por muy bueno que estuviera, y cuando me ofendían la lengua se me desataba.

—A su primera pregunta le diré que sí, igual que Damián. A la segunda podría responderle que en la fábrica de chóferes de Santa Claus nos ponen a todos el mismo apellido para meternos en cajitas y enviarnos dentro de las limusinas, pero creo que ya está bastante crecido para creer en Papá Noel. Así que, como no le importa quiénes son mis padres, intuyo que tampoco le importarán los de Damián, que son los mismos. —Parecía sorprendido ante mi pulla, tal vez nadie le había hablado así con anterioridad, pero es que ya me tenía hasta las narices y eso que acabábamos de conocernos. Ya era hora de que alguien le pusiera en su sitio a ese hijo de papá. Y si ese alguien debía ser



yo, pues que así fuera—. Y respecto a la tercera, le diré que hemos tenido un percance familiar, la empresa es de ambos, por si no lo sabía. —Aquello no era una mentira, pues todo mi dinero estaba puesto ahí—. Así que, por el momento, yo seré su nueva chófer hasta que Damián regrese. Si ha terminado con el interrogatorio, me gustaría conocer la dirección adonde debo llevarle. Si no recuerdo mal, le gusta la puntualidad y depende de dónde sea el lugar y la hora a la que haya quedado, podemos ir ya justos de tiempo. —Por un momento nos quedamos en silencio, no estaba segura de si mi manera de comportarme iba a hacer que perdiera el cliente, pero es que ya me tenía un poquito hasta los ovarios con esa mirada de perdonavidas.

—No voy a tener en cuenta sus modales, por esta vez. —No podía creer que hubiera dicho eso, ¡sería capullo!—. Supongo que son los nervios del primer día. Parece usted muy joven para tener tanta responsabilidad. Espero que, por lo menos, sepa conducir y no se pierda.

—Las apariencias engañan —le reproché—. En mi familia prácticamente aprendimos a conducir antes que a caminar y, en lugar de cerebro, llevamos GPS, como las ballenas piloto. —Su nuez subió y bajó agitada—. Si le parece mejor, se lo demuestro, que a mí no me gusta la gente que prejuzga, señor. — Él tensó el rostro.

—Y a mí no me gustan los charlatanes. Si quiere demostrarme su profesionalidad, empiece a comportarse como una auténtica chófer de lujo, señorita. Si hubiera querido charlas baratas me limitaría a ir en taxi. — Aquello sí que me ofendió. Resoplé sin poder evitarlo y me mordí la lengua antes de atacarle sin piedad, dar un salto a la parte trasera de la limusina y aporrearle hasta borrarle aquella cara de engreído.

Pensé en mi hermano, en el lugar en el que estaba y en cuánto necesitaba el dinero.

—La dirección, por favor —fue la única frase que me escuchó decir hasta llegar a nuestro destino, el hotel Juan Carlos I.

—Espere aquí, no se mueva. No sé el rato que tardaré, pero serán horas. En cuanto me vea aparecer deberá llevarme a casa, así que no se extravíe. No me gusta que me hagan esperar.

—No se preocupe, no me moveré de aquí, señor. —Descendí del coche, como era mi deber, para abrirle la puerta. Él salió justo después, colocándose bien el impecable traje Armani.

No miró atrás. Su rictus era serio, concentrado, así que supuse que se trataría de una importante cena de negocios. Si decía que iba a estar tantas horas allí dentro, seguramente se trataría de algún tipo de negociación. ¿A qué se dedicaría?

Desapareció en la entrada del hotel y yo me quedé allí apostada, perdida en la última visión de su espalda.

Estaba habituada a esperar. Los taxistas conducíamos o esperábamos, por lo tanto, aquello también formaba parte de nuestra profesión.

No me había traído nada para comer. Solo hubiera hecho falta que me acusara de que la limusina oliera a huevo cocido, con las malas pulgas que se gastaba, pero como no pensaba que tardara más de tres o cuatro horas a lo sumo, podría aguantar.

Pensé en su rostro, todo lo que tenía de guapo, lo tenía de sieso. Tal vez fuera lo normal, para él yo era un mero objeto, como una silla o un armario. Daba igual que fuera una persona con corazón y sentimientos, al señor *Asieresdekapullo*, no parecía importarle. Él era el aceite y yo era el agua que quedaba debajo, siempre estaría por encima de mí. Todos los de su clase nos trataban del mismo modo, creyéndose los reyes del universo, para ellos no éramos personas, sino un medio para llegar a su fin.

Aproveché el rato y me senté en el interior del coche y encendí la radio poniéndome al día de la actualidad informativa. La huelga de taxis en Madrid había finalizado sin que se les diera la razón a los taxistas. Muchos habían decidido no seguir con la huelga, pues el tiempo que llevaban parados se traducía en cero ingresos.

Según el reportero, muchos sentían temor a las represalias. ¿Perderían clientes? ¿La gente dejaría de utilizar sus servicios?

Se abrió un debate entre un taxista, personas de la calle, un conductor de Uber y otro de Cabify.

Los de las VCT acusaban a los taxistas de querer dejarles en el paro. Según ellos, en Barcelona, más de dos mil familias se habían quedado sin empleo. Aquello sí que me generaba tristeza, escuchar llamadas testimoniales sobre lo que había supuesto la marcha de dichas empresas de la ciudad condal me generaba malestar y me erizaba la piel.

Mi padre decía que, en la guerra, nunca había buenos ni malos, simplemente dos bandos donde cada uno defendía lo suyo. En mi casa y para mi padre el bando correcto era el que durante años nos había dado de comer.

En las guerras siempre había víctimas y muchos daños colaterales. Quienes más las sufrían eran los más débiles y, en este caso, las familias que se habían quedado sin ingresos. Pese a todos los motivos que conocía del conflicto, no lograba empatizar con los conductores de las VTC. Ellos no eran los culpables de querer llevar un sueldo a sus familias, simplemente buscaban un empleo con el que ganarse la vida, cosa totalmente respetable. Pero eso ponía en el punto de mira al sector del taxi, atacando directamente a nuestros ingresos. Me sentía inmersa en plena batalla sin saber muy bien cómo actuar.

A veces, la conciencia me sacudía, tal vez más de lo necesario. Y me preguntaba cómo sería ser soldado en plena misión en Afganistán, teniendo un padre de familia delante de ti, apuntándote con un arma para proteger sus ideales y a su familia.

No me gustaban los conflictos y, mucho menos, aquellos donde el sentido de la justicia era un fino hilo que se tensaba y amenazaba con fragmentarse en cualquier momento.

¿Quién estaba en poder de la verdad absoluta? ¿Quién era capaz de discernir entre lo correcto y lo que no lo era?

Tomé el teléfono, habían pasado más de tres horas y no sabía el tiempo que permanecía abierto el restaurante, pero seguramente no cerrarían hasta que el último cliente no abandonara su silla. Así eran los hoteles de cinco estrellas, o

por lo menos así los imaginaba, ya que solo había estado en el vestíbulo para cargar las maletas de los pasajeros.

Si algo me quedaba claro era que aquel ambiente no estaba hecho para mí. Yo era más de mochila y albergue, solo debías echarme un vistazo para entender que los lujos no eran lo mío.

Sentí curiosidad por saber más sobre mi cliente. Tal vez saliera en redes, hoy en día todo el mundo salía en la red.

Tecleé su nombre en mi móvil. Nada, absolutamente nada. Creo que era la primera vez que ponía un nombre en Google y no salía una miserable línea.

¿Quién era ese tío? ¿Un maldito fantasma?

Estaba agotada, solo había dormido un par de horas desde el día anterior, así que busqué una emisora donde siempre ponían temazos de música rock, sonaba *This ain't a love song*, todo un clásico de Bon Jovi. Cerré los ojos, dejándome llevar por la voz rota de Jon.

Un sonido duro hizo temblar el coche. Di un salto, estremecida, sintiendo la boca seca como un zapato y el cuello dolorido por la postura incómoda que había adquirido. Miré la pantalla en la que se reflejaba la hora en el salpicadero, las cuatro de la mañana. ¡¿Las cuatro de la mañana?!

—Si ha terminado de roncar y echar una cabezadita, señorita Estrella, me gustaría largarme a casa. —No pude torcer el cuello porque se me había quedado algo rígido, pero estaba claro que el jefe no estaba de buen humor. Con todas las horas que llevaba ahí dentro fijo que se le había torcido la negociación.

—Por supuesto—, dije recomponiéndome e intentando disimular las tres horas y media de sueño que me había echado. Ajusté la gorra que se había torcido, tanto como mi cuello, y observé su gesto adusto a través del retrovisor.

Parecía algo despeinado y tenía el pelo húmedo, miraba fijamente hacia la puerta del hotel. Seguramente habría pasado por el baño para lavarse la cara y

despejarse. Tenía los ojos atormentados como si algo le preocupara sobremanera.

Al parecer, a los ricos también se les torcían las cosas.

Conduje sin poder evitar desviar la mirada hacia su apuesto rostro, que parecía decir que estaba librando una batalla interna. Aquella expresión me recordaba a la de mi padre cuando le dijeron que no iba a poder volver a caminar.

La frustración, la ira, la incapacidad de ver más allá del obstáculo que le impedía ponerse en pie, se apoderaron de él. Me sentía con la necesidad de aliviar aquella carga que le atenazaba, mostrarle que, a veces, tras los obstáculos se encontraban los paisajes más maravillosos.

—¿Una mala noche? —pregunté con suavidad. Xánder tenía el codo sobre el apoyabrazos, con el puño levantado y los dientes clavados en él. Un destello hizo que me fijara en el par de gemelos que decoraban su camisa, llamando mi atención. No conocía a nadie que los usara. Su rostro se desvió hacia mí, imperturbable, como el de un ángel caído resurgido del mismísimo infierno. Me estremecí ante la hosca mirada.

—Le dije que quería silencio —el tono era directo. Me maldije por salirme de lo establecido, pero no podía evitar preocuparme cuando veía una expresión como la suya.

—Lo lamento, pensé que le apetecería hablar. Ha estado mucho rato allí dentro e imaginé que las cosas no habían salido como esperaba.

—Pues no imagine tanto y conduzca, le pago para eso. Si quisiera hablar, iría a un psicólogo o llamaría a un amigo. —Su respuesta me enervó. Apreté los dedos contra el volante, ¿se podía ser más desagradable que él? La culpa era mía por no limitarme a hacer mi trabajo.

No respondí, atragantándome con todo lo que me apetecía soltarle. Estaba claro que ese tipo y yo no congeniábamos. Nunca íbamos a llevarnos bien, cuanto antes lo asumiera, mejor.

El estómago me rugió, había apagado la radio y estábamos detenidos en un semáforo. El sonido retumbó alto y claro. ¡Qué vergüenza!

—¿Qué ha sido eso? —preguntó cuando mis entrañas protestaron por segunda vez—. ¿Es el coche? —Ahora sí que parecía preocupado. Habrase visto.

—No, tranquilo, no es el coche. No se preocupe que, en breve, llegaremos a su casa. —Me negaba a decirle que habían sido mis tripas.

—Mire, señorita Estrella, no estoy para milongas esta noche. Si su limusina no funciona correctamente, debería decírmelo. Estoy pagando una pequeña fortuna por su servicio y no estoy dispuesto a que nos quedemos tirados en cualquier rincón porque su coche sufre una avería. Si es así, dígamelo y cambiaré de servicio. —Eso era justo lo que me faltaba, que anulara el servicio porque estaba hambrienta.

—¿Es mi estómago! —le corté antes de que decidiera rescindir el contrato.

—¿Su estómago? —Al parecer, volvía a sorprenderle.

—Sí, no pensé que el servicio se alargara tanto, ni que tuviera que quedarme tantas horas esperándolo. No quería que el coche cogiera olor a comida, por lo tanto, no me traje nada para cenar. No he comido desde ayer al mediodía, así que disculpe si mi estómago le ha ofendido. —Volvía a observarme como si fuera una rareza que nunca hubiera visto. Lo que me faltaba, seguro que a él la barriga no le rugía, sino que le cantaba *La Traviata*.

—¿Me está diciendo que lleva catorce horas sin comer?

—Más bien dieciséis, soy de las que comen pronto. —Sus ojos se abrieron de par en par.

—Pare allí —me ordenó señalando un par de huecos en zona azul.

—¿Cómo? —pregunté sin entender la orden—. ¿No quería ir a su casa?

—¡Que pare allí, le digo! —Estuve a punto de saltarme el espacio—. ¡PARE! —gritó provocando que frenara abruptamente y le lanzara propulsado

hacia delante. Eso le pasaba por no abrocharse el cinturón.

—¡Perdón! —me disculpé viéndole de rodillas en el suelo. Sonreí antes de que levantara la cabeza, así me gustaba más el señor Asimakopoulos, arrodillado ante mí.

—¿Está mal de la cabeza?! ¿O es que está sorda? ¿Acaso tiene algún problema auditivo que le impida oír mis órdenes? —Me mordí el interior del carrillo para impedir carcajearme en su cara.

—Más bien creo que mi problema es usted —rezongué. Llegaba un punto que parecía que me estuviera provocando y una no es de piedra.

—¿Disculpe? —Su mirada parecía arrastrarme hasta el mismísimo infierno y, curiosamente, a mí me apetecía que me arrastrara a él. Me aclaré la garganta.

—Que no tengo ningún problema con usted, he dicho. —Crucé los dedos de los pies para que no notara mi mentira piadosa—. Cuando no como durante muchas horas y duermo apenas dos, mis reflejos se ven mermados.

—¿Y en esas condiciones conduce para mí? ¿Acaso pretende matarme? —Seguía de rodillas con un mechón húmedo cayendo sobre su frente. Sentí la imperiosa necesidad de apartarlo y, sin pensar, me humedecí los labios que estaban secos. Creo que le oí gruñir. Se levantó de malas maneras—. Aparte de una maldita vez, señorita Estrella. —Tragué con dificultad, intentando cumplir su mandato. Creo que nunca me había costado tanto aparcar un coche. La limusina era muy larga y me daba miedo dañarla—. ¿También tiene problemas con el aparcamiento?

—Es que es muy grande, nunca he tenido una tan grande entre las manos. —Le oí maldecir. Seguro que después de aquel servicio no me volvía a llamar.

—Grande o pequeña hay espacio suficiente, debería poder meterla igual, quiero decir aparcarla, ¡Joder! —protestó. ¿Qué había sido eso?—. Ya no sé ni lo que digo, me está volviendo loco. —Tiró de sus cabellos, devolviéndome una mirada que congelaría el mismísimo infierno—. Límitese

a aparcar, ¿me ha oído? —Asentí, cualquiera le decía que no.

Por fin logré meter la limusina en aquel espacio, aunque, inevitablemente, no pude dejar de mirarle de reojo. Estaba muy inquieto y eso me puso más nerviosa de lo que hubiera deseado, dificultando la maniobra.



## Capítulo 5



«*Recupera el control, Xànder*», me recriminé contemplándola como devoraba un tazón de chocolate humeante y churros.

Era lo único que estaba abierto, una pequeña churrería, que permanecía en pie, inclemente, desde hacía más de treinta años y que se negaba a perecer bajo la vorágine cambiante de la ciudad.

Hacía quince años que no ponía un pie en ella, pero durante tres fue mi refugio habitual. Cada vez que acababa el espectáculo, cada vez que el club de estriptis apagaba sus luces, escapaba allí junto a mis compañeros.

Recuerdo las risas, cómo bromeábamos al recordar el *show* de la noche. Debatiendo las anécdotas, los tropiezos o las manos de las clientas que hurgaban más allá de lo permitido.

Jonathan, César, Toni y yo formábamos parte del elenco de *boys*, de la sala Privé, allí en Barcelona.

Había sido la primera en abrir sus puertas en la ciudad. Nunca antes había habido nada parecido en ella, Privé y Mercabarna eran los puntos calientes donde las barcelonesas decidían desatar su libido, enmascaradas tras despedidas de soltera, cumpleaños o fiestas de empresa.

Cada noche, cientos de mujeres acudían para vernos. Nos devoraban con sus ojos, alimentando la fantasía de ser la elegida para pasar la noche con uno de nosotros. A cada prenda que caía olvidada en el suelo, su deseo crecía exponencialmente, dando rienda suelta al frenesí de la carne.

Nuestras pieles incitaban a ser acariciadas, besadas, incluso lamidas. Éramos los más deseados y ellas peleaban como gatas para que nos fijáramos en su desenfreno. Guerreando insaciables para ser una de las afortunadas que nos follaríamos aquella noche y terminar en el camerino, una vez finalizado el espectáculo, en una descomunal orgía llena de sudor y lascivia. Una vez saciados, salíamos a recuperar fuerzas con aquellos dulces tan deliciosos que preparaba el señor Julián artesanalmente.

El lugar era pequeño, con las paredes cubiertas de azulejos blancos, un mostrador antiguo de madera y cuatro mesitas de hierro forjado.

—Mmmmmm, están buenísimos, creo que son los mejores churros que he comido en mi vida. Y he comido muchos. —Mi chófer tenía los ojos cerrados, masticaba saboreando la crujiente masa con los labios manchados de chocolate y expresión de puro deleite. Me removí incómodo en la silla, imaginando que pasaba la lengua por el arco que delimitaba su grueso labio inferior bañado en la pasta oscura. Sus ojos se abrieron desconcertándome, me había pillado desprevenido teniendo pensamientos de lo más impropios respecto a ella. ¡Maldición! ¡Era una cría! No me apetecía sumar la pederastia a mi larga lista de pecados capitales—. ¿Está seguro de que no quiere? En sus ojos veo hambre —me tanteó bajando la voz, paseando con inocencia la lengua por el punto justo donde yo había imaginado que ponía la mía sin imaginar dónde volaban mis pensamientos, ni lo que incitaba con ellos. O era una inconsciente o una provocadora nata. Por supuesto que tenía hambre, pero no precisamente de lo que se me ofrecía. Alargó la mano con el dulce goteante paseándolo frente a mis ojos de un modo tentador.

—No como esas cosas —afirmé. Ella sonrió dando otro bocado con una mirada de «tú te lo pierdes».

—Pues debería, tal vez así estaría de mejor humor. Dicen que el chocolate es el elixir de la felicidad. —No pude resistir la tentación de responder

agitado.

—Lo que dicen del chocolate es que produce el mismo placer que un orgasmo y que es el mejor sustituto del sexo, no el elixir de la felicidad —la corregí sin apartar la mirada ni un ápice. Mi voz había bajado un par de tonos viendo cómo deslizaba la masa rebosante entre sus labios, dentro y fuera, limpiándola de la sustancia que la pringaba. Ella mordió la punta, masticando con los ojos brillantes y divertidos. Cuando logró tragar, me miró muy seria.

—Mmmm, puede pero ¿no dicen que en el placer está la felicidad? ¿Por eso no quiere probar este manjar? ¿Hay demasiado sexo en su vida, jefe? — ¡Joder! Mi polla dio un brinco en mi bragueta, nunca había pensado que aquella mocosa insolente vestida de hombre me la pusiera tan dura. Solo podía pensar en levantarme, rasgar la camisa de arriba abajo, untarla en el espeso brebaje y degustarla por completo hasta encajar mi polla en su prieta rajita y hacerla gritar. Las pestañas se agitaron, parecía preocupada—. ¿Se encuentra bien? —Logré escuchar sumido en la bruma de mi deseo—. Está sudando, sus pupilas se han dilatado. No será un infarto, ¿no? Los hombres que sufren estrés tienen más riesgo de sufrir uno, y usted, ahora mismo, parece muy estresado.

Miré el plato que estaba vacío sobre la mesa. Intentando entender cómo debía reaccionar y sintiéndome completamente perdido.

—¿Ha terminado? —pregunté abrupto. Ella asintió.

—Entonces, ¿no es un infarto? —Casi la aniquilo con la mirada. Ella tragó con dificultad, limpiándose los dedos con una servilleta de papel.

Arrastré pesadamente la silla donde estaba sentado, no podía recolocarme la protuberancia que se alzaba en mi pantalón, así que me levanté incómodo. Gracias a la chaqueta del traje, no se veía nada.

—Nos vamos. —Fue lo único que fui capaz de decir.

No di opción a réplica, le tendí un billete al camarero y salí antes que ella.

Necesitaba sentir el aire frío de la noche, aunque era complicado en pleno

mes de julio.

Hacía calor y el traje no ayudaba. Me desabroché la chaqueta en un vano intento de refrescarme, sabía que lo que provocaba aquel estado no era el clima, precisamente.

La señorita Estrella pasó rauda por mi lado para abrir la puerta y, antes de que pudiera poner un pie dentro, susurró:

—Gracias. —«*No la mires*», amenacé a mi conciencia, pero era demasiado tarde, y la tentación, demasiado grande. Giré la cabeza, allí estaba ella, con ese rostro de ángel de pureza infinita, con un halo sereno que te hacía pensar en la posibilidad de redención. Redención, menuda palabra para un ser como yo.

Una pequeña gota de chocolate pendía de la comisura de sus labios, y era como si el maldito Dios me hubiera enviado a uno de los suyos. Uno en forma de tentación para intentar llevarme al otro lado. Levanté la mano en un acto reflejo, su respiración se detuvo cuando notó mi dedo atrapar aquella minúscula chispa de color oscuro.

Su boca se abrió por la sorpresa, casi podía escuchar sus latidos acelerarse. Era joven, sí, pero estaba claro que no le era indiferente. Llevaba toda la noche viendo las miradas furtivas que me dedicaba y el deseo acechando en aquellos orbes angelicales. Llevé el dedo a mi lengua, permitiéndome la licencia de saborear aquella partícula que había reposado tan cercana a su boca, era lo más próximo a ella que iba a dejarme estar.

La tomé sin permiso, como prácticamente todo lo que hacía, porque yo jamás preguntaba, me limitaba a ejecutar mis deseos siempre; ya tenía suficientes limitaciones en mi empleo como para coartarme en todo lo demás. Aquí lo único que importaba era lo que yo necesitaba, y en aquel momento, esa pequeña partícula, era todo lo que quería.

—Realmente sigue siendo el mejor —observé al sentirlo sobre mi lengua. El chocolate estaba fuera de mi dieta, a no ser que contuviera el noventa y nueve por ciento de cacao y fuera sin azúcar.

Su dulce aliento soltó el aire que había estado conteniendo. ¿Podía haber un acto más íntimo que respirar el aire que otro exhalaba? A mí me parecía que no, me sentí un usurpador de aquella sabrosa brisa que había sido alojada en sus pulmones. La sorbí deleitándome en cada nota, llenándome de... ¿Vida? ¿Deseo? ¿Anhelos prohibidos? Le dediqué una última mirada, tratando de memorizar sus rasgos perfectos. Suficiente, no podía pedir más. Aunque sabía que ella, en aquel instante, me lo hubiera permitido todo.

Parte de mi maldición era despertar ese deseo carnal en todo aquel que posara los ojos sobre mí, era indistinto el género, la edad o la condición. Querían mi cuerpo, mis atenciones, como si fuera un precioso objeto que atesorar. Siempre había sido así, desde que fui consciente de ello.

Entré en el interior del coche, salvaguardándome de cualquier mirada, rodeándome de cuero, lujo y soledad. Porque esa sí que la derrochaba a raudales y no quería que mi situación cambiara.

No hablé más con ella, la sentí descolocada. Yo mismo lo estaba, no era bueno que intimara con la señorita Estrella. Debía mantenerme al margen, como hasta ahora. Seguí contemplando los edificios a través del cristal oscurecido, sabía que me estaba mirando, la sentía en cada vello encrespado, en la presión que ejercía mi pesado miembro en la pretina del pantalón.

Tal vez, lo que ocurría, era que hacía demasiado que no estaba con una mujer, necesitaba desquitarme con una, seguramente fuera eso y pudiera darle solución.

Llegamos a mi casa, estaba enfadado conmigo mismo por cómo me había comportado con mi nueva empleada. No solía hacer gala de una falta de control tan palpable. Me debatí entre poner remedio a mi mal o decirle que no quería más sus servicios. Intuía que la chica del moño de colores me iba a traer más de un quebradero de cabeza y no podía permitirme dar un traspie.

Mi puerta se abrió, sin darme cuenta de que había descendido para abrirmela. Me ajusté el traje y salí todo lo recompuesto que pude.

Cuando tuve ambos pies en la calzada cerró con suavidad y la enfrenté para despedirme.

—Buenas noches.

—Buenas noches, señor... ¡Ahhhhhhh! —gritó aterrada. Todo fue muy rápido, su cara de temor y su cuerpo encogiéndose me puse inmediatamente en guardia cuando la vi tropezar con aquel pantalón demasiado largo para su diminuta figura. La atrapé al vuelo, arropándola con el calor de mi cuerpo. No sabía dónde estaba el enemigo, solo que debía protegerla.

Ella no lo dudó y se dejó abrazar, pegando completamente su cuerpo al mío como si con aquel gesto fuera capaz de fundirse y desaparecer.

Sus pechos se aplastaron contra mi torso, haciéndome notar sus díscolos latidos al fundirse con los míos.

La gorra cayó al suelo, mostrando un pelo tan claro como la mismísima luna. Temblaba y se apretaba contra mí, provocando que mi cuerpo reaccionara de nuevo a su cercanía. Era imposible que no notara mi erección clavándose en su vientre, aunque parecía no tener intención alguna de moverse.

Miré a un lado y a otro, intentando discernir qué la había hecho sepultarse entre mis brazos. Al no hallar nada intenté separarla, era completamente indebido que siguiéramos abrazados de aquel modo tan impropio, no había peligro alguno.

—¿Qué le ha ocurrido? —Su calor me abandonó en el preciso instante en que la alejé de mí. Tenía el rostro arrugado en una mueca de miedo irracional, era una expresión inconfundible, la misma que yo había sentido cuando en la clase de gimnasia me obligaban a trepar por la cuerda. Con un poco de suerte, en ese estado, ni se habría percatado de que me la había puesto dura.

—Una rata —susurró—. ¿Se ha ido ya? —Parecía avergonzada y temerosa—. Me dan pánico desde que de pequeña me mordió una. —Sin que yo le preguntara y con una naturalidad pasmosa me contó lo que le sucedió—. Era muy pequeña, jugaba en la calle con mis hermanos y, como siempre, me había quedado ensimismada pensando que se trataba de un gato. Recuerdo que ellos discutían por algo y yo me acerqué para acariciarla. Apenas recuerdo mucho,

era muy pequeña.

—¿Cómo ahora? —bromeé, intentando quitarle hierro al recuerdo. Ella elevó el rostro indignada.

—Ahora no soy pequeña, señor. En un par de semanas cumplo los veintidós. —Su voz estaba envarada. «Veintidós», le había echado diecinueve, era algo más mayor, pero definitivamente, una cría para mí, tenía trece años más que ella. Cuando nació, yo ya estaba fumando porros y haciendo mis primeros pinitos con la coca.

—Pues no hay rastro de su amiga, señorita Estrella, aunque con el grito que ha dado no me extraña, seguro que le ha reventado los tímpanos. —Ella apretó mucho más el gesto. Hubiera sido sencillo consolarla y acercarla a mí, pero eso era justo lo opuesto a lo que pretendía. Desvié la atención hacia otro punto—. Hágame un favor y cómprese otro traje. —Saqué la billetera y le tendí una tarjeta—. Es mi sastre, vaya sin falta mañana y que le arregle la ropa o le haga otra, me es indiferente. Dígale a Maurice que yo la envíe y que lo cargue a mi cuenta.

—Pero...

—No hay peros, señorita Estrella, usted trabaja para mí y no puedo dejar que vaya con esas fachas, haciéndome peligrar con cada uno de sus tropiezos cada vez que se le enreda el pantalón. Cuando no esté conmigo puede vestir con un saco de patatas si le apetece, pero en este caso le exijo que, cuando sea yo quien requiera sus servicios, vista con el uniforme adecuado. ¿Está claro? —La barbilla le tembló. En sus ojos sentía el fragor de la batalla, la había provocado y podía ver cómo luchaba consigo misma para no replicarme. Tenía carácter, eso ya me había quedado claro, ahora necesitaba comprobar si sería capaz de acatar y controlarlo. Bajó los parpados y, cuando los levantó, su mirada era glacial.

—Desde luego, señor, y disculpe por lo de la rata, no era mi intención incomodarlo. No se volverá a repetir. —La miré curioso y debo admitir que estuve a punto de sonreír ante lo contenida que se mostraba. Había ganado puntos al no enfrentarme, así que me vi en la obligación de ser algo condescendiente.

—Tranquila, sé muy bien lo que suponen los traumas y miedos de la infancia.

—¿Usted tiene alguno?

—Una colección, pero le garantizo, señorita Estrella, que no le gustaría enfrentarse a ella. Buenas noches. —Cerré la conversación.

—Nani —me corrigió—. Me llamo Nani. —Había sido casi un murmullo, pero lo había escuchado.

—Para mí seguirá siendo la señorita Estrella. —Se puso roja ante mi respuesta.

—Claro, disculpe. —Otro empujón de mi entrepierna me anunció que era mejor que me retirara, porque aquella candidez, aquellas mejillas enrojecidas me la estaban poniendo al borde del colapso. ¿Desde cuándo me ponía la inocencia? Nunca me acostaba con chicas poco experimentadas y aquella parecía poco más que una virgen. En cuanto llegara a casa, haría una llamada, necesitaba aliviarme con urgencia.

—Adiós —me despedí sin ser capaz de mirarla, aunque sí la contemplé indirectamente, a través del reflejo del cristal del edificio. Oí su despedida y me perdí contemplando cómo se liaba a dar patadas a la rueda de la limusina. Su pequeña rabieta me hizo sonreír, demasiadas sonrisas en una noche y con un mismo origen.

Conseguí dormir cuatro horas, doscientos cuarenta minutos plagados de agonía. Desperté con el rostro surcado en lágrimas sin poder desprenderme de mis sueños y mis recuerdos.

*Por un momento volvía a tener cuatro años. Mi madre, como cada domingo, había venido a visitarme al colegio, era el único día que me permitían verla. Ella aparecía tan guapa y sonriente como siempre, a mí me parecía la más hermosa, sobre todo, porque verla implicaba que me sacara un par de horas al parque.*



*Era el único momento que teníamos para estar juntos. Me besaba pellizcándome los mofletes, diciendo lo guapo y grande que estaba. Alborotaba mis cabellos cortados con una cacerola, y no porque así se llamara el estilo, sino porque las monjas nos ponían un cazo en la cabeza, para cortar el sobrante de cabello que asomaba. Todos íbamos igual.*

*Me compraba un helado y me columpiaba con fuerza. En aquellos minutos saboreaba la felicidad intentando perderme en ella, tanteándola a cada impulso que me daba y que me hacía reír a carcajadas.*

*Fijaba la vista en el cielo, imaginando que, algún día, a mí también me saldrían alas y podría volar como aquellos pájaros que surcaban el cielo de Bilbao. Hubiera dado lo que fuera por convertirme en pájaro y salir volando de aquel infierno donde estaba enterrado.*

*Los inviernos eran muy fríos, había días que la lluvia nos impedía salir al patio. En otras ocasiones, era el exceso de tareas lo que nos privaba de libertad, pero el peor carcelero eran los muros que se erigían en mi interior creciendo a pasos agigantados, a cada castigo que recibía.*

*Aquel día, cuando regresábamos al colegio, me eché a temblar. Me arrodillé agarrándome a sus tobillos para suplicarle que no me hiciera regresar. Le juré y le perjuré que sería un buen niño, que no le daría problemas, pero que, por favor, no me llevara allí de vuelta. Ella se asustó, me abrazó y me obligó con sus suaves palabras a que le contara el motivo por el cual estaba así. Recuerdo que dudé, sabía lo que les había ocurrido a otros niños tras confesar a sus padres lo que ocurría tras los muros, pero al ver sus lágrimas de congoja pensé que con mi madre sería distinto, que ella me protegería. Era mi madre, ¿no? Entre hipidos le conté que las monjas me pegaban. El día anterior había sido duro, el castigo por no comer el plato de arroz con aquellos bichos negros quedaría grabado para la posteridad. Me dolía mucho la cabeza por los golpes de cepillo y apenas podía dejar de llorar. Obviamente, ella no podía apreciar las marcas, pero el dolor punzante estaba ahí, oculto entre las hebras morenas.*

*En cuanto terminé de dar mi explicación, entramos de inmediato al colegio y exigió hablar con la madre superiora. Yo no creía que me haría entrar y enfrentarme a aquella terrible mujer. Obviamente, ella negó toda*

*acusación embutida en aquel traje negro adornado con un crucifijo que no dejaba de apretar. Se santiguó ante las palabras de mi madre y alegó que el dolor de cabeza era fruto de una de mis muchas trastadas, que me había caído de la litera y que todo lo que había soltado por mi boca era cuento de un niño consentido. Mi cuerpo se sacudió por la rabia y la indignación, veía cómo mi madre asentía crédula. ¡La estaba creyendo! Esa maldita monja balanceaba la cruz como si estuviera vertiendo algún tipo de hechizo hacia la mujer que me había dado la vida. Fue tal mi descontrol, que agarré una figura que había sobre la mesa, de la Virgen, y la lancé contra la ventana, rompiendo el cristal del despacho donde estábamos para silenciar a aquella maldita bruja vestida con hábito.*

*—¿Lo ve? —inquirió la madre superiora—. Su hijo es de naturaleza violenta, se descontrola, no sabe poner fin a la ira que lleva dentro. Aquí hacemos lo que podemos para reconducirle y que aprenda a llevar a su vida la fe. Hay ciertas cosas que no podemos permitir por pequeño que sea. Ha de aprender que, si no hace bien las cosas, recibirá el castigo oportuno. — Mi madre no sabía dónde meterse ni qué decir, ella había sido criada bajo una férrea disciplina y los zapatillazos de mi abuela. Además, era muy devota.*

*—¡No es verdad! —chillé pataleando—. ¡Son ellas, ama! ¡Son malas! ¡Me pegan! ¡Nos pegan a todos! —La mirada de mi madre se clavó en la de la madre superiora envuelta en tristeza.*

*—Discúlpele, sor María, nuestro pasado antes de llegar a Bilbao no fue fácil, Xánder vivió en Atenas cosas que no debería haber vivido ningún niño a su edad, vio cosas demasiado duras... —la voz se le quebró y comenzó a llorar.*

*—Lo sé, y soy consciente de ello, por eso intentamos reconducirle con castigos que no incluyan violencia. Somos muy pacientes con él y, a veces, le mimamos en exceso.*

*—¡Mentiraaaaaaa! —grité barriendo con mi brazo todo lo que había sobre la mesa.*

*—¡Señorito Xánder, pare! —No podía, estaba descontrolado. Entre*

*ambas intentaron detenerme, pero, para lo pequeño que era, tenía muchísima fuerza. Arañé, pataleé, escuché cómo sor María pedía auxilio y finalmente fui reducido por Antxon, el hombre que se encargaba del mantenimiento del colegio.*

*—Lléveselo —ordenó. Sabía muy bien lo que implicaba eso y adónde me iban a llevar.*

*—¡No! ¡Ama! ¡No las dejes! ¡Llévame contigo! ¡Sácame de aquí! ¡Te juro que seré bueno! ¡Te lo juroooooo! —Mi madre se sacudía rota por el llanto mientras sor María la agarraba por los hombros intentando calmarla.*

*Las lágrimas me emborronaron la visión. Intenté librarme del férreo agarre de Antxon, pero era imposible, yo tenía cuatro años y él era un hombre de más de cuarenta.*

*Fui lanzado al fondo de la habitación de castigo sin ningún miramiento.*

*—Por tu bien, será mejor que aprendas a comportarte o pronto seré yo quien te enseñe a respetar, y no las monjas. Cuando mi cinturón muerda tu culito de bebé sabrás lo que es bueno.*

*La puerta se cerró sumiéndome en la oscuridad. Lloré y lloré hasta que ya no me quedó nada por lo que llorar.*

*Esas lágrimas sabían a hiel, las aparté de mi rostro intentando recobrar me, «no tienes cuatro años, Xánder, ya no».*

*Cumplí mi rutina diaria. El único día que me permitía hacer algo distinto, una vez al mes, era el domingo, aunque era por deber. Supongo que, de no haber sido así, hubiera continuado haciendo lo mismo inclusive ese día. O tal vez no, tal vez si no fuera por aquel pequeño deber ya no existirían los días, las semanas, los minutos o los segundos, para mí.*

*Tras el entrenamiento regresé a casa, intenté concentrarme y seguir con cada pauta que me había marcado, pero fue prácticamente imposible, no me sacaba a la maldita señorita Estrella de la cabeza.*

«Nani», dije para mí mismo, intentando encontrar los matices de ese nombre que tanto me perturbaba. «¿De dónde vendría aquel diminutivo?».

Llamé a Maurice para asegurarme de que había ido a arreglarse el traje. Me contó que no había podido hacer nada con el que llevaba puesto, así que adaptó uno de los que él tenía y que le quedaba como un guante.

No dudaba de que fuera así, el muy cabrón me mandó una foto para mostrarme lo bien que le sentaba. La respiración se me cortó al ver la moldeada figura.

Le había puesto un pantalón ajustado que delineaba unas fabulosas piernas, la camisa seguía siendo blanca, pero se apretaba contra un pecho delicioso, el mismo que tuve el gusto de haber sentido contra mí la noche anterior. La americana revelaba una diminuta cintura lista para ser estrechada entre unas manos fuertes.

Volvía a estar empalmado y maldije para mis adentros. Debía cortar de raíz esa maldita obsesión y solo conocía un modo de hacerlo.

Hice otra llamada y, tras concertar cita, le envié un mensaje a la señorita Estrella.

XÁNDER

Buenos días,

Páseme a recoger hoy a la misma hora.

Y haga el favor de traer cena esta vez, no sé las horas que estaremos fuera.

NANI

Buenos días para usted tb.

Ok, a sus órdenes, jefe.

PD: Gracias por el uniforme nuevo, me encanta.

Su respuesta desenfadada hizo que el pecho me diera un vuelco, no quería un trato tan cercano por su parte. Ya faltaba poco para que dejara de ser así, estaba convencido de que, tras esa noche, se distanciaría lo suficiente de mí para la tranquilidad de ambos.

## Capítulo 6



Me miré de nuevo en el espejo.

—¡Joder, tía, estás espectacular! —exclamó mi amiga Vane peine en mano. Había ido a verla para explicarle lo ocurrido el día anterior—. El señor *Yoaestemelocopulo* va a caer rendido frente a tus tacones, te lo juro por mi nueva funda de móvil de Dolce & Banana. —Solté una carcajada volviendo a contemplar mi nuevo y arriesgado *look*.

Según Vane iba a la última con la tendencia arcoíris, lo que significaba que la raíz de mi pelo iba en color azul y, a partir de ahí, cada tramo cambiaba de color, morado, fucsia, naranja, amarillo y verde.

—¿Tú crees? ¿No es muy arriesgado?

—¿Desde cuándo te han importado a ti los riesgos? —resopló—. Vamos, Nani, eres *Queen*, la reina de tu destino. Corres más que un tío en las carreras, conduces un taxi y eres capaz de pimplarte una jarra de cerveza del tirón sin eructar al final. —Levantó las manos como si se tratara de un milagro—. Eres la puta ama virgen del universo. —Puse los ojos en blanco—. Y hoy, gracias a mi creación celestial, esa molesta cosa que has macerado durante años entre las piernas va a desaparecer bajo la potente vara del señor *Aestesímeacoplo*. Por tu descripción, seguro que la tiene enorme, rezaremos para que sepa tener

un buen manejo y no te atraviere el conejo. —Estaba lagrimeando de la risa, era tan exagerada cuando quería...

—¡Oh, vamos, venga ya, no creo que este pelo sea del gusto de Xánder! ¡Si parece que me he comido una manada de unicornios!

—Mmmmmm, una manada no sé, pero otra cosa seguro que te vas a tragar. —Comenzó a hacer gestos obscenos con el mango del cepillo y su boca—. Mmmm, Xánder, *ander o no ander fijo que la tiene grander.*

—¡Serás burra! —dije lanzándole un puñado de rulos a la cabeza.

—¡Auch, para! Me muero por ver a ese espécimen que ha logrado hacerte el chichi agua.

—¡No seas ordinaria!

—Habló *Lady Nani*, ¡qué *fisna* te has vuelto, leñe! A ver si ahora que te codeas con la alta sociedad voy a tener que cambiar la manera de dirigirme a ti.

—Eso no lo cambia ni Dios, mi Vane es única. —Ella asintió—. Pero déjame que dude de que, por llevar el pelo de colores, desaparezca mi virginidad. No voy a negarte que me atrae, pero dudo mucho de que él quiera algo conmigo y menos si mi cabeza parece la de un caballo de fantasía. —Ella se puso de brazos cruzados frunciendo el ceño.

—Mira, bonita, me dijiste que te dejara espectacular, que te fiabas de mi criterio, que querías algo que no te hiciera pasar desapercibida. ¿Qué esperabas? ¿Qué te tiñera el pelo de marrón para que parecieras un mojón? ¿*Holis*? —Era imposible que me enfadara con ella, y la verdad era que el pelo de colores no me sentaba mal, una vez te habituabas a él.

—Vale, vale, tienes razón, perdona, retiro lo dicho. No soy un unicornio, sino un arcoíris que va a llenar de color el agriado carácter de mi jefe.

—Lo que le vas a llenar de color son las sábanas de su cama cuando desparrames la melena en ella o, si me apuras, la parte trasera de la limusina.

Menudo morbo tirárselo ahí. Por cierto ¿tienes condones? —La miré incrédula.

—¡No sé si vamos a follar!

—Pues si es tu objetivo final, por lo menos debes ir preparada, que los hombres para eso son muy perros y no suelen llevar nada encima, y ya sabes lo que dicen... si el vientre no quieres hinchado ponle una funda a su rabo. — Una lluvia de condones de colores cayeron sobre mi regazo—. Te recomiendo el morado, es muy fino, lleva unas estrías efecto calor que te volverán loca y, además, sabe a uva. —Decididamente sí que me estaba volviendo loca, pero de los nervios.

—Madre mía, yo no voy a saber qué hacer con esto. —La intimidad con un hombre era algo que me hacía sentir incómoda desde aquel encontronazo en mi adolescencia, pero no podía obviar que, desde el día anterior, no podía pensar en otra cosa.

—Mira, nena, un tío como ese debe de haberse tirado hasta a su abuela, así que no te preocupes. A los tíos les pone eso de ser el primero en plantar su nardo en el jardín. Aunque también es verdad que hay tíos a los que la falta de experiencia les frena, incluso les incomoda. Podrías practicar un poco.

—¿Practicar? ¿Cómo voy a practicar siendo virgen? ¿Qué quieres que haga? ¿Que me meta un pepino para desvirgarme? —Vane emitió un sonido de exasperación.

—No creo que lo tuyo sea la *dendrofilia*.

—¿Cómo?

—Follar con vegetales, árboles o plantas. De verdad, hija, qué poco informada estás. Será mejor que lo del pepino se lo dejes a él, pero podrías probar a colocarle tú el condón o masturbarte delante suyo para que se ponga cachondo. —Me cubrí el rostro con las manos, estaba ardiendo de la vergüenza.

—Joder, Vane, no me veo haciendo esas cosas, soy una puta ameba sexual.



—Esta vez la que soltó la carcajada fue ella.

—Una ameba, no sé, pero que tienes mucho trabajo por delante, desde luego. No te preocupes, la primera vez es un truño, pero mejorará con el tiempo si el tío no es un eyaculador precoz, claro, o se piensa que el clítoris lo tienes en el fondo de la matriz, que de esos hay unos cuantos, venga a taladrar, venga a taladrar, ni que fueran a colgar un puto cuadro con la punta de la polla.

—¿Có... cómo? —Estaba empezando a atacarme. Era incapaz hasta de reír con sus animaladas.

—Pues que no esperes fuegos artificiales la primera vez, que tendrás suerte si al tío le gusta el centollo y se pega una buena mariscada contigo antes de encajarte la cigala. —Con tanto marisco me estaba mareando. El brazo de Vane me tomó por los hombros. —Vamos a ver, el mejor consejo que te puedo dar es que busques el móvil que te dejó tu hermano, que allí fijo que tiene alguna peli porno. Mírala y úsala. Algo aprenderás. Y, por otro lado, si ves que se pierde, empújale la cabeza hacia abajo para que te coma el badajo. Si no es así, es muy difícil que llegues a correrte la primera vez. —Estaba convencida de que mi amiga intentaba ayudarme, pero estaba logrando lo contrario—. Te dolerá cuando te penetre, así que mejor que aprendas rápido a cómo darte gusto tú sola mientras te está penetrando. A ellos se les suele olvidar dónde está el clítoris.

—Lo que yo te diga, soy una ameba.

—Pues chica, ya es hora de que dejes de serlo. Verás que es como conducir: con la práctica al final sale solo y le vas pillando el gustillo. —Iba a tener que fiarme de la voz de la experiencia—. Por cierto, ¿cómo está Damián?

Su tono se moderó, convirtiéndose en uno de auténtica preocupación. Que no se llevaran bien no quería decir que, a su modo, no se quisieran. Nos habíamos criado juntos, en el mismo barrio y en el mismo instituto, así que el apego era inevitable.

—Está —afirmé, sin poder decir mucho más.

—¡Menuda mierda! Si es que ya le dije que no se metiera con esa gente y tú deberías haber hecho lo mismo, desvincularte de ellos. Esa gente no trae nada bueno.

—Lo sé, pero Damián les debe mucha pasta y quieren cobrar —bajé la voz. Me miró con horror.

—No te atrevas a meterte en líos con ellos ¿me oyes? Además, ese tío va a pagarte una pasta por los servicios de la limusina, ¿no?

—Sí, pero no la suficiente. —Necesitaba desahogarme con alguien, sabía que Vane nunca contaría nada—. Me he comprometido a correr para saldar la deuda de mi hermano y para que no le toquen en la cárcel. —Ella ahogó un grito, dejándose caer en la butaca de color rojo.

—¿Estás loca? —Negué.

—Más bien estoy preocupada. Tú no sabes de lo que es capaz esa gente.

—Ah no, eso sí que no. ¡Pues claro que lo sé! ¿No te acuerdas de Tonino?

Tonino era un chico con el que Vane había tonteado tiempo atrás, participaba en las carreras y terminó despeñándose por un acantilado.

—Aquello fue un accidente, Vane. —Ella resopló.

—Esa es la versión oficial, pero estoy segura de que hubo algo más. Era un piloto experimentado, casi tan bueno como tú o como Damián, y viste la zona por donde se cayó el coche, tú misma dijiste que no lo entendías. —Era cierto, pero la policía dio por válida la versión del accidente, y si ellos decían que fue así, no iba a ser yo quien les llevara la contra.

—Ahora va a resultar que eres del CSI.

—Está claro que no, pero algo turbio hay, ¡no me jodas!

—Puede, pero ni tú ni yo lo vamos a saber. Es tarde, tengo que ir a casa a cambiarme, coger la cena e ir a buscar al jefe. —Recolecté todo aquel despliegue de gomitas de colores—. Toma, no creo que los necesite. —Estiré

las manos para dárselos.

—No seas tonta, quédatelos, tengo una caja entera, acuérdate que salí con aquel tipo que era representante de condones en un *Sex Shop*, me dio una caja de muestras entera. Menos mal que me la regaló antes de descubrir que dentro del pantalón no había polla, sino pollito, menuda desilusión me llevé al verle el pito. —Tener una conversación con Vane era lo mejor que una podía hacer para tener una buena sesión de risoterapia—. Ah, por cierto, antes de que te vayas... —Me guardé todo aquel arsenal de profilácticos en el bolso.

—Dime.

—¡Que me han llamado de una nueva edición de *Gran Hermano singles*! ¿Recuerdas que me presenté al casting? —Asentí—. Pues tía, he pasado la primera criba, la semana que viene toca la segunda y, si todo va bien, ¡entraré en esa casa llena de *buenorros* y *buenorras* un par de meses! ¿Te imaginas que gano el premio y encima me lío con un *revientatangas*? ¡Ay, tía, estoy súper emocionada! —Realmente lo estaba. Uno de los sueños de Vane era convertirse en una reputada peluquera y tener salones de belleza por todo el país, aunque, de momento debía conformarse con trabajar en la peluquería de la señora Paquita.

—¡Me alegro un montón por ti, a ver si hay suerte y te llevas el maletín!

—Eso, yo el maletín y tú el jefazo, que con un poco de suerte te va a agitar más que Machín con sus maracas.

La puerta de la peluquería se abrió y apareció un repartidor de pizzas con una caja en la mano. Vane bufó para susurrarme al oído.

—Te juro que no vuelvo a quedar con un tío por una de esas aplicaciones móviles. —Miré al pobre repartidor que parecía desubicado—. Quedamos a las ocho para una cena en el parque rollo peli americana y me aparece con el traje del curro y una pizza. Ver para creer, por lo menos es mono. —El chico no dejaba de mirarnos a ambas.

—Disculpad, pregunto por...

—Sí, sí, ya, ya —dijo mi amiga agarrándole por la chaqueta—. Vamos, galán, espero que te lo curres más si quieres comerte el postre esta noche. — El pobre tartamudeaba frente al arrojito de mi amiga, y no era de extrañar, la personalidad de Vane era abrumadora.

—Pe... Pero... si yo no... —Estaba tan asustado que no le salían ni las palabras. Nos despedimos de la dueña que estaba barriendo el suelo. Vane le replicaba al muchacho que muchas luces no parecía tener.

—Ni peros, ni peras. Y encima me vienes con la moto del curro, eso sí que es derrochar. Anda vamos, galán, espero que, por lo menos, la masa sea crujiente. —El chico tropezó frente al acoso de Vane, que le hizo subir a la moto a empujones, para subirse tras él y encajarse contra su culo mientras no dejaba de frotarle los abdominales. Yo no podía dejar de reír. Le palpó bajo la camiseta y, al parecer, le gustó lo que encontró. Ojalá me fuera a mí tan bien como a ella.

Llegué por los pelos a la hora indicada por Xánder. Estaba tan inquieta que salí fuera del coche para esperarle. El uniforme nuevo me daba mucha seguridad, llevaba la melena suelta, brillando sobre los omoplatos, en un despliegue de color.

Mi jefe apareció haciéndome estremecer con su sola presencia. Llevaba un traje azul marino con una camisa blanca con los dos primeros botones desabrochados, mostrando una buena porción de piel morena. Exudaba poder masculino a cada zancada.

Las piernas no eran lo único que me temblaba ante su visión. Tenía la vista fija en mí, con el ceño apretado en una arruga feroz. ¿Estaría hoy también de mal humor?

Se plantó delante de mí y, sin que lo pidiera, le abrí la puerta.

—Buenas noches, señor Asimakopoulos —logré decir correctamente. Me felicité mentalmente por la hazaña, no era fácil decir su apellido en el estado en el que me encontraba.

—¿Qué demonios le ha pasado a su pelo? —Eso sí que era dejar las cosas

claras. Fijé la mirada en la suya. Por su expresión no le gustaba nada mi nuevo look.

—Es la última tendencia —expliqué, como si eso me diera puntos extra.

—Es horrible, parece una de esas activistas callejeras que corretean desnudas mostrando los pechos para afirmar sus derechos. Haga el favor de pedirle a quien le haya hecho eso que le devuelva su color natural, no puedo permitirme que la gente piense que uno de los payasos de Micolor conduce para mí. —¿Acababa de compararme con una fusión entre pordiosera, payaso y activista de Femen? la indignación crecía en mi vientre a marchas forzadas —. Espero que mañana tenga solucionado el tema del pelo. La ropa no le sienta mal, así que será mejor que le pida hora con mi peluquero, está visto que no puedo fiarme de su criterio en cuestión de moda.

—No se moleste, señor, he captado el mensaje, ya veré cómo lo soluciono.  
—Me saqué la gorra dejando mi melena al aire.

—¡Por todos los dioses sin la gorra todavía es peor! —Recogí la melena con una goma, maldiciéndome por haberme dejado llevar y hacerle caso a Vane. Estaba claro que un tipo tan estirado como aquel no iba a apreciar el arte de mi amiga. Logré recogerme todo el pelo y embutirlo bajo la gorra.

—Listo, ahora ya no deberá incomodarse más al verlo. No importa si lo llevo de colores o voy calva, bajo la gorra todo se ve igual. —Él sacó otra tarjeta, del bolsillo del traje. ¿Pero cuántas tarjetas tenía guardadas ese hombre?

—Mañana la atenderá Pierre.

—¡Pero si es domingo! Todo cierra en domingo —protesté.

—Le digo que mañana la atenderá. Pase a las cinco, la estará esperando y ahora entre en el coche, ya sabe cuánto odio la impuntualidad.

Terminé guardando la puñetera tarjeta, a sabiendas de que no me convenía cabrearle más de lo que ya estaba y maldiciéndome por cagarla tanto con él.

En esta ocasión me dio la dirección de un restaurante, en la zona de Sant Gervasi. Tenía parking, así que aparcar no fue un problema. Se veía un lugar elegante, uno de esos a los que yo no accedería jamás.

Le abrí esperando que descendiera. Había logrado hacer el trayecto en silencio, pese a las ganas que tenía de enfrentarme a él. No me había soltado ni un solo piropo y eso que Maurice me aseguró que estaba preciosa con el uniforme.

Me sentía molesta por serle completamente indiferente cuando él a mí me encendía como una antorcha.

Se puso a mi lado ignorándome y me entraron ganas de arrearle un puntapié. Mi mirada voló a donde parecía estar puesta toda su atención. En la puerta del restaurante había una impresionante morena que, al verle, se relamió como una gata.

Tenía unas de esas tetas operadas que te hacían plantearte si eran un par de tetas o una inflamación de amígdalas de lo arriba que las tenía. Llevaba un fino vestido de tirantes que poco dejaba a la imaginación, uno de esos que solo se pueden permitir mujeres con un cuerpo de escándalo como el suyo.

Caminó hacia nosotros contoneando las caderas sinuosamente, a cada paso la falda se abría mostrando unas largas y torneadas piernas como en un anuncio de perfumes. Creo que la boca se me desencajó al ver tanta perfección sosteniéndose sobre unos impresionantes tacones.

Estaba claro por qué ese hombre no iba a hacerme caso jamás, yo no era su tipo, era como comparar a un pequeño *My Little Pony* con un purasangre.

Xánder esperó y, cuando estuvo lo suficientemente cerca, la tomó por la cintura y besó su cuello con audacia, enviándome una patada directa a los ovarios.

—Adora —la saludó. Ella le ofreció una sonrisa radiante que, como era de suponer, ni estaba mellada ni tenía los dientes amarillos.

—Xánder, me encantó que me llamas. Hacía mucho desde la última vez.

—Mi cerebro iba a mil, así que no se veían habitualmente, ¿serían amigos? ¿Amantes? ¡Por favor, que no fueran amantes! Con un poco de suerte sería una clienta. «*No seas imbécil ¡Le acaba de besar el cuello! ¿Acaso tú le besas el cuello a Xánder por muy cliente que sea!*», me respondí a mí misma. «*No, pero no me importaría*».

—¿Tienes hambre? —inquirió mirándola.

—Ya sabes que cuando te tengo cerca lo único que quiero comer es a ti. — Un gruñido, solté un maldito gruñido al escucharla. Ambos se giraron al escucharme, mi jefe con mirada interrogante y ella como si no entendiera la procedencia de tan molesto sonido.

—¿Decía algo, señorita Estrella?

—No, solo les deseaba buen provecho.

—Pues a mí me pareció un gruñido —soltó la morena divertida.

—Eso es porque fui criada en las montañas por una manada de lobos salvajes, pero el bondadoso señor Asimakopoulos me rescató de mi precaria vida en la manada, ofreciéndome un trabajo digno y la reinserción en la sociedad. —Ella me miró como si hablara japonés.

—¿Una manada de lobos ha dicho?

—La señorita Estrella tiene una imaginación muy activa, querida Adora, y un humor un tanto peculiar. No le hagas caso, solo bromeaba. Seguramente tenía hambre, en ese aspecto sí que es algo primitiva. —Ella sonrió como si acabara de entender el chiste.

—Vaya, cómo cambian las cosas. Nunca creí que contaras con personal con sentido del humor. —Me hubiera gustado decir que la morena era una estúpida, pero la verdad es que parecía bastante agradable y educada.

—¿Ha traído comida, señorita Estrella? —Asentí—. Muy bien, pues que le aproveche a usted también.

Ambos desaparecieron sonriéndose mutuamente. Menuda idiota estaba

hecha, estaba claro que no tenía nada que hacer con él. ¿Follármelo? Si no perdía esa noche el trabajo estaría de suerte.

La cena se me hizo eterna. Esperé hasta que atravesaron de nuevo la puerta con una actitud más que cariñosa. Cumpilé con mi deber abriéndoles la puerta y pidiéndoles el lugar a donde querían que los llevara.

No conocía el lugar, estaba a las afueras de Barcelona, así que puse la dirección en el GPS.

Mis manos no dejaban de apretar el volante con rabia. En la parte de atrás, Xánder había descorchado una botella de cava y ambos bebían desinhibidos.

Sus ojos verdes cazaron a los míos que quedaron atrapados en su red. Vi cómo dirigía los labios al oído de la morena que asentía separando sus muslos. La boca descendió sin miramientos por la columna del cuello femenino, sin dejar de mirarme. Lo lamió y mordió, arrancándole un gemido a Adora.

Mi sexo hormigueó ante la escena, llevaba toda la maldita tarde viendo porno y ahora eso. Estaba tan caliente que no podía dejar de imaginar que, en vez de a ella, era a mí a quien le hacía todas aquellas cosas. La mano de Adora se abrió paso entre sus propias piernas y, por el modo en que cerró los ojos y cómo movía la mano, supe lo que estaba haciendo.

¡Se estaba masturbando delante de mí! Que no llevaba bragas ya me había quedado claro, pero no esperaba eso. La mano de Xánder cubrió la suya para marcar el ritmo mientras yo comenzaba a sudar. Sentía mi labio superior humedecerse, aunque no era el único punto de mi anatomía que lo hacía.

Alguien pitó, rompiendo el hechizo que me había hecho permanecer con la vista sobre ellos. No sabía ni cómo no me había matado conduciendo.

¡Mierda! iba a ciento sesenta cuando el límite era ciento veinte, esperaba que no me hubiera cazado ningún radar, solo me faltaba que me multaran y perder puntos.

«No mires, no mires más», me reñí, pero es que la curiosidad podía



conmigo, aunque sabía que escocería.

La cabeza morena de Xánder había bajado hasta uno de los pechos que asomaba sobre el escote del vestido. Estaba lamiendo y mordiendo un oscuro pezón, mientras Adora me contemplaba sonriente a través del retrovisor. Parecía que a ninguno les importaba que les estuviera viendo, al contrario, parecía excitarles. Adora gritó presa de la pasión y yo maldije por lo bajo.

¡Joder! ¡Yo quería ser ella! Estaba que se me llevaban los demonios.

Llegué al destino donde se alzaba una enorme verja, pulsé el botón del intercomunicador. Una voz retumbó.

—Buenas noches, bienvenidos al Masquerade. ¿Podría darme la contraseña? —Miré atrás, debía interrumpir el festival porno que a mi jefe y su amiga les había dado por montar en el asiento trasero.

—Disculpe, señor —interrumpí, pero ellos seguían a lo suyo—. ¡Disculpe! —grité más alto de lo debido llamando la atención de Xánder. Levantó la cabeza lentamente, parecía molesto por la interrupción. Aunque su mirada dura solo logró excitarme más de lo que ya estaba. Decididamente lo mío era de psicólogo—. Lamento interrumpirles, pero me piden una contraseña y no me la sé. —Su gesto contrariado y el modo en el que le subió el vestido a Adora fueron un claro indicativo de que mi interrupción le había sentado a cuerno quemado. ¡Pues más jodida estaba yo viendo cómo casi se tira a esa mujer ante mis ojos! Se acercó a mí, colocándose justo detrás.

—Repita lo que yo le digo, señorita Estrella y, por su bien, no se equivoque o aténgase a las consecuencias. —Le sentía muy cerca, su aliento rozando la piel de mi cuello.

—No me equivocaré —logré responder.

—Muy bien, pues diga lo siguiente: Mañana tu mamá se enterará de que me la mamas en tu cama ¿Cuántas veces me la mamarías si te como el coño cada día? —No sabía qué decir o qué hacer ¿estaba de coña? ¿Cómo me decía eso? Me había encendido como una bombilla.

—¿Esto es una jodida broma de esas con cámara oculta? Porque no tiene ni puta gracia. ¿En serio pretende que repita eso?

—Esa boca, señorita Estrella, no es ninguna broma. Repita lo que acabo de decir o estará despedida —su voz era muy seria y ronca.

—Si yo le digo eso a mi madre, mi padre le corta las pelotas, jefe. —Creo que escuché un amago de carcajada, aunque no estaba segura.

—Repítalo, ¡ahora! —Miré aquella especie de interfono y me dirigí a él repitiendo la barbaridad que Xánder me había dicho. El calor hacía mella en todo mi cuerpo. Estaba muy cerca y yo soltando aquellas guarradas. Para mi sorpresa, en cuanto terminé, la puerta se abrió.

—Vaya y yo pensando que la frase que abría todas las puertas era ¡Ábrete, Sésamo!

—Esa frase, señorita Estrella, es para cuentos de hadas y en este lugar nos comemos a las hadas.

Estaba convencida de ello. Xánder se retiró a su asiento mientras yo seguía conduciendo hasta alcanzar una impresionante mansión que me cortó el aliento.

—Puede aparcar en el *parking* de la casa, a nosotros déjenos en la puerta. No hace falta que baje, ya abriré yo. —No quise mirarle esta vez, me limité a cumplir lo que se me había ordenado.

Xánder y Adora bajaron de la limusina. La puerta de la mansión se abrió para mostrar a una impresionante mulata completamente desnuda. La única prenda que llevaba era una máscara africana. Miré de reojo a mi jefe y a su acompañante, ellos también se habían puesto máscaras. ¿Qué era ese lugar? Estaba claro que no estábamos en un club de ajedrez, aunque seguro que allí se comían todas las fichas del tablero.

La imagen me impactó tanto que me costó atinar con el hueco del aparcamiento.

Mi limusina no era la única, había más. Unos cuantos chóferes charlaban entretenidos, tal vez ellos pudieran contarme algo más sobre aquel lugar que parecía sacado de una *pelí* llena de perversiones.

## Capítulo 7



Juro que lo intenté, por activa y por pasiva. Pero no pude, no hubo manera de que aquello que yacía entre mis piernas obedeciera. Estaba clínicamente muerto.

Adora puso todo su empeño en resucitarlo, pero no funcionó.

—Si quieres, llevo pastillas en el bolso —adujo a modo de solución. La morena llevaba más de media hora realizándole la RCP a mi polla, que seguía sin respirar.

—El día que necesite tomar Viagra para estar con una mujer, me la corto —sentenció.

Estábamos en uno de los sillones del salón principal del Masquerade, un exclusivo club de sexo que frecuentaba. Conocí el lugar a través de uno de mis clientes, a quien le gustaba mucho jugar allí, y en aquel lugar también conocí, hacía un tiempo ya, a Adora.

Podría decirse que éramos casi amigos, y digo casi porque mi círculo de amistades era tan estrecho que apenas entraba nadie más.

Cuando necesitaba una mujer, sabía que podía contar con ella para

desahogarme. Adora nunca me exigiría otra cosa que no fueran unos cuantos orgasmos. No había subterfugios entre nosotros, era una profesional y como tal se comportaba. Aunque a mí nunca me había hecho pagar por tener sexo con ella.

Me acarició el mentón. Estábamos desnudos y yo sostenía una soda entre las manos. No solía beber en exceso, el fantasma de mi padre se encargaba de recordarme de lo que era capaz el alcohol.

Nunca más le vi tras mi marcha de Atenas. Solo supe que un día murió tras una cirrosis hepática a través de una llamada que recibió mi madre.

—¿Qué te preocupa? ¿Tienes ganas de hablar? Sabes que soy buena escuchando.

La morena se había acomodado sobre mis muslos. La acogí dando un trago al burbujeante líquido y posando el vaso sobre una mesilla alta.

Los gemidos de placer se entremezclaban con el trasfondo de una pieza de ópera. La carne entrechocaba corrompiendo el aroma del salón al colmarlo de lujuria.

En la mesa principal había tres hombres. Uno de ellos estaba a cuatro patas con un arnés de cuero y estaba siendo sodomizado anal y oralmente, parecía disfrutarlo. Otra pareja compartía la misma mesa, ella completamente abierta de piernas, con unas pinzas pendiendo de sus pezones y un amo hurgando con la boca entre sus piernas.

Miraras donde miraras, las escenas de sexo y depravación se prodigaban sin pudor, con la única intimidad que te daban las máscaras, si decidías usarlas.

—No me apetece hablar, Adora, para eso no te hubiera llamado —mi observación no le sentó mal, sabíamos qué esperar el uno del otro—. Separa los muslos —le ordené. Ella sonrió suspirando y lo hizo.

Me puse a jugar con su sexo completamente depilado. Estaba húmedo, listo para que me introdujera en él y alcanzar el Nirvana. Pero mi polla

parecía no opinar lo mismo. Adora curvó la espalda ofreciéndome sus pechos como plato principal.

Los colmé de atenciones, al igual que hice con su sexo, hasta que la sentí estallar contra mis dedos. Cuando su vagina dejó de constreñirlos los saqué de su cálida gruta, ella tomó mi mano y se los llevó a su boca para degustarse a sí misma.

—Eres muy bueno, Xánder, casi diría que rayas la perfección, pero está claro que hoy no es tu noche. —Se removió intentando palpar con las caderas una dureza inexistente.

—No, no lo es. —Durante todo el rato que la estuve acariciando me fustigué mentalmente, necesitaba yacer con una mujer y sabía que Adora era la única con quien podía hacerlo. La imagen de una melena arcoíris y unos profundos ojos azules me sacudió de arriba abajo. ¡Maldita fuera! Adora me tomó de la nuca y besó la marca de mi barbilla. Después se incorporó.

—¿Quieres que vayamos a las Thermas? Tal vez allí... —Negué. Aquella era la sala utilizada para las orgías, la solía frecuentar, pero hoy no iba a hacerlo.

—Esta noche no soy una buena compañía, pero ve tú, disfruta. —Ella me miró con pesar.

—¿Estás seguro? —Asentí—. Está bien, sabes que puedes llamarme cuando lo desees, ¿verdad?

—Lo sé. —Se agachó para darme un pico sin pretensiones.

—No hace falta que te quedes esperando, encontraré transporte para regresar a casa.

No lo dudaba, sería muy extraño que Adora abandonara aquel lugar sin compañía.

—¿No te importa? —Ella sonrió solícita.

—Ya sabes que no, anda, regresa con tu chófer, que seguro que se alegra

mucho de verte y tú a ella también. —Me guiñó un ojo y sonrió. Adora era tan perceptiva como yo—. Hasta la próxima, Xánder.

Desapareció con paso firme, dejándome allí, solo y pensativo. Si ella se había dado cuenta de lo mucho que me atraía Nani, es que la cosa estaba peor de lo que suponía.

En el vestuario, me fui de cabeza a la ducha. Notaba el olor del sexo impregnando mi piel. Era un aroma denso, caliente, acre. Necesitaba hacerlo desaparecer.

Estuve un buen rato bajo el chorro de agua, hasta reunir el suficiente valor como para enfrentarme a ella.

Miré el reloj, solo había pasado una hora y cuarto desde que había entrado, un récord para mí, pues cuando entraba en el club solía permanecer hasta el amanecer.

Estaba malhumorado, mucho más que el día anterior, me sentía frustrado y la solución estaba muy lejos de mi alcance.

Tras vestirme me despedí de Marimba y puse rumbo al aparcamiento.

Allí estaba la culpable de todas mis desdichas, sonriendo frente a un grupo de hombres que parecían encantados de contar con su compañía. ¿Y quién no lo estaría?

Era muy expresiva, cuando hablaba gesticulaba con todo el cuerpo y eso solo lograba que fijaras toda tu atención sobre aquel apetecible bocado y sobre su hermoso rostro.

Ellos estallaron en carcajadas por algo que les estaba contando. Hubiera dado cualquier cosa por ser yo quien riera domado por su influjo. Quería contagiarme de aquella extraña alegría que desbordaba, aquella de la que yo carecía desde hacía demasiado tiempo.

Mis pisadas sonaron en la gravilla, pero nadie se giró. Todos estaban embebidos en el influjo de aquella pequeña hechicera. Los ojos de los cuatro

hombres la recorrían admirativamente, estaba convencido de que imaginándola bajo sus cuerpos desnudos, empujando en su interior como bestias salvajes.

Aquella imagen me enfermó. No podía ni quería pensar en ella de aquel modo, o por lo menos, no con otro que no fuera yo. Tenía celos, ¡celos! ¿Cómo era eso posible? ¿Por qué la sentía como si fuera mía? Mi posesión.

Estaba lo suficientemente cerca como para escucharla.

—Os cuento el último ¡eh! Esto es un abuelo que va a la consulta del médico y le dice: «Doctor, le juro que seguí sus instrucciones al pie de la letra, pero sigo teniendo dolor en el estómago, y eso, que desde que me dijo lo que debía hacer, no he parado de ir de putas». El médico le mira negando con la cabeza y le contesta: «Le dije sal de frutas, hombre, sal de frutas». —Todos estallaron en carcajadas, uno incluso estaba lagrimeando. El chiste era malo, pero tenía su gracia, aunque a mí no me había hecho ninguna al ver cómo acaparaba la atención de todos, escuchándola contar chistes algo subidos de tono. Los hombres éramos muy dados a malinterpretar.

—Veo que se lo está pasando en grande, señorita Estrella. —Los otros chóferes se cuadraron de inmediato al reconocer mi voz autoritaria. Ella se giró limpiándose los ojos sacudiéndose todavía por la risa.

—Señor Asimakopoulos, disculpe, pensaba que tardaría más. —Tensé el gesto.

—Ya sabe que no le pago para pensar. —Uno de los chóferes carraspeó y a ella se le encendió la mirada.

—No me lo diga, otra mala noche, con lo bien que lo estaba pasando. —Chasqueó la lengua.

—Eso no hace falta que lo jure, está claro que además de comerse un payaso se ha convertido en uno. Muy apropiado con su nuevo look. Seguro que ha sido un gran entretenimiento para todos ellos que han tenido la suerte de ir al circo sin pagar entrada —anoté sin un ápice de humor. Los hombres se incomodaron al escucharme y volvieron, uno a uno, a sus vehículos. Sus



pupilas se habían oscurecido por la afrenta. Tenía ganas de atacar, de ensañarme con ella por haber estado tonteando mientras yo me jodía allí dentro.

—Si sé que le gusta tanto el espectáculo le hubiera invitado, por la cara que trae parece que en vez de estar en un club de sexo haya ido a un funeral. —Su respuesta me agitó llenándome de ira. Los hombres habían desaparecido, estaban habituados a ver, oír y callar, pero con lo que acababa de soltar Nani, estaba claro que alguno se había ido de la lengua. Seguro que incluso se le había insinuado. Sentí asco al imaginar la escena, tal vez fuera mejor así, no sería la primera ni la última vez que debería llevarme allí—. ¿Esperamos a su amiga? —preguntó oteando a mis espaldas sin ver a nadie.

—No —la corté y ella me miró con sorpresa.

—Entonces, ¿no la llevamos? ¿Ella se queda? —Parecía sorprendida.

—Eso no le importa, su jefe soy yo. Ahora ábrame la puerta y conduzca, para eso está contratada, no para ser un entretenimiento burdo o la alcahueta del barrio.

—Y a usted está claro que no le han contratado para dar el pregón de la fiesta mayor, menudo humor que gasta. La alegría de la huerta y usted, debieron de pelearse de pequeños y eso que dicen que el sexo relaja. —¿Por qué narices, y pese a mi enfado, estaba a punto de soltar una carcajada con una *trempera*<sup>[1]</sup> que iba a hacer estallar el botón del pantalón? Esa mujer tenía un efecto demasiado potente en mí. ¿Quería ponerme en la cuerda floja? Pues no sabía con quién estaba jugando. Me pegué a su espalda antes de que pudiera abrir la puerta arrinconándola contra ella.

—Lo dice como si solo lo supiera de oídas, señorita Estrella. —En cuanto mi erección tocó la parte baja de su espalda, ella se apretó, agarrándose al coche como a un salvavidas. Su aliento rebotaba en la carrocería, marcando un punto con su vaho. La rocé intencionadamente y ella gimoteó—. ¿Acaso usted no se relaja después de una buena sesión de sexo? ¿No le gusta correrse y quedarse tan hecha polvo que le duela todo el cuerpo después de una buena maratón de orgasmos? —Contuvo la respiración para contraatacar.

—No creo que eso le importe, señor, no sé quién es más alcahueta de los dos —contraatacó—. Ahora, si me disculpa, apártese o no podré abrir la puerta. Por cierto, un hombre de su clase no debería coger el pan del restaurante y guardarlo en el bolsillo, por si le entra hambre después. Suele ponerse duro y seco —susurró cómplice. Me tragué un gruñido y me aparté. Su agilidad mental me descolocaba.

Ella abrió la puerta, indicándome que entrara.

—Si estuviéramos en otro lugar, le garantizo que le mostraría que, aunque por fuera pueda parecer duro, por dentro sigue siendo tierno y crujiente. —No aparté los ojos de los suyos hasta que no los desvió algo acalorada. Una vez satisfecho por el logro, entré y dejé que condujera sin decirle adónde ir.

Al cabo del rato, cuando ya se divisaba la carretera, Nani rompió el silencio.

—¿Le llevo a casa? —«¿A mi casa?», una imagen de ella desnuda gimiendo en mi cama me sacudió. ¡No podía tener ese tipo de pensamientos con ella! Además, no me apetecía nada encerrarme entre las cuatro paredes de mi piso.

—No, lléveme a Sitges, queda cerca. Conduzca hasta donde yo le diga, cuando estemos llegando le indicaré el camino.

Podría haberle dado el lugar, así no hubiéramos tenido que cruzar una sola palabra más, pero me apetecía escuchar su voz algo alterada, sentir el poder que ejercía sobre ella, aunque no se diera cuenta. Me complacía saber que podía desestabilizarla con solo una frase, saber que no era el único que se sentía desubicado en aquel coche.

Le di instrucciones precisas, recreándome en la bonita columna marfileña de su cuello. Estaba muy tiesa, repleta de nervios que la envaraban a alzarse. No se veía un solo mechón de aquel atrevido pelo de colores.

Cuando la vi, al salir de casa, con las llamativas puntas cayendo en cascada sobre sus hombros y aquel uniforme que se le pegaba como una segunda piel, no pude evitar que mi cuerpo reaccionara.

¿Por qué? ¿Qué tenía que me atraía como una polilla a la luz? Tal vez fuera exactamente eso, luz, irradiaba tanta que estaba convencido de que podría iluminar toda Barcelona con una simple sonrisa. Y yo era un mendigo de ella, como si por estar cerca pudiera captar algo para mi solitaria alma. ¿No decían que los muertos iban siempre hacia la luz? Quizás fuera por ese motivo, para sentir un rayo de esperanza cuando veían que ya no quedaba vida.

Llegamos a la playa Balmins, en Sitges, una playa nudista que solía frecuentar.

La hice parar sin dar explicación alguna, y comencé a desnudarme en el coche.

Si antes el cuello estaba tenso ahora parecía a punto de quebrarse, podía ver las pequeñas orejas de Nani apuntar hacia atrás para captar qué sucedía. La había visto mirar cuando me desabroché el primer botón de la camisa, se la veía sorprendida. Supongo que es raro que tu jefe se desnude delante de ti el segundo día de trabajo.

Pero yo no era un hombre como los demás, nadie, ni tan siquiera yo, sabía qué esperar de mí mismo en cada momento. Había estado tantas veces en la cuerda floja, había vivido tantas vidas al límite, sorteándolas todas dentro del mismo cuerpo que, pese a desnudarme y no tener un gramo de ropa que me cubriera, no sabía quién era, ni el alma que habitaba en mí.

Cuando no quedó una sola prenda en mi cuerpo le dije.

—Espéreme aquí. —No respondió, supongo que estaba en *shock* por lo que acababa de suceder, además ¿qué iba a decir? ¿Que por qué me desnudaba para que le soltara otra de mis frescas?

Me enfrenté a la noche tal y como llegué a este mundo, solo y desnudo. Sitges era un lugar de libertad y libertinaje, a nadie le extrañaría ver a un hombre en pelotas cruzando la carretera, para internarse en la fina arena dorada. No estaba solo, había algunas parejas, mayoritariamente homosexuales, disfrutando del calmado mar nocturno.

La luna se reflejaba como un espejo en un estanque. Aquella playa era de las que no cubría, debías alejarte si querías sentir el agua salada tomando tu cuerpo. Pero lo único que necesitaba yo era sentir su lamida. Me tumbé dejándome acariciar por el suave vaivén, intentando que el consuelo de las olas hiciera algo más que mecirme en su abrazo. Así me quedé un largo rato, hasta que sentí que alguien se acercaba.

Era un hombre, debía rondar los cincuenta, de figura atlética y moreno.

—Hola, perdona que te moleste, pero llevo rato mirándote, ¿quieres compañía? —Sabía lo que iba implícito en aquella pregunta, no era la primera vez, ni sería la última, que un hombre se acercara a mí para recibir mis atenciones.

—Lo siento, he venido a estar solo —me disculpé, él sonrió.

—Una lástima, lo habríamos pasado muy bien. —Le observé, tenía un físico cuidado y un miembro generoso. Por su posición corporal sabía que era un dominante y que su intención era pasar un rato conmigo.

—Lo siento —me reiteré.

—No importa, tal vez sea en otra ocasión.

—Tal vez —respondí con indiferencia y toda la amabilidad que logré reunir. Dejé que se alejara y regresé a mi particular trance, aquel donde me sentía a salvo, al resguardo de toda emoción que pudiera sentir. Cerré los ojos y me dejé llevar.

*Catorce, esa fue la edad en la que entendí que no le era indiferente a los de mi mismo sexo.*

*Había salido con mis colegas a las fiestas de Castro Urdiales, a treinta kilómetros de Bilbao. El padre de Unai, que era un traficante de cuidado, nos había llevado hasta allí, para que repartiéramos un poco de material entre los jóvenes. Trapicheaba con chocolate y coca, y nosotros nos sacábamos un buen pellizco, además de nuestra dosis diaria. ¿Adicto? Podría decirse que lo era. ¿Qué me empujó a ello? Supongo que siempre fui*

*carne de cañón, me gustaba el dinero y vestir con ropa de marca. Mi madre no se lo podía permitir, así que, cuando salió la opción de trapichear, no lo pensé.*

*El hecho es que me puse fino, bebí demasiado, follé mucho y perdí el norte despertando al lado de una barca, con una mujer bastante más mayor que yo que estaba en las mismas condiciones.*

*Nunca me había importado la edad, para mí el sexo era sexo y punto. Sobre todo a esa edad que iba todo el día empalmado, con la primera puesta y derrapando. Mis hormonas eran un festival continuo y a la que veía un agujero lo suficientemente decente, me metía de lleno para experimentar.*

*No llevaba móvil, pero sí reloj. Eran las cuatro de la mañana, mi madre se iba a poner hecha un Cristo y sobre todo él, el hombre con quien había decidido empezar de cero hacía un año.*

*Era un cliente suyo del bar. Con mucho esfuerzo mi madre había logrado montar un pequeño negocio y José Mari pasaba allí largas horas haciendo barra y adulándola. Recuerdo que fui yo mismo quien la animé a intentarlo con él, era guapa, joven y merecía un hombre a su lado que la quisiera. En mala hora la animé.*

*En cuanto José Mari le puso el anillo en el dedo, también le puso un yugo y una cadena al cuello. Eran tan potentes como para convertirla en una sumisa bajo su dictadura. Echando la vista atrás no puedo culparla, ella siempre se había sometido a todo el mundo, a su madre, a mi padre, incluso a mí. Era una mujer de baja autoestima que lo único que quería era sentirse amada. Pero en aquel entonces, no lo viví así.*

*A los ocho años por fin me había ido del internad. Mi madre me sacó, tras ver las marcas de cinturón que me dejaba Antxon en la espalda. Fue uno de los peores castigos de mi vida, se le fue la mano demasiado y por fin logré que mi madre me creyera. Tras cuatro años en el infierno, me sacó para que viviera con ella e ir a una escuela de curas.*

*El pequeño negocio de mi madre no daba para mucho, pero sí lo suficiente para que, por fin, viviéramos juntos. Pese a ello, el rencor que*

*había hecho mella en mí todos esos años que no me creyó, no ayudó mucho en nuestra relación.*

*Me había vuelto un niño desconfiado y muy mío. La confianza era algo que debías ganarte a pulso conmigo, y solo eran dignos de ella los chicos de mi edad. Odiaba a los adultos, para mí todos eran unos corruptos, interesados y plagados de mentiras. Así que me mantenía alejado de ellos.*

*Rápidamente hice mi cuadrilla en la escuela y me convertí en el cabecilla. Donde había problemas allí estaba yo. X, así me llamaban, y siempre estaba buscando aliviar esa rabia interior que sentía contra el mundo.*

*Mi madre no supo controlarme. Se mataba a trabajar pensando que el dinero ayudaría a que no pasáramos penurias e intentaba compensarme, a su manera, por todo lo ocurrido. Me compró, intentando que la quisiera, cada vez que abría la boca ella se mataba para proporcionarme mis caprichos, aceptando cualquier cosa que yo deseara: fútbol, atletismo, artes marciales. El deporte siempre fue mi vía de escape, recuerdo que iba corriendo a todas partes sin mirar atrás, por el placer de sentir el frío aire del norte recorriendo mis mejillas.*

*Crecí sintiéndome el amo del Universo, y cuando José Mari intentó enderezar mi discolá existencia, me rebelé. ¿Que cuál era mi vida? Pues se basaba en suspenderlo todo, salidas nocturnas hasta altas horas de la madrugada, borracheras, colocones, peleas y situaciones varias que me llevaron a que la comisaria de la Ertzaintza fuera mi segunda casa. Cada vez que venían a buscarme estaba lleno de moretones y golpes a doquier. Era imposible recuperarme en el punto en que estaba.*

*Yo ya había escogido mi camino, y ni él ni nadie me iban a hacer cambiar.*

*Tras yacer con aquella desconocida en Castro Urdiales y no encontrar a mis amigos, decidí buscarme la vida para regresar a Bilbao.*

*Caminé hasta las afueras del pueblo, haciendo dedo para ver si algún coche paraba, tras diez largos minutos de caminata, que se me hicieron*

*eternos por el estado en el que me encontraba. Uno se detuvo, era un hombre, debía rondar los treinta y pico.*

*—¿Dónde vas? —me preguntó.*

*—A Bilbo<sup>[2]</sup> —respondí sorbiendo por la nariz el último resto de la raya que me había metido. En aquella época casi ninguno teníamos móvil, así que contactar con alguien era muy difícil.*

*—Si quieres te llevo, paso cerca de allí. —Asentí subiéndome con él, esperando que la droga que acababa de meterme me activara y despejara mi mente.*

*Condujo un buen tramo con la radio puesta, tenía sintonizada una cadena de música rock en euskera.*

*—¿Te gusta? —Me encogí.*

*—Mientras te guste a ti, el coche es tuyo. —Él sonrió.*

*—¿Cómo te llamas?*

*—Xánder —contesté parco. Me importaba muy poco aquel tío, solo quería llegar a casa y meterme en la cama, estaba hecho polvo.*

*—Eres poco hablador ¿eh?, no importa. Así que Xánder de Bilbao. ¿Eres de allí?, tus rasgos no parecen vascos.*

*—Porque no lo soy, soy griego, aunque vivo aquí. —Algo brilló en el fondo de su mirada oscura.*

*—Griego, me gusta mucho el griego y ¿a ti? —Supongo que si hubiera tenido más edad habría comprendido el doble fondo de la pregunta.*

*—Sí claro, cómo no me va a gustar —respondí como si con eso zanjara el incesante parloteo de aquel tío que me hacía martillar la cabeza.*

*—Ya... genial, creo que nos entenderemos muy bien entonces. ¿Sabes que tienes unos ojos muy bonitos y eres muy guapo?*

—Siempre me lo dicen —le resté importancia al comentario. Miré por la ventana. Habíamos entrado por una secundaria, desviándonos algo del camino.

—¿Te importa si paro un momento? tengo ganas de mear.

—Claro. —Paró el coche y apagó las luces.

—¿Vienes? —La verdad es que yo también me hacía pis. Me había bebido medio Castro Urdiales.

—Sí. —Nos metimos entre el follaje para aliviar la vejiga. No me fijé en cómo me miraba la polla, estaba demasiado concentrado en apuntar y no mearme en los pantalones. Estábamos terminando cuando me soltó:

—La tienes muy grande para tu edad. —Alguna vez me la había medido con mis amigos y siempre salía ganando, así que tampoco me extrañó que alabara el tamaño de mi miembro. Al contrario, me llenó de orgullo.

—Lo sé.

—¿Te la han mamado alguna vez?

—Esta misma noche —respondí arqueando una ceja sacudiéndomela.

—¿Y tú? —Estaba dándole la última sacudida para metérmela en el calzoncillo cuando sentí su mano agarrándomela—. ¿Has chupado alguna vez una como la mía? —Debo admitir que me costó reaccionar, nunca me había pasado algo así. Aquel cabrón me la estaba meneando a la vez que se tocaba la suya, mostrándomela.

—Aparta. —Le di un empujón con todas mis fuerzas— ¡¿Pero qué coño te crees que haces, maricón de mierda?! —Le grité. Parecía desconcertado.

—En el coche me dijiste que te gustaba el griego, solo pretendía que nos diéramos un poco de placer mutuamente. Además, te estoy llevando, de algún modo tendrás que pagarme el trayecto. Ven aquí, guapo, y chúpamela un rato, verás cómo te gusta. Tienes boca de chupapollas, ¿no te lo han



*dicho antes? —El estómago se me revolvió, él hizo un amago para volver a agarrarme y mi instinto sanguinario se despertó.*

*Recuerdo que le golpeé y le pateé las pelotas con violencia, insultándole, llamándole maricón de mierda y todas las barbaridades que se me pasaban por la cabeza. Le reduje convirtiéndolo en una masa deforme y sangrienta en el suelo. El asco que me había dado, con la coca que me había metido, fue un cóctel de locura y perdición, vomité en el suelo cuando ya no pude más.*

*Ya no me quedaban más golpes que entregar. Mis nudillos sangraban tan profusamente como él. No se movía, tenía los pantalones bajados y su miembro colgando sobre los calzoncillos.*

*No esperé a comprobar cómo se encontraba o si tan siquiera respiraba.*

*Me monté en el coche y conduje hasta Bilbao, aparqué bajo mi casa y subí hecho un despojo. ¿Que si sabía conducir? Todos en mi cuadrilla sabíamos, teníamos un coche en la lonja, un local que pagábamos entre todos, que se encontraba al lado de un descampado. El padre de Unai nos había enseñado a toda la cuadrilla, era un tío increíble que nos trataba de igual a igual.*

*Me metí en la cama, tal cual había llegado, ya me ducharía al día siguiente. Por suerte no había despertado a nadie. Perdí la mirada en el techo rememorando lo sucedido, una y otra vez, hasta que me quedé dormido.*

*Al día siguiente los llantos de mi madre y los golpes en la puerta de mi cuarto me sacaron del profundo letargo en el que me había sumido.*

*La Ertzaintza había venido a por mí, acusándome de robo. Mi larga lista de antecedentes no dejaba de aumentar, pero todavía era un menor, no podían hacer otra cosa que advertirme y soltarme de nuevo.*

*Me llevaron con ellos y, como escarmiento, me dejaron encerrado en el calabozo tras haberme llevado a la montaña para darme una buena somanta de hostias, a ver si así aprendía.*

*Así funcionaba la policía vasca en aquel momento, todos les odiábamos y, para nosotros, eran el enemigo.*

*Al día siguiente, mi madre y José Mari, vinieron a buscarme. En la comisaría les advirtieron de que no habría una próxima: si volvían a pillarme, iría a un centro de menores, interno.*

*Recuerdo que ella lloraba desconsolada, culpándose de todo mientras José Mari intentaba calmarla. No les expliqué qué me había llevado a comportarme así, me daba vergüenza admitir que ese hombre, que me acusó de robarle el coche, había intentado abusar de mí. Asumí la derrota y regresé a casa con ellos.*

*La bronca fue monumental, no podía esperar menos después de la que había montado, pero estaba tan lleno de ira y de rencor que no lograba controlarme.*

*—Esta es la última, Xánder, ¿me has oído? Pienso encerrarte y no dejarte salir más. Lo que le estás haciendo pasar a tu madre no tiene nombre, y esos críos con los que vas son tan delincuentes como tú. Vas a quedarte encerrado en este piso hasta que tengas dieciocho, después podrás hacer con tu vida lo que te dé la puta gana, como si quieres tirarte de cabeza a un foso, pero no vamos a salvarte el culo de nuevo. ¿Me entiendes? —Ambos nos enfrentábamos como dos toros. No llevaba bien que aquel extraño intentara imponer sus normas por haberse casado con mi madre.*

*—¡Tú no eres mi padre! —le espeté—. ¡Y voy a seguir haciendo lo que me dé la gana, esta es mi casa! ¡Díselo, ama!*

*—No es tu casa, es la casa de tu madre y ahora también la mía. Y bajo esta casa hay unas normas que cumplir, y si no las cumples, ahí está la puerta para que la cojas y te largues. —Abrí los ojos desmesuradamente.*

*—¿Me estás echando de mi propia casa?*

*—Te estoy diciendo lo que hay. —Giré el rostro hacia mi madre.*

—¿Y tú estás de acuerdo, ama? ¿Le prefieres a él antes que a mí? —Ella seguía llorando profusamente.

—No la metas a ella. Tu madre es débil, necesita un hombre que ponga las cosas en su lugar, porque ella no te sabe criar y la cosa se le está yendo de las manos.

—Me parece increíble, ahora soy una cosa. —Agité la cabeza negando—. No os preocupéis, que la cosa se larga, no voy a volver a ser una molestia para vosotros.

Me metí en la habitación, hice un petate, cogí el dinero que tenía guardado y salí por la puerta sin mirar atrás, sin prestar atención a los gritos de mi madre que imploraba que me quedara y le rogaba a José Mari que me detuviera. Pero no lo hizo, esa fue la última vez que los vi en muchos años.

## Capítulo 8



—Señor Asimakopoulos —le llamé desde la orilla. Estaba preocupada, llevaba más de dos horas esperándole en la limusina. Cuando me asomé hasta la playa para ver qué le mantenía tan entretenido, me asusté.

Estaba tumbado en el agua, solo, desnudo, sin nadie alrededor. ¿Le habría dado un infarto?

Corrí hasta llegar a la orilla, él estaba unos diez pasos mar adentro. Le llamé, pero parecía no escucharme.

No quería estropear el traje, así que me descalcé, me quité la gorra, la americana y los pantalones. Solo me quedé con la camisa y las bragas puestas. No quería quedarme tan desnuda como él. Necesitaba cierta intimidad para sentirme cómoda.

Admiré su hermoso cuerpo, era pura hombría y perfección en estado puro. Había visto a mis hermanos en pelotas y no se le parecían en nada. Sus músculos eran grandes, cincelados, de un color oscuro que invitaba a acariciarlos; tenía un miembro grueso y largo que reposaba ladeado sobre un vello pulcramente recortado, casi inexistente.

Me arrodillé a su lado intentando no desviar la mirada de su rostro, pasé los dedos por su pómulos, volviéndolo a llamar con suavidad. Estaba fresco, pero no frío, así que muerto no estaba, eso me tranquilizó.

—Xánder —susurré intentando no ser brusca, deleitándome en cada nota

de su excéntrico nombre. Me aventuré a recorrer con los dedos su hermoso rostro, intentando percibir cada resalto. Me acerqué a la boca para comprobar si respiraba sin percibir a la bestia que había desatado con mi gesto.

Un par de ojos verdes se abrieron abruptamente, dos férreas manos atraparon mis muñecas y sin saber muy bien cómo, acabé con la espalda bañada entre las olas y un gran cuerpo de hombre cerniéndose sobre mí.

Ambos nos miramos, aunque su mirada estaba algo ida. Creo que ninguno de los dos esperaba aquella reacción por parte del otro, y mucho menos la que le siguió.

La boca de mi jefe cayó en picado sobre la mía para empujarla una y otra vez al abismo más infinito.

«¡Dios! ¡Jamás me habían besado así!», como si la vida fuera en ello, como si intentaran sorberme el alma a cada pasada de su lengua.

No era muy ducha en ese tipo de besos, pero intenté dejarme ir, era imposible no hacerlo frente a ese huracán Xánder que barría mi boca de este a oeste y de norte a sur.

Tenía los muslos abiertos y una mano incitante, apartando la empapada braguita a un lado. El frescor del agua golpeaba mi sexo desnudo, era un ataque en toda regla, pero uno del que no quería escapar. Los dedos vagaron por mis pliegues, alentándolos, incitándolos a abrirse como un capullo en flor.

Mil sensaciones me recorrían de la cabeza a los pies, haciendo que deseara más a cada pasada de sus pesadas yemas. Gemí en su boca, empujé mis caderas buscando el alivio que mi cuerpo precisaba, entregándome a él por completo. Sabía que estaba preparándome para recibirle, cada poro de mi piel lo gritaba, le quería dentro, enterrándose en mí.

No me importaba lo que hubiera hecho antes o lo que le había llevado a dar el paso, solo quería sentirlo y yacer con él libremente y sin ataduras.

La punta roma del glande presionó en mi hendidura. Vane ya me había preparado, sabía que iba a doler, pero no tanto.

Grité cuando se ensartó de golpe, era muy grande y yo muy estrecha. ¡Joder, ¡cómo ardía! Tras el grito no se había detenido, había seguido empujando como un animal, como si no me hubiera escuchado. ¿Era Xánder un desconsiderado?

—¡Para! ¡Para, joder! ¡Me duele! —le grité aporreándole el pecho. Él me miró como si no entendiera qué estaba ocurriendo, como si fuera la primera vez que lo hacía.

—¿Cómo? ¿Qué? ¿Pero qué coño haces tú aquí? —Aquello era de locos.

—¿Cómo que qué hago aquí? ¡Me estás follando, maldito cabrón desconsiderado! ¡Y vale que no haya dicho que era mi primera vez, pero tampoco imaginé que fueras a partirme en dos! ¡Mierda! —protesté viendo cómo salía de encima de mí. Me miró con horror para después fijar la vista en su pene cubierto de sangre.

—¡Joder, joder, joder! —repetía como un mantra— ¡¿Qué he hecho?! ¡¿Te he violado?!

—¿Violarme? —Estaba espantado y mi falta de conversación parecía no mejorar mucho la situación—. ¡No! Bueno, es verdad que te pedí que pararas y te costó, pero no lo tildaría de violación.

—¡Mierda! ¿Has dicho que era tu primera vez? ¿Eras virgen? —Demasiada información de golpe, se estaba desbordando.

—¡Jesús, no creí que pudiera añadir el ser corto a tu larga lista de defectos! —Estaba muy cabreado, se había puesto en pie y caminaba entre las olas como si fuera el mismísimo dios Neptuno.

—¿Cómo se puede ser tan necio? ¿Y puede saberse en qué momento te colocaste bajo mi cuerpo? Porque está claro que yo no te traje hasta aquí.

Me incorporé un poco, clavando los codos en la arena, mi vagina escocía y el agua salada era un arma de doble filo en ella.

—¡Pensé que estabas muerto! —me defendí—. Llevabas dos horas ahí

tumbado, creí que te había dado un infarto o algo así y bajé a socorrerte.

—¿En bragas? —señaló mi ropa interior.

—¡No quería estropear la ropa! —me excusé—. No pensé que terminaría con el agua hasta el cuello y tú entre mis piernas, empujando como un rinoceronte salvaje.

Se agarró del pelo y tiró de él.

—¡Joder! ¡Mierda! ¡Lo siento! No sé qué me ha pasado, creo que entré en una fase de semiinconsciencia. Para mí estaba soñando, lo que estaba sucediendo solo ocurría en mis sueños. —Aquello me alertó.

—¿Me estás diciendo que me follabas en sueños? —Él parecía contrariado ante mi observación.

—Los sueños son sueños, ya lo sabes, uno no elije con quién o qué sueña.

—Tal vez no, pero todo el mundo sabe que los sueños son deseos del subconsciente, mensajes que no nos permitimos cumplir y que quedan allí guardados, macerándose. Así que, querido mío, tú has deseado que esto ocurriera, por lo menos inconscientemente.

—Es porqué me sacas de quicio —argumentó.

—¿Perdona? ¿Les metes la polla a todos los que te sacan de quicio? Porque yo no, a mí hay muchos como Rajoy o Bush que me cabrean y no me acuesto con ellos. —Me removí incómoda y él observó mi gesto de molestia.

—¿Te he hecho daño? ¿Te duele?

—Menuda pregunta... ¿Crees que duele que te metan un obús entre las piernas cuando tienes echada la barrera? —Cerró los ojos con pesar.

—Lo siento. No, no sabía lo que hacía.

—Eso ya me ha quedado claro, gracias. —Intenté incorporarme y él me ayudó.

—¿Necesitas que vayamos al médico? Puede haber un desgarro y...

—Tranquilo, machote. —Le golpeé el pecho—. Lo del obús era metafórico, solo siento un poco de molestia, nada que una buena ducha y un poco de descanso no puedan solucionar. —Intenté restarle importancia viendo la cara de preocupación que tenía. Yo era una chica dura, me había criado siempre rodeada de hombres, los rasguños, golpes y heridas formaban parte de mi día a día.

—Te juro que lo siento. Si pudiera dar marcha atrás, esto no habría ocurrido nunca. —Creo que esa fue la parte que más dolió, verle reconocer que nunca había tenido la intención de que fuera suya.

—Ya, está bien, acepto tus disculpas, no te preocupes más. Además, ya soy bastante mayorcita como para seguir teniendo esa reliquia entre las piernas. — Lo tenía fuera de juego, miles de expresiones cruzaban por su rostro sin terminar de encajar ninguna—. Me voy a la ducha para quitarme la sal y la arena, creo que deberías hacer lo mismo.

Lo dejé allí plantado, me desembaracé de la poca ropa que me quedaba y como Dios me trajo al mundo, me duché. Se acercó temeroso, cargando la culpa a sus espaldas, pero sin dejar de contemplar mi cuerpo desnudo. Ya no era virgen, no había sido ni memorable ni para tirar cohetes, pero había follado.

Me recreé bajo el agua. Pese a la culpa, también veía admiración en su mirada. Tal vez, si me veía así, lograría que el hombre de las cavernas volviera a meterse entre mis piernas, pero esta vez para hacerme ver fuegos artificiales. No iba a aceptar menos que eso.

—Nani, te juro que lo lamento. —Era la primera vez que usaba mi nombre—. La primera vez de una mujer jamás debería ser así. No sé cómo reparar el daño que he hecho. Si quieres, te pagaré todo el año de tus servicios y no hará falta que me vuelvas a ver, si no quieres. Dudo que tengas estómago para ello, yo de ti me odiaría y sería incapaz de volverme a mirar a la cara. —Había un arrepentimiento tan grande en su voz que me daba mucha lástima.



—Ya te dije que te perdonaba. Además, no ha sido para tanto, creo que cuando me pusieron la vacuna del tétanos aquella vez en la que me atravesé un pie con un clavo, fue peor. —Salí del agua intentando secarme al aire, dejando espacio para que esta vez fuera él quien entrara. Él seguía sin decidir qué cara poner, y yo ya no sabía qué decir para hacerle sentir mejor—. ¿Vas a ducharte? —le pregunté cuando se dedicó a quedarse quieto contemplándome como si fuera una *avis raris*.

—¿Cómo eres capaz de perdonarme? —Suspiré, no iba a decirle que mi intención desde que prácticamente le vi, había sido perder la virginidad con él.

—Ha sido un accidente. Además, yo no puse mucho de mi parte para negarme. —De hecho, no puse nada, si íbamos a ser francos—. Hasta que la cosa estuvo muy avanzada, no te pedí que pararas —reconocí con sonrojo—. Supongo que me dejé llevar y no pensé en las consecuencias. Ambos nos equivocamos, yo jugué con fuego y tú me quemaste. Fin de la historia.

Xánder pasó bajo el agua en una ducha rápida, momento que aproveché para recrearme fascinada en cada recoveco de su cuerpo, admirar las sombras que proyectaba la luna en él era poco más que cautivante.

Una vez me sentí lo suficientemente seca, me puse el pantalón, la americana y los zapatos. Escurrí la ropa mojada, y aproveché para ir a por la ropa de Xánder, mientras terminaba.

Menuda imbécil estaba hecha. Todo había salido como el culo y encima me había penetrado sin condón después de haberse tirado a *esa*. Solo me faltaba haber pillado alguna cosa. Era patética, conformándome con las migajas que otras dejaban. Hasta ese momento no me había planteado las consecuencias, pero no podía quedarme con la incertidumbre de si podía pillar cualquier cosa.

Le llevé la ropa y, viendo cómo se vestía, le pregunté.

—¿Estás sano? —El desconcierto volvió a sus ojos, sus dedos abrochaban la camisa quedándose atascados frente a mi pregunta.

—¿Qué?

—Ya sabes... ¿Sida? ¿Gonorrea? ¿Sífilis? ¿Ladillas?

—¿Estás de broma? —Negué.

—No hemos usado protección y justo antes habías entrado con tu amiga en ese club. —Él abrió los ojos entendiendo mi preocupación.

—Siempre uso condón y lo de antes no me había pasado nunca. Cada mes me hago unas analíticas que demuestran que estoy sano, si no, me vetarían el acceso al Masquerade, es uno de los requisitos para seguir formando parte del club —bajó el tono—. Y tranquila, con Adora no hice nada que pueda preocuparte, no estaba de humor. —Parecía sincero, no tenía motivos que me llevaran a dudar, y tampoco me debía ningún tipo de explicación al respecto. Mi corazón rebotó como una pelota de baloncesto y se coló por el aro gritando canasta. ¡No se había acostado con ella, pero conmigo sí! Adora cero, Nani tres, y el árbitro pita fin del partido—. Si te quedas más tranquila, subimos a mi casa y te las enseño. —Un momento, ¿me estaba invitando a su casa? Le miré con sorpresa.

—Mmmm, no, de verdad, no hace falta. Confío en tu palabra. Es tarde y, si no tengo que llevarte a otro sitio, me gustaría ir a casa. Después de dejarte en la tuya, por supuesto.

—Por supuesto.

Una vez recompuestos, fuimos hasta donde tenía estacionado el coche. Fue extraño, esta vez fue el quien, tras accionar la llave para desbloquear la limusina, abrió la puerta del conductor.

—¿Te importa que conduzca yo? —me pidió.

—¿Sabes conducir? —Una sonrisa franca tomó sus labios, maravillándome.

—Creo que algo recuerdo, para arrancar se pone en sexta, ¿no?

—¡No! —exclamé. La pequeña sonrisa se curvó ampliándose hasta

mostrarme toda su magnífica dentadura—. ¿Me estabas tomando el pelo?

—Eso parece. Anda, dame las llaves, por lo menos te debo un paseo en limusina. —Me hizo un guiño.

—¿Te ha entrado una pestaña o un mosquito en el ojo? —Esta vez fue una carcajada lo que soltó. Increíble.

—Aquí lo único que me ha entrado en el ojo es una preciosa chica con pelo multicolor. —Estaba que no cabía en mí del gozo. ¿Y todo eso por una penetradita? Bueno, más bien por una gran estocada, pero para el caso era lo mismo. Parecía que se acabara de obrar el milagro y por fin me hiciera caso.

—Lo veo y no lo creo. Dime la verdad, tú no eres Xánder *Asisoydecapullo*, a ti te han cambiado. ¿Quién eres? —Su mirada dulce y divertida me dejó sin aliento.

—Por una vez has acertado con mi sobrenombre. Soy el capullo que acaba de cagarla como nunca, así que, por una vez en mi vida, déjame que haga lo correcto. —Extendió la mano y yo fui incapaz de no darle las llaves.

Se dirigió a la puerta trasera para abrirmela y dejar que entrara. Me sentí como en un cuento de hadas: el dragón se había convertido en príncipe, la princesa no era rubia, llevaba el pelo arcoíris y conducía taxis, limusinas y coches de carreras.

Volví a sorprenderme cuando le vi manejar el coche con tanta soltura. Conducía francamente bien y eso que no era fácil calcular las distancias si nunca antes habías conducido una limusina.

Sintonizó la radio, estaban dando un homenaje a Queen, y comenzaba a sonar *Bohemian Rhapsody*. Me acomodé en el asiento, tumbándome como si fuera una cama. Estaba agotada porque habían sido dos días de emociones muy intensas. Me sentía a gusto y protegida, así que me dejé llevar cuando mis ojos se cerraron en un sueño reparador.

\*\*\*\*\*

Mmmm, por favor, qué bien había dormido. Hacía años que no me sentía tan genial. Rodé hacia el lado de siempre, donde estaba la pared para estirarme contra ella como siempre. Pero en vez de eso, rodé para caer en picado contra el suelo.

—¡Auch! —Menudo batacazo acababa de darme. ¿Dónde narices se había ido mi pared? ¿Quién la había tirado abajo mientras dormía?

—¿Estás bien? —escuché una voz profunda y masculina que venía de alguna parte. Intenté abrir los ojos, pero seguían algo pesados.

Algo me alzó del suelo y me sentí envuelta en unos fuertes brazos desnudos.

Abrí los ojos pestañeando, sin entender qué ocurría, encontrándome en los brazos de Xánder, quien llevaba una camiseta de tirantes y un pantalón extra corto que mostraba sus imperiosas piernas ¡Jesús, menudo despertar! ¿Qué hacía así vestido? ¿Estaría soñando? Miré hacia abajo para verme a mí. Yo estaba... Ay Dios ¡Estaba desnuda! Y para colmo, la sábana estaba hecha un ovillo en el suelo.

—¿Por qué estoy desnuda? ¿Dónde estamos? ¿Por qué pareces uno de esos tíos que salen en la tele para correr una maratón? ¿Y tú traje? ¿Y mi ropa? ¿Esto es un sueño de esos en los que todo el mundo va vestido y tú en pelotas? —Él arqueó una ceja divertido, parecía gozar del mismo buen humor del día anterior.

—¿Me permites contestar a tus preguntas de una en una? ¿O vas a seguir avasallándome y sin dejar que hable?

—Habla, pero bájame al suelo y déjame que me tape, no me siento cómoda estando sin ropa en los brazos del jefe.

Me bajó con cuidado y yo me enrosqué en aquella sábana suave que olía a él.

—¿Prefieres darte una ducha y que lo hablemos desayunando? Te puedo dejar una camiseta, Lucía está terminando de planchar tu ropa. —¿Lucía? ¿Quién era Lucía? Supongo que me vio la cara porque repentinamente me lo aclaró. —Lucía es mi asistente del hogar, no te preocupes, es muy discreta. Esa puerta de ahí es el baño y en el primer cajón de la cómoda tienes camisetas limpias, puedes ponerte una mientras tanto. Coge la que más te guste y con la que te sientas más cómoda. Te espero fuera.

Antes de entrar en el baño me maravillé por la amplitud de aquella habitación. Prácticamente todo era blanco o negro, sin otro color que rompiera con estos dos. Me daba la sensación de que su dueño era justo así: o blanco o negro, los colores o los grises no tenían cabida en su vida.

La cama era enorme, con una estructura moderna de postes que recordaba a las antiguas camas con dosel, pero sin tenerlo. Era de hierro forjado y estaba pintada en blanco, a juego con la cómoda, las paredes y las puertas.

La pared del cabecero era negra, del mismo modo que unas puertas gigantes con cristales traslúcidos que dejaban ver ropa detrás. Estaba convencida de que se trataba de un vestidor.

Había un espejo donde podías verte de cuerpo entero y, por curiosidad, me miré en él, intentando vislumbrar algún cambio en mí. ¿Se notaría que ya no era virgen?

Seguía siendo yo, la misma Nani de siempre, de cuerpo delgado y pechos no excesivamente grandes. Los acaricié, pensando en cuán diferentes eran a los de Adora, que era pura voluptuosidad.

En fin, había lo que había y no podía hacerle más. Fui al baño a darme esa merecida ducha y descubrí que casi era un *spa*, repleto de cremas y productos.

¡Madre mía, Xánder era un metrosexual! Aunque no de esos exagerados, por lo menos no llevaba las cejas depiladas y tenía el pecho salpicado de vello negro.

Pero estaba claro que se cuidaba, parecía que acabara de entrar en el palacio de la cosmética.

Todo eso pasó a un segundo plano cuando sentí la maravillosa ducha de mi jefe sobre mi piel. Podría pasarme horas allí debajo. Nunca había visto una igual: la alcachofa estaba integrada en el techo, desde donde caían pequeños chorros de agua emulando a una suave lluvia. Podías graduar la intensidad hasta convertirla en una potente cascada, variando la temperatura y el color.

Sonreí al ver mi piel de color verde y después morada. ¡Parecía un camaleón!

El champú y el gel eran de los caros y también olían a él. No solo usaba ese aroma para su colonia, todos los productos de higiene que utilizaba destilaban el mismo olor.

Me embadurné en la crema hidratante y, con el pelo envuelto en una toalla, salí en busca de algo con lo que cubrirme. Abrí el cajón que me había indicado para encontrar otro paraíso, esta vez el de las camisetas.

Al parecer, no solo llevaba trajes caros. ¿Cómo estaría vestido con una de esas y unos tejanos? Casi babeé ante la imagen, debía de ser todo un espectáculo. Curioseé entre ellas para dar con algo macizo y pesado.

¿Qué era eso? Estaba dentro de una bolsita de terciopelo y lo saqué temiéndome lo peor. ¿Sería un arma? ¿Sería mi jefe un mafioso?

El ritmo cardíaco se me aceleró al palpar algo alargado y frío. Estaba convencida de que se trataba del cañón de una pistola. Lo saqué con mucho tiento para que no se disparara, pero, cuando lo tuve fuera, lo miré un par de veces sin entender muy bien de qué se trataba. Tenía un pequeño botón en el extremo y no parecía un arma.

Lo pulsé y aquello comenzó a vibrar y a calentarse. Debía de ser una especie de *masajeador* o algo así, lo pasé sobre la piel de mis brazos, era agradable. ¿Cómo se usaría? Después le preguntaría a Xánder, no creía que se molestara porque lo hubiera tomado prestado. Al fin y al cabo, ya debía de contar con que lo encontraría en el cajón.

Opté por una camiseta negra, lisa, que me llegaba a medio muslo. Con la

envergadura de mi jefe, a mí me sentaba como un vestido.

Me asombré de cómo estaba todo de ordenado, no parecía la casa de un tío. Incluso mi piso estaba más desorganizado que esa habitación. Aunque claro, contando con una mujer de la limpieza era todo mucho más fácil.

Parecía que todo seguía igual excepto dos cosas: ya no era virgen y Xánder estaba de buen humor. Tal vez lo de ayer no fuera tan malo, después de todo.

Aparecí en la cocina. Todo el piso seguía la misma gama cromática, era como si estuviera en un tablero de ajedrez donde el único toque de color lo ponía mi pelo. Debería decirle a Vane que había acertado y que había despertado con mi pelo esparcido en sus sábanas o, por lo menos, en su suelo.

Había dos platos sobre la encimera repletos de tostadas, embutidos, mantequilla y fruta. También habían servido un par de zumos de naranja.

—Esto sí que es tener un buen despertar. ¿Quieres prepararme el desayuno cada mañana?

Se dio la vuelta ofreciéndome otra sonrisa.

—¿Te ha sentado bien la ducha?

—De maravilla, es espectacular. Creo que te pediré el teléfono del sitio donde la compraste, quiero una igual. —Sonrió complacido bebiendo del vaso de zumo—. Por cierto, espero que no te importe, entre las camisetas encontré tu *masajeador*, aunque con esta forma no sé muy bien cómo usarlo. ¿Me lo explicas?

Saqué la vara metálica y accioné el botón. Los ojos de Xánder estuvieron a punto de acompañar a la cantidad de jugo que salió propulsada de su boca. ¿Qué le pasaba? ¿Se le habría ido por el otro lado?

—¡Pero qué demonios haces con eso! ¡Trae! —La sonrisa se le había borrado de golpe—. ¿Ahora husmeas entre mis cajones? ¿Qué más has encontrado? —Verle tan alterado me puso a la defensiva.

—Eh, tranquilo, que yo no he *pipeado* nada. Esto estaba entre las camisetas, no pensé que te lo tomaras así.

—Y no podías limitarte a coger una, ¿no? Tenías que fisgonear entre aquello que no es tuyo. —Me sentí mal por el tono que estaba utilizando, como si hubiera vaciado su cómoda en busca de vete a saber qué.

—¿Sabes lo que te digo? ¡qué te metas el maldito *masajeador* por el culo!

—Perfecto, porque justo ese es su lugar y su uso. —Miré el cacharro que seguía vibrando entre mis manos. ¿Qué? ¿Cómo? Miré intentando entrever que me estaba gastando una broma, pero su mirada de engreimiento parecía decir que era verdad. Solté al momento esa cosa, que comenzó a zumbar y a rodar por el suelo.

—¡Por Dios qué asco! ¿Por qué no me lo has dicho antes? Vete a saber por cuántos culos ha pasado esa cosa. ¿A quién puede gustarle que le metan un palo por el culo?

—Te sorprenderías —respondió escueto, cruzándose de brazos.

Lucía apareció en ese instante, portando mi ropa limpia.

—Supongo que esto es suyo. —Me la acercó.

—Sí, gracias. Será mejor que vaya a lavarme las manos y a cambiarme de ropa.

Desaparecí rauda y veloz, abochornada por el incidente. Estaba claro que no paraba de fastidiarla hiciera lo que hiciese.

En cuanto estuve vestida, salí. El plato de Xánder ya no estaba, ni tampoco el *masajeador* anal. La de veces que había frotado mis manos con jabón, eso me pasaba por tocar lo que no debía.

Mi jefe estaba apoyado en el marco de la puerta que daba al balcón y, por un momento, me permití recorrer su silueta con anhelo. Pese a todo, le seguía deseando, ¿querría Xánder repetir?



Se dio la vuelta al escuchar mis zapatos repiquetear en el piso. Su mirada volvía a ser hosca.

—Siéntese, señorita Estrella, por favor. —Ya no me tuteaba y su rictus era severo. ¿Ahora volvía a ser la señorita Estrella? Había aparecido de nuevo el jefe, ocultando a aquel otro hombre en su interior. ¿Tendría personalidad múltiple?

—Estoy bien así, gracias —afirmé negándome a claudicar ante él.

—Como prefiera. Le he estado dando vueltas a lo de anoche y creo que es mejor que cada uno ocupe de nuevo su lugar. Como ya le dije, lamento mucho lo que ocurrió y entenderé si no quiere seguir trabajando para mí. —Me aclaré la garganta.

—Creo que ambos somos mayorcitos como para aprender a separar las cosas. Lo que pasó, pasó, y ya no hay nada que decir al respecto. No declinaré el puesto por una tontería como esa —intenté restar importancia a los acontecimientos.

—Yo no calificaría como tontería entregarse por primera vez a un hombre, y por ello quiero compensarla.

Aquello sí que era bueno, que me quería compensar... Mmmm, tal vez ahora cruzaría la sala, me agarraría entre sus brazos y me haría el amor en la cama para sentir el verdadero placer de la carne.

—Sorpréndame —le reté—. ¿Cómo pretende compensarme?

Vino con paso firme y decidido hasta donde yo estaba. Ahora venía cuando me cogía y yo me hacía la ofendida... Pero en vez de eso, me tendió un papel.

—¿Qué es esto? ¿Pretende que le apunte aquí mis deseos? —inquirí divertida.

—Más o menos. Ábralo. —Lo hice sin entender el juego.

—Es un cheque.

—Exacto, un cheque en blanco al portador. Puede poner la cantidad que considere oportuna y le pagaré con gusto.

Aquello era la mayor ofensa que me habían hecho jamás.

—¿Está de broma? —Él negó muy serio. Solté una carcajada seca—. Este es el peor insulto que podría haberme hecho. ¿Un cheque? ¿Pretende pagar mi pérdida de la virginidad con un cheque?

—Todo tiene un precio, señorita Estrella. Sé que anoche la ofendí y solo pretendo pagar mi ofensa y mitigar su malestar.

—¿Qué anoche me ofendió? ¿Mitigar mi malestar? ¿Sabe qué le digo, señor Capullo?, que se meta el cheque por el culo, con o sin *masajeador*, eso me da igual. ¿Dónde están mis llaves? —pregunté exacerbadamente.

—¿Por qué se pone así? Tiene el desayuno preparado. Anoche la dejé dormir en mi cama y voy a pagarle por lo que hice.

—Mira, maldito hombre de las cavernas, en esta vida no todo se arregla con dinero, y espero por tu bien que seas capaz de entenderlo, porque si no, no pienso conducir otra vez para ti. Quiero mis llaves, ¿dónde están mis llaves? —Apuntó con el dedo un mueblecito—. ¿Y mi coche? —Estaba que me subía por las paredes.

—Creo que debería calmarse y entender las cosas como una adulta. — Aquella fue la gota que colmó el vaso.

—¿Cómo una adulta? Creo que anoche, mientras me metías la polla, te quedó bien claro que follabas con una adulta. ¡No me jodas todavía más, Xánder, que con una vez he tenido suficiente! ¿Dónde está el puto coche?

—Planta menos uno, allí está, en el *parking*. La puerta se abre pulsando el botón rojo que hay al lado del cartel que indica la salida. —Asentí.

—¡Que tenga un buen día, señor! —escupí con indignación.

Me largué sin esperar su respuesta, estaba demasiado ofendida como para

seguir un minuto más en ese sitio.

## Capítulo 9



«*Maldito cretino*», estaba tan rabiosa que no podía dejar de golpear el volante.

Un coche delante de mí se cruzó sin poner el intermitente. Le pité como una posesa, bajé la ventanilla alineándome con él cuando pillé el semáforo y solté todos los insultos que no le había dicho a mi jefe.

—Pero ¿qué te has creído, hijo de la gran mujer que no abortó y decidió traerte a este mundo? ¿Qué puedes adelantar sin poner el intermitente porque Dios nos ha dotado del poder de la clarividencia, además del de la buena conducción? Eres un negado al volante, un provocador nato de accidentes y, ahora, no me jodas diciéndome que mujer tenía que ser. ¡He bebido más cervezas que tú en tu puñetera vida, llevo más horas al volante que tu abuelo y he roto más huevos que tu madre haciendo tortillas, so inútil!

El hombre parecía a punto de echarse a llorar, emitió un lo siento que apenas pude escuchar y, cuando el semáforo cambió de color, arrancó quemando rueda, no fuera a ser que me bajara y le arreara con el bate de béisbol que llevaba en el maletero.

Tal vez me había pasado un poco, pero es que no podía con la indignación que llevaba encima.

Solo conocía a una persona que pudiera calmarme y esa era *la Vane*. Me planté en su casa y llamé al timbre. Vivía con sus padres desde siempre, nunca

había hecho el amago de irse de casa, pues decía que allí tenía cocinera y servicio de lavandería. Menuda estaba hecha. Me abrió su madre.

—Hola, Encarni, pero qué guapa estás. —La mujer tenía la mala costumbre de llamarme por el nombre de mi abuela, haciendo que apretara los dientes y que me rechinaran solos al oírlo.

—Bien, gracias. Ya veo que usted está tan fantástica como siempre.

—Sí, es que mi Juan me cuida mucho.

—Ya lo veo. ¿Está Vane? —pregunté inquieta.

—Sí, corazón, está en su cuarto *liá* con la manicura. Pasa que ya sabes dónde es.

El piso de los padres de Vane estaba en un edificio antiguo. No habían hecho reforma alguna desde que se casaron, así que tenía ese aire retro que ahora estaba tan de moda. El suelo de mosaico decorado, los muebles clásicos de nogal, todo impecable como el primer día que se vinieron a vivir a Cornellá.

Llamé a la puerta para encontrar a mi amiga con una sonrisa de oreja a oreja, en albornoz y pintándose las uñas de los pies.

—Hola, bombón. ¿Hoy también curras? —observó mirando mi uniforme.

—No, hoy libro.

—¿Entonces? —Abrió los ojos de par en par—. ¡No me jodas! ¿Te lo tiraste? ¿Pasaste la noche con él y por eso llevas la misma ropa? ¡Eres la puta ama! ¡Voy a organizarle una fiesta de despedida a tu himen que la vas a flipar!

—Frena y deja que te cuente antes de hacerte demasiadas ilusiones, que mi himen y yo no estamos para mucha fiesta que digamos.

Ajusté la puerta tras de mí y me dejé caer en la cama cuya colcha era rosa chicle.

—¿Cómo que no estáis para fiestas? No me lo puedo creer, no me digas que te tocó un rapidillo.

—Si me dejas te lo cuento, así te ahorras el presuponer y crear tu propia historia, porque si la única que va a hablar vas a ser tú, me largo.

—Menudo humor que gastas. Vamos a ver, desembucha. ¿Qué le ha pasado a tu hucha?

Lo solté todo, con mil interrupciones por parte de mi amiga, que no podía creer todo lo que le estaba contando. Creo que a Xánder debieron de pitarle los oídos más que en un partido Barça-Madrid. Vane no podía dejar de insultarle, sobre todo al final.

—¿Y no cogiste el cheque de ese malnacido? Tú eres imbécil, ese tío se merece que lo desplumen por lo que te hizo. Menudo gallo de corral te has ido a buscar, sin plumas y cacareando le hubiera dejado yo. Ahora, la tonta eres tú, a mí me planta el cheque y lo relleno de ceros por mal follador y capullo. Además, habría sido tu salvación, ya no tendrías que preocuparte por el tema de las carreras. Yo de ti, volvía allí y le pedía el cheque.

—Paso, sé que si aceptara el dinero me hubiera sentido peor de lo que ya estoy.

—¿Y piensas seguir currando y verle la cara?

—Ya sabes que necesito el dinero, no puedo renunciar al contrato. Lo peor de todo es que el muy cabrón me gusta, no puedo pensar en otro que no sea él —resoplé cabizbaja.

—Pues yo de ti, el próximo día, iría más arrebatadora que nunca, y le demostraría todo lo que se está perdiendo por necio.

—¿Sabes que me reservó hora con su peluquero porque no le gustaba mi nuevo *look*? —Ella frunció el ceño—. No me mires así, que no sé qué hacer, no quiero que te enfades y tampoco quiero abrir más frentes. Necesito el curro y estoy hecha un lío. —Dejó el esmalte de uñas y me cogió de las manos, sentándose en la cama conmigo.

—Tú ve a la *pelu* esa de ricachones. Si no quieres cambiarte el color, no te lo cambies, pero aprovecha y que te dejen estupenda. Habla con uno de tus hermanos y que te cubran esta noche. Ya sé que no fue la hostia, pero había pocas probabilidades de que lo fuera, tu himen y tú necesitáis esa fiesta de despedida para olvidaros de toda esa mierda y yo os la voy a dar.

—Sabes que no me gusta salir, y no puedo cargarles con más curro a mis hermanos, que suficiente tienen con la que nos ha caído encima.

—Claro, pero en cambio tú sí que puedes echarte a las espaldas el tema de Damián, currar en dos trabajos y salvarle el culo con Escorpión ¿no? O se lo pides tú o les llamo yo y les cuento todo. Y no pienso saltarme nada.

—No puedes hacerme eso —le rogué a sabiendas de que era capaz de eso y más.

—Ya creo que puedo y lo haré. Palabra de la Vane.

—Está bien —suspiré resignada—. Ya veré cómo me lo monto. Cambiando de tema, desembucha, ¿cómo te fue con el pizzero? —Mi amiga puso los ojos en blanco.

—Ay, tía, no te lo vas a creer.

—Sorpréndeme.

—Pues que resulta que el pizzero, que se llama Hugo, no era mi cita. El pobre solo venía a traerle un pedido a Manoli, la de la peluquería de enfrente.

—¡¡¡¿Cómo?!!!

—Pues eso, que fue todo una confusión de lo más absurda. Por eso el pobre venía vestido de curro y con la moto de Pizza Zas.

—¿Y entonces? —Vane agitó las pestañas.

—Entonces, tuve una cita maravillosa con un chico genial. Resulta que Hugo es estudiante de medicina, es de Logroño y lleva dos años viviendo

aquí. Trabaja en la pizzería para ayudar a sus padres a pagar la carrera. ¿No te parece súper mono y considerado de su parte?

—Mucho. ¿Y no te dijo nada cuando le secuestraste a punta de lengua, sin dejarle dar explicaciones? —Ella se echó a reír rememorando el momento—. Además, le metiste un buen sobeteo antes de que arrancara la moto. —Ella chasqueó la lengua.

—Una tiene que tocar el género antes de catarlo. En resumen, no veas cómo está el de Logroño y la alegría que le dio a mi...

—Madroño —terminé antes de que soltara una de sus ordinarieces.

—Coño, iba a decir coño, ¿qué madroño ni qué ocho cuartos? Que eso es un árbol de Madrid y yo soy *mu* catalana. —Resoplé, con ella era imposible. Reconozco que ambas éramos chicas de barrio, pero no nos comportábamos igual. Si mi madre me oía *malhablar* como a Vane, agarraba la zapatilla y ya podía echar a correr, aunque tuviera veintiún años. Será que no se hartaron mis hermanos a zapatillazos. Creo que Damián hasta se tatuó la suela de la zapatilla en el culo—. ¿Me estás escuchando? —¡Mierda, ya se me había ido la cabeza!

—Sí, sí, claro, me hablabas del de Logroño.

—Sí, pues que resulta que el de Manoli era el último servicio que tenía. Llamó a un compañero para que le cubriera y nadie se enterara de nuestra cita secreta. Lo pasamos en grande viendo la peli en la pantalla gigante del parque y devorando la pizza que había traído.

—¿Y ya está? —La sonrisilla traviesa que se le puso me informó que no estaba.

—¿Cómo va a estar? Cuando faltaban diez minutos para el final de la peli quiso enseñarme que su pepperoni era mejor que el de la pizza. No sabes el morbo que me dio que me follara contra aquel árbol mientras todos miraban la peli. Fue corto, pero muy intenso —suspiró—. Tía, tienes que probarlo.

—¿Al de la pizza? —Ella agarró un cojín y me dio un *cojinazo* en toda la



cara.

—A ese no, que es mío. Me refiero a follar contra un árbol en un sitio público, no sabes el morbazo que da. Ahora que ya no eres virgen toca disfrutar, y si el señor capullo no quiere hacerlo, buscaremos otro que saque matrícula de honor. Ya se ha abierto la veda y toca abrir el coto de caza para que maten a tu hermoso conejo.

—¡Eh, que no quiero que nadie mate a mi conejo! —solté riéndome.

—Créeme, bonita, si encontramos a uno que mueva el rifle con manejo, querrás que mate a tu conejo. —Las dos empezamos a decir burradas y a reírnos como siempre. Estaba claro que hablar con mi amiga curaba todos los males.

Por la tarde fui a la cita con el peluquero de Xánder, quien admiró mi pelo. Dijo que era muy difícil encontrar una persona que tuviera ese dominio del color tan perfecto y que estaría encantado de hacerle una entrevista a quien me lo hubiera hecho. Seguro que Vane se llenaba de orgullo.

Pierre, que así se llamaba, era un chico de unos treinta años, rubio, con acento francés y muy guapo.

Me contó que, tras un verano en Barcelona, se enamoró de la ciudad y decidió cambiarla por París. Abrió el salón sin demasiadas pretensiones, no pensaba que los barceloneses acogieran tan bien su estilo tan personal. Ahora, sus servicios, eran de los más demandados en la ciudad.

—Hagamos una cosa. Voy a emplear una técnica contigo que, creo, os satisfará a ambas partes.

—¿Y cuál es? —pregunté curiosa.

—Voy a teñirte tanto la parte superior como la inferior de tu color de pelo, así la franja multicolor quedará oculta en el medio, como si se tratara de una cortina. De ese modo, los días que te apetezca lucirlo, te recoges la parte superior y saldrá a la luz esa maravilla de la coloración. Y si no lo recoges, tendrás la discreción que requiere tu jefe. ¿Te parece?

La idea me encantó, así que se puso manos a la obra, dándome un tratamiento extra para que el pelo no sufriera castigándose en exceso. Cuando terminó con mi peinado, me sentía la mujer más sexy y guapa del planeta. Le conté que iba a ir con mi amiga a Otto Zutz y que quería estar espectacular. Lo cumplió con creces o, por lo menos, yo me sentía así.

Vane había insistido en dejarme un vestido para la gran noche, que aseguraba me haría encontrar al cazador de mis sueños. Ella tenía razón, si mi jefe no quería lo que podía ofrecer, otro seguro que lo haría, no iba a lamentarme lamiéndome las heridas por las esquinas, yo no era así. A las penas, *puñalás*.

*«Hombres temblad, que la diosa de la guerra hoy se siente muy, pero que muy perra»*, me gustaba esa frase de mi amiga, así que se la iba a tomar prestada por una noche.

Aunque aquella falsa seguridad se vino abajo en cuanto me planté en aquella disco de tres plantas, repleta de gente que me miraba de arriba abajo.

—¿No había un sitio más ruidoso que este? —le pregunté intimidada.

—Vamos, no te quejes —dijo gritándome en la oreja—. Este sitio es genial y solo se puede entrar si estás en la lista.

Otto Zutz, era una disco mítica en la ciudad, con zona Vip incluida. Estaba ubicada en el barrio de Sant Gervasi, uno de los más pijos de la ciudad.

—¿Y a quién debemos el privilegio de estar en esa lista?

—A Hugo, he quedado con él y sus amigos aquí dentro. Va a traerte un par de aprendices de doctor para que te hagan la revisión completa. —Resoplé, no me hacía ni pizca de gracia que me planificaran una cita—. Diviértete, mujer, y mueve el culo, pareces un pasmarote en medio de la pista y asustas a los chicos. Fijo que creen que con esa cara de mala hostia eres bollera y, por ende, yo también. Parece que vayas a fulminarlos en lugar de ligar con ellos. Desmelénate un poco.

Me sentía como un pez fuera del agua. Llevábamos media hora allí y ya tenía ganas de largarme, porque estaba claro que yo no servía para estar en estos sitios. Las miradas lascivas que me mandaban los hombres me incomodaban, aunque yo frunciera el ceño y pareciera *uniceja*. Ese maldito vestido rojo de lentejuelas que llevaba era como un malévolo trapo rojo frente a una manada de toros con ganas de embestir, y estaba convencida de que, si me movía, alguno intentaría clavarme el pitón.

—Voy a pedir una copa ¿quieres algo? —Vane negó.

—Con el Baileys de antes voy servida, ¿tú vas a por otro?

—Más bien lo necesito. A ver si por lo menos el alcohol me ayuda a desinhibirme un poco y pasarlo mejor.

—Pide que te lo carguen bien, que yo te espero aquí.

Mi amiga lucía un top que empujaba sus pechos al límite. El suave abdomen quedaba al aire hasta el linde con un pantalón extra bajo que se pegaba a sus piernas. Si se agachaba un poco enseñaría más hucha que los albañiles en las obras. Pero eso a ella no le preocupaba, estaba encantada de exhibirse y mostrarse de ese modo. Disfrutaba con las atenciones masculinas, siempre había sido así desde que teníamos uso de razón.

Ahora mismo estaba rodeada por un enjambre de moscardones y parecía la mujer más feliz del mundo. Menuda suerte la suya. Por mi parte o aprendía algo de ella o, pese haberme despedido de mi himen, no iba a disfrutar del sexo nunca.

Estaba cansada de tocarme las teclas sola, como si fuera un piano fantasma. ¿Era tanto pedir encontrar un hombre a quien le gustara y que me gustara a mí? ¿Uno que supiera hacerme disfrutar y suspirar?

Pedí otro Baileys y eché un vistazo a mi alrededor. La gente parecía divertirse: las chicas bailaban coquetas mientras ellos intentaban moverse para hacerse ver y pavonearse como pavos reales desplegando la cola.

Cruces de miradas, sonrisas furtivas, manos que acariciaban tentando la

suerte. Era todo muy primitivo, allí podías ver la parte más animal del ser humano. Apenas había conversación, solo cuerpos contoneándose e invitando a ser tocados con un único fin: copular.

Vi a Vane saltando para agarrarse a un chico que acababa de llegar. Le plantó un beso que quitaba el sentido, así que supuse que se trataba de Hugo. Iba con un par de chicos, seguro que eran los aprendices de doctor que decía Vane. No les veía el rostro, pero por detrás no estaban mal. Esperaba que tuviese razón y alguno mereciera la pena.

Engullí la mitad de la bebida y fui hacia ellos con la intención de ser presentada.

De frente ganaban puntos, eran bastante monos, pero, a mi parecer, eran unos críos. Tenían la misma edad que yo y me sentía su madre, el cabrón de Xánder había marcado un antes y un después en mí. Decidí darles una oportunidad, no podía juzgarles solo por la carrocería, igual tenían un buen motor. Podía escuchar en mi mente a Vane diciendo «*Y una buena palanca de cambios, no te olvides de la palanca*». Me eché a reír sola. Parecían majos, el alcohol comenzaba a hacerme efecto y solo necesitaba dejarme llevar. Iba a lograrlo, seguro. «*Chúpate esa, Xánder*».

Bailamos y bebí hasta terminar mi copa, solo quedaba un cubito de hielo. Vane agarró mi vaso, dejando caer el contenido en su boca. Me sonrió y dejó el vaso vacío en un lugar habilitado para ello. Después, caminó hasta Hugo para ponerlo en su boca solo usando la lengua. Él sonrió, aceptó la invitación y jugueteó con él, regresándolo a sus labios. Cuando Vane lo tuvo de nuevo en posesión, la dio la vuelta para agarrarla por las caderas, dejándola frente a mí.

Yo sonreía divertida, achispada y algo encendida por el morbo de la escena. Las manos de Hugo subían y bajaban por el abdomen de Vane, sintiendo su piel hasta llegar a la parte baja de sus pechos. Ella movía incitante la cadera, frotándola contra su pelvis sin apartar la vista de mis labios.

Me hizo una señal con el dedo para que me acercara. Sabía lo que pretendía y por una vez quise sentirme tan libre como ella.

Acerqué mi boca a la suya, y ella me tomó de la nuca y empujó el frío cuadrado en el interior de la mía. Cada vez era más pequeño, fundiéndose con el calor del interior del cuerpo. En cuanto lo tuve me miró y después desvió la mirada hacia los amigos de Hugo.

—¿A cuál eliges? —gritó en un *impasse* en el cual la música había perdido fuerza. Los miré a ambos sin saber qué decir o qué hacer, no estaba segura de por quién decantarme. Di dos pasos acercándome a ellos, que me sonreían esperando ser escogidos, pero alguien me tomó del brazo por detrás antes de que hiciera firme mi elección. Me dio la vuelta y dijo con voz autoritaria.

—Me elige a mí. —Su boca devoró la mía, su cuerpo engulló al mío y sus manos empujaron mi trasero contra sus caderas para que sintiera su firme erección.

\*\*\*\*\*

Hacía mucho que no salía con los chicos, pero la llamada de César me vino como anillo al dedo.

—Vamos, no me digas que te habías olvidado, X. Quedamos hace más de un mes porque hoy es el cumple de Toni y ha reservado mesa en la sala Vip del Otto, como en los viejos tiempos.

—Lo siento, tío, no estoy de humor para salir —me disculpé.

—No me vengas con hostias. Hoy cumple cuarenta y tenemos que celebrarlo a lo grande. Además, también viene Jonathan, somos los tres mosqueteros ¿recuerdas? No puede faltar D'Artagnan. —Soplé y finalmente acepté sin estar demasiado convencido.

No podía sacarme a Nani de la cabeza y la sensación de que me había hundido en la mierda con ella. Desde luego, no me había cubierto de gloria precisamente con la actuación de la mañana.

Estaba tan habituado a comprarlo todo que no pensé en que pudiera tomar mi oferta como una ofensa. Cuando logré sosegarme y analicé fríamente la situación, entendí que no todo el mundo era tan frío como yo.

Que encontrara el vibrador anal me desubicó y no supe cómo encajar la situación. Verla sonriente con él en las manos lanzó mil demonios a la carga que no supe gestionar.

Esa chica removía demasiadas cosas en mí, cosas que creía que se habían extinguido y otras que jamás había sentido. Ni con Sandra había experimentado algo así, y eso que convivimos durante dos años.

Pierre me llamó para decirme que Nani había ido a su salón. También me sentí culpable por ello. ¡Joder, si hasta le había impuesto que se cambiara el pelo para seguir trabajando para mí! Era un auténtico cretino.

Me felicitó por mi buena elección de chófer y me dejó caer que seguro que esa noche ligaba mucho en el Otto Zutz. Al parecer, le había pedido que la dejara arrebatadora para triunfar con su amiga.

No podía creerlo. ¿Casualidad? ¿Destino? Era el mismo lugar al que yo iba a acudir con mis amigos. La vida parecía empujarme hacia ella pese a que yo quería mantenerla lejos.

Podía aprovechar que estaríamos en el mismo lugar para intentar un acercamiento, para disculparme por lo idiota que había sido. Quizá con una copa de más podría llegar a perdonarme.

Cené con mis amigos, como siempre, rememorando nuestra época dorada del *Privé*. Creo que, durante un tiempo, sí me sentí feliz allí con ellos, les sentía mis hermanos y el resto del mundo no importaba. Aunque finalmente todo se esfumó. Tras la cena fuimos a la discoteca, intenté fijarme en la gente, pero no vi a Nani por ningún sitio. Tal vez se hubiera arrepentido en el último momento. Subimos al reservado para seguir con la fiesta, corría la tercera botella de Moët, cuando un pálpito me sacudió. No sabría decir con exactitud qué fue, solo que sentí el impulso de bajar a la primera planta.

Era como si algo se hubiera activado en mí, llevándome hacia un punto concreto del nivel inferior. Bajé las escaleras, expectante, sin comprender muy bien aquella intuición, hasta que la vi. Allí, en el centro de la pista, estaba ella, preciosa, con su pelo rubio platino ondeando bajo los focos. Bailaba con más gente, pero yo solo tenía ojos para ella, los demás habían dejado de importar. Caminé sin ver, hasta situarme a unos pasos, su amiga acababa de pasarle un cubito y la espoleaba para que ella hiciera lo mismo y se lo pasara a uno de los chicos que la miraban como pasmarotes, deseando ser el elegido para jugar.

¿Y quién no iba a desearlo? Por supuesto me anticipé, no iba a dejar que otro que no fuera yo tomara ese pedacito helado de su boca. Por una vez no escuché a mi mente que me empujaba a resistir la tentación, sino que me dejé llevar por mi corazón, así que la tomé del brazo antes de que fuera demasiado tarde y fui a por lo que consideraba mío.

Sentir conscientemente su lengua acariciando la mía con el contrapunto helado deshaciéndose entre nosotros, me inflamó como no lo había hecho nada en esta vida.

Vi la sorpresa en sus ojos cuando me reconoció y la rendición de su cuerpo al sentir el mío. Era fuego líquido en mis brazos, se deshacía y se prendía a partes iguales, agarrándome por la nuca como si me quisiera amarrar a ella, con la misma firmeza y posesión que yo la agarraba a ella.

Mis manos la tomaron de sus perfectas nalgas para apretarla contra mí. ¡Joder, era pura ambrosía! Su sabor me volvía loco y me hacía desear más a cada envite de su lengua contra la mía.

Necesitaba separarme, tomar distancia o iba a lanzarme al suelo y hacerla mía en mitad de la pista. La necesidad acuciante que sentía era tan primitiva que podría haberlo hecho sin miramientos, sin dudar, sin que me importaran las consecuencias, aún a sabiendas de que no era lo correcto y de que, seguramente, ella me odiaría después.

Me separé a regañadientes, tomándola del rostro con suavidad y perdiendo el calor de sus labios. Ella abrió los ojos, soñolienta, como si acabara de salir de un trance en el que nos habíamos visto envueltos los dos.

—Nani, yo... —Su mirada se entornó al oír mi voz. Cambió al instante, convirtiéndose en una retadora y juro por lo más sagrado que no vi venir los cinco dedos que se estamparon en mi rostro.

—¡Eso sí que es un buen cinco contra uno! —estalló la amiga al tiempo que Nani me empujaba.

—¡Ni te me acerques! ¿Me oyes? ¡Ni te me acerques! —Se abrió paso a codazos, largándose como un vendaval. ¿Qué coño había pasado? En un momento se derretía bajo mi boca y al instante me giraba la cara de un guantazo.

—¡Eh tú! —me llamó la amiga terminando de descolocarme—. Imagino que, por tu actitud y su reacción, debes de ser el jefe Capullo, ¿no? —Estaba convencido de que se había dirigido con ese sobrenombre a su amiga para referirse a mí.

—Supongo que sí. —Ella asintió mirándome con cara de pocos amigos.

—Pues deja que te diga una cosa: cuando Nani le hace a alguien la cruz, se la hace de por vida, así que si quieres recuperar lo poco que tenías con ella será mejor que te espables y te arrodilles ahora que lleva dos copas de más, porque si la pillas con dos copas de menos, eso es poco para lo que es capaz de hacerte. —Instintivamente me toqué el rostro. No había sido para nada suave, escocía, aunque no más que las palabras que yo le había dedicado esa misma mañana—. Antes de que te vayas, te diré una cosa: lo que le hiciste anoche fue una guarrada, ninguna chica se merece eso y menos la primera vez. No sé por qué, pese a haberte comportado así con ella, te ha respetado esta noche porque yo ya me habría acostado con uno de esos dos. Pero qué vamos a hacerle, Nani es así, cabezota como ella sola. Así que, si te gusta, como intuyo que lo hace, haznos un favor, sácala de aquí y fóllatela en condiciones, por el bien de ambos. Tienes pinta de saber hacerlo mucho mejor. Un mal día lo tiene cualquiera, pero dos no, así que será mejor que, si lo intentas, sea de matrícula. No voy a amenazarte con cortarte las pelotas si le haces daño de nuevo, porque conociendo a Nani ya las habría convertido en papilla, antes de que yo llegara. Ahora lárgate, mi amiga corre como una gacela y más cuando está cabreada.



La muy descarada me guiñó un ojo y me hizo un gesto para que fuera tras ella.

## Capítulo 10



«Agggrrrrrr», estaba que trinaba, era una idiota redomada. ¿Cómo podía ser tan palurda?

El tío tiraba de mí, me plantaba un beso y yo me dejaba hacer como si no hubiera pasado nada y no me hubiera tratado poco más que como una puta. Me sentía indignada conmigo misma por ser tan débil.

«*Coño, Nani, reacciona*», me dije al verle con esa cara de suficiencia tras besarme. Estaba claro que se sentía complacido con lo que había provocado en mí con ese beso, ¡si incluso me había frotado! Me sentía abochornada, tanto que no pude evitar querer borrarle aquella expresión con un sopapo en toda regla. Y así lo hice, que saliera el sol por Antequera, ahora, si me quería despedir, que lo hiciera.

No conocía el sitio, pero me daba igual. Me abrí paso entre la gente metiéndome por un pasillo oscuro, hasta que noté cómo alguien tiraba de mí. Si era él, le iba a partir los dientes, a ver a qué mujer le gustaba mellado.

Para mi sorpresa, no me encontré con él, sino con el brillo de un diente dorado.

—Mira lo que tenemos por aquí, si es la preciosa Queen. ¿Qué haces en este lugar, bomboncito? No te ubicaba en este reino. ¿Acaso te has perdido y

buscas a alguien que te proteja? —Me removí inquieta, intentando liberarme.

—Déjame, ¿me oyes?

—Mmmm, no sabes lo dura que me la pones así vestida, si hasta pareces una de esas putitas a las que me suelo follar habitualmente. —Me dio un empujón y me estampó contra la pared. Malditos tacones y maldito alcohol, iba corta de reflejos. El aire abandonó mis pulmones y él aprovechó el desconcierto para acorralarme—. Con el mono de competición estás buena, pero así... —Miró mi escote, que tal vez mostraba demasiado—. Así voy a follarte por todas partes.

Pasó su mano por mis muslos, intentando abrirse paso en ellos.

—¡Te he dicho que me sueltes, maldito hijo de puta! —Él soltó una carcajada.

—En eso has acertado, mi madre era una puta y nunca conocí a mi padre. Sería uno de esos tíos a los que se follaba, igual que tú. ¿Te gustaría que te hinchara el vientre con un hijo mío? Seguro que salía muy guapo con tu pelo rubio y mi mala hostia. No te revuelvas, Queen, o tu hermanito lo pasará verdaderamente mal en la cárcel. —Me sentía enferma bajo su toque y sus amenazas.

—Ese no era el acuerdo. Yo solo corro para vosotros, no follo con vosotros. No soy una puta, ¿me oyes?

—¿Y quién dice que no puedas serlo? Además, no te preocupes, no pienso pagarte por los servicios prestados, solo deberás darme las gracias cuando terminemos.

—¡A tu jefe no le va a gustar esto! ¡Suéltame! —grité de nuevo, intentando que me soltara. ¿Dónde narices me había metido que no pasaba nadie? Aunque, igualmente, con el estruendo que había, dudaba de que alguien se percatara de lo que sucedía. Estaba en un mal ángulo para patearle las pelotas, que perrera les daba a los tíos con querer abusar de mí, estaba hasta las narices de todos ellos. La rabia bullía en mi interior.

—Disculpe, creo que la señorita le ha pedido que la suelte —la voz se elevó sobre nuestras cabezas. El hombre de Escorpión ni se inmutó.

—Ella no es ninguna señorita, es una zorra, mi zorra, así que búscate otra que te la chupe que esta va a estar ocupada un buen rato —respondió sin tan siquiera mirar quién había detrás. No podía verle, pero sabía perfectamente de quién se trataba.

—No diga que no se lo advertí.

Todo se precipitó. El hombre de Escorpión salió volando, literalmente, por los aires y, justo después, el infierno se desató.

Xánder parecía sacado de una película de ciencia ficción. Tenía el rostro desencajado y la palabra venganza tatuada en la mirada. Los golpes se sucedieron como si una bestia le dominara, recibió algún mal tanto de refilón, pero nada comparable a la somanta de hostias que le cayeron a mi opresor. El tipo, cuyo nombre desconocía, terminó semiinconsciente en el suelo.

Debía detenerle o le acabaría matando y eso supondría más problemas tanto para Xánder como para Damián y para mí.

—¡Xánder, Xánder, por favor, detente! —Le zarandeeé intentando que me escuchara por encima de la música—. ¡Para! —le insistí— ¡PARA! —Al segundo grito se dio la vuelta para mirarme completamente ido. Tenía la mirada perdida y el sudor perlado su frente, se le veía tan guapo como carente de alma, daba miedo—. Ya está, ha sido suficiente, creo que ha aprendido la lección.

—¿Es... Estás bien?, ¿te ha hecho algo? —Negué agradeciendo su preocupación.

—Llegaste justo a tiempo. —Su mirada carente de emociones pasó a la más pura preocupación y me miró de arriba abajo intentando encontrar algo.

Resoplaba abriendo y cerrando las aletas de la nariz. Cuando vio que todo estaba bien, me tomó de la mano. Tenía los nudillos destrozados, aunque nada comparable a cómo había terminado aquel otro desgraciado. Jamás hubiera

pensado que mi jefe peleara como cualquier macarra de barrio, esos a los que no les preocupaba el resultado de la pelea, salvo destrozar a su oponente.

—Vamos —dijo llevándome con él. No me resistí, sabía que debíamos hablar después de todo lo que había ocurrido entre nosotros.

Pasamos por el guardarropa. Hasta el momento solo me había fijado en que llevaba la misma camiseta negra que yo me había puesto por la mañana y unos tejanos negros rotos en las rodillas. Era un *look* casual que le daba un toque de malote que te hacía hormigear lo que no debía. La chica lo repasó de arriba abajo antes de tenderle la cazadora de cuero negro. Con ella puesta, parecía un maldito ángel del infierno y allí era adonde yo quería ir con él.

Yo también me puse mi chupa y me sorprendió ver que le entregaban un casco. Sacó el móvil para teclear algo con rapidez y después lo guardó. Me miró para cerciorarse de que estaba lista, agarrándome con seguridad por la parte baja de la cintura para llevarme con él.

Fuera había una moto de carretera negra cuyo asiento abrió para sacar un casco muy parecido al suyo que me pasó. Contemplé la moto admirativamente, era tan hermosa y salvaje como él. En la carrocería había un ave fénix resurgiendo con las alas llameantes.

No hicieron falta palabras, se montó y yo me subí tras él por instinto, admirando al hombre y a la máquina. Le agarré con fuerza para intentar dejar de temblar. Su corazón iba a mil y el mío también. Me recreé en el olor a cuero, en el tacto de su cuerpo y en la velocidad.

Nos fundimos entre los coches con violencia al igual que yo me fundía contra su espalda, en un agarre que iba mucho más allá de la propia seguridad. Le necesitaba tanto, la adrenalina bombeaba por mi cuerpo provocando ganas en mí de ponerme a gritar.

Velocidad, carretera, un hombre que acababa de pelear por mí, el deseo fluía avasallador. Era un cóctel difícil de digerir y de no ambicionar.

Reconocí el *parking* de su edificio, desmonté sacándome el casco y agitando el pelo. Él abrió el asiento para guardar ambos dentro. Seguía sin

hablar, pero había determinación titilando en sus pupilas.

Volvió a agarrarme de la mano, cruzando sus dedos con los míos para meternos juntos en el ascensor. Fue cerrarse las puertas y sentir cómo se abalanzaba sobre mí con posesión.

No hizo falta más, nos enzarzamos como dos bestias hablando el lenguaje del deseo, aquel que ni se compra ni se vende, aquel que nace en el rincón más primitivo del ser humano.

¿El perdón? Yo no era Dios para juzgar, tal vez se hubiera equivocado por la mañana, pero del modo en que me había defendido se había ganado mi lealtad y mi admiración.

No me dio tregua, aunque tampoco la esperaba. Me besaba con la misma desesperación que yo sentía, con la misma lujuria y el mismo desenfreno. Me faltaban manos para tocar todo lo que deseaba, me sobraba ropa y necesitaba piel por la que pasar mis dedos.

Me agarró del culo, levantándome a pulso para que enroscara las piernas en su cintura y seguir besándome, como si la vida le fuera en ello.

Su firme erección se clavaba en mi sexo, restregándose, recordándome que aquel era su lugar y que quería entrar de nuevo en él. Se lo habría dado todo en ese momento, no me importaba el lugar, sino la necesidad acuciante que me espoleaba exigiendo más.

Las puertas se abrieron, pero no me bajó en ningún momento. Caminó conmigo de aquel modo tan íntimo hasta depositarme en su cama. Separándose por un instante, con el verde de sus ojos conectado al azul de los míos.

No perdió el tiempo. Se desnudó, mientras yo le contemplaba con auténtico deleite. No pensaba abrir la boca, no fuera a liarla y provocar que se detuviera.

Era imponente, perfección masculina en estado puro y, en ese momento, era mío.

Lancé mi chaqueta al suelo.

—No te desnudes —me pidió—. Concédeme el honor.

Tragué con dificultad, pero le dejé hacer.

Primero me sacó los zapatos y se dedicó a adorar mis piernas con la boca. Chupó, mordió, raspó y besó cada porción de carne que encontró en el camino, como si tratara de venerar todos los rincones de mi cuerpo. Sentía la humedad creciendo en el centro de mi agonía, mientras su cabeza morena se acercaba a ella.

La bordeó con descaro, besando mis ingles. Por suerte, me había depilado y no había un solo pelo fuera de lugar. Cuando se dio por satisfecho, besó mi sexo sobre el encaje de mi ropa interior. Pasaba la lengua y lo mordía con suavidad, para después respirar mi aroma, enloqueciéndome por completo.

—Por favor —le rogué intuyendo que no iba a pasar de ahí. Levantó la cabeza con una sonrisa arrogante.

—¿Por favor? ¿Qué desea, señorita Estrella? ¿Quiere que siga besándola aquí? —Sus labios cayeron encima del encaje. ¡Joder, cómo me ponía que me hablara de usted! Me daba muchísimo morbo. Reconozco que, lo que me hacía, me provocaba una sensación placentera, pero no lo suficientemente intensa, necesitaba más. Lancé un gruñido de protesta.

—Tú eres el experto, solo sé que eso no me basta —protesté con el ceño fruncido.

—Así que es eso, es una pequeña impaciente, pues prepárese y ármese de paciencia, porque pienso darme un banquete y todo lo que me propongo comer lo tengo justo aquí. —Apartó la tela del tanga dando una pasada larga y lenta, abarcando todo mi sexo. Gemí con fuerza—. Eso es, pequeña, siéntelo, no te reprimas, voy a darte justo lo que necesitas.

Su boca volvió a enterrarse entre mis labios para degustarlos con fruición, paladeando cada rugosidad, minuciosamente. Cuando llegó al clítoris, yo ya estaba empapada y lista para recibirle.

Su lengua fue el arma escogida para hacerme sufrir, no había nada más que no fuera su boca en mi sexo. Sorbió mis labios, los adoró con los suyos, me penetró degustando mi humedad, para deleitarse en ella y saciar su apetito voraz.

Mi cuerpo se iba elevando como si comenzara a flotar. Tenía las sábanas agarradas y gimoteaba intentando llegar a un lugar lejano, extraño, pero que moría por visitar. Cuando fue a por mi clítoris, el nudo que se había formado en él estalló sin pedir permiso.

Aullé por la intensidad, el placer me barrió de la cabeza a los pies.

¡Dios! Si esto era a lo que se refería Vane, lo quería envuelto y listo para llevar. ¡Joder!

—Eres sublime, completamente deliciosa, pequeña. —Suspiré satisfecha, flexionando los dedos de los pies que se me habían agarrotado.

—¿Ya no me llamas de usted? —Elevó las comisuras de sus labios dándome un último lengüetazo.

—Creo que después de esto sobran las formalidades. —Me sentía tan complacida que no podía estar de mejor humor.

—¿Y por qué has tardado tanto en dejarlas a un lado? —Lo sentí sonreír contra mi sexo.

—A veces puedo ser un poquito obtuso. Pero no te preocupes, voy a compensártelo, tal y como me recomendó tu amiga. Siéntate.

Me incorporé, le iba a hacer un monumento a mi Vane.

Su barba brillaba casi tanto como sus ojos y allí era justo donde me sentía perdida. ¿Quién era ese hombre que me hacía enloquecer?

Me sacó el vestido por la cabeza y lo único que quedó sobre mi cuerpo fue el tanga de encaje, pues no llevaba sujetador.



—Eres preciosa, extraordinaria, con una piel perfecta y un sabor embriagador. —Me puse roja al oír aquellos cumplidos tan íntimos—. ¿Qué ocurre? ¿No me crees?

—Yo... bueno, no sé, nunca me habían dicho algo así. —Se acercó hasta que solo nos separaba un suspiro.

—Eres un ángel en medio de tanta oscuridad, una estrella en una noche vacía que me hace pensar que, a veces, incluso en la noche más oscura, puede brillar una estrella. —Se me encogió el corazón al escuchar unas palabras tan hermosas y profundas en un momento tan íntimo—. Voy a demostrarte que todo lo que te he dicho es verdad. —Acunó mi rostro con delicadeza y me besó con mucha ternura. Me sorprendí al captar mi sabor entremezclándose con el suyo propio y eso me excitó. Pensé en los consejos de mi amiga, no quería quedar como una pardilla, así que pasé la mano por mi sexo, apartando la ropa interior para que pudiera ver cómo me acariciaba mientras él me besaba con deleite. Cuando se percató de lo que estaba haciendo, me detuvo—. No te va a hacer falta, créeme, déjame a mí, voy a enseñarte todo lo que necesitas saber. Ese va a ser mi regalo, mi redención. Voy a follarte como nadie va a hacerlo jamás y vas a conocer el verdadero sentido del placer.

Me mordí el labio inferior y él me sacó el tanga. Ya estábamos en igualdad de condiciones, no había nada que nos separara.

Me tumbó para adorar mis pechos, colmándolos de atenciones.

Succionaba con fuerza mis pezones para después mimarlos con círculos lentos y persuasivos. Sus dedos trazaron el sendero a mi rajita, abriéndola con suavidad para esparcir mis jugos. Era delicado e intenso a partes iguales, cuando el primer dedo me penetró, me arqueé, curvando la espalda hacia arriba buscando más. Él gruñó.

—Cariño, eres tan jodidamente estrecha y te mojas tanto, que no sabes las ganas que tengo de enterrarme en ti. Vas a ser como un guante de mantequilla para mi polla.

—¡Fóllame! —le pedí. Estaba ardiendo, le necesitaba tanto. Él mordió tirando del brote que tenía entre los dientes, arrancándome un grito y

provocando que mi vagina se contrajera.

—Todavía no estás lista —me provocó arrastrando su barba sobre el sensible pezón.

—Lo estoy —aseveré desesperada por todo lo que me hacía sentir—. Te juro que lo estoy.

—Eso es lo que tú crees, pero ambos sabemos que no eres una experta, aunque sí una alumna muy aplicada. Hoy no habrá dolor, señorita Estrella, solo placer, voy a hacer que me sienta en cada parte de su bendito cuerpo, que me necesite con desesperación, hasta hacerle alcanzar las estrellas.

—No soy una maldita astronauta, Xánder, aquí la única estrella que me interesa es tu polla, en este momento. —Él soltó una carcajada.

—¿La has oído? —preguntó como si hablara con su miembro—. Ha dicho que eres una estrella, así que deberás comportarte y esforzarte más que nunca. No podemos dejar a esta señorita insatisfecha. —Contuve el aliento cuando el segundo dedo entró en mí con mucho tiento. Luego saqué el aire abruptamente—. Eso es, pequeña, acéptalos, hazlos tuyos, entrégate a ellos, muévete y date placer con mis dedos. La tengo mucho más grande que esto, y para que la cosa fluya necesito que entren tres con facilidad, hasta que no lo logres no vas a sentir mi polla en ti.

—¿Tres? —pregunté pensando que era imposible que cupieran.

—Exacto, ahora se buena alumna y haz caso al profesor, siéntate y separa las piernas, flexiónalas y muévete contra ellos, balancéate y entiérralos en ti.

La verdad era que me daba un poco de vergüenza, estaba completamente expuesta ante él sin nada que me ocultara, abierta de par en par frente a sus ojos.

Los pezones estaban tensados al máximo, los pechos mostraban rojeces por las pasadas de la barba y mi vagina estaba hinchada y encharcada pidiendo ser colmada.

Lo que me pedía era algo tan privado que implicaba ceder toda mi confianza, olvidándome del pudor.

—Vamos, pequeña, —me alentó—. No dudes, solo siente y te prometo que, tras lanzarte al Universo, estaré abajo para recogerte. Confía en mí. — Fueron décimas de segundo, pero opté por aparcar mis miedos y mis vergüenzas, quise intentarlo con él, entregándole toda mi fe en que aquello que me prometía que era posible.

En sus ojos no veía repulsa, sino un deseo que me incitaba a hacer aquello que me imploraba.

Moví la cadera aceptando lo que me era ofrecido. Él me contemplaba maravillado, haciéndome sentir la criatura más hermosa del planeta, me incitaba y, con la base de la mano, friccionaba la firme protuberancia que emitía una descarga cada vez que impactaba contra ella. Era delicioso, volvía a sentir el poder del orgasmo enroscándose en mi vientre, fraguándose a fuego lento bajo su experto toque.

El tercer dedo se unió a los otros dos.

—Eso es, pequeña, acéptalo en ti, lo estás haciendo muy bien. Eres preciosa y muy tierna aquí abajo. —Un escalofrío me atravesó cuando profundicé mi acometida y me encontré con los tres dentro enterrándose en lo más hondo—. ¡Joder, Nani! Podría correrme con solo mirarte.

—Quiero que lo hagas, quiero que te corras. —Él sonrió.

—No sufras que lo haré. Por el momento deja que te mime, sigue, lo estás haciendo increíblemente bien. Puede que la sensación que vas a sentir ahora te sobrepase, pero tranquila, es normal, solo deja que te envuelva, deja que crezca y acéptala. —Sus dedos se curvaron alcanzando un punto en el interior de mi vagina que me mandó una descarga más potente que la anterior. Le miré sorprendida.

—¿Qué ha sido eso?

—Ese es tu segundo punto de placer, el denominado punto G. Voy a

activarlo a la vez que sigues estimulando tu clítoris contra mi mano. Será muy intenso, pero merecerá la pena, ya lo verás ¿Estás lista? —No sé si lista era la palabra, pero no pensaba perderme esa experiencia por nada del mundo.

—Lista.

—Pues vamos allá, preciosa, muévete conmigo.

Las yemas de los dedos comenzaron a estimular esa protuberancia recién descubierta. Había oído hablar de ella, pero pensaba que era un mito, como el triángulo de las Bermudas o el santo Grial, pero la verdad era que la sensación era brutal. Aunque no me lo hubiera pedido, no podría haber dejado de sacudirme y fricciónarme contra su mano. Era una especie de posesión que me dominaba por completo, empujándome a saciar aquel extraño apetito, a pedir más, con la promesa de que, al final del camino, encontraría algo muy especial.

El latigazo llegó de golpe, sacudiendo todo lo conocido hasta el momento. Grité hasta quedarme sin aire, revolcándome en mi propio placer, lanzándome contra él de frente y sin ambages. Buscando el alivio sobre la palma de su mano mientras era engullida por una cascada, un torrente de éxtasis infinito.

Todo mi cuerpo se había puesto rígido, sacudiéndose sin control y obligándome a continuar exigiendo lo inexigible. Sentía espasmos musculares por todas partes y un goce abrumador perfilando cada vello de mi cuerpo.

Me dejé caer sobre el colchón, completamente laxa y sin fuerzas, sumiéndome en una bruma letárgica que me hacía vivir aquella realidad como si me hubiera fragmentado en mil pedazos y flotara sobre mi propio cuerpo.

Algo comenzó a moverse entre mis muslos y no eran dedos.

Abrí los ojos, no me di cuenta de que los tenía cerrados hasta que me topé con la visión de Xánder, en todo su esplendor empujando entre mis muslos como si fuera mantequilla. No había dolor, estaba completamente desplegada, lista para él, para tomarle sin problema alguno.

Le sentía dentro, embistiéndome con soltura, mientras repetía lo increíble

que era adentrarse en mí.

—Tócate, Nani, acaricia tu cuerpo para mí. —Con pesadez llevé la mano a mi clítoris, estaba algo irritado, pero respondía a mis caricias. La otra vagó hasta mi pecho, alentando a mi tierna cima a erguirse. Me sentía tan llena que no podía hacer más que experimentar aquella experiencia casi mística. Xánder estaba ahí, conmigo, colmando mi vagina por completo con acometidas lentas y profundas—. Mírame a los ojos, Nani, esta vez quiero ver cómo te corres junto a mí, no sabes las ganas que tenía de poseerte, de hacerte disfrutar junto a mí. Quiero que grites mi nombre, quiero que sepas quién es tu esclavo esta noche. —Sus palabras me daban mucho morbo, así que moví los dedos con mayor intensidad, apretando los músculos de mi vagina para sentirle mejor—. Ahhhhh —gruñó—. Eso ha sido fantástico. —Sonreí al apreciar el poder que yo también tenía sobre él.

Seguí jugando, apretando la musculatura cada vez que él se enterraba, arrancándole sonidos guturales que me enardecían y me dejaban con ganas de más. Me sentía poderosa, ahora entendía por qué el sexo hacía perder la cabeza a la gente y me di cuenta de que era tan terriblemente exigente que, tras estar con Xánder, dudaba que pudiera encontrar un compañero sexual igual. Ese mismo descubrimiento hizo que me envalentonara y me atreviera a pedir lo que quería.

—Quiero sentirte más profundo, no tengo suficiente —le dije sin saber muy bien cómo hacerlo. Pareció sorprendido ante mi atrevimiento

—¿De verdad? ¿Crees que puedes con ello? ¿Sabes lo que me estás pidiendo? —Había un tinte divertido en su voz.

—Estoy segura, mi cuerpo me lo reclama.

—Muy bien, pues vamos a satisfacer ese cuerpo, señorita Estrella. —Otra vez el «señorita Estrella», mi vagina se contrajo complacida y él tensó la mandíbula—. Suba las piernas a mis hombros, voy a penetrarla tan hondo que se la voy a clavar hasta la empuñadura. —Gemí excitada y él se percató—. Es una alumna muy caliente y aventajada, pero si le molesta en algún momento lo que voy a hacerle, quiero que me lo diga ¿de acuerdo? —Su tono era severo y dulce a la vez. ¿Era eso posible?

En aquella postura le sentía al máximo. ¡Era increíble!

—Ohhhh, sí, más duro, por favor, Xánder. ¡Fóllame!

—A tus órdenes, pequeña.

Intensificó la fuerza y la cadencia. Oír cómo chocaba nuestra carne viendo su rostro concentrado y envuelto en lujuria volvió a desatarme.

—Eso es, lo siento, Nani, noto cómo se acerca, vuelves a estar a punto. Eso es, sigue así, deja que nos corramos juntos, acéptame como yo te acepto a ti —¿Que lo aceptara? No había otra cosa que deseara más que aceptarle.

Las paredes de mi vagina empezaron a tensarse a su alrededor y él dio la orden como si fuera el capitán del barco.

—Ahora, pequeña, sígueme, córrete conmigo. —Y juntos nos dejamos arrastrar por la corriente, llamándonos el uno al otro como si intentáramos afirmar con quién estábamos esa noche, llenándonos del rugir de nuestro placer en una simple mirada sincera.

Porque, si algo tenía aquel momento, era verdad absoluta.

## Capítulo 11



*Llevaba el macuto a la espalda y mi primer impulso tras la discusión con mi padrastro fue ir a la lonja a ver a mis amigos. En cuanto llegué, noté un escalofrío que subió por mi columna desde la base hasta las cervicales. Siempre había tenido un sexto sentido para los problemas o, llamémosle, intuición.*

*La puerta estaba medio abierta. Llamé a mis amigos, pero ninguno salió, así que miré hacia dentro, estaba oscuro, parecía que hubiera algo tirado en el suelo. Prendí la luz y, allí, en el suelo, en mitad de la nada, estaba Unai, en medio de un charco de sangre.*

*Todo a mi alrededor comenzó a girar. Estaba lívido, con los ojos abiertos y el rigor mortis atenazando su cuerpo.*

*Nunca antes había visto de cerca un muerto, y menos uno que fuera mi amigo, mi colega, casi mi hermano.*

*Como pude, me acerqué, tambaleante, con las lágrimas pugnando por salir de mis ojos y la bilis quemándome el esófago.*

*Definitivamente, estaba muerto, no respiraba, y su color cerúleo, unido a la cantidad de pringue rojo que había bajo su cuerpo, no indicaba otra*

*cosa. Tenía una navaja que sobresalía de su pecho, con una nota clavada en ella.*

X, el próximo eres tú.

Vamos a por ti.

*Aquello no era una broma, estaba claro que la situación en Bilbao se me estaba yendo de las manos. Por un momento perdí el norte ¿qué haría? ¿Adónde acudiría? ¿A quién podía llamar? ¿Iba a la Ertzaintza? ¿Iba a buscar al padre de Unai? ¿Quién había hecho eso? ¿Quién me amenazaba y usaba como advertencia la muerte de mi mejor amigo?*

*Las lágrimas dejaban un rastro ácido sobre mi piel. Unai lo había sido todo para mí, mi mejor amigo, mi confidente, quien me había dado una salida económica, aunque no fuera del todo lícita, y ahora estaba muerto. Aparté la mirada, pero seguía taladrándome la imagen de sus ojos oscuros, sin vida, con el horror de la muerte.*

*No podía quedarme allí, la nota decía que yo era el siguiente y no dudaba de que, quien fuera, iba a ir a por mí. ¡Joder, no quería morir!*

*Las peleas en las cuales me había visto involucrado y el trapicheo me habían puesto en el punto de mira de varias bandas, sobre todo, de una muy peligrosa con la que me la jugué la última noche que salí con Unai.*

*Ambos éramos muy cotizados entre el sector femenino, así que decidimos joder al clan de los llamados «Gitanos» follándome a la novia del cabecilla y Unai a la amiga. Para su etnia era una afrenta, porque ellas debían llegar vírgenes al matrimonio, pero para nosotros era solo un juego, un modo de demostrar nuestra superioridad a través de la polla. Los cuatro nos pusimos hasta arriba de drogas y terminamos follando en los baños de la discoteca.*

*Cuando terminamos, ambas se echaron a llorar, no porque no les hubiera gustado, sino porque no habían pensado en lo que eso supondría para ellas. Al día siguiente nos enteramos de que les habían ido con el cuento a sus novios de que abusamos de ellas. Uno del grupo vino a pedirnos explicaciones y se las dimos, ¡vamos si se las dimos! Terminó con*



*la cara como un mapa y la información necesaria para que le dijera a su cabecilla que su novia y la amiga eran un par de zorras.*

*Juntos eran poderosos, pero, por separado, eran todos unos mierdas.*

*En aquel entonces nos creíamos invencibles, aunque estaba claro que no lo éramos.*

*Con el corazón a mil hice algo que jamás me perdoné, nunca había sido un cobarde, pero esa vez lo fui. Encontrarme de frente con la muerte me sobrepasó, pensé que ya no podía hacer nada por mi amigo y que, sin embargo, sí que podía hacer algo por mí.*

*Actué como un egoísta de mierda y, en vez de enfrentarme a los problemas, hui. Me largué, apagué la luz y le dejé allí solo, tan solo como me sentía yo.*

*Empecé a correr hasta que ya no quedó aire en mis pulmones. Fui hacia la carretera, intentando poner distancia de por medio con mi jodida realidad.*

*Como siempre hacía cuando buscaba transporte, levanté el dedo, el autostop era la forma más barata de viajar. Esta vez tuve suerte, me recogió un matrimonio hippie en una Volkswagen convertida en caravana que venía de un festival de música y regresaba a Granada, donde ambos vivían.*

*Les mentí, les dije que tenía diecisiete a punto de cumplir los dieciocho, que no tenía familia y que estaba intentando buscarme la vida. Me creyeron, siempre había parecido mayor. Era alto, fibrado y con una mirada añada por todas las vivencias que arrastraba en mi espalda.*

*Ellos tenían veinticinco años, fumaban porros, bebían, y creían y practicaban el amor libre, así que terminé acostándome con Lara esa misma noche, en la parte trasera de la furgó, mientras Jon nos miraba y se hacía una paja. Íbamos colocados y yo necesitaba desconectar como fuera, los porros y los psicotrópicos me lanzaron a un mundo de luz y color que no había visitado hasta el momento. Ella era guapa, estaba buena y me permitía una vía de escape a la mierda de vida que tenía.*

*En Granada pasé un par de años, Lara era de allí, tenía una casa en un pequeño pueblo donde nos refugiamos. Ella y Jon tenían un crío de cuatro años que estaba en casa de los padres de Jon, esperando su regreso.*

*Me encontré conviviendo con una pareja y su hijo. Ellos no me pedían explicaciones, me usaban de canguro para el crío, para echar una mano en el mantenimiento de la casa y del huerto ecológico que tenían. Y, por supuesto, para follar, porque eso era lo que mejor se me daba.*

*Debo reconocer que Lara fue una gran maestra. Con ella aprendí cómo complacer a una mujer. Todo parecía ir bien, dormíamos los tres juntos, aunque lo máximo que llegué a hacer con Jon fue follarnos ambos a su mujer.*

*Un día, tras una gran bronca monumental entre ambos, decidí marcharme.*

*Lara pasaba más tiempo jodiendo conmigo que con él y eso desestabilizó la relación. Yo no la quería, me gustaba en la cama, era divertida, pero poco más, así que lo más fácil era que me quitara de en medio, como siempre hacía. Al parecer, no era bueno para nadie. Me dolió dejar Granada, porque había sido el momento más estable de mi vida y casi había llegado a sentir que por fin encajaba en algún lugar.*

*Madrid, Andorra, Málaga... fui dando tumbos por toda la geografía española, intentando hacerme un hueco en algún sitio, pero todo se me resistía. Finalmente, me planté en Barcelona, sin un puto duro en el bolsillo y siendo aún menor de edad.*

*Aquella fue la época más dura, y que conste que no acabé en la capital catalana por gusto, sino por necesidad. Unos días antes había regresado a Bilbao, con el rabo entre las piernas.*

*No sé qué esperaba. Llevaba más de dos años fuera. No podían recibirme con los brazos abiertos y menos del modo en que me fui y sin haber dado señales de vida en todo ese tiempo. Intenté ver a mi madre, calculé la hora en que José Mari se iba a trabajar, le vi salir por la puerta y*

*aproveché para ir a ver a mi ama.*

*Cuando abrió la puerta los dos nos quedamos perplejos. Además de no esperarme, estaba enorme o, más bien, embarazada. Se puso a llorar y tras abrazarme insistió en llevarme a la parte alta del edificio, para esconderme en uno de los trasteros.*

*Entre lágrimas me dijo que no podía ayudarme, estaba embarazada de José Mari y habían ido a amenazarles unas cuantas veces el clan de «los Gitanos», que seguían buscándome tras la muerte de Unai.*

*No era justo ni seguro que me quedara allí. Pasé un par de días encerrado, respirando polvo y durmiendo en un colchón en un espacio de seis metros cuadrados repleto de cajas.*

*Ella me traía comida, me hacía compañía una hora al día y poco más. Ver cómo se comportaba conmigo me dolió, no sé qué esperaba, pero estaba claro que aquello, no. Al tercer día me largué sin mirar atrás. Un camionero me llevó hasta Barcelona, que se convirtió en mi destino final.*

*Estaba a cero, no tenía absolutamente nada. Intenté conseguir un empleo, pero fue imposible. Cuando me preguntaban dónde vivía en la ciudad me quedaba en blanco y mi edad tampoco ayudaba en exceso.*

*La primera noche no dormí, la pasé deambulando por las calles, buscando entre las papeleras algún resto de bocadillo mordisqueado. Tenía hambre, ¡joder, si tenía! Siempre había comido como una lima, así que, con las tiendas cerradas, solo me quedaba rebuscar como un mendigo.*

*La situación no mejoró. No podía estar despierto eternamente, así que dormir en un cajero se convirtió en mi mejor opción. Había entrado en un bucle del cual no poder salir, me había convertido en un indigente, un paria de la sociedad al que nadie quería ayudar.*

*La gente me miraba con disgusto, con temor, cuando pasaba por mi lado. Empezaba a oler mal, mi aspecto era lúgubre, había adelgazado y lucía una barba poco favorecedora.*

*Cuando llevaba dos semanas sin apenas comer, recuerdo que un tipo se apiadó de mí y me tomó bajo su ala. Él, y otros dos hombres, habían formado una pequeña familia de indigentes. Me enseñaron a no pasar frío por las noches, arropándome con cartones, a encontrar comida a punto de caducar en los contenedores cercanos a los supermercados o comida recién hecha en los de los restaurantes.*

*Aprendí la bondad del que no tiene nada y, sin embargo, lo da todo, y la frialdad del que todo lo tiene y te ignora.*

*Joaquín y los demás eran personas normales que, por circunstancias personales, habían terminado viviendo en la calle, pero seguían siendo personas, no animales, porque incluso a ellos se les trataba mejor que a nosotros.*

*Él había terminado en la calle tras un divorcio que lo dejó en la ruina y unos hijos demasiado pequeños para hacerse cargo de la situación. Avergonzado, no quiso pedir ayuda a su familia, y se quedó en la calle. Antonio perdió todo su dinero tras sumirse en el juego y el alcohol: casa, trabajo, amigos... no le quedó nada a lo que aferrarse, salvo las aceras desnudas de Barcelona. El grupo lo cerraba Yamil, un inmigrante marroquí que, tras años de intentar encontrar un trabajo decente en España, se dio por vencido para terminar mendigando antes que robar.*

*Todos me animaban, me decían que era demasiado joven para verme abocado a esa vida, que tenía opciones, solo que no las veía. Pero yo me negaba a ir a un albergue, no podía permitirme que supieran que todavía era menor por si me llevaban a Bilbao de nuevo.*

*—Has de sacarte partido —me dijo Joaquín. Estábamos en la estación de Francia, en los baños, sin camiseta, intentando asearnos. Una cosa era ser un vagabundo y otra muy distinta ser un guarro—. No me digas que no te has fijado en cómo te miran. —Eché la vista atrás, los hombres recorrían mi cuerpo con descaro, los baños de la estación eran un conocido lugar de encuentro para gais. Allí intentaban ligar con todo el que entraba, incluso follaban sin pudor, frente a la vista de cualquiera.*

*—Paso —le dije siguiendo con mis abluciones—. No follo con maricas.*

—Él rio.

—No me refiero a eso, lo que te quería mostrar es que eres atractivo, tanto para los hombres, como para las mujeres, y debes explotar tu físico en tu beneficio. Te desean, solo has de verlos.

Regresé la mirada al espejo, el tío de antes había empezado a pajearse descaradamente, mirando mi cuerpo. Me dio muchísimo asco.

—¿Y qué pretendes que haga? —Joaquín sonrió.

—Que pienses, solo eso. Sé creativo, debes hacer algo para salir de esta mierda, que ya llevas seis meses viviendo en la calle y eso no es sano para un chico como tú. —Me guiñó el ojo, como si supiera mi verdadera edad, aunque nunca dijo nada al respecto.

Así fue como terminé vendiendo pañuelos de papel en los semáforos y aprovechando las limosnas de la iglesia. Me paseaba entre los coches sin camiseta, marcando abdominales y torso moreno.

Mostraba mi cuerpo, lo exhibía sin pudor para lograr dinero y, con lo que sacaba, podía comprar el siguiente paquete y comer ese día. Todo iba bien hasta que un día la poli casi me detuvo. Salí corriendo, sin dinero, lanzando mi medio de vida al suelo, abandonando los pañuelos en mitad de la calzada.

Me adentré en el barrio chino, agitado, abriéndome paso a empujones. En un estrecho callejón encontré una puerta oscura, no lo pensé dos veces y entré.

No podía dejar que me cogieran. Miré de hito en hito y la visión me sobrecogió. Estaba en un lugar oscuro, lleno de luces de colores con un montón de tíos prácticamente desnudos que bailaban y se acariciaban. ¡Estaban besándose! ¡Era un puto antro de maricas! ¡Estaba en uno de los lugares que más asco me daban! Aquello era una abominación de la naturaleza y todos me miraban como si fuera una presa fácil.

La puerta se abrió y, por impulso, corrí hacia delante, mezclándome

*entre ellos. Era la policía y miré asustado buscando dónde esconderme.*

*Un tipo me miró y después a ellos.*

*—¿Necesitas ayuda? —Estaba jodido, no dije nada, aunque tampoco era necesario—. Pareces necesitarla, si vienes conmigo yo te la daré. ¿Qué me dices? —No tenía muchas opciones: o me largaba con él o me dejaba llevar por los polis. Lo miré, no parecía un depravado como los demás, llevaba traje, era moreno, de unos treinta años. Emanaba clase, poder y mucha seguridad. Decidí seguirlo y confiar en que pudiera ayudarme.*

*—Mmmm. —Un ruidito me despertó. Mi pesadilla nocturna había sido más suave de lo habitual. Giré el rostro intentando hallar el lugar de donde procedía el sonido. En un primer momento me sorprendí, mis despertares solían ser bastante hoscos, sobre todo, por las atrocidades que llegaba a soñar. Miré bien, dándome cuenta de que no estaba solo en la cama. ¿Quién había allí?*

*Descorrí la sábana que cubría a la persona que yacía a mi lado, todos los recuerdos de la noche anterior se agolparon en mi cabeza haciéndome temblar.*

*¡Joder, joder, joder! ¡La había traído otra vez a casa! ¡Estaba en mi cama! ¡Y la había tenido toda la noche follando como un animal en celo! El corazón retumbaba ensordeciendo mis pensamientos cuando aquellos impresionantes ojos azules, que parecían ser capaces de leer el alma, se abrieron.*

*—Buenos días —ronroneó sonriente. Dios, era un maldito depravado, le había hecho prácticamente de todo la noche anterior, perdí la cuenta de la cantidad de orgasmos que le arranqué y la cantidad de cosas que le hice hacer. Aunque no parecía molesta.*

*Mi única intención cuando fui a Otto fue disculparme con ella, no todo lo que ocurrió.*

*¿Cómo había podido cagarla tanto? «¿Por qué bebiste y te metiste un par de rayas? ¿Por qué hacía demasiado que no follabas con una mujer?», me recriminó mi subconsciente. No, no había sido eso, tuve a Adora a tiro y no hice nada con ella. Y por ir un poco colocado, tampoco era. No era*

consumidor habitual, pero de tanto en tanto me metía algo para poder sobrellevar mi vida.

Ella se estaba desperezando como un gato. Tenía las mejillas sonrojadas y los labios hinchados de tantos besos que nos habíamos dado. Sonrió y se dio la vuelta para colocar su precioso cuerpo desnudo sobre el mío. Me tomó el rostro entre las manos y me besó con mucha dulzura.

Mi cuerpo reaccionó al instante. Era sentirla y activarme por completo.

La agarré por la nuca, dejando que su lengua se enredara con la mía. La humedad se fraguaba entre sus muslos, goteando por mi polla, despertándola con aquel refrescante rocío que la incitaba a empujar.

Colé la mano bajo nuestros cuerpos, encarando la parte roma en la estrecha hendidura. Nani estaba sentada a horcajadas, lo único que tuvo que hacer fue dejarse caer gimiendo al sentirme dentro.

Estar en ella era como encontrarme en el mismísimo cielo. No parecía sentir dolor, y si lo hacía, lo disimulaba muy bien.

Elevó el cuerpo, mostrándose sin vergüenza, como le había enseñado la noche anterior, buscando su placer en mí. Me montó como una experta amazona, bamboleando sus pechos, exhibiéndolos, tirando de sus pezones hasta que empujé su espalda para poderlos devorar. Me encantaban sus tetas, eran suaves, firmes, con unos pezones rosados y duros que me volvían loco, igual que el resto de su cuerpo.

Nani me agarró de los hombros, no tenía las uñas largas, así que no podía clavarlas en mi carne, eso me hubiera gustado, tal vez se lo propusiera. Sentí la mordida de sus dientes en el cuello, embriagada por la pasión.

La vagina empezó a contraerse, a palpar, sacudiendo mi polla, empujándola a correrse junto a ella, y lo hice, ¡vaya si lo hice! Ambos gritamos, liberándonos sin piedad, disfrutando de aquel instante en el que nuestras pieles se amaban tanto como nuestros cuerpos.

Algo hizo clic en mi cerebro.

—¡Mierda, mierda, mierda! ¡Joder! —grité bajándola de mi cuerpo de malas maneras.

—¿Qué... qué ocurre?

—¿Es que no piensas?! ¿Es que se te ha ido la cabeza? —Le grité enfurecido—. ¡El condón, Nani, el maldito condón! ¡No lo llevo puesto, me has follado a pelo y me he corrido dentro! ¡Joder! ¡Me cago en la puta! —Ella parecía atribulada.

—Lo... lo siento. No pensé.

—¿Que lo sientes? ¿Que no pensaste? Eso no basta ¿me oyes? ¡Puedes pillar cualquier mierda si vas follando por ahí sin goma, además, te puedes quedar embarazada! —Estaba de un humor de perros, haber roto con mis rutinas diarias no ayudaba a mi estabilidad emocional.

—Dudo que vaya a pillar nada, solo he estado contigo y respecto a lo del posible embarazo...

—No hay posible embarazo —la miré fuera de mí—. Ahora mismo vas a ducharte, vestirte y te llevaré a la farmacia a que compres la pastilla del día después. No pienso hacerte un hijo, ni tenerlo contigo ni hacerme cargo de él, ¿me oyes?

Tras la sorpresa inicial al escuchar mis palabras, su mirada se cubrió de indignación. La furia brillaba en el fondo de sus ojos azules.

—Eso es decisión mía ¿no crees? Es mi cuerpo y voy a hacer lo que desee. Tú no pintas nada en mis decisiones.

—Oh sí, ya lo creo que sí. Desde el momento en que has decidido poco más que violarme, aprovechando que estaba dormido y sin darme posibilidad de reacción, lo es. ¿Acaso era eso lo que pretendías? ¿Qué te hiciera un hijo para que os mantuviera a ambos? Porque si es eso, vas lista conmigo, yo no soy uno de esos niñatos con los que vas.

Ella se levantó de un salto, enfrentándose a mí.



—Mira, señor Capullo, no sé qué mierda te pasa por las mañanas, pero está claro que no te sienta nada bien y yo no estoy de humor para aguantarte. Ni a ti ni a tus paranoias. Gracias por la clase magistral de anoche, te garantizo que haré buen uso de tus enseñanzas y mi próximo amante quedará más que satisfecho. Por el resto, no te preocupes, ni muerta te pediría nada.

—¿Qué próximo amante? ¿Tu amigo el del diente de oro? ¿Ese del cual te libré anoche? Ese parecía muy dispuesto. —La tenía tan cerca que su aroma me activó.

—Tú y yo no somos nada, no te debo ninguna explicación de con quién me acuesto a partir de ahora. Me has dejado muy clara tu postura y creo que yo también la mía. Hemos follado y se acabó, fin de la historia. Ni tú me debes nada ni yo a ti.

—En eso no estoy de acuerdo. Yo soy tu jefe y tú mi empleada, así que me debes un respeto.

—¿Respeto? El respeto se gana, y tú, de momento, acabas de perder el mío. No te necesito para nada, Xánder. Estuvo bien, pero ya no hay más. — Aquella maldita arpía se enfrentaba a mí como ninguna otra.

—¿Que estuvo bien? ¿Que ya no hay más? Eso será si yo decido que no lo haya. —Mi capacidad de raciocinio se nublabá. Fui a por ella, arrinconándola contra la pared—. Estuvo mejor que bien. No creo ni que recuerdes cuántas veces te corriste y me imploraste que te follara. —Estaba molesta, me empujaba intentando apartarme.

—Eso no importa porque no pienso repetir. —Levanté una ceja.

—¿Ah no? —Volvía a estar empalmado, las peleas siempre me habían puesto muy cachondo —. Eso habrá que verlo.

Sin preguntar le levanté una pierna y me ensarté en ella, esta vez siendo plenamente consciente de que no nos separaba ninguna gomita. Bombeé violentamente sin que opusiera resistencia, sentía los restos de mi corrida anterior envolviéndome, era increíble.

—¿Qué quieres, Xánder? —me preguntó como si intentara comprenderme. Difícil respuesta si ni yo mismo la conocía.

—A ti —respondí intimidándola, mordiendo sus labios tal vez con demasiada fuerza. No mentía, lo que más deseaba en aquel momento era a ella.

La follé duro, muy duro, contra la pared. La levanté apretándola contra mí, dejando ir toda la rabia y la impotencia que sentía al no poder resistirme. La notaba inflamada, habíamos follado demasiado, pero, aun así, respondía con total entrega. Me tenía fascinado.

Nani chillaba, tiraba de mi pelo y pedía más. Yo simplemente no podía detenerme, hundiéndome hasta volver a descargar, arrastrándonos en otro orgasmo infinito. Ella se apretaba contra mí, abrazándome muy fuerte, soportando los últimos espasmos de placer que alimentaban su vagina.

Lo que acababa de hacer estaba mal, pero ya no había vuelta atrás, me la había follado de nuevo sin protección, a sabiendas de las consecuencias que yo mismo quería borrar.

La bajé, sintiéndome una puta mierda.

—Ve a la ducha que después iré yo.

—¿No quieres ducharte conmigo? —murmuró—. Soy muy buena enjabonando la espalda. —Se mordió tentadora el grueso labio inferior.

—No, está visto que no puedo sacarte las manos de encima. Así que será mejor que vayas sola mientras yo preparo el desayuno.

Hizo un mohín.

—Como quieras, pero si tardo es porque tu ducha me sabe a gloria. —Ya estaba sonriendo de nuevo. Era difícil estar enfadado con ella, pero muy fácil estarlo conmigo mismo.

## Capítulo 12



¿Cómo podía exasperarme tanto y a la vez atraerme como ningún otro?

Era como estar con dos personas a la vez: el hombre increíble y el capullo integral.

Obviamente, yo tampoco quería un embarazo. Me quedaba una semana para cumplir los veintidós y era demasiado joven para meterme en algo así con un hombre que no sabía qué quería exactamente de mí. Pero, como buena leo, tampoco me gustaba que me impusieran nada.

Sabía que, para Xánder, difícilmente sería algo más que un polvo y no quería llenarme la cabeza de pájaros porque fijo que se me cagaban en ella. Pese a que me gustaba fantasear, tampoco era imbécil y solía tener los pies en la tierra.

Mis pies y mi cabeza me decían que no olvidara que se trataba de mi jefe, que vivíamos en mundos paralelos y que tuviera claro que lo máximo que iba a sacar de él era un revolcón muy caliente.

Pasé las manos con cuidado por mi sexo, lo notaba congestionado y me dolía un poco. Había sido como darme un gran atracón de dulces, pero vaginal. Debía darme tregua o terminaría cayéndose a pedazos, pero con

aquella tentación que Xánder suponía para mí, era muy difícil verle y no desearle. Las sensaciones que despertaba en mi cuerpo eran épicas. Jamás había sentido nada como aquello.

Salí de la ducha y, en cuanto entré en la habitación, hallé una de sus camisetas sobre la cama.

Por un lado, me pareció tierno, por el otro me ofendió. El mensaje era alto y claro. Puedes ponerte mi ropa, pero no hurgar en mis cajones. Puedo follarte, pero no pienses que entrarás en mi vida.

Pasé de ella y me puse el vestido de la noche anterior, iba a fingir que no la había visto, no quería enfrentarme de nuevo a él y me sentía demasiado bien como para estropearlo por una chorrada que ya tenía clara antes de salir del baño.

En el salón me esperaba un plato muy similar al del día anterior, con la diferencia de que, esta vez, no pensaba largarme sin comer. Tenía un hambre voraz y aquello olía demasiado bien.

Me senté en el taburete contemplando a Xánder, tan solo con los calzoncillos puestos y sirviendo un par de huevos en el plato con cara de concentración, no le fueran a estallar.

Sin poder evitarlo suspiré, ver esa cantidad de músculos flexionarse, mientras cocinaba, me ponía mucho. Él se dio la vuelta observando mi atuendo, pero no dijo nada al respecto. Por lo visto, también se mostraba precavido.

Puso el plato sobre la isla donde yo estaba sentada y me sirvió un vaso de zumo de naranja.

—Tiene todo una pinta deliciosa —observé con amabilidad.

—Espero que te guste, debes de tener hambre.

—Mucha —contesté rápidamente, llevándome una tostada con mantequilla a la boca. Cerré los ojos con deleite, saboreando cada bocado. Sabía que me

estaba observando, cada gesto, cada movimiento, pero me daba igual.

—Esto... Nani, creo que debemos hablar —musitó. Estaba taciturno, imagino que no sabía cómo no herir mis *tiernos sentimientos*, así que me anticipé.

—Si vas a decirme que lo de anoche y lo de esta mañana no va a volver a repetirse o que simplemente ha sido un polvo, ahórratelo, ya contaba con ello, así que no hace falta que malgastes el tiempo con esas nimiedades. —Por la cara que puso dudé de si acababa de atragantársele la tostada o si se había pillado un huevo al sentarse en el taburete. Aunque me inclinaba más por la primera opción—. Si es por lo de hacerme un bombo tampoco sufras, yo tampoco tengo intención alguna de ser madre. En cuanto salga por la puerta, iré a la farmacia y finiquitaré tu angustia, aunque no me ha gustado nada el modo en que me lo has dicho, dando por hecho que iba a pedirte una pensión o algo así. Créeme, no soy de esas, no necesito un tío para mantenerme y, mucho menos, a ti. —Tal vez estaba hiriendo su orgullo masculino, pero no se merecía menos—. Tengo cuatro hermanos, el tema de las pullas masculinas lo tengo más que dominado y no me doblego con facilidad, por si no te has dado cuenta. Entiendo que la única relación que nos une es laboral, aunque anoche y esta mañana no haya sido exactamente así. Pero oye, un calentón lo tiene cualquiera y nuestra relación laboral no tiene por qué cambiar. Si a ti te parece bien y eres capaz de sobrellevar haberte tirado a tu chófer, por mí no habrá problema alguno. —Seguía sin pestañear, con la tostada a medio camino y la mandíbula tensa—. ¿Te encuentras bien? —le pregunté tras dar un sorbo a mi zumo—. Si te he abrumado, disculpa, a veces se me dispara la hormona masculina y soy demasiado intensa.

Su respiración era pesada, como si se estuviera tratando de controlar, así que cambié de tema.

—Esta mantequilla está de vicio. ¿Dónde la compras?

—En Holanda —fue lo único que conseguí arrancarle.

—Un poco lejos para mí, aunque tal vez te pida un bote cuando compres para ti. —Le sonreí y seguí comiendo. Terminé las tostadas y el huevo mientras él comía en silencio. Parecía absorto en el plato cuando rompió de

nuevo el silencio.

—¿Quieres café? —preguntó con prudencia. Me sentía algo incómoda por la falta de comunicación, así que decidí que la cafeína me la tomaba en otra parte.

—No, gracias, me marchó, que tengo muchas cosas que hacer. —Me bajé del taburete de un salto y él se levantó.

—Si me esperas un momento, me ducho y te acompaño.

—No hace falta, si es por asegurarte que voy a la farmacia, tranquilo que lo haré. Puedes estar convencido de que tu hijo nunca crecerá en mi vientre. —Involuntariamente, aquella afirmación me escocía, aunque por su cara, también le irritó a él. ¿Qué esperaba? Quien le entendiera que lo comprara.

—Nani, yo... —Me agarró de la muñeca, pasando el dedo pulgar por encima de mi tatuaje.

—Ahórratelo —le dije—. No hay más que hablar, en cuanto cruce esa puerta yo seguiré siendo la señorita Estrella y tú mi jefe. No necesitamos adornarlo de otro modo. Gracias por la noche y por el desayuno. No hace falta que me acompañes a la puerta, sé el camino. —Otra vez esa mirada, como si tratara de entenderme sin lograrlo—. Que tenga un buen día, señor Asimakopoulos.

Me solté viendo la rigidez de sus músculos. En sus ojos había tormenta y no me apetecía estar cerca cuando estallara.

—Las cosas no son tan fáciles —soltó cuando ya había llegado a la puerta.

—Créame, lo son. Quienes las complican son las personas y yo no pienso ser quien lo haga. Buenos días.

Cuando cerré la puerta el pulso se me había acelerado, me había criado en un mundo masculino, así que sabía lo que esperaban. Mensajes sencillos, claros, directos y sin ambages. Si querías decirles algo y que lo entendieran, mejor no andarse con rodeos, no tenían el cerebro preparado para eso.

Salí a la calle y lo primero que hice fue llamar a Vane. Después ya iría a la farmacia.

Quedamos en una cafetería cercana a su casa donde no paró hasta sonsacarme todo lo ocurrido de pe a pa.

—¿En serio, tía? ¿Le dijiste que no querías volver a acostarte con él habiéndote dado el mejor sexo de toda tu vida?

—Eso del mejor sexo lo dices tú, yo no lo sé porque solo he estado con él.  
—Vane resopló.

—Que tu chichi se haya mojado más que el mar Mediterráneo y haya convulsionado como un volcán en erupción debería darte una pista de que ese tío es un portento en la cama y más después de toda esa cantidad de orgasmos que tuviste. No sé ni cómo te tienes en pie ¡Eres mi heroína!

—Sí, bueno, digo yo que tendré que comparar para saber si él sabe mucho o yo soy muy buena. —Ella soltó una carcajada y levantó la palma para chocarla conmigo.

—Eres mi *ídola*.

—¿Qué hago con lo de la pastilla? ¿Tú te la has tomado alguna vez? —  
Vane asintió.

—No voy a darte la chapa con que deberías haber tenido cuidado, porque eso ya lo sabes, tienes hasta tres días para tomártela, o eso es lo que me dijo la de la farmacia, pero la efectividad es mayor durante el primer día. —  
Asentí.

—Está bien, en un rato la voy a buscar. —Miré el reloj—. Joder, qué tarde se me ha hecho. Te tengo que dejar, preciosa, hoy es el vis a vis familiar con mi hermano y después hemos quedado con el abogado para ver qué nos dice.

—Claro, pero llámame después y me cuentas qué tal le va a Damián. Y dale recuerdos de mi parte. —Bajó el tono y me miró con tristeza.

—Tranquila, lo haré, que seguro que se alegra. Por cierto, ¿tú qué tal con Hugo?

—Bien, bueno, es mono y tal, pero ambos tenemos claro que no queremos nada serio. Esta semana tengo el segundo casting de *Gran Hermano*, a ver si tengo suerte.

—Es verdad, casi lo olvido.

—No me extraña. Teniendo a súper follador entre las piernas como para acordarte de nada más. —Sonreí.

—¿Desde cuándo ha dejado de ser el jefe capullo para pasar a ser súper follador?

—Desde que esta mañana has aparecido con esa sonrisa de oreja a oreja y con señales inequívocas de que te han comido bien la almeja.

—Mira que eres bruta.

—Y tú, *fisna*, pero alguna tara tenías que tener. Tanta perfección no es buena, ni para ti ni para mí.

—¡Anda, loca! —Le di dos besos—. Te llamo luego ¿vale?

—Hazlo —me amenazó apuntándome con el dedo.

\*\*\*\*\*

Intenté recuperarme tras el holocausto Nani.

Pero mi vida parecía haberse desestabilizado de repente.

Tras su conversación desenvuelta, en la que me dejó claro que solo había



sido un polvo, todo se trastornó.

Mi mente no dejaba de divagar, de volver una y otra vez hacia ella, a su cuerpo desnudo bajo el mío, a cómo respondía a mis caricias, a sus risas, a sus respuestas ágiles y a su manera de masticar sentada sobre mi taburete.

Se había convertido en una obsesión, como esa bachata, porque no era amor, era obsesión. Yo no me enamoraba, ese sentimiento estaba erradicado, completamente descartado en mi vida. Lo había desterrado hacía tanto tiempo que no sabía ni lo que se sentía.

Lo que sí tenía claro era que ella copaba el noventa por ciento de mis pensamientos y eso no era bueno.

Mi teléfono sonó. Era jueves y eso solo podía significar una cosa.

Miré la pantalla y ahí estaba, como siempre.

—Hola, doctor —respondí bajando el tono.

—Hola, Xánder, ¿cómo estás? —Su respiración era pausada. El vello de mi nuca se erizó, siempre que hablaba con él ocurría lo mismo.

—Como siempre. —Escuché su risa al otro lado de la línea.

—Eso es bueno. Llamo para decirte que todo sigue estable, parece controlado.

—Es buena señal, ¿verdad?

—Estas cosas son delicadas, ya lo sabes, necesitan mucho control, un mal momento y todo se desequilibra. Este viernes tenemos cita, ¿lo recuerdas? — Como para olvidarlo.

—Sí —respondí aclarándome la garganta.

—Bien, a la misma hora de siempre, en mi casa.

—Allí estaré.

—Perfecto. Hasta entonces y no llegues tarde.

—Sabes que soy muy puntual.

—Lo sé, pero es una costumbre recordártelo. Hasta el viernes.

—Adiós.

La comunicación se cortó y yo comencé a sudar. No podía hacer nada por controlar aquellas reacciones que nacían de lo más profundo de mi ser.

Sentí la necesidad de tomar una ducha.

Me metí bajo el agua, intentando, en vano, que arrastrara aquella pesadez que constreñía mi esófago.

Como siempre me ocurría bajo el agua, mi mente se activó, volando al día que mi vida cambió para siempre.

*El hombre del traje, aquel que se había ofrecido a ayudarme en el pub, me sacó por una salida de emergencia del club gay en el que me había escondido de la poli.*

*Me llevó hasta su coche y me hizo entrar en él. Me sentía tan perdido, tan desorientado, la carga emocional que llevaba encima era tan pesada que me eché a llorar como un crío, en aquel asiento de cuero, dentro de un Mercedes blanco.*

*No dijo nada, me dejó llorar en silencio. Dejó que me vaciara mientras conducía. Me llevó a una casa a las afueras de la ciudad sin que me opusiera. Estaba tan cansado de luchar contra todo y contra todos que solo me apetecía dejarme llevar, que alguien cuidara de mí y se ocupara de mis necesidades, aunque fuera por un momento. Aparcó, me abrió la puerta e hizo que le acompañara al interior.*

*—Vamos, tranquilo, no voy a hacerte daño, solo pretendo ayudarte, no tengas miedo. —Pasamos del parking a la entrada y a un bonito salón—. Siéntate en el sofá y ponte cómodo, seguro que tienes hambre. ¿Es así? ¿Me*

*equivoco? —Negué, el estómago me rugía—. Está bien, relájate, voy a traerte algo para comer y para beber, ¿tomas cerveza? —Asentí—. Muy bien. Ahora vengo, no te muevas.*

*La casa era muy grande, tal vez la más grande que había visto en toda mi vida. El salón era amplio y tenía una bonita chimenea. El suelo era de cerámica clara y había una gran alfombra de pelo frente a la chimenea.*

*Una estantería enorme de libros presidía la estancia, casi parecía una biblioteca. Todo parecía caro, muy caro.*

*El desconocido regresó con un sándwich de carne y una cerveza fría. Lo devoré con gula, como el animal en el que me había convertido. Él solo me miraba mientras bebía de su botellín.*

*—Lo siento —me disculpé cabizbajo por mis modales.*

*—No pasa nada, está claro que tenías hambre. Me alegro de que te haya gustado. ¿Cómo te llamas? —Le miré desconfiado y él estiró las comisuras de los labios—. Empezaremos al revés si lo prefieres. Me llamo Alfredo, tengo treinta y cuatro años y esta es mi casa. —Sabía que, por lo menos, le debía una presentación.*

*—Yo soy Xánder y no vivo aquí. —Él sonrió ante mi descaro.*

*—Eso ya lo sé, aunque ¿quién sabe?, a veces las cosas cambian. —En un principio no le entendí. Me sentía un tanto expuesto, solo llevaba un pantalón corto y mis chanclas, porque la camiseta nunca la llevaba cuando salía a vender pañuelos—. Hace tiempo que me planteo alquilar una habitación de esta casa, vivir solo tiene sus ventajas, pero también sus inconvenientes. Trabajo muchas horas fuera y necesito alguien a quien no le importe vivir aquí y cuide de ella mientras yo no estoy.*

*—No tengo dinero —le corté. Él sonrió.*

*—No lo necesitas. Solo busco compañía, alguien que esté en la casa, que no le importe vivir conmigo y que se encargue del mantenimiento. Lo que vendría a ser un manitas, vaya.*

—Yo suelo arreglarlo todo. Se me da bien hacer cosas con las manos.

—Ya veo, ¿y te interesaría mi oferta? Tendrías techo, comida y ropa a cambio de lo que te he dicho.

—¿Y la letra pequeña? —pregunté receloso. Él se encogió de hombros.

—No la hay, se trata de un simple intercambio. Intuyo que no estás pasando por un buen momento y yo necesito a alguien. ¿Qué te parece si te enseño esto y luego decides? Ven, te mostraré la casa y el que será tu cuarto si aceptas mi proposición.

Pasamos por la cocina para iniciar el tour. Me ofreció otra cerveza que acepté con gusto.

Era una casa masculina, de espacios abiertos y con muchas comodidades. Contaba con dos baños, uno de ellos en su habitación y el otro en el pasillo. Gimnasio, piscina, jacuzzi, sauna, dos habitaciones con el tamaño del salón de casa de mi madre, otra que la tenía cerrada, y decía que era un trastero, y un despacho. Había un bonito jardín perfectamente cuidado, donde se elevaba una pérgola y, bajo ella, sofás, butacas y una mesa. Según me contó Alfredo, le gustaba montar fiestas de tanto en tanto y reunirse con sus amigos.

—¿Y bien? ¿Qué me dices? —No parecía un mal tipo y yo necesitaba dar un cambio a mi vida. Si tenía un lugar donde vivir, tal vez pudiera encontrar un trabajo decente y salir de la calle.

—Que necesito currar, llevo seis meses durmiendo en un cajero —reconocí avergonzado. Él frunció el ceño.

—Eso es terrible, nadie debería pasar por eso. No te preocupes, yo te ayudaré. A partir de ahora yo cuidaré de ti —me cogió por los hombros y me acarició como si tratara de consolarme—. Nadie merece vivir en la indigencia. ¿Cuánto tiempo hace que no te das una buena ducha? —No pude evitar sonreír ante la mención de la ducha.

—Demasiado, aunque debo decir que eso no significa que sea un guarro. Me aseaba en los baños públicos. —Me miró con cierta lástima y eso me encogió por dentro.

—Nadie ha dicho que lo seas —observó prolongando su caricia—. Si te parece, vamos a empezar por ahí. Te aseas y yo busco algo de ropa que te vaya bien. Seguro que encuentro alguna cosa que puedas ponerte.

—¿Estás seguro de esto? No quiero ser una molestia.

—No te preocupes, no lo serás. Tú tienes algo que yo necesito y al revés, es un simple intercambio. Los dos salimos ganando. Anda, ve al baño, que ya sabes dónde encontrarlo.

Le hice caso y la verdad es que la ducha me sentó de vicio. Estuve un buen rato bajo ella y, cuando abrí la mampara, me encontré a Alfredo contemplando mi desnudez, de frente. Recorría mi cuerpo del mismo modo que las pequeñas gotas de agua se escurrían por él. Lo primero que hice fue cubrirme, me dio apuro y él sonrió.

—Tranquilo, yo también tengo una, aunque debo decir que la tuya es algo más grande. No debes avergonzarte de tu cuerpo, él es todo lo que eres, el lugar donde vives, así que debes aprender a cuidarlo y amarlo como merece. Ven. —Desplegó la toalla para que fuera hasta él. Tragué, la situación me parecía un tanto extraña, pero preferí no pensar. Recordé las palabras de Joaquín diciendo que debía sacarme partido.

Dejé que me envolviera en aquella esponjosa suavidad, olía a lavanda y era muy mullida. No opuse resistencia a que paseara sus manos sobre mi cuerpo, lo secó con mucha delicadeza, recorriendo absolutamente todos los lugares de mi anatomía.

—Separa las piernas —me ordenó con suavidad. Me costó aceptar, pero lo hice. Él siguió con su quehacer, recorriendo mis glúteos y mi sexo—. Buen chico —me felicitó cuando estuve completamente seco—. Ahora vístete, te he dejado ropa ahí. Verás que tú y yo haremos grandes cosas juntos.

*Me dejó a solas y yo saqué el aire que había estado conteniendo. No sabía si lo que estaba haciendo era lo correcto o no, solo sabía que necesitaba sentir que, por una vez, no todo era una puta mierda.*

*Pasaron los días y me di cuenta de que la vida en la casa era sencilla. Por la mañana le preparaba el desayuno a Alfredo, él madrugaba mucho, pero a mí no me importaba levantarme y sentirme útil, de algún modo. Tostadas con mantequilla, huevos y zumo de naranja natural. Siempre desayunaba lo mismo, se iba a trabajar muy pronto y decía que era importante cargar bien las pilas. Era un arquitecto de renombre, él mismo había construido la casa donde vivíamos y que poco a poco fui considerando mi hogar.*

*Cuando se marchaba, recogía los platos, limpiaba, veía la tele y leía los libros que él me recomendaba porque Alfredo decía que sin cultura no se iba a ninguna parte.*

*Por la tarde entrenaba en el gimnasio, hacía unos largos en la piscina y le esperaba para tomar una sauna y un jacuzzi juntos con una cerveza fría. Era nuestro momento, charlábamos de cómo le había ido el día y me hacía explicarle lo que había aprendido. Casi siempre me felicitaba, alabando mi curiosidad y mi facilidad para el aprendizaje.*

*Después yo mismo preparaba la cena. Tener una madre que se pasaba horas guisando en el bar había hecho que, por lo menos, aprendiera eso.*

*Tras la cena, jugábamos una partida de ajedrez mientras sonaban hermosas óperas.*

*No voy a negar que era una vida cómoda, en la cual, Alfredo, se fue ganando mi confianza.*

*—Este sábado voy a dar una fiesta. Si lo deseas, puedes unirme a nosotros. No quiero que pienses que te obligo a nada, así que tú decides si quieres unirme o no.*

*Solté una carcajada.*

—¿Que me obligas? Solo tengo palabras de gratitud hacia ti, no sé cómo pagarte todo lo que estás haciendo por mí.

—Ya lo haces, me siento bien con tu compañía. Cocinas, limpias, arreglas las cosas que se estropean... poco más puedo pedir. —Le miré sonrojado.

—Pero es que me pagas hasta los calzoncillos y no me parece justo. Visto con ropa de marca, como filetes, bebo vino del caro y cerveza de importación. Sin olvidar que me estás enseñando muchísimas cosas y yo, prácticamente, no apporto nada, —Él sonrió. Estábamos sentados frente a la chimenea, Alfredo no solía poner la tele, decía que era una pérdida de tiempo, así que nos limitábamos a mirar las llamas y charlar. Puso descuidadamente la mano sobre mi muslo y lo apretó.

—Me aportas mucho más de lo que crees. Para mí, tu compañía es lo más importante, es realmente gratificante, aunque reconozco que, si tú quisieras, podríamos dar un paso más. —Le miré extrañado.

—¿Un paso más? —él asintió.

—Llevamos un par de meses viviendo juntos, supongo que habrás intuido que el día que nos conocimos no estaba en aquel bar por casualidad. —Su mano comenzó a deslizarse arriba y debajo de un modo mucho más íntimo que habitualmente—. ¿Has estado con un hombre alguna vez, Xánder? —Abrí los ojos algo asustado y él detuvo el movimiento—. Tranquilo, es una pregunta simple. Puedes confiar en mí, creo que nunca he hecho nada que puedas reprocharme. —Negué, aunque seguía estando alerta.

—No he estado con ninguno, solo con mujeres. No soy ningún maricón. —Él sonrió.

—Ya veo. Y ¿qué opinas de la homosexualidad? —Las palmas de las manos me sudaban.

—Que es algún tipo de enfermedad o perversión. —Él entrecerró los ojos.

—¿Piensas que soy un enfermo?

—¡No! —exclamé—. Tú eres un buen tío, pero los maricones lo hacen por vicio, eso es antinatural.

*Vi cómo se levantaba y tomaba un libro muy grueso.*

—Déjame que te muestre algo

*El libro que tenía en sus manos era enorme y recogía todo lo que tenía que ver con la historia de la homosexualidad.*

*Alfredo estaba muy pegado a mí, con el libro entre las manos me leía y me mostraba todo lo que allí aparecía, textos, dibujos... estaba en shock por todo lo que estaba descubriendo.*

*Desde la antigua Mesopotamia, había leyendas egipcias sorprendentes sobre los gais. Escuché admirativamente cada palabra, Alfredo tenía un ritmo de lectura pausado y una voz profunda. Me daba tiempo a que asimilara todos los conceptos.*

—¿Lo ves? —Señaló la parte que hacía referencia a la Grecia antigua, según aquel libro la pederastia homosexual masculina era una costumbre muy arraigada. Tal costumbre no reemplazaba al matrimonio heterosexual, sino que transcurría generalmente antes y también al mismo tiempo. No era frecuente que los hombres adultos tuvieran relaciones entre sí. Generalmente la relación empezaba cuando el amante adulto estaba en la veintena y el chico estaba recién entrado en la pubertad, manteniéndose hasta que el erastés<sup>[3]</sup> alcanzaba la treintena y se casaba, aunque podía prolongarse indefinidamente o terminarse antes—. La relación no solo era sexual —prosiguió explicándome—, sino que el erastés adquiría un estatus jurídico similar al de un pariente masculino o un tutor, y era responsable de la educación y el entrenamiento militar del muchacho. Algo similar a lo que hacemos nosotros. —Me agité ante la observación y la lámina que se desplegaba ante mis ojos.

*Era una vasija rota y en ella una imagen de dos hombres tocándose,*



*claramente uno era el adulto y otro el joven.*



*Alfredo me contemplaba con mucho interés mientras yo pasaba el dedo inconscientemente sobre las figuras.*

*—¿Y al chico le gustaba? —pregunté sin apartar la vista.*

*—Se sentían honrados, era poco más que un privilegio, aunque en el imperio romano las cosas cambiaron. En la antigua Roma, la consideración social de la homosexualidad varió mucho de una época a otra. Mientras que en la República estaba restringida por la Lex Scantinia, que la considerada una conducta griega desviada, en la primera mitad del Imperio se convirtió en una conducta totalmente aceptada, practicada incluso por emperadores como Julio César.*

*—¿En serio? —Él sonrió, prosiguiendo con su explicación.*

*—La forma de relación homosexual más habitual en Roma era aquella en la que el amo tomaba el papel activo y un esclavo, el pasivo. También hay numerosos registros de prostitución masculina.*

*—¿En Roma había putos?*

—Eso parece, aunque también se produjeron los primeros matrimonios registrados entre hombres. De hecho, el emperador Nerón se casó con tres hombres, sucesivamente, y con dos mujeres.

—¡Joder, con los romanos!

—Pero la cosa no termina aquí. Fíjate en la siguiente página, prácticamente, la homosexualidad está presente en todos los imperios. En China se tiene conocimiento de la homosexualidad desde la antigüedad. Pan Guangdan muestra en su recopilación de citas sobre homosexualidad en los textos antiguos que casi todos los emperadores de la dinastía Han tuvieron uno o varios amantes masculinos. En la India también había el considerado tercer género y en el Kama-Sutra había imágenes homosexuales.

Giró la página, había distintas imágenes de los imperios Maya, Azteca, Inca y Tolteca, todas ellas con connotaciones homosexuales.



De América del sur pasó a Japón, mostrándome varias obras literarias del periodo Heian, con claras referencias a relaciones homosexuales, y de la existencia de transexuales. Durante la Edad Media era común en los ejércitos japoneses la práctica de la pederastia masculina, shudō.

Me costaba tragar ante todo lo que estaba escuchando y viendo con mis propios ojos. La homosexualidad se trataba como un hecho y no como lo que me habían enseñado en el colegio.

*Alfredo cerró el libro, aunque todavía quedaba mucho por ver.*

*—Si te apetece leer sobre ello, hazlo, curioso sea, lo único que quiero que entiendas es que el sexo entre personas del mismo género no es malo. Fue el cristianismo quien condenó la homosexualidad, pero eso no quiere decir que las relaciones homosexuales sean malas. La fe católica fue quien lo tachó de pecado, provocando que los homosexuales se ocultaran e, incluso, reprimieran sus deseos. Pero solo hizo eso, ocultar una realidad que se había aceptado a lo largo de la humanidad. ¿Lo entiendes? —Era demasiada información, y mucha de ella iba en contra de lo que yo creía hasta el momento.*

*—Yo solo sé que me gustan las mujeres. —Alfredo sonrió con paciencia.*

*—Eso no lo sabes y, si no lo pruebas, nunca lo sabrás.*

*—No necesito que nadie me folle el culo para saber si me gusta o no. —Me levanté inquieto.*

*—Tranquilo, Xánder, solo estamos hablando, ya sabes que no voy a obligarte a nada que no desees, jamás haría eso. —Se levantó, mirándome a los ojos, y acarició mi rostro—. Ve a descansar, ya seguiremos la conversación otro día.*

## Capítulo 13



*Fue una semana extraña. Cuando Alfredo se marchaba a trabajar tomaba el libro con curiosidad, lo leía, intentando asimilar las enseñanzas que había entre sus páginas. Pero, aun así, me era muy difícil entender que a un tío le gustara chuparle la polla a otro o que le dieran por el culo. Ese orificio era de salida, no de entrada, ¡no me jodas!*

*Procuré mantener las distancias y Alfredo lo notó, pero no dijo nada al respecto ni insistió de nuevo en tener algo más que lo que habíamos establecido en un principio.*

*Llegó el viernes y, con él, la fiesta. Cené con ellos, era un grupo muy dispar, cosa que me llamó la atención. No había ni una sola mujer, pero, entendiendo la condición sexual de Alfredo, era asumible. Debíamos de ser unos quince. Había de todo: artistas, gente del mundo de la cultura, médicos, arquitectos como Alfredo, estudiantes universitarios, modelos, aspirantes a actor... una comunidad bastante variopinta en la que no me sentí un extraño, realmente hicieron que me sintiera cómodo. Había unos cuantos chicos entre dieciocho y veintidós años con los que congenié enseguida.*

*Todos bromeaban e intentaban pasarlo bien.*

*Tras la cena, sacaron unas cachimbas para fumar hierba. El alcohol también corría en abundancia y eso ayudó a relajar mucho más el ambiente.*

*Les seguí la corriente y bromeé con ellos hasta que la cosa comenzó a desmadrarse. La temperatura fue aumentando. Todo empezó con un simple baño en la piscina, alentado por los más jóvenes, en el que la ropa interior comenzó a desaparecer.*

*Comenzaron a besarse abiertamente, a desnudarse, y a practicar sexo, invitando a unirse al resto. Cualquier lugar era válido para dar o recibir placer. Primero les observe de refilón, tanto leer me había despertado cierta curiosidad.*

*Alfredo estaba tonteando con un chico que se había sentado a su lado en la cena, le besaba, le acariciaba en el jacuzzi sin perderme de vista. Fue una sensación extraña, difícil de catalogar.*

*La situación me abrumó. Intentaba ser tolerante, aceptar otro modo de la sexualidad que conocía hasta el momento, pero no podía; todavía sentía ciertas reticencias al observar aquel tipo de conductas entre personas del mismo sexo.*

*—¿Quieres jugar? —me preguntó el tipo que tenía al lado, acariciándome la bragueta. Era mayor, creo que habían dicho que era productor de cine. Estábamos compartiendo la cachimba con otros dos tipos que me miraban interesados.*

*—No —me excusé levantándome. Estaba muy mareado, llevaba tiempo sin drogarme, así que la mezcla de hierba y alcohol me estaba dejando fuera de combate—. Disculpa, no me encuentro bien, voy a descansar un rato.*

*Me retiré a mi habitación, me quité la ropa y fui directo a la cama. El mareo era descomunal, solo podía pensar en dormir.*

*No sé cuánto tiempo pasó, solo sé que me desperté con muchas ganas de hacer pis y con la cabeza dando tumbos, como si me hubiera montado en una noria.*

*La fiesta seguía, estaban por todas partes: en el jacuzzi, la piscina, el sofá. Seguramente así serían las orgías de la antigua Roma.*

*Cuando iba de regreso a mi habitación, escuché un ruido, la puerta del cuarto de Alfredo estaba entreabierta, se oían ruidos y no pude evitar mirar dentro, espiando por la rendija que quedaba entre la hoja y el marco.*

*Alfredo y el chico del jacuzzi estaban en la cama, desnudos. Mi amigo estaba a cuatro patas mientras el joven se encontraba tras él, empujando con violencia. Ambos jadeaban, pero no de dolor, parecían realmente complacidos con aquel acto. Alfredo movía la mano arriba y abajo, frotando su erección, dejando que el otro bombeara abiertamente en su culo.*

*Involuntariamente, tuve una erección ante la escena, pese a que me disgustaba, mi cuerpo reaccionó ante la visión del placer y me sentí abrumado. ¿Me estaría transformando en uno de ellos?*

*—Vaya, mira a quien tenemos aquí, ¿te gusta mirar? ¿Es eso? ¿Por eso me dijiste antes que no? —Aquella voz...*

*Todo fue muy rápido, no tuve tiempo de reacción, no esperaba que los tres tipos de antes fueran a por mí.*

*Intenté gritar, pero al abrir la boca, alguien me colocó una especie de pelota de goma que opacaba mi protesta. Tenía a dos tíos agarrándome de las manos y al hombre mayor dando órdenes.*

*—Llévadle al cuarto. Vamos a jugar con el juguete de Alfredo, muy bueno tiene que ser para que no nos haya dejado catarlo todavía. Ya sabéis que sus chicos son de lo mejor y me da que este es muy especial.*

*Abrí los ojos desmesuradamente, no podía estar pasándome aquello. El colcón me había dejado los músculos laxos y pese a que me revolví, mi fuerza se había visto diezmada. —Atadle en el potro. —¿Potro, qué potro? ¿Dónde me llevaban? Ante mí estaba la puerta del trastero, solo que de trastero no tenía nada. Comencé a hiperventilar, parecía una mazmorra llena de herramientas de tortura ¡¿Pero qué cojones hacía todo eso allí?! ¡¿Por qué justamente ahora tenían que fallarme las fuerzas?!*

*Aquellos dos tipos me empujaron sobre una base de cuero, que recordaba a un caballete de pintor, solo que había una zona ancha, acolchada en cuero rojo, situada en lo más alto. Allí me forzaron a colocar el pecho y el abdomen.*

*Me empujaron con violencia, atándome las manos para que no pudiera moverme. Estaba inmovilizado por unas esposas que estaban ubicadas en los laterales.*

*Seguí forcejeando, sabía que era inútil, pero no podía rendirme. Aquella maldita pelota bloqueaba cualquier sonido que intentaba emitir. Juro que intenté gritar y defenderme, pero estaba en inferioridad de condiciones.*

*Yo, que me había metido voluntariamente en mil peleas saliendo vencedor, me veía reducido por aquellos tipos sobre un banco de madera.*

*Alguien tiró de mis calzoncillos, dejándome completamente desnudo.*

*—Mirad qué culo más prieto. —Una palmada violenta cayó sobre mi carne para después amasar el glúteo con fuerza—. Debe ser una delicia, por eso Alfredo no le ha sacado a jugar. Subidle las piernas a los laterales.*

*Había dos salientes tapizados en cuero rojo en los que pusieron mis rodillas y fijaron mis tobillos a otras esposas.*

*—Hermoso, es simplemente hermoso, miradle desde atrás, cómo cae su grueso sexo.*

*—¡Joder, tiene una buena polla y está semierecta! Se nota que le gusta lo que le hacemos —observó uno de los tipos. ¡Mierda! No era así, no se me había puesto dura por eso...*

*—Así que estás disfrutando ¿eh? —susurró el productor a mi oído—. Pues mejor para todos, voy a follarte ese precioso culito que tienes que debe de ser una delicia.*

*Me sacudí sin éxito, estaba aterrorizado. U ocurría un milagro o estaba seguro de que nadie me iba a librar de lo que aquel hombre y sus amigos*

*pretendían hacerme.*

*—Relájate, bombón. —Paseó las manos por mi espalda, acariciándola hasta llegar a mis glúteos. Sentía asco ante su contacto, pero no podía hacer nada. Noté cómo los separaba, escuché cómo escupía entre ellos e intentaba penetrarme con un dedo, apreté como pude, intentando impedir lo inevitable —. Vamos, guapo, relájate o será peor, tu amo siempre comparte a sus putos con nosotros, no serás el primero ni el último. ¿O acaso no te has dado cuenta de lo que disfrutaban tus compañeros? Tranquilo, te pagaré bien después de esto y, si me gustas, tal vez podamos repetir.*

*¿De qué coño me estaba hablando? ¡Alfredo no me pagaba! ¡Yo no era su puto! ¿De qué otros me hablaba?*

*—Matías, cómele la polla, está demasiado tenso. Si le follo así, le desgarraré.*

*—Será un placer, la tiene muy bonita, llevo rato mirándosela. —¿Cómo? Uno de los tipos se puso bajo el caballete y me agarro el pene—. La tiene muy gorda y larga, cuando esté totalmente empalmado será un espectáculo.*

*—¿A qué esperas entonces? Mámasela. —¡No, no, no! Gritaba contra aquella maldita cosa que me oprimía la lengua. Pero nadie iba a hacerme caso.*

*La caliente boca se cernió sobre mi miembro, chupando sin piedad. Juro que intenté no excitarme, bloquear aquella sensación que se enroscaba en mis pelotas y las apretaba. No sabía ni cómo aquella situación me la podía poner dura, pero lo hacía. ¿Sería tan depravado como ellos? ¡No, era imposible! Estaba seguro de que mi cuerpo no discernía a quién tenía entre las piernas. Para mi polla solo era una jodida boca haciéndome una buena mamada. Porque el tío que me la estaba comiendo era un profesional, succionaba, pasaba su lengua arriba y abajo, enterraba mis huevos en su boca para después engullirla con afán. Provocaba reacciones en mí que tanto me excitaban como me daban ganas de vomitar.*

*—Eso es, mira qué bien entra ahora. ¿Sientes lo que te hago? Aquí tienes el punto G, en el culo. ¿Ves el placer que podemos llegar a*



*proporcionarte? —¿Qué? Estaba tan concentrado en la boca que no me había percatado de que el dedo ya había penetrado en mí, hurgando en un lugar donde nadie había estado nunca, provocando espasmos involuntarios que recorrían mi vientre y me constreñían las pelotas—. Lo estás haciendo muy bien, Xánder. Cristian, echa un poco de lubricante.*

*El tercer hombre se acercó, vertiendo en mi ano algo frío en gran cantidad.*

*—Así, perfecto, es efecto calor y muy estimulante, verás que en un momento podré meterte dos dedos y después mi polla. Pienso darte por el culo hasta correrme, quiero llenarte por completo. Soy un poco más grande que tu chulo, así que tendré paciencia contigo, pareces casi virgen.*

*¡Porque lo era! Por lo menos por ahí. No podía estar pasándome eso. ¡No era posible!*

*Matías se apartó un momento y dejó de mamármela.*

*—Luis, cuando termines ¿me lo podré follar yo? Me está poniendo muy cachondo, no sabes la buena polla que tiene.*

*—Claro, le follaremos todos. Vamos a hacer que se acuerde de nosotros para siempre ¿verdad que sí, Xánder? Vas a aliviarnos a los tres. —Me dio otro cachete con la mano que tenía libre—. Sigue trabajándosela que parece que le gusta cómo se la chupas, quiero que se corra en tu boca, con mi polla en su culo.*

*—Será un placer. —Las imágenes que me mandaba mi cerebro eran terroríficas, aunque la realidad era mucho peor. Creía que iba a ser imposible, que jamás me correría por mucho placer que sintiera mi cuerpo. ¡Joder, me iban a violar! ¡Uno no se corría cuando lo violaban! ¿No? ¡Tenía que escapar como fuera!*

Estaba arrodillado en la ducha, los recuerdos de aquella primera vez rugían del mismo modo como entonces, estaba temblando, sintiendo en mis carnes la misma desesperación que sentí cuando los dedos se convirtieron en su polla.

*Me folló sin piedad, no pude evitarlo, pero lo peor de todo no fue eso. Lo peor de todo no fue perder mi voluntad bajo el yugo de mi violador. Lo peor de todo fue llegar a correrme en la boca de Matías, sentir cómo tragaba mientras Luis gritaba descargando en mí.*

*Desconozco si usó condón, aunque en aquel momento aquello me pareció lo más insignificante. Las lágrimas caían de mi rostro al suelo como un corrosivo ácido, marcando las baldosas con el desconsuelo del que no es capaz de evitar que otros le posean, que le obliguen a sentir cosas para las que no está preparado, forzándolo a cumplir su voluntad frente a la negativa.*

*Aquella noche me arrancaron mucho más que la única parte de mí que todavía era inocente. Me arrancaron el alma convirtiéndome en parte de lo que soy ahora. Apagaron cualquier resquicio de luz, llenándolo de oscura depravación.*

*Me transformaron en un objeto carente de emociones, porque era más fácil sobrevivir sin ellas que con ellas martilleándome el pecho.*

*Todos pasaron por mí, todos me la chuparon y se corrieron alcanzando su premio, todos me doblegaron empujándome a hacer cosas que jamás hubiera creído posibles. Llegó un momento en que dejé de sentir, no me opuse más, me rendí, me dejé hacer, asumí mi rol y abandoné al guerrero que había muerto ahogado en su yelmo por el horror.*

*Ya nada servía, hasta esa parte que me había mantenido con vida hasta el momento la habían aniquilado. Mi coraje, mi honor, mis cojones para salir de cualquier situación... se lo había cargado todo de un plumazo.*

*¿Cuándo terminaron? No lo sé. ¿Cuántas veces hicieron que me corriera usando instrumentos, sus bocas y su cuerpo? Tampoco lo recuerdo.*

*Lo único que quedó grabado en mi memoria fue el grito de Alfredo cuando me encontró la mañana siguiente.*

*No me desataron, me dejaron allí como un perro, cubierto de fluidos, con*

*los míos propios bañando el suelo, mezclándose con el rastro de lágrimas que perecieron bajo las atrocidades que habían cometido conmigo.*

*Dejaron una nota frente a mis ojos, en el suelo y con un buen fajo de billetes.*

*«Gracias por esta increíble noche, Alfredo. Nos ha encantado tu puto nuevo, esperamos haber sido lo suficientemente generosos con él y contigo. Estamos deseando que llegue la próxima fiesta, vendremos encantados y dispuestos a repetir con Xánder».*

*—Dios mío ¡qué te han hecho! ¡Xánder, contéstame! ¡Joder! —Noté cómo me desataba, cómo me tomaba en brazos y se sentaba en el suelo, acunándome entre ellos, cómo lloraba tanto o más que yo durante la noche. Aunque ahora ya no corrían lágrimas por mi rostro, tenía el alma seca y sin vida. Era incapaz de reaccionar, me había ido lejos, a un lugar seguro, ajeno a todo el dolor y a toda la humillación que habían vertido sobre mí esos cabrones.*

*Alfredo no dejaba de decir lo siento, que no sabía que me tomarían por uno de sus chicos. Qué gracioso, lo siento, como si aquellas dos palabras pudieran borrar o cambiar algo, como si fueran capaces de devolverme una minúscula parte de lo que me habían arrebatado.*

*Lo siento, qué fácil es intentar tapar un agujero con palabras y qué difícil intentar reponerse de lo que las había producido.*

*Me llevó en brazos hasta su baño, abrió la ducha y se metió conmigo en ella. En ningún momento me dejó solo. Tengo flashes, como una de esas películas antiguas en blanco y negro. En la siguiente secuencia estaba metido en su cama, ambos estábamos desnudos, él me besaba y me acariciaba, intentando dar consuelo a lo que no lo tenía.*

*—Te juro que te compensaré, mi amor —repetía—. No volverá a ocurrir, voy a cuidarte para siempre.*

*No hablé, no emití un puto sonido, me quedé inerte dejando que aquel hombre a quien había considerado mi amigo intentara resarcirse con sus*

*gestos y sus palabras. Me quedé allí quieto, todo el día. Hasta que cayó la noche y Alfredo se quedó dormido. Logré ponerme en pie y desembarazarme de su abrazo.*

*Me dolía mucho el culo, pero obviamente, eso no era lo peor.*

*Hice una bolsa con cuatro cosas y me largué. No cogí el dinero ni nada más que no fuera ropa o comida. No dejé ni siquiera una nota de despedida porque, aunque en el fondo supiera que Alfredo no tenía toda la culpa de la locura de sus amigos, yo no podía evitar hacerle culpable de lo ocurrido.*

*Esa fue la última vez que le vi.*

Con el tiempo había logrado dejar de vomitar ante el recuerdo, aunque el dolor seguía ahí, latente, acosándome en silencio, palpitando bajo mi piel como una gangrena que lo había podrido todo.

Salí de la ducha sin secarme, dejando un surco de agua a mi paso. Anduve hasta la puerta de la terraza y la abrí. A pesar del calor que hacía, sentía frío, mi cuerpo temblaba, aunque estuviéramos a veintisiete grados.

Dejé que los rayos de sol calentaran mi piel, secando mis recuerdos, esfumándose en la imperceptible brisa. Me hubiera gustado ser capaz de poder hacer lo mismo, tener la habilidad del astro rey que permitía que las gotas se evaporaran bajo su influjo.

Pero yo no era el sol y eso nunca iba a suceder.

\*\*\*\*\*

Lo miré a través del espejo. Me sentía realmente acongojada.

No sabía qué le ocurría, pero estaba claro que algo le pasaba. Apenas me había mirado a los ojos cuando le había abierto la puerta, su mirada estaba ausente, como si no perteneciera a este mundo.

¿Qué le ocurría? ¿Y si le preguntaba? «*No lo hagas, Nani, ya te advertió que le gustaba hacer los trayectos en silencio. Ha adoptado su rol de jefe. Es eso y punto.*» Seguro que estaba concentrado en sus negocios y yo con mis paranoias mentales, pero es que no podía evitar sufrir al verle así. Le prefería cabreado a ese rictus perdido y desubicado.

Tal vez lo más sencillo fuera respetar su silencio, como me había pedido, pero no podía, era superior a mis fuerzas. Me aclaré la garganta tratando de llamar su atención.

—¿Sabes? la otra noche se me subió un tipo al taxi que era Mosso d'Esquadra. —Sus pupilas se movieron, pero seguía sin mirar. Decidí proseguir—. Me contó que había llevado a su madre al dentista, una mujer mayor a quien le dolía un diente. Cuando llegaron, él insistió en entrar con ella, pero ya sabes cómo es la gente mayor. —Hizo una inspiración profunda, como cuando quieres que alguien calle y ese alguien no deja de hacerlo. «*Buena señal, me estaba escuchando*»—. En fin, que la mujer entró sola, saliéndose con la suya, porque las mujeres somos muy persuasivas. Además, le dijo a su hijo que no iba a tardar. Pasó una hora, dos, total, que cuando ya estaba desesperado y a punto de entrar, salió su madre ¿y sabes qué? ¡Le habían quitado todos los dientes! El dentista la convenció de que todos estaban mal y que le iban a dejar una sonrisa de princesa... ¡Hijos de puta! —protesté —, la dejaron hecha una *Sindi*, aprovechándose de la pobre mujer mayor.

—¿Una *Sindi*? ¿Qué es eso? ¿Es cómo la Barbie? —Al fin parecía haber llamado su atención, aunque fuera con aquella palabra. Me sonreí.

—No, hombre, no, qué muñeca ni qué ocho cuartos. Una *Sindi*, una sin dientes. —Vi cómo las comisuras de sus labios empezaban a curvarse y, sin poder evitarlo, comenzó a reírse a pleno pulmón. Me había hecho sudar la gota gorda, pero por fin había logrado romper un poco el hielo. Cuando dejó de reír, focalizó la vista en mí.

—Disculpa si no soy la mejor compañía esta noche, pero si no he oído mal ¿acabas de decir que conduces un taxi? —Por lo menos me tuteaba, así que opté por continuar con la conversación.

—Sí, mis tres hermanos mayores y yo conducimos el taxi de nuestro padre desde que tuvo el accidente, —Él frunció el ceño.

—¿Tu padre tuvo un accidente? Perdona, no quiero ser indiscreto.

—Tranquilo, no pasa nada. Pasó hace tiempo, pero nuestra vida cambió radicalmente, y él también lo hizo. Que terminara en una silla de ruedas no fue fácil para ninguno.

—¿Puedo preguntar qué le ocurrió? —Me encogí de hombros.

—Un cabrón se saltó un paso de peatones cuando mi padre bajaba a buscar el periódico, iba hasta arriba de alcohol y coca, conducía a ochenta por hora en una zona limitada a treinta por ser escolar.

—Hijo de puta —murmuró.

—Son cosas que pasan. Ahora ya lo tiene asumido, aunque eso no quiera decir que no le joda, se pasa el día protestando por ser un impedido.

—No debe de ser fácil acostumbrarse a vivir atado a una silla.

—Tampoco lo es vivir sin alegría. —Clavó su mirada verde sobre la mía.

—Hay veces en que la vida te jode tanto que se lleva incluso eso —observó sin perder mis ojos de vista.

—Puede, pero eso no te da derecho a rendirte y dejar de ver la vida desde otro punto de vista. Prefiero a mi padre postrado en una silla que a mi padre bajo tierra. Un malnacido le quitó la posibilidad de andar, en eso estoy de acuerdo, pero no le quitó la capacidad de amar, sonreír, hablar, abrazar o sorprenderse. Eso solo se lo quita uno mismo.

—Es allí —señaló. Habíamos llegado al destino. El gesto adusto volvió a su rostro. Estábamos en una zona residencial de casas de lujo.

—¿Tienes una cena? —le pregunté.

—Algo así, no sé el tiempo que tardaré, pero a lo mejor es bastante.

Igualmente, no te muevas de aquí. ¿Has traído algo para comer? —Qué pesadito era con la comida...

—Claro.

—Bien, pues espérame, no creo que tenga demasiadas ganas de hablar cuando salga, así que mejor no me preguntes.

—¿Un cliente jodido? —Soltó una carcajada seca.

—No sabes cuánto.

Todavía no sabía a qué se dedicaba, pero seguro que eran negocios difíciles. Xánder tenía aspecto de negociador duro, de esos que salen en las pelis. Un auténtico tiburón blanco de los negocios.

En cuanto desapareció puse la radio. Había un programa sobre el fracaso de la huelga de taxis en Madrid y sabía que debía escuchar para estar informada, a papá le daba mucha rabia cuando no oía los programas. Siempre me minaba a preguntas y bullía de la rabia si desconocía las respuestas.

Mi teléfono sonó, desvié la atención y la vista a la pantalla. El vello de mi cuerpo se erizó, sabía a quién pertenecía ese número. Contesté al momento.

—Dime, Escorpión. —Nunca le había visto, pero siempre me llamaba él en persona. Temblé ligeramente, no sabía si me llamaba por una carrera o por el destrozo que le había hecho Xánder a su hombre.

—Hola, Queen, espero que estés lista. Te quiero en una hora donde siempre, en Collserola. —Mi corazón se disparó.

—¿Hoy?

—¿Algún problema? Ya sabes las cláusulas del contrato: o vienes y saldadas, o levanto la protección a King y tu familia paga. —Suspiré de alivio. Llamaba solo por una carrera.

—Es... Está bien. En una hora.

—No me falles, ve a por todas. Si pierdes, me deberás otra carrera.

La línea se cortó.

¡Mierda! ¡Tenía que ser precisamente en ese momento! Xánder solo hacía quince minutos que se había ido, así que, si me daba prisa, en cómo mucho tres horas, o dos horas y media apurándome, estaría de regreso. Me había dicho que iba a tardar, así que, cuanto antes llegara y corriera, antes se terminaría todo.

Salí quemando rueda para lograr llegar a tiempo.



## Capítulo 14



Los motores rugían. Aparqué la limusina a unos metros del lugar, no me apetecía que supieran más de lo necesario.

Me quité la gorra, la americana, la pajarita, desabroché dos botones del cuello de la camisa y me recogí el pelo en una coleta.

Caminé cuatrocientos metros hasta el punto de encuentro, donde ya estaban esperándome.

Un flamante BMW M3 rojo y un Audi S5 negro estaban aparcados y con las puertas abiertas, a la espera de que los pilotos ocuparan sus asientos.

Caminé con seguridad, pisando con firmeza sobre la tierra. Las yemas de mis dedos ya hormigueaban al pensar en la sensación del volante en mis manos. Eran dos maravillas del motor. Los dos *coupés* derivados de berlina eran referencia en cuanto a deportividad en el mercado. Estaba claro que iba a ser un duelo de titanes.

A priori, los datos técnicos favorecen ligeramente al Audi RS5: ambos coches contaban con motor V8 atmosférico de alto régimen de giro, es decir, que el RS5 tenía más potencia teórica (450 CV frente a los 420 CV del M3), una aceleración de 0 a 100 Km/h en 4,6 segundos y un caudal de potencia

transferido al asfalto de forma más eficiente, gracias al cambio *S tronic* de 7 velocidades de serie y a la elaborada tracción *quattro* pata negra del Audi RS5. Eso sí, este último pesaba más, 1.800 kilos frente a los 1.675 kilos del M3. Así que podía pasar cualquier cosa, todo dependía de mi contrincante y lo arriesgado que fuera al volante.

Fui hacia el grupo, reconociendo el rostro de los habituales. Todos me saludaron con respeto.

Los hombres de Escorpión, que controlaban esa parte del negocio, me estaban esperando con actitud chulesca.

—Hola, Queen.

—Leo, Toni —les devolví el saludo. Ojeé para ver si estaba Diente de Oro, pero parecía que se lo había tragado la tierra—. ¿Cuál es mi juguete? —pregunté arisca. En ese mundo, cuantas menos confianzas, mejor.

—¿Tienes preferencia? —preguntó Leo.

—Alguna, pero por si acaso prefiero no gafarla. ¿Cuál es? —Toni me lanzó un casco rojo.

—El BMW —mi corazón aleteó. El M3 era también más divertido de conducir, era el que despertaba más emociones en la conducción y a mí me gustaba emocionarme al volante. Traté de mostrar impasividad.

—Muy bien —respondí embebiéndome en la belleza que tenía delante—. ¿Y mi contrincante? —Ambos se miraron y sonrieron—. Estás deseosa de velocidad, ¿eh?, mejor, porque te va a hacer falta sacar todo tu nervio. Aunque hoy vienes muy guapa, tal vez después querrías sacar el nervio conmigo.

—Déjate de hostias, Leo, ¿dónde está el otro? —Leo torció el gesto.

—Allí llega, ¿recuerdas a Yamamura? —Asentí—. Pues ha vuelto de Tokio y ha organizado estas carreras para captar sangre nueva para sus pilotos, además de, obviamente, para recaudar dinero. ¿Has oído hablar de «The Challenge»?

—¿Y quién no?

«The Challenge -The private Rally», como se denominaba, era una carrera ilegal de coches de lujo que había transcurrido el año pasado en distintos puntos de la geografía española y portuguesa.

Había sido arriesgado y no terminó bien. En Zaragoza habían interceptado varios vehículos participantes, quedando la competición suspendida.

—Bien, pues está en marcha la de este año, así que ya puedes lucirte. Tu nombre está sonando y eso podría significar mucha pasta para ti, y si no es en el equipo de Escorpión, tal vez haya un ojeador al que le interese, o al mismísimo Yamamura. ¿Qué dices, gatita? ¿Te gusta la idea?

—Lo que no me gusta es que me llames gatita, y si lo haces, yo te llamaré Simba, así que no me toques los cojones, Leo. Sobre todo, porque no tengo y, si llegas a mis ovarios, voy a machacarte las pelotas. —Toni soltó una carcajada.

—Deja las uñas para la pista, Queen, ya sabes que Leo ruge mucho, pero folla poco. —Leo le dio un golpe en el brazo a Toni—. Déjate de estupideces, Leo, y deja que se centre. —Por lo menos Toni era más cabal—. Escucha bien, Queen. El tipo que conduce el Audi no está para hostias, así que será mejor que te concentres. Sabes que no puedes perder, ¿verdad? —Asentí. Escorpión me lo había dejado muy claro, eso me supondría partir de cero.

Estaba algo tensa. Los conductores de Yamamura eran verdaderas máquinas al volante, aunque eso no quería decir que yo no pudiera con uno de sus hombres.

—Mira, allí llega, se hace llamar Infierno.

—Qué gracioso, ahí es justo donde pienso mandarle. —Me ajusté el casco dispuesta a dirigirme hacia él con la visera levantada, sin tener en cuenta que los demás coches iluminaban el punto donde se hallaba Infierno, no deseaba darme de bruces.

Iba vestido como un piloto de rally, con un mono negro y naranja y el casco negro serigrafiado en llamas.

Leo y Toni me siguieron.

Inferno tenía los ojos clavados en mí, era alto, delgado, aunque de porte atlético y estaba convencida de que, bajo ese traje, había mucha fibra. Por lo menos me sacaba dos cabezas y su mirada era negra y glacial.

Hicieron las presentaciones pertinentes, nos dieron las indicaciones del recorrido y, sin más preámbulos, cada cual se metió en su coche.

Lo que más miedo me daba de él era su apariencia sosegada. Los que lucían nervios de acero, eran los peores.

Hice rugir el motor esperando la señal. En las carreras de Escorpión siempre era la misma. Una chica en sujetador salía frente a los coches, se lo desabrochaba y en cuanto la prenda tocaba el suelo, podías pisar el acelerador a fondo y empezar la carrera.

Como ventaja contaba con que, a mí, ver tetas no me afectaba y que conocía Collserola como la puta palma de mi mano.

Una rubia salió ante nosotros, contoneándose y haciendo un pequeño bailecito que calentó a los asistentes. Cuando esperaba que llevara las manos atrás para desabrochar la prenda, me sorprendió con un cierre delantero que me hizo perder varias milésimas de segundo.

¡Mierda! ¡Ahora debía remontar y el puto Inferno no me lo iba a poner fácil!

Corrí como alma que lleva el diablo, arriesgando en cada curva. No podía distanciarme demasiado de él si quería alcanzarle. Había una recta final y un par de zonas donde podía recuperar el despiste, pero no podía volver a cagarla.

El tramo no duraba más de quince minutos, sentía la adrenalina dispararse por las nubes. Para los amantes de la velocidad, una carrera como aquella

podía ser una experiencia equiparable al orgasmo, te llevaba al placer más absoluto elevándote en cada curva.

Apuré y recorté, pilotando al límite en cada movimiento. Íbamos muy iguales, Inferno daba algún bandazo que otro para evitar que le adelantara, pero, si me salía bien la jugada, no iba a poder evitar que lo hiciera.

Llegamos al tramo, era ahora o nunca. Pisé a fondo, rodeando un gigantesco árbol que salía de la nada y que impedía su maniobra de bloqueo. Aunque me supusiera salir del asfalto, iba a hacerlo. Era un movimiento milimétrico que, o salía bien, o me estampaba contra el siguiente tronco.

Por suerte, el coche no se me fue. La estabilidad del BMW jugó a mi favor y, tras recuperar esas milésimas, pude meterme en la recta, sorprendiendo a Inferno y echando toda la carne en el asador.

Fue duro, hubo tensión hasta el último momento, pero, finalmente, fui la primera en cruzar la línea de meta, con mi rival pisándome los talones.

La euforia de la victoria se arremolinó en mi cuerpo y derrapé haciendo un trompo, volviendo locos a los congregados.

Salí del coche para que la masa viniera hacia mí, me elevaron y lanzaron por los aires, vitoreándome cual estrella de rock.

No podía dejar de reír, a pesar de haber cometido un acto ilegal, como era aquella competición, las emociones se apoderaron de mí de un modo incontrolable. Había hecho una puta obra maestra de carrera.

Lo supe en cuanto Inferno esperó a que terminara de celebrar mi victoria para acercarse. Se quitó el casco y se inclinó, ofreciéndome sus respetos.

Me sorprendió lo guapo que era, parecía sacado de una serie de dibujos manga, con el pelo negro alborotado y aquella mirada profunda.

—Enhorabuena, Queen, has sido la justa vencedora. Me habían dicho que eras buena, pero jamás imaginé que tanto. —Yo también me quité el casco, ganándome una mirada de admiración al descubrirme el rostro. Le agradecí

sus palabras, tenía el cuerpo sudado y el pelo algo pegado, pero no importó.

—Tú tampoco te quedas atrás. Tuve algo de suerte, conocía el terreno y eso siempre te da ventaja. Enhorabuena a ti también, has corrido genial. —Él curvó una de las comisuras hacia arriba.

—¿Intimando con los rivales, Queen? —Leo me agarró de los hombros—. Dame un beso de celebración, Gatita.

—Lo que te voy a dar es una hostia como no me sueltes. Ya te lo advertí antes, Simba, deja de dar por culo o no respondo.

—Eso es lo que me gustaría, follarte ese culito prieto. —Se pegó a mí, provocando que me girara y le soltara un *hostión* con la mano abierta. Él fue a rebotarse, pero Inferno le cogió la mano.

—Discúlpate ahora mismo con la señorita —le dijo sin miramientos.

—¡Me ha abofeteado! —protestó Leo indignado.

—Si hubieras intentado besarme a mí, hubiera hecho mucho más que darte un golpe con la mano abierta. Queen y yo somos pilotos y nada más, solo por ello y por la gran cantidad de dinero que le hacemos ganar a nuestros jefes, merecemos tu respeto. Y si quieres que nosotros te lo tengamos, échale cojones para subir tú al coche y correr. Cuando lo hagas, tal vez empieces a entender las cosas. —Leo se agitaba irritado por las palabras de Inferno, que hicieron que mi estómago se encogiera—. Tanto ella como yo somos piezas clave, así que no creo que te convenga irritarnos demasiado. No creo que a Escorpión le guste que incomodes a su mejor piloto. Y ahora, discúlpate.

Con esa defensa, lo guapo que era y mi adrenalina disparada, le hubiera plantado un beso en todos los morros. Pero no lo hice, me contuve, no quería que nadie interpretara mal mi gesto.

Le lancé el casco a Leo.

—No hace falta que pidas perdón. —Leo cogió el casco justo antes de que impactara contra su rostro—. Pero que no vuelva a suceder o la próxima vez

golpearé más al sur y dudo que les guste a tus canicas.

Giré el rostro hacia Inferno.

—Gracias por la defensa, espero que no te haya ocasionado ningún problema al ganarte. —Él se encogió.

—Ninguno que no pueda solventar. Un placer, Queen, espero volver a verte muy pronto. —Sus ojos brillaron.

—Nunca se sabe.

—Chicos —me despedí sin mirarlos—. Tachad una de la lista —anoté, antes de ponerme a andar y desaparecer entre el follaje.

Me re Coloqué la ropa. Estaba húmeda por el sudor, solo esperaba que Xánder no hubiera salido. Miré el móvil, no había llamadas. Eso era una buena señal, ¿no?

Me di toda la prisa que pude, pero pillé un maldito atasco porque había un accidente y estaba atrapada sin poder salir del embudo.

¡Joder! ¡¿Cómo podía tener tan mala suerte?!

Una hora atrapada, más el tiempo que tardó en despejarse la carretera, llevaba cerca de tres horas y media fuera. Solo esperaba que Xánder no me matara.

Estaba doblando la esquina de la casa cuando el móvil sonó. Lo miré de reojo, no podía cogerlo. Además, en la pantalla salía su nombre. No contesté porque estaba plantado en la acera y ya me había visto.

Salí agitada, sudorosa y preocupada. Parecía el mismísimo Satanás saliendo del infierno. Otro mal negocio, seguro.

—Lo siento —me disculpé.

—¡¿Se puede saber dónde mierda estabas?! ¡Te dije que no te movieras!

—Me estaba durmiendo, solo di una vuelta por la urbanización para despejarme. —Recé para que colara y que no llevara demasiado tiempo allí parado.

Me miraba sin verme.

—Entra. —Apuntó con la cabeza a la parte de atrás.

—¿Cómo?

—¡Que entres! —me ordenó con cara de pocos amigos.

—¿Otra vez quieres conducir tú? —le pregunté lanzándole las llaves sin querer llevarle la contraria. Las atrapó al vuelo y, antes de que pudiera meterme, sentí cómo entraba tras de mí, empujándome y cerrando la puerta con violencia.

Me giró y fue directamente a por mi boca.

En aquel momento era como si a un bidón de gasolina le tiraran una cerilla. Obviamente, Xánder era la cerilla.

El barrido que le hizo a mis labios fue brutal. No fue un beso dulce, sino más bien uno desesperado y castigador. En aquel momento no tenía importancia, yo tenía la misma necesidad acuciante que me había provocado la carrera y el pensar que llegaba tarde.

Me sentía tan desesperada como él, así que poco importó la violencia con la que me trataba, tiro con fuerza de la camisa, provocando que los botones saltaran por los aires, me bajó el sujetador, liberando mis pechos por encima para succionar los pezones con hambre voraz.

Grité en medio de esa vorágine de deseo, de esa bruma que mezclaba el placer y el dolor. Las manos de Xánder parecían estar por todas partes. Desabrochó mi pantalón, bajándolo hasta los tobillos. Ni tan siquiera me lo sacó.

Parecía un animal que acabaran de liberar y hubiera pasado una larga temporada encerrado sin una hembra. Se bajó los suyos con prisa, se puso un



condón, me levantó las piernas sin abrirlas, pues el pantalón no lo permitía, recostó mi cuerpo en el asiento y se introdujo en mí sin piedad, provocando un grito desgarrador que reverberó en el interior de la limusina. Estaba muy mojada, lista para todo lo que quisiera hacerme. Le deseaba tanto como él a mí, con la misma necesidad salvaje.

Tras la primera estocada, bombeó sin tregua, una y otra vez, multiplicando la dureza de las acometidas a cada impacto. Necesitaba agarrarme a alguna parte, la postura me impedía tocarle, solo mirar la furia abrasadora que ardía en sus ojos. Transmitía desesperación a cada una de las castigadoras penetraciones. Si ese era su modo de sancionar mi desobediencia, pensaba repetirlo las veces que hicieran falta.

Al no poder separar los muslos, todo era mucho más intenso. Notaba cómo sus pesados testículos golpeaban mi trasero. Era lujurioso y obsceno estar medio vestida con solo los pechos y la vagina expuestos. Y él con los pantalones bajados.

Cada vez me sentía más cerca del orgasmo, aunque su grito de liberación me anunció quién había terminado antes. Parecía el rugido de un animal herido, con el que mi vagina comenzó a contraerse y, finalmente, lo acompañó en su lamento, convulsionando a su alrededor para exprimir los últimos vestigios de placer y dolor.

Cuando terminó de vaciarse, salió de mi interior para anudar el condón y dejarlo en el asiento. Se subió los calzoncillos y los pantalones, recomponiéndose.

—Vístete —ordenó como si no acabara de ocurrir nada. No me miraba, sus ojos estaban perdidos en la casa de la que acababa de salir.

—¿Qué narices te pasa? —Me sentí utilizada, una mera herramienta para descargar su frustración.

—Nada que te incumba. —Aquello me encendió.

Me subí los pantalones, sintiéndome una puta mierda. Obviamente, con la camisa no podía hacerse nada, así que regresé mis pechos al interior del

sujetador y abroché mi chaqueta.

—¿Qué no me incumbe? ¡Acabas de follarme como si se hubiera desatado el Apocalipsis!

—No vi que te quejaras ni que dijeras que no en ningún momento.

—Eres un capullo —le solté indignada.

—Eso ya lo sabías. Llévame a casa. —La indignación crecía a marchas forzadas en mí.

—Pero ¿quién coño te crees que eres? —Su mirada castigadora se volvió hacia mí.

—Tu jefe. —Estaba indignada a más no poder con su actitud. Vale que yo lo había deseado, pero no así, no con esa conducta de macho cabrón.

—No, no lo eres. Solo eres un cliente al que le ha dado por joderme la vida. —Él soltó una carcajada sin humor.

—En eso estamos de acuerdo, acabo de joderte, pero no precisamente la vida, sino el coño. —Sus palabras, dichas de aquel modo, me ofendieron—. Te has corrido como una perra, así que ahora no me vengas de digna cuando tus gritos se han oído en toda la manzana. Mientras asumes que lo ocurrido era justo o que lo deseabas, salgo fuera a fumar. —Aquello me descolocó. No sabía que fumara, no lo había hecho hasta entonces y no había notado sabor a nicotina en su boca.

Me dejó sin palabras. No sabía qué acababa de ocurrir, estaba completamente descolocada y enfadada por no entenderle. Había tratado de herirme indiscriminadamente, como siempre hacía, una de cal y otra de arena. Xánder el bueno, Xánder el capullo. ¿Pero qué coño le pasaba?

El olor a sexo rebotaba en mi nariz. Estaba claro que el desahogo que habíamos experimentado había sido muy distinto al encuentro de la semana anterior. Mi cabeza no lograba asimilar lo ocurrido.

Salí fuera y caminé hacia él que seguía con la mirada puesta en la casa,

como si no pudiera sacarse de la cabeza algo que hubiera ocurrido allí dentro. Las caladas que le daba al cigarrillo eran profundas, como si intentara consumirlo en cada una de ellas. Con independencia del enfado, estaba preocupada. Había visto esa misma actitud en casa, cuando a mi padre le dieron la noticia de que no podría volver a andar. Esa rabia, ese dolor que le empujaba a dañar a todos los que nos preocupábamos por él, era la misma que veía reflejada en Xánder. Decidí ser yo, esta vez, quien bajara del burro.

—¿Estás bien? —Hice una pausa, dejándole su tiempo—. Xánder —pronuncié su nombre con suavidad, acariciando la manga de su chaqueta. Él me miró con rabia y con dolor, veía arrepentimiento en el fondo de su mirada, estaba ahí titilando con fuerza. Cerró los ojos y suspiró. Cuando volvió a abrirlos, sentí que volvía a ser él, algo había cambiado.

—¡Joder, Nani, lo siento! No tenía derecho a hacerte eso. —Lanzó el cigarrillo al suelo, lo pisó contra el asfalto y, con muchísima ternura, me agarró de la cara para darme un beso muy dulce que sabía a perdón. Lo acepté, porque ocurriera lo que ocurriese, estaba convencida de que lo necesitaba. Noté un sabor salado que se mezclaba con nuestra saliva. Abrí los ojos y me sorprendió ver sus lágrimas deslizarse hasta la unión de nuestras bocas.

¿Qué le ocurría? ¿Por qué estaba así? Necesitaba transmitirle con mis besos que no estaba solo, así que le agarré de la nuca y acuné el rostro como él hacía con el mío, con muchísima ternura.

No era un beso sexual, sino uno que hablaba de redención.

Xánder le dio fin apoyando su frente contra la mía.

—Soy un puto animal, perdóname, no tenía derecho a...

—Shhhhh —le silencié, regresando mis labios a los suyos—. Está bien, tranquilo, yo también lo necesitaba. Aunque no lo que hiciste después.

Estaba arrepentido, podía leerlo en sus ojos.

—Lo siento.

—Lo sé, no pasa nada. Los dos tenemos mucho carácter y eso hace que, en cualquier momento, todo pueda estallar por los aires. Entiendo que la cena no ha salido como esperabas. ¿Quieres que te lleve a casa? —Le veía tan perdido, tan abrumado por el dolor, que solo me daban ganas de acunarlo y decirle que todo estaba bien.

—Sí, por favor y disculpa por lo de la camisa. No te preocupes, te pediré otra. —Le sonreí y le di un último beso sobre sus labios.

—Tranquilo, si no me la compras siempre puedo llevarte en sujetador, americana y pajarita. —Él gruñó y me dio un beso mucho más castigador.

—Si hicieras eso no sería capaz de bajar del maldito coche. —Me agarró del culo y frotó su erección contra mi bajo vientre, llenándome de entusiasmo.

—¿Y quién ha dicho que debemos hacerlo? —Sus ojos se encendieron, pero esta vez con la llama verde de la lujuria.

—Sube delante, y conduce —me dijo dándome un cachete. Le sonreí moviendo pronunciadamente las caderas hasta sentarme en el asiento del conductor. Me sorprendí cuando le vi entrar y acomodarse a mi lado en vez de atrás.

—¿Qué haces aquí?

—Darle el viaje de su vida, arranque, señorita Estrella. —«Mmmm» ¡Cómo me ponía cuando me llamaba así! Casi ni atiné al arrancar y la limusina se me caló. Le oí reír por lo bajo.

—¿Qué quieres que te diga? Me pone nerviosa cuando me llamas así —le aclaré.

—¿Nerviosa? Lo que te pone es cachonda. Cada vez que lo hago tus pupilas se dilatan, tus mejillas enrojecen y separas los labios para invitarme a zambullirme en su interior.

—Está bien, me pone cachonda, ¿vale? ¿Contento? —No dejaba de sonreír y, aunque mostrara un punto de engreimiento, casi podía palpar vestigios de

felicidad. Para mí eso era suficiente.

—Mucho. Ahora escúchame y sigue conduciendo, haga lo que haga. —Me pregunté a qué se referiría, pero jamás imaginé que desabrochara mi pantalón y colara la mano por dentro de mis bragas —. Acomódese y separe los muslos, señorita Estrella. —Gemí por el simple hecho de escucharle y le hice caso, separando algo las piernas para darle mayor acceso.

El viaje se convirtió en una dulce tortura. Xánder movía los dedos con habilidad, ungiéndome con mi propia excitación, deleitándose en cada estremecimiento que recorría mi piel y palpando cada recoveco de mi sexo, incitándolo a que deseara más. Desabrochó con destreza mi americana, sacó uno de los pechos y se dedicó a torturar uno de los pezones sin dejar de acariciar mi vagina.

Mi clítoris chisporroteaba, parecía lanzar fuegos artificiales. Me daba muchísimo morbo conducir así, pensando que cualquiera podía ver lo que Xánder me hacía.

Mi sexo se tensaba, el pezón se endurecía y yo necesitaba sentirle de nuevo en mi interior, haciéndome suya.

—Xánder, por favor —le imploré al acercarnos a la ciudad. Estábamos entrando por las rondas y, aunque todo el mundo iba a lo suyo y había poco tráfico, sentía que en cualquier momento nos iban a pillar.

—Shhhh, señorita Estrella, límitese a conducir y no corra, que no queremos que nos multe uno de los radares de las rondas. —No le detuve, en el fondo no quería hacerlo, así que le dejé seguir su perverso juego hasta notar que estaba a punto de correrme.

—Me voy a correr —anuncié con la voz entrecortada.

—No va a hacerlo, yo seré quien decida cuándo, dónde y cómo.

Mi cuerpo ardía, estaba completamente erizado a cada pasada de sus dedos por mi sexo. Este se contraía, buscando el alivio que nunca llegaba, me dolían los pechos de necesidad.

Entramos en la ciudad, y paramos en un semáforo. Me puse nerviosa al ver a dos chicos jóvenes cruzando, yo estaba en primera fila con un pecho desnudo del cual tiraban unos dedos, era difícil que no me vieran.

—Mírelos —murmuró con voz ronca e incitante—. No deje de hacerlo. — Suspiré con fuerza al notar que sus dedos empujaban encajándose en mi entrada—. Eso es, siéntalo, señorita Estrella, mire cómo me deja follarla, cómo chorrea en mis manos, mire cómo su pezón quiere que siga retorciéndolo con fuerza. —Grité sin poder evitarlo y uno de los muchachos me miró, fue un instante fugaz, pero lo suficientemente intenso como para que desobedeciera y me corriera en la mano de Xánder. Él no se detuvo, aceptó los temblores de mi sexo y dejó que el éxtasis me embargara. El semáforo cambió de color, pero yo seguía perdida en el gozo y las miradas curiosas de aquellos chavales que se habían percatado de lo que allí ocurría.

Un coche pitó y solo pude arrancar avergonzada. Xánder hacía que cruzara límites que ni yo misma sabía que tenía y eso hacía que me sintiera viva, más viva y audaz que nunca.

## Capítulo 15



Intenté que lo que había ocurrido no me afectara. Siempre lo intentaba y siempre caía en saco roto. Por eso le dije a Nani que no me hablara y que estuviera allí en cuanto saliera por la puerta.

Cada vez que veía al doctor necesitaba volver inmediatamente a casa, a mi refugio, al único lugar donde me sentía algo cómodo y seguro.

Cuando vi que el coche no estaba, todos mis demonios se desataron. ¿Por qué le costaba tanto obedecerme? Esa mujer parecía empeñada en sacarme, una y otra vez, de mi zona de confort, y esa noche era precisamente la menos indicada.

Esperé más de media hora hasta que me decidí a llamar. Había empezado a preocuparme. ¿Y si le había ocurrido algo? Pulsé el botón de llamada y, como si lo intuyera, el coche apareció doblando la esquina.

¿Dónde se habría metido? ¿Qué habría hecho mientras yo estaba con el doctor?

La furia había tomado posesión de mi cuerpo, acrecentándose a cada segundo que pasaba sin que ella estuviera. Cuando eso ocurría, apenas podía razonar. De hecho, no lo hice.

Mis instintos de depredador florecieron y, en cuanto la vi, solo pude pensar en herirla, en poseerla, en hacerle sentir, de algún modo, mi castigo por su desobediencia. Era un maldito degenerado, mis vivencias pasadas me pasaban factura y ella era quien iba a sufrir las consecuencias.

Estaba dominado por mi otro yo, el irreflexivo, el superviviente, el condenado a vivir y revivir mi vida en una perpetua condena.

Me comporté como un energúmeno, un maldito salvaje con ganas de castigar.

No me creí su excusa y eso me encendió todavía más. Percibí un ligero tic, uno que hablaba de su falta de sinceridad. Apartó ligeramente la mirada para darme sus explicaciones. Estaba claro que no había dado una vuelta de media hora a la manzana. ¿Habría estado con otro?

El arrebató de la posesión se enroscó en mi pecho. Ella era mía, solo mía, nadie había yacido con ella salvo yo. Para ella había sido el único y quería seguir siéndolo. Tuve la necesidad de marcar mi impronta en Nani, de demostrarle a quién pertenecía. Nunca había tenido nada en exclusiva y quería tenerlo. De pequeño había tenido que compartirlo todo con los niños del internado, de mayor compartí las mujeres con mis amigos del Privé, y a Sandra, la única mujer que había tenido en mi vida, tuve que compartirla con sus clientes. Con Nani no iba a ser así.

*Tras la macabra noche en casa de Alfredo, regresé a la calle. Me sentía poco más que una mierda, hasta tal punto que estuve tentado a tirarme por un puente y terminar con mi miserable existencia. ¿Para qué seguir viviendo? ¿Eso era lo que se suponía que iba a ser mi vida?*

*Me senté en la barandilla, mirando el asfalto y las luces de los coches. Solo debía dejarme caer y el sufrimiento desaparecería, un simple salto al vacío y todo aquel padecimiento terminaría.*

*Me sentía vejado, usado, maltratado, roto por dentro y no me veía capaz de recomponerme. ¿Por qué tenía que seguir luchando si mi vida no iba a dejar de ser una mierda?*



*Habría sido tan fácil balancearme y dejarme caer... Nadie me iba a llorar, a nadie le iba a importar si dejaba de respirar sobre el gris asfalto. Pero carecía de los cojones necesarios para hacerlo, era un maldito cobarde y prefería seguir con mi putrefacta existencia que lanzarme al vacío y terminar con ella.*

*No sé los kilómetros que anduve sin rumbo fijo, planteándome preguntas que eran imposibles de responder. ¿Quién era? ¿Por qué solo me ocurrían desgracias? ¿Cuál era mi sitio en esta miserable vida?*

*El hombre llevaba planteándose cuestiones existenciales desde sus inicios, así que no iba a ser yo quien les diera respuesta. Seguirían flotando en mi mente, atormentándome, mostrándome mi propia vulnerabilidad, la poca importancia que tenía en un mundo repleto de millones de personas emperradas en buscar su lugar.*

*Pasé por una zona de ocio nocturno en la que había una cola enorme frente a un local donde un cartel rezaba:*

## HOY CASTING

Se buscan strippers masculinos para próxima apertura de sala de fiestas femenina.

No hace falta experiencia previa, solo buen físico y actitud.

Buena remuneración.

Incorporación inmediata.

*Pese a estar moralmente hecho una mierda, tenía claro que, si no tenía narices para suicidarme, debería hacer algo productivo con mi vida. O me dejaba engullir por la calle, convirtiéndome en un sintecho más, o tomaba las riendas de ella.*

*Aquel anuncio parecía la oportunidad que estaba buscando.*

*En casa de Alfredo había pasado largas horas entrenando. Tenía un*

*cuerpo atlético y fibrado, y mi cara era la de siempre, la de un ángel caído, como él se encargaba de recordarme cuando, alguna vez, habíamos ojeado libros que hablaban de ellos.*

*No estaba habituado a que me sonriera la fortuna, pero, tal vez, pudiera conseguir ese curro.*

*Prefería desnudarme delante de un montón de mujeres deseosas de carne, que no pasar por lo que acababan de hacerme.*

*—¿Te interesa? —me preguntó un hombre que fumaba un cigarrillo al lado de la puerta, apuntando hacia el anuncio.*

*—Puede —dije a la defensiva. No estaba en mi mejor momento para confiar en nadie, y menos en un hombre.*

*—¿Qué edad tienes? —me preguntó.*

*—Dieciocho —mentí. Todavía me faltaban un par de meses para cumplirlos. El asintió.*

*—Pues creo que este trabajo está hecho para ti, buen sueldo y mujeres deseosas de que te metas entre sus piernas, diversión... ¿Qué me dices? ¿Te subes al barco?*

*—¿Así de fácil? —pregunté, entrecerrando los ojos—. ¿Dónde está la trampa?*

*—No la hay. Soy el dueño, así que yo elijo quién sirve y quién no, y estoy convencido de que las volverás locas y eso es lo que busco en un stripper. Lo demás se aprende. El físico y la energía animal que desprendes va intrínseca en ti, y eso, amigo mío, es justo lo que busco. Soy Joe —dijo extendiendo la mano y lanzando el cigarrillo al suelo.*

*—Xánder. —La tomé y se la estreché. Vio mi macuto colgado a la espalda.*

*—¿Eres nuevo en la ciudad?*

—Algo así —respondí críptico.

—Bien, si no tienes dónde quedarte tengo un piso para los chicos de fuera de Barcelona, lo compartirías con ellos, si no te importa. De momento tengo un par seleccionados que son de Madrid y Sevilla, así que te tocaría convivir con ellos.

—¿Cuánto tendría que pagar?

—Poco, y te lo descontaría de tu nómina. ¿Qué me dices? ¿Quieres embarcarte en la aventura del Privé? —No tenía ninguna opción mejor.

—Sí.

—Estupendo, pues pasa. Ve al baño, desnúdate y hazte una paja, que necesito ver cómo la tienes en erección. —Aquella petición me sorprendió. Debió de ver mi cara impactada porque, al momento, me dijo—: Tranquilo, hay revistas porno, no te preocupes, no será difícil que te empalmes aunque estés nervioso. —Tragué, no estaba seguro de que se me levantara viendo tías en pelotas. Aquellos hijos de puta se habían cargado mi identidad sexual—. ¿Ocurre algo? ¿Acaso la tienes pequeña? Entiéndeme, por guapo que seas, necesitamos que vayas bien armado, las mujeres no pagan por ver lo que tienen en casa. Tú vas a convertirte en su fantasía, van a soñar contigo, van a humedecerse contigo y, cuando follen con sus maridos, serán tu cara y tu cuerpo los que vean.

—No —respondí incómodo.

—¿No?

—Que no la tengo pequeña, me refiero. —Él sonrió.

—Pues, entonces, seguro que te contrato. Anda, ven conmigo, Xánder, veamos qué escondes bajo la ropa y cuánto dinero nos vas a hacer ganar a ambos.

Por suerte, fui capaz de excitarme viendo las imágenes. Joe echó un vistazo y asintió al comprobar la mercancía. Después, me pidió que me

*vistiera para hablar de las condiciones.*

*La sala de fiestas abría en un par de meses, en los que íbamos a dedicarnos a aprender coreografías, porque desnudarse no era tan fácil como desprenderse de la ropa. Era todo un arte de seducción y movimientos que todos debíamos aprender, así como los trucos para bailar y que la sangre no abandonara tu polla y cerrar así bien el número.*

*Cuando me explicó que debería atar mis pelotas a mi polla con una goma elástica para cortar el flujo sanguíneo, me preocupé. Joe se rio de mí y me tomó el pelo diciéndome que no me preocupara, que todos harían lo mismo, que era una técnica muy común. Reconozco que me preocupaba sufrir algún tipo de altercado con eso atado.*

*De momento nos iba a pagar en negro hasta que no abriera las puertas. Eso fue una ventaja, ya que no tuve que mostrar el DNI y, cuando la sala abrió, ya tenía los dieciocho. Mi primer contrato me supo a gloria.*

*Aquellos cuatro años que pasé en el local fueron los mejores de mi vida. La convivencia con los chicos fue sencilla y, poco a poco, me fui abriendo al grupo, aunque lo único que les dejé saber sobre mí es que era de Bilbao.*

*Logré remontar. No fue fácil, pero lo hice. Intenté enterrar aquella maldita noche en el fondo de mi memoria y no volver a revivirla más, por lo menos, conscientemente. En mis pesadillas nocturnas era otro cantar, porque allí volvía a sentir la congoja del que es forzado a hacer cosas que no desea, del que es obligado a sentir lo que va en contra de su naturaleza y a aceptar que lo vejen de la manera más vil.*

*A veces, me despertaba gritando, otras llorando y ninguna sonriendo. Esa era la peor parte, el ver cómo la alegría me abandonaba por momentos.*

*Mi vida era simple y rutinaria: gimnasio, ir de compras, a la playa, salir con los chicos y follar con las clientas, no por obligación, sino por placer. Cada día lo mismo, de jueves a domingo. El resto de días los tenía libres para disfrutar.*

*Todo iba bien hasta que una noche conocí a Sandra.*

*Era diez años mayor que yo y recuerdo que me impactó nada más verla, sentada en primera fila.*

*Tenía el pelo castaño y ondulado, y unos profundos ojos marrones que me invitaban a fantasear. Era voluptuosa, sexy y desprendía una seguridad en sí misma de la que carecían las otras mujeres. Supe que la quería desde ese mismo instante que nuestras miradas se encontraron. Ella iba a ser mi presa de la noche.*

*Le entré tras el espectáculo y me encontré con una negativa por su parte. No me la follé, me desestimó sonriente. Nunca me había pasado nada igual, ellas se morían por tenerme entre sus piernas, ¿por qué Sandra no?*

*Al terminar los shows, el Privé se abría como discoteca y permitía acceso a los hombres. Tener tantas mujeres dentro les atraía como la miel a las moscas.*

*No pude apartar la vista de Sandra durante toda la noche. Para mi sorpresa, prefirió largarse con un cincuentón antes que conmigo. Me lanzó un beso y me guiñó un ojo antes de desaparecer por la puerta, haciéndome ver que sabía que la estaba mirando. Aquello despertó mi curiosidad y alimentó mis ganas de hacerme con ella.*

*Noche tras noche, Sandra pagaba su entrada, se sentaba en primera fila y yo bailaba para ella. Intentaba excitarla, ponerla celosa con otras mujeres, pero parecía inmune a mis encantos. Se limitaba a arquear una de sus perfectas cejas castañas y sonreír engreída. Sabía que solo la deseaba a ella, lo notaba, y aquello me jodía sobremanera.*

*Un mes después de ver cómo, noche tras noche, se largaba con una larga colección de babosos, decidí que había llegado el momento de atacar de frente. Vi cómo tonteaba con su nueva presa y yo ya estaba atacado, aproveché un descuido para ir tras ella. Al llegar al baño me metí en el cubículo, empujándola dentro conmigo.*

*—¡Eh! ¿Qué haces? —preguntó entre cabreada y sorprendida.*

*—Dime por qué —le exigí. Ella levantó las cejas.*

*—Por qué, ¿qué? ¿Por qué soy la única del local que no ha follado contigo? ¿Por qué soy inmune a tus encantos? Dime, X, ¿qué quieres saber? —Estaba muy cerca de su boca, el espacio era minúsculo.*

*—Quiero saber por qué me deseas y, sin embargo, te largas con ellos. — Ella sonrió. Llevó la mano sobre mi bragueta para acariciar mi erección sobre el vaquero. Me ponía muy cachondo.*

*—Lo ves, X, este es tu mayor tesoro, el que ellas están deseando probar. —Con habilidad, desabrochó el pantalón y me lo bajó sacando mi polla a relucir—. Pero, que tengas esta maravilla entre las piernas, no quiere decir que sea lo que yo busco en un hombre para follar con él.*

*Se arrodilló y pasó su lengua a lo largo de mi miembro, que reaccionó al momento. Con la mano coqueteó con mis huevos, haciéndolos rodar en la palma. Gruñí.*

*—¿Te gusta? A esos hombres de allí fuera también. La única diferencia entre tú y ellos radica en la cartera: ellos la tienen llena de dinero y tú de testosterona.*

*Se puso en pie con intención de largarse, pero no la dejé.*

*—¿Qué tal si probamos si el dinero es capaz de pagar lo que voy a hacerte? —Le di la vuelta con audacia, le subí el vestido ceñido y, para mi sorpresa, descubrí que no llevaba ropa interior y que su sexo brillaba. Le separé las piernas, dispuesto a ofrecerle la mejor comida de su vida.*

*Sandra me lo permitió, la poseí con mi boca en aquel minúsculo retrete para terminar follándola contra la pared.*

*Sus ojos de gata me encendían más que los de ninguna otra, su sonrisa soberbia y la manera que tenía de follar, de clavarme las uñas en la espalda, de gritar con abandono sin importar que estuviéramos en un retrete, me volvían loco.*

*Cuando ambos nos corrimos, se recolocó el vestido y besó mis labios.*

*—A este invita la casa, pero no esperes repetir. Follar conmigo tiene precio y, o pagas, o no follas. Hasta pronto, X.*

*Se largó, dejándome ahí como un imbécil y, cuando salí tras ella, la vi desaparecer con el tipo con el que había estado tonteando antes de que la tomara en el baño.*

*Nunca había estado con una puta, porque eso es lo que Sandra había reconocido que era. Para mi sorpresa, lo había reconocido sin vergüenza, sin ambages, como si estuviera orgullosa de venderse por dinero.*

*Y creo que esa parte soberbia era una de las que más me gustaban de ella. Se aceptaba, no se juzgaba a sí misma, haciendo que la deseara todavía más por ello. ¿Qué era puta? Sí, pero yo también follaba cada noche con una distinta y no era juzgado por ello. Más bien, todo lo contrario, era ensalzado por mis compañeros.*

*Si algo tenía claro es que, se dedicara a lo que se dedicase, me tenía loco y ahora que la había probado, iba a ser incapaz de sacármela de la cabeza.*

*La siguiente vez que la vi fui directo hacia ella.*

*—¿Cuánto? —pregunté sin saludarla siquiera.*

*—Buenas noches a ti también.*

*—Contesta. ¿Cuánto? —insistí.*

*—Demasiado para lo que tú ganas.*

*—Dime una cifra y la pagaré.*

*—¿Piensas dejarte el sueldo por follar conmigo cuando puedes tirarte a la que quieras? —La miré con intensidad.*

*—Ellas no son tú. Te quiero a ti. —Ella curvó los labios con malicia,*

*tomó mi rostro y se acercó a mi oreja para darme una cifra.*

*—¡Joder! Eso es lo que gano en medio mes. —Ella se encogió.*

*—Ese es mi precio.*

*—¿Por tenerte en exclusiva? —Ella soltó una carcajada seca.*

*—No, X, por tenerme una noche. Haznos un favor a ambos y olvídate de mí. No soy buena para ti, tú eres un crío demasiado tierno y yo necesito pasta. Sigue tu vida, que yo seguiré la mía.*

*Pero no pude hacerlo. Sandra se había encargado de envolverme de un modo sobrenatural en su tela de araña. La necesitaba, la quería en mi vida y moría cada vez que la veía desaparecer con un cliente por la puerta.*

*Un día me reuní con Joe.*

*—Necesito ganar más dinero. —Tenía un buen sueldo, pero no el suficiente para alcanzar mi objetivo: quería a Sandra para mí solo.*

*—Ganas mucho dinero, ¿te has metido en algún lío? ¿Drogas? —Negué. Era cierto, en aquella época lo que Joe nos pagaba era un sueldazo, pero no era suficiente para alcanzar mi objetivo.*

*—Necesito más. Es un asunto personal.*

*—Pues no puedo ayudarte, los números son los que son. Han abierto más clubes y ahora están esos cabrones que montan despedidas de soltero en restaurantes. La competencia nos está haciendo mucho daño. Lo siento.*

*—Entonces, tal vez tenga que mirar otro club o deba empezar a ir por libre —le respondí enojado.*

*—Xánder, sabes que eres uno de nuestros mejores bailarines, pero no eres imprescindible, de hecho, ninguno lo somos. Si te largas, aparecerá otro que quiera tu lugar y no voy a esperarte a que regreses con tu precioso rabo entre las piernas. Tú necesitas dinero y yo también, así son los negocios. No tiene nada que ver que me caigas mejor o peor, el dinero es dinero.*



—Pues yo necesito más.

—Y yo no puedo pagártelo, si no tienes nada más que decir, debo seguir con la contabilidad.

Cerré dando un portazo y me topé con Jonathan de frente.

—Ey, ¿estás bien? ¿Qué te ocurre?

—Estoy jodido, necesito más pasta y Joe no quiere pagarme más. — Jonathan sonrió.

—Joe es un rácano. Si necesitas más dinero ¿Por qué no haces como yo y actúas en fiestas privadas? Pagan mucho y lo puedes combinar fuera del Privé—. Me tendió una tarjeta—. Ten, llámale, es un cliente habitual del club que siempre anda buscando chicos para sus fiestas. Si no tienes inconveniente en actuar para gais.

—¿Gais? —pregunté. El recuerdo de la fiesta en la casa de Alfredo me sacudió.

—Exacto. Pagan muy bien y son muy respetuosos, nunca harán nada que no desees. —Le miré fijamente. ¿Respetuosos? ¿En serio? Si él hubiera vivido lo mismo que yo no pensaría lo mismo. Le observé intuyendo algo que antes no había percibido en él.

—Tú eres...

—Bisexual —me cortó—. Me gustan ambos géneros, no hago ascos a nada, así el abanico es mucho más amplio y pillo siempre.

—¿Bisexual? ¿Y eso cómo es? ¿Es posible que te gusten ambas cosas? — En aquella época la bisexualidad no era algo muy común o de lo que se hablara abiertamente.

—Claro, los bisexuales somos capaces de excitarnos con ambos géneros, puesto que no nos condiciona nada. Amamos a personas y follamos con personas, independientemente de que sean hombres o mujeres. —Le miré

*consternado, ¿sería yo uno de ellos? ¿Por eso había sido capaz de excitarme aquella noche, aunque me estuvieran violando?—. Tranquilo, sigo siendo el mismo, que sea bisexual no quiere decir que me folle a todo el que pasa por delante. Tú eres mi amigo y, por bueno que estés, nunca te follaría, a no ser que quisieras, claro. —Imaginarnos juntos me dio repelús. Él soltó una carcajada—. No te preocupes, X, era broma, sé que eres hetero, solo hay que verte. —Me miré de arriba abajo y él volvió a reír con ganas—. ¡Qué no llevas un cartel!*

*—¿Y cómo puedes saberlo?*

*—Porque tengo un radar implantado bajo la piel de cuando me abdujeron los alienígenas. —Mi cara de espanto e incredulidad provocó que Jonathan lagrimeara de la risa, siempre había sido un cachondo—. Vamos, X, ¿dónde está tu sentido del humor? —Curvé las comisuras de mis labios en un vano esfuerzo por sonreír—. Ya veo que hoy no es tu mejor día. En fin, que si no te importa despelotarte para gais, llama a Veri, es una buena opción. Lo que hagas o dejes de hacer después de la actuación es cosa tuya.*

*Me dio la tarjeta y se largó. Tenía la cabeza hecha un lío. ¿Qué hacía? ¿Llamaba a ese número? ¿Hablaban con el tal Veri? De momento la guardé, tenía mucho en lo que pensar.*

*El siguiente día que vi a Sandra me sorprendió. No estaba tonteando con un hombre, sino con una mujer. Para alguien ajeno a ella podrían tratarse de simples amigas, pero para mí estaba claro que no se trataba de eso.*

*La mujer era mucho mayor que ella, por lo menos le sacaba veinte años, aunque estaba bien cuidada y vestía ropa cara.*

*Todavía no sé qué me impulsó a ir hacia ellas, pero lo hice.*

*—Buenas noches —saludé. Ganándome la atención de ambas.*

*—Buenas noches, X. —Sandra se mordió el labio inferior al contemplarme, ese día había hecho el número del motorista, que era uno de los que más triunfaba. Llevaba pantalones de cuero negro, una chupa a juego y el torso desnudo.*

—¿Podría hablar contigo un momento? —pregunté sin perder de vista a la rubia que me contemplaba apreciativamente.

—Ahora mismo estoy ocupada, X.

—Tranquila, por mí no sufras —aclaró ella—. Soy Chantal —se presentó extendiendo la mano. La tomé y besé sus nudillos, provocando una sonrisa en ella.

—Encantado, Chantal, yo soy X. —Así me llamaban en ese mundo.

—Qué nombre más misterioso y erótico, muy adecuado para ti. —Sus ojos me recorrían con apetito, el mismo que había mostrado por Sandra. ¿Sería esa mujer otra bisexual, cómo Jonathan?—. Tienes un cuerpo precioso y una cara espectacular.

—Te lo dice una experta, X —observó Sandra—, Chantal es cirujana plástica, tiene una de las clínicas más importantes del país. —La miré apreciativamente, parecía una mujer inteligente a la par que bella, aunque tuviera sus años.

—Gracias, entonces —agradecí.

—Mmmm, guapo, sexy y educado, ¿cuál es tu tara, X? ¿No serás gay? —Abrí mucho los ojos.

—¡No! —Ella soltó una risa cristalina—. Ya veo, ¿y haces servicios como Sandra? —Me quedé rígido.

—No, él no —respondió Sandra por mí.

—Una verdadera lástima. Hubiera sido divertido estar con ambos, pago muy bien. —alegó sonriente.

—¿Nos das un minuto, Chantal? —preguntó Sandra.

—Claro, te espero en el coche, no tardes, sabes que tengo muchas ganas de divertirme. —Ella asintió—. Hasta pronto, X —se despidió.

—Adiós, Chantal.

*En cuanto la mujer se fue, Sandra me arrastró hacia el baño y cerró la puerta.*

—¿Qué coño quieres? Tengo trabajo, ya te advertí que...

—*Que solo follarías conmigo por dinero, lo sé. —Ella resopló—. Estoy planteándome coger otro curro, así tú y yo...*

—*Tú y yo nada —afirmó algo molesta—. Vamos, X, sabes que no puede ser, no puedes plantearte trabajar solo para acostarte conmigo, y yo no me puedo plantear tener nada con alguien que no implique dinero, tengo unos gastos especiales que debo cubrir y solo puedo hacerlo de este modo. Lo siento.*

—¿Y si me acostara con ambas? —Sandra abrió mucho los ojos.

—*¿Con Chantal y conmigo? ¿Lo harías? ¿Serías capaz de hacerlo por dinero? —Me encogí a sabiendas de que no era precisamente el dinero lo que me movía, pero no quería abrumarla.*

—*Supongo que no es muy distinto de acostarse con cualquiera de por aquí. —Ella curvó los labios.*

—*No lo es, pero no todo el mundo es capaz de llevar esa carga sobre sus hombros. Hay personas que no entienden que prostituirse también puede ser un empleo, no saben separar las emociones y, si ese es tu caso, es mejor que no empieces algo que seas incapaz de sobrellevar. —Su mano subía y bajaba por mi torso, excitándome.*

—*Tú no sabes nada de mí, ni de todo lo que he sido capaz de sobrellevar. Tal vez pueda parecer joven, pero mi alma ha vivido más que cualquier hombre de los que tú te follas. —Ella sonrió.*

—*Mmmm, así que tienes un alma antigua, como los vampiros. —Su mano bajó hasta mi bragueta, incitándome a responder.*

—Más bien como a quienes han jodido la vida desde que nacieron, pero creo que eso no importa. Acepto las reglas del juego. —Ella se arrodilló y sacó mi polla como la otra vez, aunque en esta ocasión no se detuvo hasta que descargué en su boca y ella tragó sonriente.

—Sabes delicioso, X, si quieres trabajar conmigo voy a enseñarte muchas cosas que harán que volvamos locos a nuestros clientes. —Subió por mi torso, lamiéndolo para terminar besando mi boca— ¿Vas a querer asociarte conmigo?

—Voy a querer absolutamente todo lo que tenga que ver contigo, te quiero a ti. —Decidí ir sin rodeos, no iba a comenzar algo a sabiendas de que no tenía ni la oportunidad.

—Qué bonito, pero deja las palabras tiernas para los clientes, conmigo no te van a hacer falta. Vamos a ver de qué pasta estás hecho y lo que eres capaz de tolerar.

—Por ti aguantaré lo que sea. —Ella sonrió.

—Ya lo veremos, lo vas a tener que demostrar. —Abrió la puerta del baño y salimos fuera del local.

## Capítulo 16



No pude evitar sonreír, rememorando la noche anterior. Aunque mi llegada precipitada con la limusina había parecido enfadar a Xánder, remontamos el partido con una victoria épica. Tras subir al piso de Xánder, hicimos el amor por todos los rincones, no quedó un solo punto de mi cuerpo que no fuera mimado con esmero.

Volvimos a dormir juntos, desayunamos y repetimos antes de que pudiera salir por la puerta.

Parecía no cansarse de mí. Ni yo de él, para qué íbamos a engañarnos.

Se disculpó por activa y por pasiva, adorándome como nadie lo había hecho. Ese hombre tenía un aguante increíble, parecía sobrehumano.

En principio, no me había dicho que tuviera que trabajar ese día, así que me esperaba una tarde-noche de relax.

Tal vez me hiciera una maratón de las mías, de *Fast & Furious*.

Contemplé el sofá, extrañando a mi hermano, porque eso era algo que solíamos hacer juntos cuando ninguno tenía planes: manta, palomitas, cola de litro, helado de kilo y a disfrutar de mi difunto Paul Walker. ¡Qué terrible

pérdida la de aquel hombre! Lo imaginaba conduciendo por las nubes.

Fue pensar en Damián y vino a mi recuerdo el vis a vis en familia, que había resultado ser poco más que un desastre, aunque tampoco podía esperar otra cosa conociendo a mi familia.

Mi madre no dejó de llorar y mi padre, de recriminarle a Damián su poca cabeza al participar en carreras ilegales a sabiendas de tener antecedentes. El hombre al que había atropellado estaba estable, pero seguía sin salir del coma, y eso no ayudaba.

La mirada dura de mi padre contrastaba con la derrotada de mi hermano que, frente a los reproches, mostraba ese orgullo herido ante los ojos de nuestro progenitor. Damián era bastante arrogante y, para él, sentir la decepción en los que amaba no era algo sencillo de digerir.

Sabía que mi hermano se había quedado hecho polvo tras nuestra visita y aquello me llenaba de congoja. No debía de ser fácil estar allí encerrado y con la culpa corroyéndote por dentro. Lamentaba no poder ser portadora de buenas noticias, porque lo único que calmaría a mi hermano sería la recuperación del hombre que yacía postrado en aquella cama de hospital.

Mi teléfono sonó y contesté sin mirar.

—¿Sí?

—Hola —saludó una profunda y masculina voz. Era la primera vez que me llamaba por teléfono, así que me quedé impactada, del mismo modo que si lo tuviera al lado.

—Hola, Xánder. ¿Ocurre algo? —Su respiración era pausada.

—Sí, bueno —titubeó—. Es que quería pedirte un favor personal y no sabía si ya habías hecho planes con tan poca antelación. O si, simplemente, no te apetece acompañarme. —El corazón me dio un acelerón. ¿Un favor personal? ¿De qué se trataría?

—¿No me llamas por trabajo? —inquirí. Quería estar segura de estar

entendiéndole bien.

—No —respondió seco.

—Ya, bueno, pues ¿qué te parece si me dices tu plan para que pueda decidir si te ayudo o no? —Él carraspeó.

—Claro. Debo asistir a una gala benéfica que da el hospital Gesundheit.

—Nunca he oído hablar de él.

—Ya, no es muy conocido. Están especializados en enfermedades raras para las que todavía no hay cura, por eso son poco conocidos.

—Entiendo. ¿Y qué pinto yo ahí? ¿Necesitas que te lleve?

—No, exactamente. Quiero que me acompañes, pero no como chófer, sino como mujer. —Otro acelerón cardíaco, a este ritmo me explotaba el corazón como la bolsa de palomitas que tenía en el microondas que seguro que se me achicharraban de la emoción. Me había quedado callada ante la sorpresa—. ¿Nani? ¿Hola? ¿Sigues ahí?

—Sí, em, claro. Solo es que me ha pillado de sopetón.

—Sé que es un favor muy grande y que seguramente ya tendrías planes, pero es que no quiero ir solo y, tranquila, que te pagaré por tus servicios. — Aquello sí que me dejó fuera de juego.

—¿Pretendes pagarme porque vaya contigo a una fiesta?

—Claro.

—Dime una cosa, ¿dan de cenar?

—Sí.

—¿Habrá música, bebida y esas cosas que se hacen en ese tipo de acontecimientos?



—Por supuesto. —Involuntariamente sonreí.

—¿Es un sitio caro?

—Lo es.

—¿Y pretendes pagarme?

—Y comprarte ropa adecuada. No es por menospreciarte, pero en estos sitios la etiqueta es fundamental. Quiero que te sientas cómoda y no sé si en tu armario encontraríamos algo adecuado teniendo en cuenta tu uniforme grande y tu pelo de colores.

—Perdone, don perfecto —repliqué con retintín—, pero como usted entenderá, en el sector del taxi no me piden que vaya vestida de Versace precisamente. Además, no sería nada cómodo.

—Cierto, por eso la ropa la pongo yo. Así, que... ¿aceptas? —sonaba esperanzado.

—Sólo con una condición.

—Dime.

—Que, en vez de pagarme con dinero, me lleves a comer churros cuando termine la fiesta. —Intuí un amago de risa al otro lado.

—¿Pretendes que te pague con churros?

—Eh, que no son unos churros cualquiera, son los de Julián, crujientes por fuera y tiernos por dentro. Los mejores de la ciudad. —Ahora sí que rio abiertamente.

—¿Estás segura de que el precio es ese? —No iba a decirle que aspiraba a comerme el chocolate con churros desnuda en su cama y, a ser posible, sobre su cuerpo, eso sería mejor que lo descubriera después.

—Sí.

—Pues entonces, ya tienes planes para esta noche. Te haré llegar la ropa al salón de mi amigo Pierre. ¿Puedes estar allí en una hora?

—Y en media —observé entusiasmada.

—Genial, pues ve para allá, no cojas coche. Hoy conduzco yo.

—Está bien, jefe. ¿Algo más?

—Solo una, esta noche no voy a ser tu jefe. Solo Xánder, ¿de acuerdo?

—Sin problema, yo seguiré siendo Nani.

—Bien, Nani, nos vemos a las ocho y media.

—Hasta luego, Xánder.

Reconozco que me costó colgar, pero, cuando lo hice, me sentía la mujer más feliz del mundo. Entré corriendo a la ducha y me puse lo primero que pillé, necesitaba tiempo suficiente para llamar a mi amiga y pedirle consejo.

O eran alucinaciones mías o Xánder parecía querer algo más. Si no ¿por qué iba a invitarme? No cabía en mí del gozo, así que, cuando el champú me cayó en los ojos provocando que lagrimeara, ni siquiera me importó.

Estaba más feliz que una perdiz y nada ni nadie iban a estropear mi noche con Xánder.

\*\*\*\*\*

Estaba nerviosa por ver su cara al verme. El vestido era sencillamente espectacular.

Era de gasa negro, con un escote abierto en V que me llegaba al abdomen y se anudaba en un lazo sobre la nuca. La espalda quedaba descubierta hasta los

riñones, desde donde caía una fluida falda negra.

Las sandalias iban a juego con el bolso, que era multicolor. Cuando lo vi no pude evitar sonreír, pensando que era un guiño hacia los mechones ocultos en mi pelo.

Pierre me hizo un intrincado recogido que emulaba a la Grecia clásica y me pidió permiso para darme una suave mano de maquillaje, que solo pretendía realzar mi rostro.

¿El resultado? Lo tenía justo enfrente, vestido con un impecable esmoquin negro y una mirada que hubiera hecho arder al mismísimo Imperio romano.

Noté mis mejillas encenderse ante el escrutinio.

—Está preciosa, ¿verdad? —preguntó Pierre a mis espaldas.

—Parece una diosa —respondió Xánder, provocando un escalofrío de placer en mi columna.

—Gracias. —Bajé la mirada mordiéndome el labio. Nunca me había vestido o arreglado de ese modo, así que me sentía menos segura que con mis vaqueros y una camiseta.

—¿Lista? —preguntó, acercándose y ofreciéndome su brazo.

—Claro, no creo que Pierre pueda dejarme mejor de lo que ha hecho. —Agachó el rostro para acercarlo a mi oído.

—Pierre no puede hacer nada más que adornarte, porque la materia prima es excepcional. —Si de por sí ya notaba las mejillas ardiendo, ahora me abrasaban—. Estás deliciosa, Nani, la mujer más hermosa que va a pisar la fiesta. No lo olvides. —Sonreí tímidamente y, con paso firme, dejé que Xánder me guiara hasta su coche.

En la puerta había un espectacular Mercedes-AMG SL 65 Roadster en color azul marino, una maravilla hecha realidad. Un biplaza descapotable con aire deportivo que le iba que ni pintado al propietario. Hubiera dado cualquier cosa por conducirlo.

Acaricié la carrocería antes de que mi acompañante me abriera la puerta.

—Señorita Estrella, adelante, bienvenida a su carroza. —Me acomodé, disfrutando del asiento envolvente tapizado en piel blanca que contrastaba con la pintura oscura y metalizada.

—Espero que tu carroza no se convierta en calabaza —anoté chasqueando la lengua—. Ni que sus seiscientos treinta caballos de potencia se conviertan en ratones —. Él sonrió.

—Veo que entiendes de coches.

—Me apasiona el mundo del motor casi tanto como el fútbol o beber cerveza. —Me miró extrañado—. Lo siento si esperabas a la Cenicienta de tus sueños, porque más bien soy el Shrek de tus pesadillas. —Soltó una carcajada.

—Bueno, pues para ser un ogro verde te ves muy bien. —Bajó la voz—. Te confesaré algo: prefiero mil veces antes a Shrek que a Cenicienta. — Parecía que hoy estaba particularmente de buen humor—. Yo también soy más de coches, fútbol y cerveza.

—Pues pareces más de jet privado, club de polo y vino caro.

—A veces las apariencias engañan. No te dejes llevar por la cáscara, en la yema suele estar toda la sustancia.

—Vaya, ahora me dirás que eres más de huevos fritos con patatas que de langosta y caviar. Se me acaba de caer un mito. —Su carcajada sincera me hizo temblar.

—Hacía tiempo que no reía con alguien que no fueran mis amigos, creo que incluso había olvidado lo que se sentía al hacerlo. —Aquella afirmación me dio lástima.

—¿Tan jodida es tu vida que ni tan siquiera puedes reír? ¿Acaso eres dueño de una funeraria? —Su rictus se torció, arrancando el motor.

—Digamos que mi trabajo no me da demasiadas alegrías y que, a veces,

me siento más muerto que vivo. —Debía de ser así porque, donde antes había alegría, ahora solo quedaba tristeza. Me sentí mal por haber hecho que cambiara de humor—. Si no te importa, prefiero no hablar de trabajo, he decidido que hoy quiero divertirme contigo. —Seguro que trabajaba en algo tan aburrido y complejo que hasta el nombre era difícil de pronunciar. Por mí, si no hablábamos de trabajo, mucho mejor.

—Me parece un gran plan.

Llegamos al restaurante en el que se iba a celebrar la gala. Era el Citrus, situado en plena milla de oro barcelonesa, en la zona comercial y de ocio de Paseo de Gracia.

La entrada era una cristalera enorme, desde la cual se apreciaban las escaleras que subían a la segunda planta.

En la primera se ubicaba la barra y varias mesas donde había gente cenando.

—Por aquí —indicó Xánder abriendo la puerta.

Al pie de la escalera de madera había una camarera uniformada, entregando copas de cava a quienes subían las escaleras.

—¿Hemos de subir? —pregunté, sintiéndome desubicada.

—Creo que sí. Ahí está el logo del hospital y una flecha, así que, si la intuición no me falla, debemos ir por allí.

Tomamos ambos una copa y emprendimos el camino. Intenté no tropezar con el largo del vestido, no quería que pensara que era una patosa redomada que no era capaz de lucir un vestido de marca.

—Con lo cómodos que son los vaqueros —protesté por lo bajo, ganándome una risita de mi compañero.

La gente paseaba comiendo canapés. Estaba claro que no podía haber llevado tejanos a ese evento que parecía la gala de los Goya.

Lo que más me llamó la atención fue el techo. Estaba recubierto con rectángulos de madera, lo que me recordó a un panal, aunque su forma no fuera la misma, o tal vez a un botellero gigantesco. Aunque para botellero el que acababa de ver, ¡madre mía!, había una especie de expositor enorme, como si fuera el armario de un vestidor, pero recubierto de cristal y lleno de cientos de botellas.

El lugar era precioso, con columnas y separadores que daban intimidad a las pocas mesas que había dispuestas. Estaba claro que la intención era que la gente caminara, se conociera, interactuara y que no se sentara.

El resto de invitados pululaba por el salón, enfrascados en sus conversaciones.

Había una orquesta que tocaba jazz en vivo, envolviendo el ambiente en la magia de la música.

—Xánder ¿estás seguro de que soy la indicada para acompañarte? Adora pega mucho más en este sitio que yo. —Me cogió por la cintura, acercándose a su cuerpo para murmurarme al oído:

—Si hubiera querido traer a Adora, la habría invitado a ella. ¿Habrías preferido que la trajera en lugar de traerte a ti? —La respuesta me alcanzó con presteza: «No», pero no iba a decírselo de un modo tan rotundo.

—No digo eso, solo que ella hubiese encajado mejor. Yo soy más de pizza Zas que de un sitio tan elegante como este. —No se había apartado ni un milímetro, provocando corrientes que relampagueaban en todo mi cuerpo.

—En eso también coincidimos. La próxima vez te llevo a comer pizza.

Cuando hizo referencia a la próxima vez, mi corazón se puso a dar palmas como un loco. Si había una próxima vez, quería decir que veía una posibilidad, ¿no?

—¿Puedo preguntarte qué hacemos aquí? —Suspiró y se puso algo rígido.

—Digamos que, de algún modo, soy benefactor del hospital. Contribuyo a

la investigación de cierta enfermedad que solo se estudia allí.

—No esperaba esa faceta tuya. Menuda sorpresa.

—¿Y por qué no la esperabas? —preguntó curioso, vaciando su copa y dejándola sobre una de las mesas.

—No sé, te hacía más un hombre de negocios sin escrúpulos que un benefactor que cede parte de su fortuna al bienestar ajeno.

—Menudo concepto tienes de mí. Aunque supongo que me lo merezco, por capullo. Siento haberme comportado mal contigo estos días, tengo un carácter algo difícil. Todavía no sé cómo has aceptado acompañarme a sabiendas de cómo actúo.

—Está claro que he aceptado por los canapés y los churros de después. —Él sonrió—. Además, que apenas había percibido que eres la versión tres punto cero del doctor Jekyll y mister Hyde. Ese hombre era un santo a tu lado —respondí con aire burlesco—. Dime una cosa, no serás géminis, ¿verdad?

—¿Cómo lo has sabido? —Golpeé el puño sobre la mano.

—Soy un hacha para los horóscopos. Tantas noches en el taxi la dotan a una de muchos conocimientos extravagantes —me hice la interesante—. Estaba claro que con tu personalidad dual no podías ser otra cosa: es una característica de los geminianos, cuando ataca el gemelo malo es mejor apartarse, si no, mira a Ana Rosa Quintana o a María Teresa Campos.

—¿Me estás comparando con esas mujeres? —Asentí divertida, él también parecía estar pasándolo bien con la conversación—. Muy bien, pitonisa Lola ¿y tú qué signo eres?

—Leo.

—Así que tengo una leona entre mis brazos. —Movié el dedo pulgar acariciando la piel de mi espalda.

—Más bien la tienes a tu lado, y más vale que tengas cuidado, porque cuando traicionas a la leona es de las que ataca y te deja sin cabeza. —Le miré

con profundidad.

—Lo tendré en cuenta, aunque prefiero las garras de la leona clavándose en mi espalda. —Cómo sabía dónde atacarme. Tras la afirmación algo subida de tono, cambió de registro—. Por cierto, ¿cuándo es tu cumpleaños? Me dijiste que cumplías los veintidós en dos semanas y eso fue la semana pasada. —Que recordara aquello me hizo sonreír.

—Los cumplo el sábado que viene.

—¿Y tienes planes para celebrarlo? —Me encogí.

—Normalmente lo celebro con mi familia el domingo. Solemos hacer una comida familiar a la que también viene Vane, mi mejor amiga.

—¿Y no tienes nada que hacer el sábado por la noche?

—Trabajar para ti. ¿Te parece poco?

—*Touché*. Bueno, tal vez tengamos que idear algo para celebrarlo, ¿no crees? —Estaba embelesada, era como un cuento de hadas del que no quería despertar. Yo no era ninguna alma romántica, más bien lo contrario, pero el modo de actuar de Xánder me daba a entender que había una posibilidad para nosotros. Iba a responder que nada me gustaría más, cuando nos interrumpieron.

—Vaya, mira quién ha decidido pasar por aquí. —Al instante, la expresión de Xánder cambió, tornándose sombría, y los dedos que tenía en mi cintura se clavaron como si tratara de fundirme contra él. Miré hacia la procedencia de esa voz, pues tenía un acento peculiar, diría que alemán, si el oído no me fallaba. Se trataba de un hombre rubio, que debía de rondar los cincuenta. Llevaba un esmoquin blanco y tenía unos ojos azul cobalto que no inspiraban demasiada confianza. En su conjunto era atractivo, aunque a mí, particularmente, no me gustara—. ¿No piensas presentarme a tu acompañante?

La incomodidad de Xánder era palpable, aunque se comportó de un modo correcto.



—El doctor Benedikt Hermann, la señorita Nani Estrella. —El doctor Hermann me tendió la mano para después acercarse y plantarme dos besos al más puro estilo español. Para que después dijeran que los alemanes eran fríos.

—Un placer, señorita Estrella. ¿Es amiga de Xánder? —No sabía cómo responder a eso.

—Lo es —acotó él antes de darme tiempo a responder. El médico asintió.

—Muy guapa. Pensé que, tras lo de Sandra, no querías saber nada de mujeres. —Xánder volvió a apretar la mandíbula. «¿*Quién narices era Sandra?*». ¿Y por qué había dicho eso el médico? Estaba claro que una afirmación así no era plato de buen gusto para nadie.

—Nani es solo una amiga. —Ni plato, ni jarra, ni nada. Aquello sí que escoció.

—Ya veo —dijo el rubio sonriente—. Espero que disfrutéis de la fiesta. Me complace que hayas venido cómo te sugerí. Más tarde te buscaré y charlaremos un rato. Ahora me debo al resto de invitados. Disculpadme.

El hombre desapareció entre los asistentes y Xánder adquirió una postura menos protectora, aunque seguía siendo tensa. A pesar de que me habían dolido sus palabras, no pude evitar preocuparme.

—¿Estás bien?

—Lo estaré, vamos a comer algo. —Prácticamente me empujó hacia la mesa de canapés.

—¿No te cae bien el doctor? ¿Sois amigos? ¿Conocidos?

—Algo así, ya te he dicho que colaboro con una de las investigaciones del hospital que Benedikt dirige.

—Oh, no, eso no lo has dicho. Has dicho que colaborabas, pero no que Benedikt fuera el director. ¿Y qué me dices de Sandra? —Su mirada se opacó.

—¿A qué viene tanta pregunta? —me cortó molesto.

—Bueno, se supone que en las citas la gente habla, se conoce un poco más y, para ello, se hacen preguntas.

—¿Y quién ha dicho que esto sea una cita? Que yo sepa, te pago por acompañarme.

—¿Con churros? No me vendo tan barato. Disculpa, creo que ha sido un error venir. Si esto va a ser así, mejor me piro a mi sofá. —Cerró los ojos por un momento, resolló y me capturó el brazo antes de que escapara.

—Disculpa, no dejo de equivocarme contigo. No era mi intención decir lo que he dicho.

—Oh, sí que lo ha sido. Íbamos bien, tal vez demasiado bien. ¿Te has planteado si eres alérgico a la felicidad? —Entornó los ojos—. Es que no sé cómo actuar contigo, hay veces que te comería a besos y otras, en las que te patearía los huevos. —Las comisuras de sus labios se elevaron—. ¿Te hace gracia que te pateen los huevos?

—Más bien lo guapa que te pones cuando te enfadas. Te sale una arruguita justo aquí. —Pasó el dedo por mi ceño—. Una arruguita que hace que me entren ganas de besarte en este punto, para después follarte contra la pared.

Mi sexo se tensó. Tanto tira y afloja no podía ser bueno ni para mi salud mental ni para la vaginal.

—Pues para no ser una cita menudas ideas se te ocurren. Creo que será mejor ir a comer algo, está claro que la clave para estar contigo es que tengas la boca ocupada, así no metes la pata.

—Se me ocurren muchas maneras de ocupar mi boca y no precisamente con comida. Respecto a lo de meterla, creo que no es la pata precisamente lo que te metería...

Su mirada llameaba y mi sexo también, así que mejor ir a por los canapés antes de incendiar el restaurante. Tiré de su mano con decisión.

—Vamos, Romeo, que está claro que no naciste para ser poeta, a no ser

que el verso incluya a tu brageta. —Xánder soltó otra carcajada y la tensión pareció evaporarse.

La velada fue agradable, tras el pequeño incidente que siguió a la charla con el doctor, todo pareció normalizarse. Xánder resultó ser un buen compañero de fiesta. Se preocupó en todo momento por mi bienestar, no me faltó comida ni bebida, y tampoco risas.

Xánder hablaba por los codos sobre cualquier tema de actualidad, tenía opinión para absolutamente todo y no mostraba temor a pensar diferente al resto. Eso me gustaba, rebatía con criterio en las conversaciones que participamos junto al resto de invitados.

Me gustaba mirarlo, observar sus gestos contrariados cuando alguien decía algo que era opuesto a sus creencias. Me complació ver su mirada satisfecha cuando yo también opinaba prácticamente de todo. Las horas que pasaba escuchando la radio en el taxi y entablando conversaciones con los pasajeros, daban sus frutos. Me habían dotado de mi propia opinión personal respecto a cualquier tema, y, como Xánder, no me daba miedo expresar mis creencias.

La música sonaba, los pies me dolían y, aun así, me moría por bailar con él.

La orquesta invitaba a las parejas a deslizarse por la improvisada pista de baile. Y yo quería ser una de ellas.

Nos habíamos apostado en una mesita para dos con vistas a la calle. Era bonito ver a la gente pasear mientras otros disfrutaban en el restaurante. Me armé de valor para preguntar a Xánder si hacía realidad mi deseo.

—¿Bailas? —pregunté bastante segura de mí misma.

—No —respondió sin dar otra explicación que esa. Creo que nunca me había sentido más avergonzada, porque ni siquiera puso una excusa tipo se me da fatal bailar, tengo dos pies izquierdos o algo por el estilo. Perdí la mirada entre los asistentes, pues no era capaz de enfrentarme a él tras el chasco. Al momento, se puso en pie, me tomó de la mano, carraspeó y me dijo:

—Llámame antiguo, pero a mí siempre me dijeron que era el príncipe quién sacaba a bailar a la princesa. ¿Me concederías el honor de bailar conmigo y hacerme el hombre más feliz de esta fiesta?

La cara de imbécil que debí de poner no quiero ni imaginarla. Pero me sentía tan feliz que no pude negarme.

Me llevó a la pista y donde sentí lo que era fundirme con él mientras la música lo hacía con nosotros.

## Capítulo 17



Sentirla fundiéndose entre mis brazos era mágico, un tesoro difícil de encontrar.

Nani era una rareza: espontánea, divertida, hermosa, apasionada, con un carácter del demonio y una sensualidad innata, a la cual parecía ajena.

Me frenaba su juventud, su inocencia y corromper la claridad de su alma con la oscuridad de la mía. Pero no podía refrenar el impulso de querer quedármela para mí.

Deseaba protegerla, aunque eso supusiera decir cosas que la pudieran llegar a herir.

Estaba claro que, cuanto menos supiera Benedikt de Nani, mucho mejor. No quería verla involucrada en nada que hiciera referencia a él. Necesitaba apartarla de mi mundo, de todo lo que pudiera dañarla de algún modo.

Nani no era como Sandra, por eso no quería hablarle de nada que tuviera que ver con ella.

*Entré en el juego de Sandra porque me enamoré ciegamente, o eso me hizo creer mi juventud.*

*Dejé la sala Privé tras su quiebra, y tuve que hacer uso de la tarjeta de Jonathan y comenzar mi andadura como stripper para fiestas gais.*

*Al cerrar Privé, Sandra terminó acogiéndome en su casa, porque ya no disponía del piso compartido con mis compañeros y, tras acostarme en más de una ocasión con ella, decidí sincerarme. Le conté todo, absolutamente todo. No había un solo secreto entre nosotros, si alguien podía llegar a comprenderme esa era ella, o eso pensé. No pareció afectarle nada de lo que le conté, porque, si mi pasado era trágico, el suyo no se quedaba atrás.*

*Sandra necesitaba mucho dinero y vio en mí una vía para alcanzar más. Había adquirido muchas deudas de juego, compró una casa por encima de sus posibilidades y, para más inri, la apostó una noche que iba hasta las cejas. Le gustaba el vicio, el alcohol, las drogas, el tabaco. Fue estando con ella cuando más fumé en mi vida, ahora lo hacía ocasionalmente, solo cuando estaba muy nervioso o necesitaba una válvula de escape. Ella era de gustos refinados, todo lo que llevaba era de marca, ropa, zapatos, perfumes, y decía que, para follar con gente de dinero, debías aparentar que lo tenías, moverte en sus círculos y eso no era sencillo. Para rematar, tenía una hija y lo que ello comportaba: una canguro que vivía con nosotros y limpiaba la casa, una interina, vaya. De ese modo Sandra no tenía limitación horaria. Sus gastos mensuales eran astronómicos y no estaba dispuesta a bajar su nivel de vida por estar conmigo. O me subía al carro o me quedaba tirado. Así que, finalmente, me subí, pero ganara lo que ganase, nunca parecía tener suficiente.*

*—Vamos, Xánder —me dijo haciendo un mohín mientras estábamos tumbados en la cama tras alcanzar varios orgasmos. El sexo con ella siempre fue brutal, era una maestra en esas lides y me enseñó cosas que yo jamás habría creído posibles.—. ¿Qué te lo impide? ¿Que abusaron unos tíos de ti cuando tenías diecisiete? Mi padrastro me estuvo follando desde los doce y no por eso le he cogido fobia al sexo. Puede que mi afirmación te parezca dura, pero el tiempo no se detiene y uno debe hacer de su debilidad su fortaleza. Está claro que este tipo de cosas no deberían ocurrir, pero pasan. ¿Qué vas a hacer? ¿Quedarte llorando por los rincones porque tres tíos te dieron por el culo? Vamos, Xánder, espabila, debes aprender a relativizar las cosas. Tienes un filón con los tíos y debes aprovecharlo. ¿Qué*

*quieren follarte el culo o que se lo folles tú a ellos? ¡Pues déjate! ¿Qué más da? Tú mismo acabas de reconocerme que te corriste con aquella experiencia, es mucho más de lo que yo obtuve mientras aquel cabrón abusaba de mí. Por lo menos tú sentiste placer, ¿acaso es tan grave? —Me agité nervioso. ¿Cómo podía estar diciéndome aquellas cosas de un modo tan frío?*

*—¿Pero qué coño dices? ¿Quieres que me prostituya con tíos? ¿Eso es lo que me estás diciendo? ¿Acaso te has vuelto loca? —Ella se giró hacia mí.*

*—Vamos, nene, no ha de ser más difícil que lo que yo hago. Yo también como coños y dejo que me lo coman a mí. El sexo es sexo y punto. Ya te dije que necesitaba mucha pasta y lo que aportas no es suficiente. —Resoplé indignado—. Que de tanto en tanto folles con Chantal y conmigo, no basta, y lo sabes. —La cabeza me palpitaba.*

*Hacia un par de semanas que habíamos sufrido un revés. Julie, la hija de Sandra había enfermado repentinamente. Sandra la había llevado al médico y le habían dicho que se trataba de una enfermedad rara que ni siquiera estaba catalogada.*

*Le hablaron de un hospital nuevo que hacía tratamientos experimentales y que, según ellos, podían ayudarla a seguir viviendo. La pequeña Julie tenía una extraña enfermedad que la condenaba a morir si pillaba un simple resfriado.*

*—Lo que me propones es una puta locura, Sandra, yo no puedo acostarme con hombres por dinero.*

*—¿Y yo sí? ¿Cuál es la diferencia? ¡¿Que tu culo es de oro y mi coño de plata?! ¿Crees que es válido que yo me acueste con cualquiera y tú, que dices estar enamorado de mí, no lo hagas? ¿De esa manera me demuestras cuánto me amas? —La cabeza me daba vueltas, no sabía qué decir.*

*—Yo no te pido que te prostituyas.*

*—Claro, pues dime tú cómo consigo ganar lo que necesito ¿fregando escaleras? No tengo estudios, Xánder, mi padrastro me sacó de la escuela*

*para meterme en una habitación a comer pollas, eso es lo único que he hecho y es lo único que sé hacer bien. No me avergüenzo de ello, nunca te he mentado, desde el primer minuto te dije lo que podías esperar de mí. Pero tú insististe ¿y ahora qué? ¿Te rajas? ¿Nos abandonas? ¿No eres capaz de hacer esto por mí? ¿Por Julie? —Le había cogido mucho cariño a la pequeña, era muy dulce y me había robado el corazón desde el primer momento. Pero lo que me pedía Sandra era demasiado fuerte—. Pues si no eres capaz de hacerlo, será mejor que te largues. —Soltó apartando la sábana para que me levantara—. Lo siento, Xánder, no voy a apostar por una relación en la que yo lo doy todo y tú no das nada.*

*—¿Nada? Todo lo que gano en esas malditas fiestas lo apporto.*

*—Pero no es suficiente. O estás con nosotras o no lo estás, tú decides. No voy a obligarte a hacer algo que, obviamente, no quieres hacer, pero entonces, tampoco te quiero en nuestra vida, porque me demuestras que te importa más tu puto culo que nosotras.*

*—¿Mi puto culo? ¡No se trata de un puto agujero! ¡Es mi dignidad! — Ella soltó una carcajada.*

*—Claro, ahora hablamos de dignidad. ¿Crees que yo la pierdo cada vez que me meto en la cama de uno de esos tíos? ¿Crees que soy menos válida o menos mujer por entregarme a ellos para salvaguardar a mi hija? La dignidad es un valor y un derecho innato, inviolable e intangible. Ni tú ni nadie vais a llamarme indigna por ejercer la prostitución, porque lo hago libre y voluntariamente. Nadie tiene derecho a juzgarme por mi profesión o por quién soy ni a creerse más digno por ser banquero que yo puta. Al fin y al cabo, yo no engaño a nadie, vendo mi cuerpo, sí, pero ellos venden hipotecas con cláusulas abusivas a sabiendas de que, tarde o temprano, les quitarán lo poco que tienen. ¿Quién es el indigno en esta ecuación? Yo no sé tú, pero yo lo tengo muy claro. ¿Prefieres que Julie muera antes que dejar que un tipo te dé por el culo? Pues ya sabes dónde tienes la puerta.*

*—No es justo que me digas esas cosas. —Mi mente era un caos. Sandra tenía la capacidad de hacerme dudar. Por el modo en que exponía las cosas, me daba a entender que estaba comportándome como un puto egoísta de mierda.*



—¿Y qué lo es, Xánder? ¿Qué nos abandones cuando más te necesitamos? ¿Qué te pida que nos ayudes a sobrellevar algo que, de otro modo, es imposible hacerlo? ¡Mírame a los ojos! —me exigió, atrapando mi cara entre sus manos. Rebajó el tono duro que había empleado hasta el momento, y me habló con dulzura—. Sé de buena tinta que el director del hospital donde debería recibir tratamiento Julie es gay, Chantal me lo dijo, se conocen de la universidad, aunque cursaron especialidades diferentes. Y también sé que no le importa pagar grandes sumas, si el hombre merece la pena. Escúchame bien, Xánder, no hace falta que te prostituyas con muchos hombres, solo que lo hagas con el doctor o con quien él te pida. Puede ayudarnos mucho, tú eres muy bueno en la cama, has aprendido muchísimo y estoy segura de que le gustarías.

La boca de Sandra se inclinó para besarme. Cuando hacía eso apenas podía razonar. Lamía mis labios como me gustaba, bajando la mano por mi torso para acariciar mi erección.

—Vamos, nene, puedes hacerlo. Yo te ayudaré a que todo sea más fácil, he comprado algo que nos ayudará. Fíjate.

Sacó una bolsa de terciopelo de la mesilla, la abrió y extrajo una especie de cilindro plateado.

—¿Qué es eso? —le pregunté resoplando, pues su mano había vuelto a mi entrepierna.

—Esto va a ser nuestra llave a la felicidad. Date la vuelta, Xánder, deja que te demuestre el placer que puedes encontrar en tu deber. Deja que te ayude a comprender que, lo que aquellos hijos de puta te hicieron, no tiene nada que ver con lo que otros pueden hacerte. Vamos, permíteme que te lo enseñe.

Como un autómata me di la vuelta, no sé si por complacerla o por demostrarme a mí mismo que aquello era imposible.

—Eso es, nene, ponte a cuatro patas, separa las piernas y deja que te estimule. —Noté su lengua recorriendo mis glúteos. Los amasó con firmeza,

*separándolos y lamiéndolos hasta alcanzar mi ano. Una vez en él, lo trató con mimo, con condescendencia, despertando nuevas sensaciones de placer inexploradas hasta el momento.*

*Me estaba excitando por lo que la boca de Sandra me hacía, pero eso era lógico ¿verdad?, ella era una mujer y yo un hombre.*

*Durante mucho rato se dedicó a esa zona, estimulándola con la boca, lubricante y sus dedos.*

*Los míos agarraban las sábanas con fuerza, no porque hubiera dolor en lo que me hacía, sino por los recuerdos que me veía forzado a alejar. Estaba sudando, temblando, empujando mis demonios fuera de la ecuación. Intentando convencerme de que, tras de mí, estaba ella y no mis violadores.*

*—Eso es, nene, mira cómo te excitas, mira cómo brilla la punta de tu polla. Pajéate, hazlo por mí, por nuestra hija. —Aquellas palabras me llegaron al alma, Sandra sabía cuánto cariño le había cogido a Julie y que me cediera el puesto de su paternidad cuando no era mía, removiéndome el corazón.*

*Llevé la mano a mi miembro y me masturbé, aprovechando la humedad que pendía de la punta. Temblaba ligeramente cuando Sandra sacó sus dedos y comenzó a tantearme con el dildo plateado.*

*Estaba frío y era muy suave. Lo introdujo con paciencia, acariciando el camino que se dibujaba entre mis testículos y la cavidad en la que empujaba una y otra vez. Sentí cómo me abría a ella, cómo mi carne se separaba aceptando la invasión, relleniéndose con aquella vara que ella introducía cada vez más.*

*—Oh, Xánder, es precioso, me encanta verte así, tan sumiso, tan excitado. Me gustaría que pudieras verte con mis ojos, eres el goce en estado puro. Lo estás haciendo muy bien, casi tengo la mitad metida en tu interior y es de buen tamaño. No te asustes, voy a accionar el botón de la vibración y el efecto calor, verás el placer que sientes y cómo te relajas.*

*Apenas podía hablar, mi mano subía y bajaba precipitadamente*

*intentando anclarme a un punto del presente, y no regresando continuamente al pasado. Las imágenes se solapaban y, aun así, mi nivel de excitación no bajaba. ¿Era un puto enfermo? ¿Cómo podía seguir excitándome visionando la atrocidad que habían cometido conmigo?*

*—Oh sí, nene. Lo he metido, lo tienes dentro por entero. —Sandra reptó hasta la cabecera de la cama, abrió sus muslos ante mi rostro y exigió—: Ahora cómeme, haz que me corra en tu boca mientras tú te vacías en tu mano. Vamos, nene, cambia el chip, siente la experiencia como algo gratificante, échalos de tu cabeza, sé que los estás viendo, yo también veía a mi padrastro y a sus amigos hasta que dejé de hacerlo. Disfruta de la experiencia, vamos a cambiar tu recuerdo por otro mucho más agradable.*

*Me lancé de cabeza a por su sexo, devorándolo con desesperación. Había tantas emociones golpeándome por todas partes que no era capaz de hacer otra cosa.*

*La oí gritar, la sentí correrse y yo seguí y seguí sin poder contenerme. Creo que Sandra alcanzó tres orgasmos antes de que yo pudiera obtener el mío. Pero finalmente lo hice, lo logré, me había corrido del modo en que ella deseaba.*

*—Ha sido precioso, Xánder —comentó levantándose el rostro y besándome—. Dime que sí, que dejarás que te ayude para que juntos podamos pagar el tratamiento de nuestra pequeña, dime que nos ayudarás, que nos amas tanto que lo harás por nosotras. Dime que vamos a ser una familia.*

*—Xánder. ¿Xánder? —La voz de Nani me devolvió a la realidad—. ¿Estás bien? Pareces ausente, estabas temblando. No tendrás fiebre ¿verdad? —Mis ojos enfocaron contemplando su hermosa mirada azul. Intenté recuperar la realidad en la que vivía y no en la que me perdía continuamente.*

*—Sí, perdona, tal vez algo no me haya sentado bien. —Sentía mucho frío, aunque hacía calor y tenía su cuerpo pegado al mío.*

—Disculpad —nos interrumpió Benedikt. La música había dejado de sonar—. ¿Podemos hablar un momento, Xánder? —Miré a Nani, no sé si para pedirle permiso o para asegurarme de que estaba bien—. ¿Me permite que le robe a su acompañante, señorita Estrella?

—Pues es que Xánder no se encuentra muy bien, doctor, no sé si es buen momento para hablar. Justo me estaba planteando si nos íbamos, creo que tiene fiebre o algo le ha sentado mal. —Benedikt me observó con preocupación, llevando su mano a mi frente. Su contacto me repugnó, pero no me retiré.

—No parece fiebre, seguramente habrá sido algún canapé.

—Seguramente —respondí apretando los labios. Él miró a Nani.

—No se preocupe, señorita Estrella, volveremos en un minuto. Como ya sabe, soy médico, así que, si necesita algo, esté segura de que se lo daré. —Benedikt no era un hombre a quien pudieras llevar la contraria—. Vamos, Xánder.

—Vuelvo enseguida —le dije a Nani besándole los nudillos.

—¿Estás seguro? Ese tipo no me da buena espina por muy médico que sea. Hay algo en él que...

—Tranquila, solo será un momento. Espérame, que ahora mismo regreso. —Él me miró con impaciencia, no le gustaba que le hiciera esperar. Me separé de Nani a regañadientes y lo seguí hasta los servicios. Estaba convencido de que no quería hablar precisamente. Me había insistido mucho en que hoy acudiera y, cuando insistía, era mejor hacerle caso. Tal vez no había sido buena idea venir con Nani, pero es que la necesitaba tanto... Era como mi punto de esperanza, una pequeña luz que me decía que la redención era posible.

—Entra ahí, Xánder, y arrodíllate.

Estábamos en el baño de minusválidos, el espacio era más amplio que un baño convencional y, por lo menos se veía, estaba limpio. Me agaché, poniéndome en posición de sumisión.

—Benedikt... —intenté advertirle, pero sabía que cuando deseaba algo no iba a dejarlo estar.

—Sabes que cuando estás así tienes prohibido llamarme por mi nombre. Una advertencia más y me veré obligado a castigarte. Abre la boca, Xánder.  
—Lo hice. La abrí para él, tal y como había hecho la primera vez que fui a su casa.

\*\*\*\*\*

Miré el reloj. Llevaba treinta minutos esperando, suponía que el doctor Hermann tenía mucho que decirle a Xánder. Ya era de madrugada, el tiempo había pasado volando y la velada había sido genial.

Sonreí pensando en algunos momentos de la noche en los que Xánder me había sorprendido con su humor.

—Vámonos. —Vi el reflejo de su rostro en el cristal. Tenía la mirada seria y aquel rictus que comenzaba a conocer. Estaba de mal humor. ¿Qué le habría contado el doctor para ponerle así de nuevo?

Cuando le miré, tenía el rostro mojado, como si hubiera intentado refrescarse.

—No tienes buen aspecto, creo que será mejor que dejemos los churros para otra ocasión. —Tenía la piel cerúlea, seguro que algún canapé le había sentado mal.

—¿No te importa? —preguntó desviando la mirada. Tenía las manos metidas en los bolsillos del pantalón.

—No, además yo también necesito descansar, mañana trabajo por la noche. —Él frunció el ceño.

—¿Trabajas siempre de noche? —Asentí—. ¿Y no es peligroso que una chica como tú conduzca un taxi a esas horas? ¿Por qué no cambias de turno?

—Porque me gusta, siempre he sido un ave nocturna, un poco lechuza, vaya. —Intenté que sonriera sin lograrlo, seguía con el gesto contrariado.

—Y tu padre y tus hermanos, ¿qué dicen al respecto?

—Esa es una observación un tanto machista, ¿no crees?

—No, creo que es una observación responsable. En las noticias no paran de salir casos de violencia de género y abusos sexuales contra mujeres. Creo que es peligroso que una chica joven y guapa vaya sola en un coche. Si añadimos la noche a la ecuación y un puñado de desconocidos, no creo que esté diciendo ninguna barbaridad. —Resoplé, no porque no tuviera parte de razón, conocía los peligros de mi profesión, solo que no pensaba que la solución al problema fuera esconderse.

—Que yo sepa, también conduzco para ti y de noche.

—No creo que hayas puesto un buen ejemplo, ¿o no recuerdas dónde terminaste anoche? —Enrojecí.

—Tal vez el ejemplo no haya sido el mejor, pero no todos mis pasajeros tienen los privilegios que tú tienes. Además, sé defenderme, llevo un *spray* en la guantera y un bate en el maletero —respondí con arrogancia.

—Créeme si te digo que si tres tipos entran en tu taxi e intentan forzarte les va a importar muy poco tu bate del maletero o tu *spray* de pimienta. —Xánder empezaba a envalentonarse y a mí no me gustaba la conversación.

—Mira, será mejor que lo zanjemos aquí. Ni eres mi padre ni mi hermano ni nada por el estilo, aunque lo fueras, seguiría haciendo lo que me diera la gana porque para eso es mi vida. Te agradezco la preocupación, pero no voy a vivir con miedo, porque vivir con él es morir en vida.

—Eso es muy bonito, pero poco práctico.

—Está claro que no vamos a ponernos de acuerdo en este aspecto.

—¿Cuánto? —Le miré extrañada.

—¿Cuánto qué?

—¿Cuánto quieres por ser mi conductora a tiempo completo?

—¿Cómo? —Su petición me descolocó.

—No quiero que conduzcas por ahí sola, así que te ofrezco trabajar en exclusiva para mí. ¿Cuánto quieres? —Negué con la cabeza.

—Esto no se trata solo de dinero, Xánder. Están mis hermanos, las rotaciones, los turnos... —Abrió la chaqueta y sacó su talonario.

—Dime la cifra.

—No hay cifra, ¿es que no lo entiendes? —comenzaba a alterarme—. No todo en esta vida tiene un precio.

—Créeme si te digo que lo tiene. Todo está en venta en esta puta vida, solo hay que dar con las teclas adecuadas.

—Eso es mentira.

—¿Estás segura? —Asentí. Él curvó los labios como si aceptara el reto.

—¿Qué estarías dispuesta a hacer si con ello tu padre pudiera volver a andar?

—Eso es jugar sucio —observé.

—Eso es la vida, Nani. Hay veces en las que lo que nos ponen delante es tan importante que debemos renunciar a todo, incluso a quienes somos, para obtenerlo. Todos tenemos un precio, un punto débil que nos convierte en una mera transacción. Todos somos capaces de hacer cualquier cosa, por repugnante que sea, si lo que está en juego es lo suficientemente importante.

—Pues en este caso no lo es —dije altiva, cruzándome de brazos—. No

acepto tu oferta. Prefiero mi libertad a tu dinero.

—¿Y si te dijera que rescindo el contrato? ¿Qué conmigo es todo o nada?  
—El pulso se me disparó. No podía permitirme quedarme sin el empleo, pero tampoco podía doblegarme ante él.

—Entonces, renunciaría a ti.

Fue como si el ambiente se cortara y la música se quebrara. Solo podía escuchar el rugido de nuestros corazones golpeando al son de la batalla.

—Perfecto, señorita Estrella. Acaba de quedarme claro en qué punto estamos. Ya podemos irnos.

No me esperó, se dio la vuelta y comenzó a andar sin fijarse si le seguía o no. Y yo no estaba segura, por una vez en mi vida, de qué hacer o qué decir.

Había visto fugazmente el dolor y la traición en el verde de sus ojos, el cual se había metamorfoseado hasta adquirir una tonalidad gris. Me sentí mal, pero no iba a traicionar mis principios porque a él se le antojara.

Fui a bajar las escaleras cuando alguien me detuvo. Miré el brazo que me agarraba y ahí estaba el doctor Hermann.

—¿Ocurre algo? —me preguntó. No estaba segura de qué esperaba que le respondiera.

—Nada importante. Xánder necesitaba aire, sigue sin encontrarse bien. — Él se medio sonrió.

—Ya, cuando a uno se le atraviesa algo suele no sentarle bien. Xánder puede ser un poco visceral a veces. Solo hay que saber cómo tratarle y se convierte en un corderito, es pura fachada.

—Pues yo no le definiría precisamente como un corderito, pero supongo que es su percepción, ya sabe lo del vaso medio vacío o medio lleno. —Curvó las comisuras de sus labios sin un ápice de alegría en el gesto—. Si me disculpa, voy a ver cómo se encuentra.



—Por supuesto, cuídelo, mándele recuerdos de mi parte y dígale que le espero la semana que viene tal y como hemos quedado. —Me aparté. Allí donde había posado su mano sentí un hormigueo de disgusto. Claramente ese tipo no me gustaba un pelo.

—Se lo diré de su parte. Buenas noches y gracias por la invitación.

Fui directa a la calle, mirando a un lado y a otro, pensando que se habría largado sin mí. Cuando iba a marcharme, percibí una sombra apoyada en la pared de la esquina, fumando un cigarro.

Caminé hacia él, sintiéndome la mujer más insegura que pisaba la tierra. Quién me había visto y quién me veía. Queen con las piernas hechas un flan por un hombre.

—Pensaba que te habías ido —murmuré. Él continuó dando caladas al cigarro.

—No suelo dejar tiradas a las personas, aunque sean contrarias a mis opiniones.

—Mira, Xánder, lamento si de algún modo te he disgustado, pero debes aceptar que no puedes pedirme que renuncie a ser quién soy. Nadie tiene derecho a eso.

Aquella mirada regresó a sus ojos, aquella que me observaba con extrañeza sin entender muy bien cómo comprenderme.

—Soy yo quién te debe una disculpa. A veces me enroco demasiado en mis propias convicciones y me cuesta ceder. Tienes razón en lo que has dicho, no soy nadie para pedirte que renuncies a nada. —Lanzó la colilla lejos, seguía prendida cuando cayó sobre la acera. Me encontré admirándola y preguntándome cuánto tiempo permanecería encendida hasta que terminara de consumirse. La contemplé como si fuera una predicción de lo que duraría aquel sentimiento arrollador, que se prendía en mí cuando lo tenía cerca. ¿Terminaría apagándose en algún momento?

Caminé con tiento hasta él.

—Eso no es cierto —afirmé sin miedo.

—¿El qué?

—Que no seas nadie. No puedo catalogarte en un punto concreto porque no me gusta mentir, pero sé que la palabra nadie no es la que me viene a la mente cada vez que te miro.

—¿Y qué te viene a la mente?

—Nada en concreto y todo. Eres capaz de colapsar mi cerebro, con todos los matices habidos y por haber. Veo tus expresiones contradictorias, cómo pasas del blanco al negro saltándote el gris, cómo colmas mis suspiros de anhelos para lanzarlos al infinito y devolverlos llenos de besos. Veo la tristeza que rara vez se pinta de alegría, pero que, cuando lo hace, sería capaz de transformar la noche en día. Veo la oscuridad intentando atrapar la luz, aunque se escurra entre tus dedos. Veo un guerrero de brillante armadura que intenta no mostrar las abolladuras de la derrota. Veo a un hombre al que deseo, aunque a veces me den ganas de mandarlo al maldito infierno.

—Tal vez es eso lo que deberías hacer conmigo, mandarme al maldito infierno. No soy bueno para ti Nani, estoy demasiado tocado, deberías buscar un chico de tu edad, despreocupado, que te lleve al cine, a cenar y te haga el amor prometiéndote vivir un cuento de princesa. —Tomé su cara entre mis manos.

—¿Y si te dijera que nunca me han gustado los cuentos? —Colé los dedos en su nuca—. Déjate llevar, Xánder, no nos quites la oportunidad de ver qué somos el uno para el otro antes de que entendamos lo que nos mueve a acercarnos. No me juzgues por quién soy o por quién creas que quiero ser, déjame conocerte y que tú me conozcas a mí. Sin prejuicios, sin marcas, sin mapas mentales. Solos tú y yo y nuestra necesidad de estar juntos. Niégame que no la sientes, que no notas esa fuerza magnética que se anuda en tu pecho y te empuja hacia el mío. Dime que me equivoco, que tu ritmo cardíaco no se acelera, tu respiración no se agita y que tu cuerpo no se inflama cuando sientes el mío cerca. —Apreté mi cuerpo contra el suyo para notar todas y cada una de las sensaciones que describía y que él pudiera percibir las al mismo tiempo

—. Te deseo, Xánder, más que nada y más que a nadie, pero lo hago de forma libre y sin ataduras, sin exigencias, solo con la esperanza de que tú sientas lo mismo.

—Debo haberme vuelto rematadamente loco —dijo antes de besar mis labios como si no hubiera un mañana.

## Capítulo 18



Los churros iban a tener que esperar porque, en cuanto arrancamos el coche, solo pude darle indicaciones de cómo llegar a mi piso con urgencia.

Entramos violentamente en él, hurgando en nuestras bocas y demoliéndonos con nuestras lenguas.

En cuanto la puerta se cerró, Xánder dibujó un arco perfecto de besos entre mi mandíbula y mis pechos. Los mordisqueó y lamió sin apartar la fina seda que los cubría, multiplicando las sensaciones por mil. La suavidad del tejido se volvía dolorosa bajo la presión de su boca y la necesidad de sentir la hambrienta lengua sobre mis pezones.

Llevé las manos tras la lazada que oprimía mi cuello, tiré con fuerza y los descubrí como una ofrenda para él.

Su gruñido no se hizo esperar y tampoco su ataque voraz. Apretó ambos senos uniéndolos entre sí para seguir con su particular ataque de succiones, mordiscos y lengüetazos salvajes.

Le agarré del pelo, presionando, tirando de las suaves hebras con deleite. Me gustaba lo que me estaba haciendo.

Los firmes montículos eran arañados por su barba, arrancándome gemidos de placer a cada pasada.

Xánder me agarró con brusquedad para darme la vuelta. Me encontré con las palmas de las manos sobre la firme puerta de madera, expectante, para que hiciera conmigo lo que quisiera.

Recorrió mi espalda con su boca, a la par que, con sus dedos, enroscaba y desenroscaba los pezones. Mi sexo convulsionaba frente a tanta intensidad.

—Xánder, por favor —le rogué.

Las manos pasaron a las caderas para levantar la falda con premura. No me bajó el tanga, simplemente lo apartó para rebañar mi sexo con su boca.

Grité por el privilegio de sentir el placer aprisionando mi clítoris. Notaba su lengua por todas partes, invadiéndome, saboreándome, tirando de mí para hacerme subir un nuevo peldaño en la escala del placer.

Me penetró con firmeza con dos de sus dedos, buscando esa pequeña protuberancia interna que tanto le gustaba estimular y que a mí me hacía perder el contacto con la realidad.

Chillé desatada. La intensidad era abrumadora, todo en él lo era. Cada caricia, cada mordisco, cada vaivén de sus dedos en mi interior.

—No sabes cuánto me pones, Nani, creo que ninguna mujer ha sido capaz de despertar la bestia que ruge en mi interior tanto como tú. —Apenas podía respirar, tenía las rodillas hechas gelatina, cada vez que creía que llegaba al orgasmo, Xánder se detenía y volvía a arrancar.

—Y crees que le podrías pedir a tu bestia ¡que me folle de una maldita vez! —bramé. Él soltó una carcajada.

—Créeme, lo está deseando, no sabes cuánto le gustaría enterrarse en ti, sentir cómo la envuelves y la tomas sin miedo para alcanzar el éxtasis junto a ella.

—Aaaaaahhhhhh —gemí cuando estimuló el clítoris y el punto G a la vez,

deteniéndose casi en la cúspide—. ¡Cabrón! —lo insulté.

—A mí también me gustas.

—¿Sabes qué es lo que quiero?

—La tarjeta del hormiguero.

—¡PEDAZO DE CAPULLO! Ni se te ocurra hacer chascarrillos en este momento.

—Lo siento, es que me lo has puesto a huevo, pero te juro que voy a compensarte, nena, voy a hacer que te corras como los ángeles.

—Con hacer que me corra como Nani, es suficiente. —Le oí volver a reír. Esa risa ronca me llenaba el alma de gozo.

—Muy bien, preciosa, pues prepárate para que te folle de verdad.

Al primer envite grité liberándome, le sentía abriéndome para él, colmándome con su carne y empujando en mi interior de un modo apabullante.

Posesión animal, eso era lo que mejor describía aquel acto. Su mano voló hasta mi vagina para frotar con ahínco el tenso nudo que vibraba bajo sus dedos. Sus caderas buscaban arrasar con todo en cada empuje, en cada penetración.

Xánder resoplaba, gruñía, mordía mi espalda y la lamía.

La combinación me dejaba casi sin aliento, me empujaba lanzándome escaleras arriba, subiendo y subiendo con la necesidad de ver qué se escondía tras el último peldaño.

Mi vagina se contrajo anunciando que el orgasmo estaba cerca, Xánder aumentó el ritmo y, cuando sintió que me corría, se dejó ir conmigo.

Ambos habíamos sudado profusamente, estábamos pegajosos, pero saciados.

—¿Qué te parece si nos damos una ducha? —le sugerí desnudándome por completo ante sus ávidos ojos.

—Me parece que nos espera una noche muy larga —replicó sonriente, mientras me seguía por el pasillo desembarazándose de su ropa.

\*\*\*\*\*

Abrí los ojos y lo contemplé. Todavía era de madrugada, aunque quedaba poco para que amaneciera.

Incluso dormido, su rictus era de preocupación. Me dieron ganas de besar las arrugas que cruzaban su frente, para librarlas de aquello que las pronunciaba tanto.

Xánder comenzó a removerse inquieto, a farfullar.

—No, no puedo hacerlo, no, Sandra por favor... Te quiero, claro que te quiero, tú siempre has sido la única, haría lo que fuera por ti. —Escucharle, aunque fuera en sueños, hablando de amor a otra mujer me hirió en lo más profundo.

Sabía que ya no estaba con ella, las palabras del médico dieron a entender que la tal Sandra había desaparecido, pero estaba claro que la seguía amando o, por lo menos, la tenía muy presente en sus sueños.

Me incorporé contrariada por las emociones que Xánder provocaba en mí. Intenté serenarme, pero no pude hacerlo.

Salí del cuarto, cediéndole la intimidad necesaria para que soñara con ella.

¿Qué me ocurría? ¿Por qué me dolía tanto? ¿Por qué no era capaz de disociar el sexo de lo que empezaba a sentir por él?

Fui a la nevera y di un trago al cartón de leche. La dulce frescura invadió mi paladar.

—No estabas en la cama —sentenció. Su voz me sorprendió, provocando un sobresalto que hizo que el blanco líquido se escurriera por mi boca y cayera por mi cuerpo.

—No podía dormir, tenía sed —aseveré sin mirarle a los ojos. No podía hacerlo tras lo que había escuchado.

—Yo también quiero beber —se acercó, pero en vez de coger el cartón que le tendía, buscó la gota de leche que había quedado suspendida en mi pezón. El latigazo de placer me sacudió por entero. Pero no estaba dispuesta a ceder sin que antes respondiera a alguna pregunta.

—¿Quién es Sandra? —pregunté a bocajarro. Él se detuvo y buscó mi mirada con extrañeza.

—¿A qué viene eso ahora?

—Estabas soñando con ella —le anuncié fijándome en cómo cambiaba el verde de sus ojos por el gris taciturno.

—Fue alguien importante en mi vida, pero ya no está.

—¿Te dejó? —pregunté molesta. Me sorprendió que no se negara a responder. Necesitaba respuestas y pensaba obtenerlas para averiguar si la tal Sandra era una amenaza real.

—Murió —apretó la mandíbula y yo contuve un *Oh*. Luchar contra alguien vivo era relativamente fácil, pero hacerlo contra el recuerdo de un amor perdido no lo era tanto. La gente tendía a idealizar a las personas que fallecían y, si ese era el caso de Xánder, lo iba a tener muy jodido.

—Lo lamento. —Le acaricié el rostro.

—No importa, hace mucho.

—Pero sigues soñando con ella —no pude evitar soltarlo. Él levantó la



mirada.

—Daría lo que fuera por no hacerlo. Me gustaría poder controlar mis sueños, poder elegir qué los ocupa y qué no, pero me temo que eso no es posible. —No estaba siendo una conversación cómoda, pero no tenía por qué serlo.

—¿Te gusta tenerlo todo bajo control?

—Eso es lo que me gustaría, sí, pero hay muchos aspectos de mi vida que sé que están ahí y no puedo hacer nada al respecto. —¿Por qué era tan críptico con sus respuestas? Era como si me ocultara muchas cosas y no quisiera contármelas. Su mirada se había vuelto truculenta.

—Siempre se puede hacer algo. —Emitió un resoplido que anunciaba que no creía en mis palabras.

—Eres muy joven, aún conservas esa parte de inocencia que yo jamás tuve. —Le miré entrecerrando los ojos.

—¿Tuviste una mala infancia?

—No me apetece hablar de ello, vamos. —Extendió la mano para que se la tomara.

—¿Adónde?

—A la cama. —Sonrió—. Ese cartón de leche me ha dado muchas ideas. —Tiró de mí con la palabra sexo pintada en el rostro, pero le detuve.

—¿Por qué no quieres contarme nada de ti?

—Tal vez porque no hay nada interesante que contar. —Abrí mucho los ojos.

—¿Estás de broma? —Negó e insistió de nuevo.

—Vamos a la cama, quiero follarte.

—No —me negué cruzándome de brazos—. Hoy me he dado cuenta de que apenas sé nada de ti. Hemos hablado toda la noche y ni siquiera sé si tienes hermanos, familia o de qué trabajas.

—Porque nada de eso es relevante.

—¿Y qué lo es? ¿Follar como conejos? ¿Eso es lo relevante?

—Hay parejas que matarían por tener la química que hay entre nosotros —aseveró.

—Ya, pero que yo sepa, de momento no tenemos palabra para catalogar lo que sea que tenemos, y no la va a haber si no permites que te conozca. Si tu intención es que solo follemos, dímelo, pero no me hagas creer que puede haber algo más, cuando está claro que, desde el primer momento, no quieres que lo haya.

—Eso no es así, Nani.

—¿Y cómo es? —pregunté enfurruñada. Él se pellizco el puente de la nariz.

—Mi vida ha sido muy jodida y no me gusta revivirla. Podemos hablar de lo que te apetezca, pero no de mí, esa parte es solo mía y creo que no debería importarte.

—¿Que no debería importarme? —Solté una carcajada seca—. Pues resulta que me importa y más si meto a ese alguien en mi piso y en mi cama. Tal vez tú metas a cualquiera, pero yo no.

—Antes de ti no había entrado nadie en mi piso. —Lo miré escéptica—. Puedes creerme o no, pero yo tampoco cedo mi espacio personal a cualquiera. Respecto a la conversación, ¿verdaderamente crees que cambiaría algo nuestra relación si supieras que mi padre era un puto alcohólico que maltrataba a mi madre y que con dos años estuvo a punto de arrojarme por la ventana? —Me llevé las manos al cuello por la intensidad de sus palabras— ¿Crees que me verías con otros ojos si te contara que mi madre huyó de Atenas, me internó en un colegio dejándome en manos de unas monjas que me

maltrataban y me dejaban llorando todas las noches porque me sentía solo? ¿Piensas que importa algo que tuviera que largarme con catorce años de casa porque era incapaz de vivir bajo las reglas de mi nuevo padrastro y sin que mi madre hiciera nada por retenerme? No, Nani, nada de eso importa, porque ocurrió hace demasiado y yo no tengo ganas de revivirlo a cada puto momento. —Los ojos me ardían imaginando todas aquellas escenas que Xánder había planteado con tres simples preguntas.

—¿Todo eso te ocurrió a ti? —bajé la voz acercándome a él, sintiendo lástima por aquel niño que debió de haber sufrido tanto. Jamás hubiera imaginado una infancia tan terrible para él. Creía que era un hombre acomodado, que procedía de una buena familia. En ningún caso había cruzado por mi mente aquel infierno.

—No me mires así, no soporto que me tengan lástima.

—Lo siento. —Cerré los ojos intentando cambiar mi actitud, pero era imposible, millones de preguntas bombardeaban mi cerebro con ganas de más.

—¿Lo ves?, no ha sido una buena idea. Será mejor que me marche.

—No —le rogué—, no lo hagas, por favor. Yo no podía imaginarme todo esto, simplemente me ha sorprendido. —Suspiré—. No puedes pretender que no me apene por el niño que has descrito.

—Yo ya no soy ese niño. —Puse mi mano sobre su pecho, notando los intensos latidos de su corazón.

—Aquí lo sigues siendo. —Él se quedó muy quieto—. Ese pequeño que fuiste sigue latiendo aquí adentro, aterrado, temiendo volver a sentir lo que tuvo que soportar. Su soledad sigue presente, su incomprensión y las ganas de recibir algo que nunca le fue dado. —El ritmo se le aceleró, sus labios se entreabrieron, exhalando el aire que estaba conteniendo—. Yo no te voy a dejar, Xánder. Es cierto que poco importa quién has sido, pero para mí es fundamental conocer tu pasado para entender quién eres ahora. Creo que me gustas más de lo que deberías y, si te asusta la intensidad de mis palabras, las intentaré dosificar. A mí, sí me dieron mucho amor de pequeña, y creo que soy capaz de entregártelo a ti si tú me dejas. —Las aletas de su nariz se dispararon

—. Tengo suficiente para ambos y, si me lo permites, arrullaré a tu niño interior para que jamás vuelva a sentirse solo. —Algo brilló en su lagrimal y se precipitó golpeando su pecho. Miré aquel cristal brillante que había marcado esa pequeña porción de piel. Acerqué mis labios y lo besé, sintiendo deshacerse la sal que bañaba sus heridas.

Fui descendiendo por su cuerpo, intentando colmarlo de dulces besos, pretendiendo bañarlo del amor que era capaz de darle. Me arrodillé lamiendo su miembro desde la base hasta la punta, sintiéndolo crecer sobre mis manos.

No me había atrevido a hacerle eso todavía, a recibirlo en mi boca. Pero me pareció el momento adecuado, era un ejercicio de confianza extrema. Lamí el grueso glande que me recordaba a una ciruela madura. Él emitió un gemido cuando capturé los primeros brotes de su esencia.

Xánder me tomó por el pelo y acompasó, sin forzar, mis vanos intentos de abarcarlo por completo. Era demasiado grande y yo muy inexperta, una arcada me sobrevino y él me detuvo.

—Shhhh, pequeña, no es necesario que hagas esto.

—Pero quiero hacerlo —protesté—. En las pelis parece más fácil de lo que es.

—¿En qué pelis? —Sentí mis mejillas arder.

—Ya sabes.

—No, no sé. Cuéntamelo —había un deje de humor en su respuesta. Si mi vergüenza le hacía feliz, prefería pasar un mal rato a perder una de sus caras carcajadas.

—Las pelis porno.

—¿Ves porno? —preguntó curioso, sin reírse como esperaba.

—Mi amiga me dijo que, si pretendía acostarme con un tío como tú, ya sabes, tan experimentado, necesitaba aprender ciertas cosas. Y que mirar pelis era una buena manera. —Esta vez sí que ahogo una risa.

—Ya veo. Pues dile a tu amiga que las actrices porno llevan mucho bagaje encima y que no es un consejo demasiado sabio, aunque sí alentador. Si pretendes hacerme una garganta profunda en tu primera vez, lo único que lograrás es vomitarme encima.

Levanté la mirada con espanto. No había diversión en su mirada, solo ternura.

—Pero quiero que te guste —insistí.

—Y me encantará todo lo que hagas, pero no de esta manera. No puedes forzarte más allá de lo que eres capaz de aguantar. El sexo es como un buen concierto de música clásica, con sus pausas, su melodía y sus momentos álgidos. Pero no puede ser impuesto si quieres disfrutar de verdad.

—Ya, pues ya que la batuta la tienes tú entre las piernas, ¿qué te parece si me enseñas a manejarla, señor director de la orquesta? —Me relamí incitante—. Me muero por degustar tu batuta. —Esta vez sí que sonrió ampliamente.

—Y a mí me encantará enseñarte. Levanta del suelo y vamos a la cama. La lección de hoy va a ser cómo practicar una buena felación y que ambos disfrutemos de ella.

Le sonreí y acepté su clase magistral.

Xánder me enseñó, con mucho mimo y paciencia, cómo respirar, esconder los dientes, ahuecar las mejillas y darle cabida sin ahogarme en el intento. Aprendí a deslizarme por su ancho tronco, a disfrutar descubriendo sus relieves y a detectar dónde estaba mi límite. Fue un proceso lento durante el cual él aguantó estoicamente hasta que me sentí segura y cómoda frente a lo que estaba haciendo.

—Nani, eres una alumna muy aplicada. ¡Dios!, estoy muriendo del gusto. No sé cuánto voy a poder aguantar. —Sonreí sorbiendo con intensidad de la punta mientras mis manos subían y bajaban por el grueso tallo.

—Quiero que te corras y que recuerdes este día para siempre.

—De verdad que no pienso olvidarlo, pero ¿entiendes lo que me estás pidiendo? ¿Quieres que me corra en tu boca? —Asentí—. No a todas las mujeres les gusta. A muchas les da asco.

—A mí no, nada de lo que venga de ti puede dármelo. —Me miró con orgullo.

—Está bien, pero si ves que no te gusta o no te sientes cómoda, puedes escupir, ¿entendido? No quiero que tragues si no lo deseas de verdad.

—Entendido, maestro, ¿puedo empezar ya con la sinfonía? —Me acarició el pelo con mucho cariño.

—Por supuesto.

Me lancé a matar. Quería que mi entusiasmo borrara mi falta de experiencia, así que lo tomé hasta que ya no pude más, forzándome en cada descenso, centrándome en su cambio de respiración y en los sonidos de placer que emitía.

Si era una kamikaze al volante, ¿por qué no iba a serlo en el sexo?

Sentí cómo se disparaba mi adrenalina cuando noté cómo se tensaba. Las primeras gotas penetraron en mi garganta y él se descargó con un rugido de liberación en ella.

Canté victoria junto a su grito, enterrándome para atrapar las últimas sacudidas. Lo quería por completo, era tan mío como yo de él, y necesitaba demostrárselo y que lo sintiera del mismo modo que yo lo hacía. Por muy duro y oscuro que fuera su pasado, allí estaría yo para llenarlo de luz.

Hicimos el amor en cuanto terminé, y digo el amor porque es lo que me demostró durante la siguiente hora. Fue muy dulce, caliente e intenso, como el buen café o un tazón de chocolate caliente.

Su piel transmitió todo lo que mi corazón necesitaba y, aunque no hablamos de sentimientos, no hizo falta, porque estaban presentes en cada roce, en cada envite, en cada susurro de placer.

Éramos dos seres entregándose sin reservas, el uno en los brazos del otro, intentando sanar las heridas con millones de besos y caricias.

Quería que, por una vez, no tuviera duda de que alguien le amaba, porque estaba convencida de que eso era lo que sentía por él. Lo conocía poco, aunque eso no limitaba lo que sentía cada vez que estaba a su lado.

Mi corazón me decía que estaba enamorada de ese hombre y que nada podría cambiarlo.

Siempre había sido muy cabezota, así que me empeñé en demostrarle todo lo que era capaz de entregarle con una simple mirada, con un pequeño toque al descansar su piel sobre la mía.

Ya no habría soledad mientras estuviera con él. Iba a enseñarle lo que era ser amado incondicionalmente. Todo el mundo merecía tener a alguien que se entregara al cien por cien. Y para Xánder, ese alguien iba a ser yo. Estaba dispuesta a enseñarle a amar de nuevo.

## Capítulo 19



Sabía que me estaba equivocando al pretender que Nani formara parte de mi vida. Lo veía en sus ojos, se estaba enamorando de mí, y yo, en vez de impedirlo, la estaba alentando.

No podía permitirme incluirla en mi vida porque era demasiado sórdida para ella y yo carecía de la potestad para poder cambiar mi realidad. Pellizqué el puente de mi nariz intentando infundirme algo de cordura. Si fuera una buena persona, zanjaría lo que yo mismo había empezado, le daría la oportunidad de ser feliz con alguien que pudiera hacerlo, pero necesitaba tanto sentirme bien por una vez en la vida, sentirme al fin vivo, que estaba actuando como el puto egoísta que era.

Fijé una vez más mis ojos en su precioso cuerpo desnudo, se había quedado dormida tras el último polvo. Yo no había podido, la culpa era una condena difícil de digerir, sobre todo, cuando sabes que lo que estás corrompiendo es un alma pura como la de ella.

Me levanté sin hacer ruido y fui directo a la ducha. No quería despertarla.

El baño era pequeño, como el resto del apartamento, aunque estaba muy limpio. Ahora entendía por qué le gustaba tanto mi ducha. Ella tenía una pequeña bañera en la que no se cabía estirado, era poco más que un rectángulo



incómodo con una manguera a la que le faltaba presión. Aun así, pude lavarme. Mucho mejor eso que nada.

Cuando salí, me llamó la atención encontrar after shave y cuchillas de afeitar. No veía a Nani rasurándose el bigote, así que no pude evitar echar un vistazo.

Encontré una colonia en forma de manzana, la espolvoreé en el ambiente. Efectivamente olía a ella. Nina, de Nina Ricci, leí en el envase. Uno no sabía cuándo iba a necesitar ese tipo de información, sobre todo, ahora que venía su cumpleaños. Olía a manzana aunque había contrapuntos dulces y ácidos, igual que la personalidad de su portadora. Al lado había una colonia masculina de Calvin Klein, cosa que me mosqueó. ¿Tendría novio y no me había dicho nada?

Salí del baño y sentí la necesidad de averiguar algo más, aunque sabía que me estaba metiendo en su intimidad y que no debía hacerlo.

Entré en la habitación de al lado que, claramente, era una habitación de hombre. Había imágenes de coches de carreras, una amplia cama de matrimonio y, sobre la mesilla de noche, un collage de fotos. Eran fotos familiares y, en el centro, estaba la mujer que me tenía absorbido el cerebro junto a Damián.

Así que vivían juntos, menudo idiota estaba hecho, se trataban de los enseres de su hermano. No recordaba que me hubiera contado que vivía con él, y si lo había hecho, seguro que no estaba prestando atención.

Respiré un poco más relajado.

Cuando iba a salir para marcharme, algo llamó mi atención, era un periódico que estaba sobre la mesa del ordenador. En la página por la que estaba abierto se relataba un suceso de no hacía demasiado: un atropello en una carrera ilegal.

Me quedé perplejo cuando leí el nombre de Damián como presunto culpable y su entrada en prisión al tener antecedentes. El tipo al que había atropellado estaba en coma y en estado crítico.

Vaya, aquello sí que no lo esperaba. No solía mirar las noticias porque siempre salían desgracias, así que no me había enterado del suceso. Tal vez por eso Nani se había hecho cargo de la empresa.

—¿Xánder? —preguntó una voz adormilada entrando en el cuarto. Se frotó los ojos. Llevaba una camiseta ancha y el pelo enmarañado, y aquello me pareció adorable. Solo pensaba en cogerla entre mis brazos, llevarla a la cama y volver a hacerla mía. Cuando me vió allí, de pie, con el periódico entre las manos, no puso el grito en el cielo como hubiera hecho yo—. Oh, veo que ya lo has leído.

—¿Por qué no me dijiste nada? —inquirí en tono neutro.

—No sé, me dio apuro, supongo. No es plato de buen gusto contar a alguien que su nuevo chófer ha entrado en la cárcel y menos tras participar en una carrera ilegal.

—Ya, supongo que no.—Tenía su lógica, aunque lo que me preocupaba ahora era ella—. ¿Y tú, cómo lo llevas? —Se encogió.

—Todo lo bien que puedo, imagino. Damián y yo estamos muy unidos, ¿sabes?

—Lo he intuido. Que viváis juntos, seáis mellizos y compartáis empresa, dice mucho de vuestra relación. —Me miró de arriba abajo.

—¿Te marchabas?

—Em, sí, tengo muchas cosas que hacer hoy. —Ella asintió soñolienta.

—Lo lamento, soy un desastre para los desayunos. Si quieres ponemos la Nespresso y miro qué te puedo ofrecer, pero no creo que tenga más que un paquete de galletas rancias. —Sonreí, incluso así estaba preciosa.

—No voy a descartar el café, aunque las galletas te las dejo a ti. ¿Por qué no regresas a la cama? Se te ve agotada. Si me muestras dónde está la cafetera, me lo tomo y me largo para dejarte dormir tranquila.

—Debo tener una pinta horrible. —Negué tomándola en mis brazos—. Menuda anfitriona de mierda estoy hecha, tú me despiertas a mesa puesta y cuando estás en mi casa ni siquiera soy capaz de ofrecerte un desayuno en condiciones.

—Tranquila. —Besé la parte alta de su cabeza—. Me aportas mucho más que un desayuno.

—Eso espero —dijo enterrándose en mi abrazo, provocando que no deseara marcharme de allí—. Vamos, deja que por lo menos te ponga un café.

Tras beberlo y que Nani me contara algo más de la relación con su hermano y los motivos que lo llevaron a entrar en la cárcel, me marché de su casa.

Ese era el día de visita de Julie y no quería llegar tarde.

Pasé por mi piso para cambiarme de ropa, cogí el regalo que tenía previsto para ella y salí por la puerta hacia el hospital.

El Gesundheit era un imponente edificio blanco a las afueras de la bulliciosa ciudad. Estaba en Olesa de Montserrat, a unos treinta kilómetros de Barcelona. Se ubicaba un poco alejado del pueblo y con vistas al impresionante macizo que daba nombre al pueblo y que era todo un pilar de la geografía catalana.

De aquellas montañas se decía de todo debido a su forma singular. Estaban formadas por piedras calizas solubles al agua, por ello, durante miles de años la lluvia ha formado agujeros y cavidades por las que había circulado el agua, creando cuevas en el interior. La forma tan característica formaba un paisaje kárstico casi de otro mundo.

En el inmenso hueco que recorría los kilómetros del macizo se decía que fluctuaban corrientes telúricas y que, gracias a este gran flujo de energía, la montaña era uno de los lugares mejor valorados para reflexionar y meditar.

Había una corriente que pensaba que, en el interior de las montañas, se encontraba el Agartha, el Reino Subterráneo de los dioses, por ello la energía

que manaba de la montaña procedía de este mundo intraterrestre. En definitiva , una puerta al otro mundo.

Y para los amantes de la ufología también era un enclave en el que se había producido muchísimos avistamientos. La aparición de extrañas luces era un fenómeno que ha tenido continuidad a través de los siglos.

El mismísimo Benedikt me dijo en una ocasión que, precisamente por todas aquellas características energéticas, se había decidido por aquel lugar para levantar el hospital.

Por fuera daba la sensación de ser una mansión de algún futbolista famoso. Aunque la realidad fuera otra. El aire cubista, el diseño de líneas rectas y la decoración sobria en blanco y cristal hacían que te plantearas si aquello era verdaderamente un hospital.

Saludé a las recepcionistas y fui directo a la habitación aislada de Julie.

Mi hija, pues así la consideraba aunque yo no fuera su verdadero padre, sufría una enfermedad rara, una mutación del llamado síndrome del niño burbuja o inmunodeficiencia combinada severa.

En la mayoría de los casos, los niños morían durante el primer año de vida, ya que el trastorno tenía graves consecuencias durante los primeros meses del bebé. Pero en el caso de Julie, se había desarrollado a posteriori, lo que tenía a los médicos en jaque.

Normalmente, ese tipo de enfermedad se debía a mutaciones en varios genes que intervenían en el funcionamiento del sistema inmune, por ello la única solución pasaba por la reconstitución de su sistema inmunológico tras someterse a un trasplante de médula ósea. Pero según Benedikt, hasta el momento, el cuerpo de Julie había rechazado todos y cada uno de los trasplantes a los que se había visto sometida. Cada día que Julie seguía con vida, era un día ganado a la muerte.

Llamé a la puerta y ella dijo un suave adelante. Era la viva imagen de Sandra, había visto alguna foto de su madre a su edad y eran dos gotas de agua.

—¡Papi! —gritó cuando me vio aparecer. Así me llamaba desde pequeña.

—Hola, princesa ¿cómo estás? —la saludé desde el otro lado de la mampara—. Tienes buena cara. —Llevaba un bonito vestido de flores y la melena castaña flotando sobre los hombros.

—Porque sabía que hoy era nuestro día y tú eres quien lo alegra siempre. —Sonreí frente a sus emocionados ojos castaños.

—Mira lo que te he traído. —Le mostré la saga de libros que me había pedido con tanto ahínco.

—¡Crepúsculo! —exclamó emocionada—. Papi, eres el mejor, te quiero un montón. —Julie tenía catorce años, en diciembre cumplía los quince, y me daba muchísima lástima que su vida transcurriera en una habitación, por bonita que fuera. Julie debería estar yendo al instituto, teniendo amigas de su edad y discutiendo conmigo por llegar tarde a casa. No viviendo encerrada, temiendo a que cualquier virus le provocara la muerte.

—Después se los doy a la enfermera para que los esterilicen y te los puedan pasar.

—¡Genial! Me han dicho mis amigas del foro de lectura que están muy bien, así que tengo muchas ganas de hincarles el diente, nunca mejor dicho. —Bendito internet, pensé en aquel momento. Gracias a la tecnología Julie se comunicaba con el mundo exterior, recibía clases, chateaba con otras chicas y chicos de su edad, pudiéndose relacionar de algún modo, por peculiar que fuera. Tenía cierto contacto, aunque no le permitían tener cámara en el hospital, por seguridad.

—Estás tan guapa como siempre. —Llevaba unos meses verdaderamente bien, aunque Benedikt me había dicho que no me emocionara, que, en su caso, eso no era señal de nada.

—Y tú estás más alegre que en otras ocasiones. ¿Ha ocurrido algo que deba saber? —Esa cría era una brujilla—. ¿Una mujer tal vez? —Agitó sus largas pestañas. No pude evitar sonreír pensando en Nani y ella abrió mucho

los ojos—. Dime que sí, papá, dime que por fin te estás dando una oportunidad de conocer a alguien. Eres joven, guapo y ya ha pasado mucho tiempo desde que mamá murió. Te mereces una segunda oportunidad.

—Julie —le dije en tono de advertencia—, no es fácil.

—¿Qué no es fácil? —cuestionó la voz de Benedikt desde atrás. Fue escucharle y ponerme rígido al sentir su mano acariciar mi hombro, como solía hacer.

—A papá le gusta una mujer, *doc*, y me está poniendo excusas. Lo veo en sus ojos.

—Ah, ¿sí? ¿Te gusta alguien, Xánder? No será la misma que trajiste a la fiesta ¿verdad? La señorita Estrella. —Apreté el rictus tensando la mandíbula.

—¿Tú también la conoces, *doc*? ¿Es guapa? Por la cara que ha puesto papá creo que has acertado, mira cómo se ha puesto.

—¡No! —respondí en un tono duro—. No es ella y no hay nadie en mi vida.

—Pues anoche no parecía eso.

—Debiste de ver mal, Benedikt —respondí retándolo con la mirada. No era algo que quisiera tratar delante de Julie.

—Seguramente.

—Pues yo creo que no viste mal. Deberías haber visto a papá hace un momento, le brillaban los ojos, yo creo que esta tal señorita Estrella le gusta.

—¡Basta, Julie! —bramé fuera de mí. Ella abrió mucho los ojos, nunca utilizaba un tono tan áspero con ella—. Disculpa, hija, es que he dormido poco, pero entre Nani y yo no hay nada, solo somos amigos.

Benedikt soltó una risa sin pizca de humor y deslizó su mano a lo largo de todo mi brazo.

—Tal vez invite a tu señorita Estrella a una de nuestras cenas, así veremos si hay algo o no. —Giré el rostro hacia él con disgusto.

—Dudo que aceptara, ella no se mueve en los mismos ambientes.

—Tal vez porque nunca ha acudido a una. —El corazón se me disparó. No quería que Nani formara parte de mi mundo, más bien todo lo contrario.

Julie nos miraba a uno y a otro como si fuera un partido de tenis y las pelotas se lanzaran a través de nuestras bocas.

—¿Podemos dejar el tema y hablar de algo importante? ¿Cómo evoluciona Julie con el tratamiento experimental? —La mirada del doctor se intensificó.

—Es complicado. La terapia con células madre de cordón umbilical hubiera sido lo suyo, pero, con Sandra fallecida, eso es prácticamente imposible. Tampoco ayuda el no saber quién es el padre de Julie o si sigue vivo. Normalmente este tipo de enfermedades son de origen genético y está claro que Sandra no era la portadora del gen.

Julie nos miró con tristeza y resignación.

—No importa, *doc*, estoy segura de que algún día darás con la cura. —Me miró tranquilizadora, como si no le importara que su realidad se viera reducida a una simple habitación de hospital. Si ella lo vivía así, ¿por qué yo no era capaz de sentir lo mismo? La respuesta era sencilla: porque el pago era excesivamente alto.

*La primera vez que fui a casa de Benedikt me sentí abrumado por tanta opulencia. Se trataba de un baile de máscaras al cual habíamos sido invitados por Chantal. Ella misma nos facilitó los disfraces. Parecía la corte francesa de Luis XVI.*

*El médico vivía en una gran mansión palaciega. Techos altos con apliques, columnas recargadas, suelos de mármol pulido...*

*Todo era muy colorido y repleto de detalles dorados.*

*Los invitados se paseaban al son de un grupo de cuerda que tocaba música clásica.*

*—Venid, voy a presentaros a Ben —así era como Chantal le llamaba. Según ella misma nos había contado, Ben era un niño prodigio cuando lo conoció. El doctor comenzó la universidad con quince años y le asignaron a Chantal, que estaba en el último curso, para hacerle de guía el primer año. Se llevaban unos ocho o nueve años, según mis cálculos. Así que Benedikt debía rondar los cuarenta y pocos en aquel entonces.*

*Chantal se movía como pez en el agua, saludando a los que allí se congregaban, hasta que llegamos a una especie de salita donde había un trono, en el cual se sentaba un hombre vestido como todos los demás.*

*Era rubio, alto, llevaba una peluca blanca, la cara empolvada y un lunar postizo en la sien.*

*Frente a él desfilaban invitados acompañados por hombres y mujeres jóvenes. Al llegar a él, hacían una reverencia. La persona de mayor edad se acercaba hasta el trono y, con una rodilla postrada en el suelo, hablaba por unos instantes en su oído. Él cabeceaba y, cuando se daba por satisfecho, exigía que el tributo que tenía delante se desprendiera de la ropa y se exhibiera.*

*—¿Qué hacen? —le pregunté a Chantal.*

*—Peticiones. Las personas que vienen a esta sala es porque quieren algo de Benedikt y para ello le entregan un regalo con quien pueda satisfacer sus instintos. Pero solo concede un favor por fiesta, así que deberás esforzarte si quieres ser el elegido de la noche. Sabes a qué has venido aquí, ¿verdad? —Tragué con dificultad mirando a Sandra.*

*—Ahora no puedes venirte abajo, Xánder, piensa en Julie y en mí, te necesitamos. —Respiré con fuerza asintiendo.*

*—Siguiendo —anunció una voz.*



*Era nuestro turno. Chantal caminó delante de nosotros hasta dejarnos en el lugar donde había estado el chico a quien habían expuesto. Ella hizo una reverencia y subió los cuatro peldaños que nos separaban del trono.*

*Los ojos azules del rubio me miraban con fijeza, como aquella ave que acaba de encontrar su presa.*

*Chantal se aproximó a su oído y conversó largamente con él. El hombre escuchaba atento sin apartar sus ojos de los míos.*

*—Quiero verlo antes de decidir —observó. Ella chasqueó los dedos mirando a Sandra, quien, solícita, vino a despojarme de mi ropa.*

*—Xánder, mírame —me suplicó desviando mi atención—. Recuerda que lo que vas a hacer es algo muy loable, vas a salvar la vida de nuestra hija, así que no debes avergonzarte ni sentirte mal. Yo te amaré mucho si logras que acepte hacerse cargo del tratamiento de Julie y te compensaré por todo lo que vas a hacer por nosotras.*

*Después de eso comenzó a quitarme la ropa hasta que no quedó nada sobre mi cuerpo. Me mostré ante él con orgullo, no bajé la mirada ni una sola vez y creo que fue justamente ese gesto de desafío el que le gustó.*

*Benedikt se levantó y caminó hacia donde yo estaba para enfrentarme. Dio una vuelta a mi alrededor, deteniéndose a cada paso. Era una especie de tortura extraña, pero que me hacía contraerme por dentro. Sus ojos vagaron con parsimonia por todo mi cuerpo.*

*—Eres hermoso. Tienes una belleza casi demoníaca que me encanta. ¿Cómo te llamas?*

*—Xánder —respondí.*

*—¿Eres gay, Xánder? ¿Te gustan los hombres?*

*—No —contesté rotundo, provocando que curvara los labios.*

*—Y aun así has decidido ofrecerte. ¿Sabes que eso me excita más? ¿Saber qué vas a ofrecerte a mí siendo heterosexual? —Su mano bajó hasta*

*mis pelotas y comenzó a acariciarlas—. No va a importarme que te guste o no lo que vaya a hacerte, ¿entiendes eso, Xánder?*

*—Lo entiendo.*

*—Muy bien entonces. —Apretó mis huevos causándome una mueca de dolor—. Yo juego fuerte, lo que quiere decir que, si te entregas a mí, serás mi esclavo sexual, acatarás cualquier cosa que te exija u ordene, no podrás negarte a nada por escabroso o repulsivo que te parezca. A cambio, tu hija recibirá el tratamiento que precise en mi hospital de manera gratuita, siempre y cuando se mantenga el pacto de carne entre nosotros. —Aflojó el agarré y cogió mi miembro entre sus manos para masturbarme—. En el momento que decidas romper el pacto o hagas cualquier cosa que provoque que yo no desee seguir siendo tu dueño, tu hija dejará de recibir el tratamiento oportuno y abandonará el hospital. ¿Estás de acuerdo? —El asco se había apoderado de mí bajo su toque, tenía los puños apretados con firmeza, aguantando el manoseo de aquel perverso. Miré de refilón a Sandra, quien asintió.*

*—Lo estoy —aseveré, firmando así mi sentencia de muerte.*

*—Muy bien, pues ahora mi abogado te llevará al despacho a formalizar nuestro acuerdo. Después, ya estarás listo para jugar. Hoy comienza tu nueva vida, Xánder, lo vamos a pasar en grande. Sobre todo, yo. —Se relamió ante la afirmación y me besó cogiéndome por la nuca.*

Mi mente se sacudió ante el recuerdo, al cual empujé fuera de ella. No iba a desperdiciar el rato que tenía con mi hija en recordar aquello.

Me acerqué obviando la presencia de Benedikt e introduje mis manos por una especie de guantes que me permitían tocarla. Era el único modo que tenía de abrazarla o acariciarla: a través de unos putos guantes de plástico. Mi hija corrió rauda a agarrarse a mis manos, permitiéndome que la rodeara. Aquella era una de las pocas muestras de afecto que podía darle.

Si hubiera podido entregar mi vida por la de ella, lo habría hecho sin

dudar, pero no del modo en que lo estaba haciendo. Ambos estábamos viviendo, a nuestra manera, en nuestro infierno personal. Ella por no poder llevar una vida normal, y yo por ser un muerto en vida.

—Cuando termines pasa por mi despacho, Xánder. —Asentí sin darme la vuelta, no quería que también me robara ese momento de cariño con ella.

Pasada la hora que tenía permitida, puse rumbo al despacho, golpeé la puerta y entré cuando Benedikt me dio permiso.

Estaba sentado en su amplia mesa, con un montón de papeles esparcidos sobre ella y un bourbon en la mano.

—¿Quieres? —preguntó.

—Un poco pronto para beber, ¿no crees?

—Nunca es pronto si el alcohol es bueno.

—¿Y tus pacientes qué opinan de que bebas en horario laboral? —No se ofendió. A Benedikt siempre le había gustado debatir.

—Supongo que, mientras no tenga un bisturí en la mano, les da igual. Hoy solo he venido porque sabía que venías. —Mi estómago dio un tirón—. Lo de anoche fue demasiado rápido y me quedé con ganas de más, ya sabes que me gusta disfrutar de ti durante horas. Por cierto, no me gustó que vinieras acompañado, esperaba que fueras solo para mí. —Lo miré con intensidad.

—No me dijiste que esperabas eso ni que no podía ir acompañado.

—Cierto, pero es la primera vez que te veo interesarte en por alguien en años.

—Ya te he dicho que...

—¡Silencio! —exclamó, golpeando la mesa—. Si tratas de hacerme pasar por un imbécil, no creo que te gusten las consecuencias. Ya sé que esa cría te gusta y que te la estás follando. Pude observaros toda la noche, la tensión sexual era palpable. Vuestra complicidad, tu deseo, tus risas. Creo que nunca

te he visto así, ni siquiera con Sandra.

—Tal vez porque no se parecen.

—Tal vez.

—¿Sabe algo de lo nuestro? —Negué—. No, claro que no, eres un buen esclavo, Xánder, de los mejores que tengo. Nunca traicionarías a la pequeña Julie. Además, dudo que a la señorita Estrella le gustaran nuestras perversiones. ¿O me equivoco? —Tragué con dificultad imaginando a Nani contemplándome mientras estaba con él.

—No te equivocas.

—Bien, me alegro de que tengamos las cosas claras. Sabes lo que pasaría si alguna vez decides dar por zanjado lo nuestro o si me enfadas lo suficiente como para que lo zanje yo, ¿verdad?

—Lo sé —asumí con pesar.

—Muy bien. Pues ahora que ya lo tenemos todo claro, desnúdate, Xánder, me apetece borrar ese brillo de mierda que dice tu hija que tienes en la mirada.

## Capítulo 20



La semana había sido bastante tranquila y no era capaz de dejar de sonreír. Seguro que esa sensación de imbecilidad perpetua era lo que llamaban amor.

Mi mente se veía asaltada por imágenes de Xánder continuamente. Él enfurruñado, sonriendo, sorprendido y, sobre todo, haciéndome sentir la mujer más especial del mundo.

Mis pies flotaban en la nube del amor y estaba convencida de que Cupido había usado todo su arsenal de flechas en sus últimas prácticas de tiro.

Mi amiga Vane me había llamado para decirme que había pasado el segundo *casting*, así que el lunes ingresaba en la casa, dos meses sin verla. Bueno, no exactamente, que me había hecho prometerle que estaría permanentemente conectada al veinticuatro horas y que no me perdería ninguna de las galas. Más bien estaría sin poder hablar con ella y eso sí que era una putada. ¿Con quién iba a desahogarme si no era con mi mejor amiga? Al fin y al cabo, me alegraba por ella, solo iban a ser dos meses y nosotras teníamos toda la vida por delante. Entrar en *GH*, era uno de sus sueños, así que debía sentirme feliz.

Además, ahora estaba Xánder, si necesitaba un abrazo, seguro que él podría dármelo.

—¿En qué piensas, hija? —me preguntó mi madre. Había ido a visitarles y, de paso, a comer con ellos.

—En nada, mamá.

—En algo pensarías cuando estabas sonriendo —anotó partiendo unas cuantas judías verdes en la olla.

—En que a veces la vida te da una de cal y otra de arena.

—¿Y cuál es la buena noticia? En esa frase va implícito algo bueno y algo malo. Alégame el día que no estoy para muchas penurias más.

—Pues que a Vane la han cogido para un programa de la tele. Va a hacerse famosa, mamá.

Mi padre estaba hojeando el periódico, levantó los ojos y preguntó.

—¿Y a qué programa se supone que va? Porque está claro que no va a ser el de *Saber y Ganar*. Esa amiga tuya entiende mucho de marujeos, pero de lo que es cultura general... —Resoplé mientras me unía a mi madre para no tener que aguantar la retahíla de mi padre.

—No, no es ese, papá. Hay más vida más allá de Jordi Hurtado.

—Pues es uno de los pocos programas que siguen valiendo la pena, no como esos que se pasan el día bajo un edredón y después piensan que se van a comer el mundo, metiendo cizaña de plató en plató. —Rompí con saña las pobres judías que no tenían culpa de nada—. ¿Y bien? ¿A qué programa va Vanessa? —Mordiéndome la lengua respondí.

—Al del edredón, papá, al del edredón.

—¡Por todos los santos! ¡¿Pero qué ha hecho el pobre Bartolo para que le salga una hija así?! Mira que quiero a Vanessa como si fueras tú, pero esa chica solo tiene pájaros en la cabeza. No sé ni cómo no le ha venido con un bombo a su padre, con todos los chicos que han pasado por su casa.

—Papá, por favor—. Que Vane era un espíritu libre era la realidad, pero no más libre que mis hermanos.

—Por favor, ¿qué? Ya sé que os creéis muy modernas, que ahora eso del sexo es como comer pipas para vosotras, pero una mujer se debe hacer respetar y no creo que la mejor manera sea abriéndose de piernas ante cualquiera.

—¡Papá! —protesté.—. Hoy día cada cual puede hacer con su sexualidad lo que le venga en gana, sea hombre o mujer, eso es indiferente.

—Claro, así está la cosa como está, que los chavales van más perdidos que un hijo de puta el día del padre.

—¡Andrés, esa boca, que te pierde! —protestó mi madre.

—Es que esta niña me saca de mis casillas, Manuela. Dile algo, por favor.

—¿Y qué me va a decir cuando fuiste tú quien, desde pequeña, me hiciste creer que tenía las mismas posibilidades y derechos que mis hermanos? Nunca has mostrado un trato diferenciador y créeme que es una de las cosas que más admiro de ti, papá. Nunca me pusiste pegas cuando te dije que prefería los coches a las muñecas, que quería jugar a fútbol y no ir a ballet, como el resto de mis amigas, o conducir el taxi en vez de ser secretaria. No sabes cuánto te agradezco que me hayas apoyado en todas las decisiones que he tomado. —Dejé la olla para acercarme a él, viendo cómo se humedecían los ojos de mi madre—. Papá, para mí siempre serás mi héroe, aquel que curaba los raspones de mis rodillas cuando me caía correteando por el campo. El que no me reñía por querer trepar a los árboles o jugar con mis hermanos a las canicas. El que me enseñó a conducir y a amar el mundo del motor. El que nunca me dijo que no podía hacer algo por el mero hecho de ser una chica. —Cogí su cara entre mis manos—. No sabes cuánto te quiero, papá, por todo eso y mucho más. Por superar ese accidente, por no rendirte nunca, por enseñarme tanto. Eres un gran hombre, Andrés Estrella.

—Y tú una gran hija, Encarni, pero eso no quita que no debas resguardar tu florecita —apuntó con cierta ternura, como si fuera una chiquilla.

—¡Papá! —protesté de nuevo.

—¿Qué? Es la verdad, los hombres vemos una mujer y solo pensamos en entrar en su jardín para arrancar su flor y plantarle un pepino.

—¡Andrés, por el amor de Dios! ¿Pero qué te pasa hoy? —le reprendió mi madre en tono indignado.

—Mira, Manuela, la niña ya no es una cría y estoy seguro de que más de un jardinero habrá querido... ya sabes... meterse en su parterre. —¿En qué momento había pasado de ser la niña de papá a tener un parterre entre las piernas?—. Hemos pospuesto la conversación demasiado tiempo y ya es hora de que hablemos con nuestra hija de lo que ocurre en el lecho conyugal.

Me sentí enrojecer. ¿Pero qué pensaba mi padre, que tenía doce años?

—No hace falta, papá, de verdad.

—Sí que hace falta, hija, tu madre no habló contigo por vergüenza y yo por lo mismo, pero ya es hora de que sepas por nosotros, y no por esos programas de la tele, lo que pasa entre un hombre y una mujer.

—¡Andrés, que tu hija no nació ayer! Dudo mucho que no sepa lo que sucede.

—¿Lo sabes?

—¿De verdad que hace falta hablar de esto, papá? Mamá... —suspiré para que me sacara de aquel entuerto. Hablar de sexualidad había sido evitado siempre en casa, así que no sabía por qué demonios debíamos comenzar ahora.

—Está claro que Nani ya sabe lo que pasa. Ahora esas cosas las explican en el colegio.

—Dudo que en el colegio se lo explicaran bien. Además, ella sigue siendo virgen y se acerca el momento de que se eche novio y se case. —Grité horrorizada. Una carcajada sobrevoló nuestras cabezas, era mi hermano César.

—Creo que aquí la única Virgen es la que tiene mamá colgada en ese



cuadro.

—¿Cómo?! —vociferó mi padre. Mi hermano entrecerró los ojos como si supiera algo que yo desconocía.

—Ayer vi a Nani subir a su piso con un hombre a altas horas de la noche. Yo estaba haciendo la ruta con el taxi y no creo que fuera el cerrajero con el cochazo y el esmoquin que llevaba... y los lengüetazos que le daba —apuntilló con saña—. ¿O tal vez era el médico de la laringe, Zipi? —César siempre había sido un maldito bocazas.

—¡Tú lo que necesitas son gafas! ¡Seguro que me confundiste! —Él negó con la cabeza—. Si quieres le doy a papá la matrícula del Mercedes azul y en un momento sabremos quién es el tío al que te estás tirando, hermanita. Me esperé aparcado y el tío no bajó en muchas horas. Al final me largué del aburrimiento.

Mi padre comenzó a lanzar improperios y yo me abalancé sobre mi hermano como una posesa deseosa de sangre. Iba a patearle las pelotas como si no hubiera un mañana por haberme metido en aquel entuerto.

—¡Basta! ¡María Encarnación Milagros de Todos los Santos! —gritó mi madre a la par que yo le propinaba un puñetazo a César en el abdomen.

—¿Qué ocurre aquí? —El que faltaba. Mi hermano mayor, el pacificador, había entrado en escena.

—¡Que a nuestra querida hermanita se la ha cepillado un ricachón! —anunció divertido César como si tal cosa.

—Verás lo que voy a cepillarte yo a ti cuando te arranque todos los pelos de esa maldita cabeza de chorlito que tienes. No habrá cepillo ni peine ni nada para ti.

Mi hermano mayor, Andrés, vino hacia mí intentando separarme de César, al cual ya había pillado por el pelo.

Por suerte, Bertín estaba conduciendo el taxi, así que no se encontraba en

casa. Era pura fuerza bruta, si hubiera estado él ya me habría desenganchado de la cabellera de mi otro hermano.

Finalmente, Andrés lo logró y yo pataleé con unos cuantos pelos entre los dedos.

César siempre había sido un tocapelotas y bastante crío pese a ser dos años mayor que yo. Supongo que siempre nos tuvo algo de tirria a Damián y a mí por quitarle el puesto del pequeño de la casa, así que siempre estaba metiendo el dedo en la llaga y creando conflictos innecesarios.

Los brazos de mi hermano me tenían apresada y César me miraba con recelo, aunque, por su expresión, estaba satisfecho de lo que había soltado.

—Vamos a ver, Encarni, haz el favor de aclarar todo esto —suplicó mi padre. Me sabía mal engañarle, él siempre nos había educado en la honradez. Suspiré apesadumbrada.

—Lo siento, papá, César tiene razón, aunque no es tan malo como parece. El del coche y yo tenemos una relación. —Eso no era una mentira, no había especificado qué tipo de relación tenía con Xánder—. Lo que ocurre es que no quería decir nada hasta ver hacia dónde iba la cosa...

—Está claro que hacia tu cama. ¿Lo ves, papá, como tenía razón? —La afirmación de César se ganó una patada en toda la entrepierna que lo dobló en dos.

—Marchando una de huevos rotos. Tal vez así te lo pienses antes de abrir esa boca.

—¡Nani! —me llamó la atención mi madre mientras Andrés volvía a sujetarme mejor.

—¿Cómo has podido meter un hombre en tu cama, Encarni? —murmuró mi padre afligido. Creo que era la primera vez que le decepcionaba tanto.

—Vamos, Andrés, tampoco hagamos un drama de esto —me defendió mi madre—. Dudo que alguno de tus hijos varones vaya para cura, así que la niña

no podía ser menos. Además, ha dicho que tienen una relación, o sea que la cosa es seria, no como la colección que ha paseado César por casa.

—¡Pero yo soy un tío, mamá! ¡Los hombres estamos hechos para dar amor!

—¡Y las mujeres para dar collejas y patadas en los huevos! —le reprobé—. Que yo sepa no hay diferencia en cuanto al sexo se refiere.

—Ahora va a resultar que eres una experta porque te has tirado a ese tío... La diferencia principal, querida hermanita, es que en nueve meses tú puedes haberte convertido en un Kinder Sorpresa si no le has puesto funda al del cochazo. Aunque igual lo que buscas es dar un buen braguetazo.

—Está claro que siempre ha de haber un memo en cada casa. El día que Dios repartió la inteligencia tú fuiste a por cervezas, como mínimo. Mira, porque eres mi hermano y, en el fondo, te quiero, por gilipollas que seas, porque te juro que en este momento ya te habría demostrado la sorpresa que contiene mi Kinder.

—Ya he tenido suficiente por hoy —avisó mi madre cuadrándose—. César, pídele perdón a tu hermana por todo lo que has dicho, y tú —atacó apuntándome con el dedo—, discúlpate por haberle golpeado. —Los dos nos quedamos muy quietos—. ¡Ya! —ordenó. Los dos musitamos un *lo siento* apenas audible—. Muy bien y ahora, para que todos nos quedemos tranquilos, invita a tu novio a la comida del domingo.

—¿Cómo?! —chillé. Mi hermano soltó una risita por lo bajo.

—Si verdaderamente es tu novio y no un simple *pinchito* fijo que no le importará venir a conocernos y celebrar tu cumpleaños en familia. —Mi hermano volvía a la carga y yo me estaba quedando sin argumentos.

—Os he dicho que llevamos poco, no quiero correr.

—Pues para no querer correr, bien que te lo has...

—¡Cállate, César, o te castigo cara a la pared y te pongo judías verdes para cenar, desayunar y comer toda la semana! —Mi madre era única para los

castigos.

No tenía ganas de seguir discutiendo, quería zanjar el tema de una vez por todas.

—Está bien —terminé claudicando—. Le preguntaré a Xánder si quiere venir. Pero no os aseguro nada, es un hombre muy ocupado.

—¿Xánder? ¿Qué puto nombre es ese? —preguntó César.

—Es griego —afirmé.

—¿Y en qué idioma habla, hija?

—En el del amor, mamá —respondió César poniendo vocecilla—. En formato horizontal todas las lenguas suenan igual.

—¡Capullo! —le insulté sin poder evitarlo, haciendo el amago de volver a atacar. César dio un brinco hacia atrás asustado, temiendo que esta vez le arrancara las pelotas. Aquello hizo que no calculara y terminara golpeándose con el cuadro de la Virgen en toda la cabeza—. ¡Ahí lo tienes! Hasta la Milagrosa te lanza un castigo divino para que cierres la boca de una vez.

Mi padre se había quedado en silencio, no había vuelto a decir esta boca es mía. Seguro que estaba tratando de asimilar otra decepción a cargo de su única hija.

—Papá yo...

—No tengo ganas de hablar ahora mismo. —Dio la vuelta a su silla de ruedas y se marchó por el pasillo.

—Déjalo, Zipi —advirtió mi hermano mayor—, se le pasará. Estaba claro que, tarde o temprano iba a pasar, solo tiene que hacerse a la idea de que has crecido. Ninguno esperábamos que fueses para monja, tal vez para lesbiana, sí, pero para monja, nunca.

¿Lesbiana? ¿Mi familia creía que me gustaban las mujeres?

—¡Andrés! —le reprobó mi madre.

—¿Qué, mamá?! Todos pensábamos que te gustaba Vane y que por eso no salías con chicos. Pero ahora que sales con uno, asunto resuelto. Solo hará falta saber si pasa la criba o no.

—¿Qué criba? —le pregunté acongojada después de imaginar a mi familia debatiendo si era homosexual.

—La de tus hermanos mayores. Ese tío va a tener que ser realmente bueno si quiere entrar en esta familia. —Una chispa brilló en los ojos marrones de mi hermano y aquello no me gustó nada.

—Vamos, haced el favor y comportaos que también es mi jefe. —Ahora sí que había llamado la atención de los tres.

—¿Tu jefe? ¿Cómo que tu jefe? —preguntó César. Me llevé las manos al rostro, la caja se había destapado y ahora no podía salirme por la tangente.

Tuve que contarles que era el primer cliente de Damián y que, para que no lo perdiera, conducía para él en mis días libres.

—Pues cuando se entere papá, verás la gracia que le hace —sugirió César. Mi madre se sacó la zapatilla y la puso en alto.

—César Estrella, ya te he aguantado demasiadas tonterías hoy, o dejas en paz a tu hermana de una vez o te recordaré cómo sonaba la suela de esta zapatilla en tu culo, que no hace tanto de eso. —Mi hermano se puso rojo como un tomate.

—¡Ya soy un hombre, mamá! —protestó.

—Pues a mí, sigues pareciéndome un niño después de todas las sandeces que has dicho hoy. A ver si maduras de una vez, que tu hermana es más pequeña y parece mayor que tú.

Mi hermano emitió un sonido de protesta.

—Cómo no, ella es la perfecta; Damián, el conflictivo; Andrés, el listo;

Bertín, el guapo y yo... ¿Yo qué soy? El estorbo, ¿verdad? —Mi madre abrió mucho los ojos y la boca—. No hace falta que respondas, tengo muy clara mi posición en esta familia. Seguro que habrías preferido que estuviera yo en la cárcel en vez de tu ojito derecho.

La zapatilla salió volando hacia la cabeza de mi hermano, impactando en toda su frente. Mi madre tenía una puntería envidiable, en las ferias era siempre ella la que manejaba el rifle y nos conseguía los premios de la tómbola.

—No te permito que sigas diciendo sandeces. Cualquiera que te oiga pensaría que eres un crío de quince años en lugar de un hombre de veinticuatro que vive con sus padres —apostilló mi madre. César apretaba con fuerza la mandíbula.

—Tal vez sea ese el problema —azucé yo—. Siempre lo has tenido todo mascado, ten un par, búscate un piso e independízate. Igual así se te quitan todas las tonterías que tienes en la cabeza cuando tengas que limpiarte la mierda de los calzoncillos y pagar los recibos de la luz. Papá y mamá nos quieren a todos, han hecho lo mismo por todos y no es justo que te comportes así con ellos o con ninguno de nosotros. No sé qué bicho te ha picado, César, pero es hora de que madures.

Mi hermano paseó la mirada sobre todos nosotros.

—¿Eso es lo que opináis todos? —Nadie habló y él emitió una risa seca.

—Ya veo. No me esperéis para comer. —Se dio la vuelta y se largó por la puerta.

Mi madre se acercó a una de las sillas de la cocina y se dejó caer en ella, enterrando la cara entre las manos.

—¿Qué he hecho mal? Esta familia se desmorona cada día más y yo no sé cómo arreglarla.

Fui hacia ella para abrazarme a sus piernas.

—Tranquila, mamá, todo se solucionará. ¿Verdad que sí, Andrés?

—Claro, Zipi, claro. Ya se le pasará —afirmó cabeceando hacia la puerta por donde había salido mi otro hermano—. Yo hablaré con él y con papá. No os preocupéis más, les haré entrar en razón.

—Gracias, hijo, menos mal que tú eres tan cabal —dijo mi madre entre sollozos, recibiendo el abrazo de ambos.

\*\*\*\*\*

El jueves por la noche recibí una llamada de Escorpión. Tenía otra carrera ilegal esa misma noche. Solían ser en fin de semana, así que me extrañó que fuera en jueves, aunque para mí mucho mejor. Eso quería decir que me esperaba un fin de semana sin sobresaltos.

Cuando llegué al punto indicado, lo entendí todo. Había un montón de universitarios apostados allí, rodeando a Diente de Oro que parecía recuperado tras la paliza que le había propinado Xánder.

Lo miré con disgusto y él mostró la misma animadversión, aunque no dijo nada. A su lado estaban Leo y Toni, quienes me saludaron.

—Buenas noches, Queen.

—Chicos. ¿Qué toca hoy?

—Hoy es dinero fácil: universitarios hijos de papá a los que les gusta el riesgo. Tienen mucha pasta que perder y nosotros que ganar. Las directrices son simples, solo hay que llegar el primero a la meta. El recorrido es esa recta. —Señaló con el dedo el lugar—. Ir y volver. ¿Está claro? —inquirió Toni.

—Muy claro. ¿Mi coche? —pregunté. Esa iba a ser fácil, pan comido.

—El negro. Tu pareja te está esperando dentro, en el lado del conductor.

—¿Pareja? —No entendía nada.

—Exacto, es una carrera a ciegas. —Me puse inmediatamente alerta. Eso quería decir que yo era el copiloto, que quien hubieran designado como piloto iría sentado a mi lado con los ojos vendados y debería fiarse de mi buen criterio para hacerlo llegar sano y salvo, así que de fácil no tenía nada. Teniendo en cuenta que íbamos a correr con un montón de críos cargados de testosterona.

—¡Esto es una puta locura! —protesté.

—Locura o no vas a tener que cumplirla. Así lo ha designado Escorpión —afirmó Diente de Oro—. Y si no lo haces...

—Ya, ya, ya —le interrumpí—. Corta con las amenazas, que conmigo ya sabes que no te salen bien.

—Por el momento —murmuró por lo bajo, erizándome el vello de la nuca.

Ya sabía que no podía negarme, así que, cuanto antes terminara, mejor. Leo me pasó el casco y caminé colocándomelo hacia el espectacular Enzo Ferrari que tenía enfrente. Entré en el interior.

—Hola —saludé al tipo que estaba dentro.

—Vaya, así que es cierto. Por fin voy a correr junto a ti.

Lo miré bien, me fijé en su cuerpo cubierto por el mono de piel y el característico casco con las llamas.

—¿Inferno?

—El mismo que viste y calza. Espero que seas tan buena de copiloto como de piloto.

—¿Cómo te has prestado a esto? —Él se encogió.



—Me gusta la adrenalina y por dinero hago cualquier cosa. ¿Tú no?

—A mí me mueven otras cosas, pero imagino que el fin sigue siendo la pasta, de un modo u otro. Esto es una puñetera locura, Inferno, son críos sin experiencia y coches demasiado potentes que pueden convertirse en una máquina de matar.

—Creo que los que corren tienen tu edad, aproximadamente. No hace falta que te las des de mayor conmigo —observó y yo resoplé.

—¿Y qué? No tienen mi experiencia.

—Eso no lo sabes, no menosprecies al enemigo, Queen. Ese es un fallo de manual.

—Lo que es un fallo de manual es esta carrera. No puede salir bien de ningún modo.

—Pues, por el bien de los dos, será mejor que creas en tus capacidades. Yo voy a ciegas por si no lo has notado y tú no puedes titubear ahora —rezongó—. Somos buenos, Queen, y vamos a demostrarlo, no dudes de nuestro poder. —Puso la palma de la mano hacia arriba. Supuse que para que le diera la mía. Nos dimos un apretón que me mandó una descarga eléctrica por todo el cuerpo, pero, aun así, no le solté. ¿Lo habría notado? —Joder, nena, eres pura energía. —Acababa de obtener la respuesta.

—¿Tú también lo has sentido?

—Como para no hacerlo, casi me electrocutas. —Solté una risita nerviosa.

Los coches estaban en posición, los motores empezaban a rugir y la chica de Escorpión ya había salido a contonearse.

—¿Ha salido la chica? —Preguntó Inferno como si la hubiera detectado.

—Sí.

—Pues esta vez no te entretengas mirándole las tetas, por mucho que te gusten.

—¡A mí no me gustan las tetas! Antes te habría mirado a ti el paquete — protesté, sin pensar lo que decía—. Fue el cierre lo que me despistó el otro día. —Intuí una sonrisa en su voz cuando habló.

—Es bueno saberlo. Pues estate atenta a sus tetas y no a mi paquete, que no se va a mover del sitio y no quiero perder ni una milésima. —Resoplé.

—¡No te miro el paquete! —respondí indignada—. Era un decir. Últimamente no dejan de poner en entredicho mi sexualidad y estoy un poco harta. —Otra risita que me ponía de los nervios retumbó en el coche—. Haz el favor de concentrarte y no despistarme. —Respiré profundamente buscando la serenidad que necesitaba—. Arranca cuando diga ya. —El cierre se abrió mostrando los pechos de la chica y grité como una posesa—. ¡Yaaaaaaaaaaa!

Para mi completa consternación, Inferno arrancó sin titubear. No le tembló el pulso en ningún momento, era realmente bueno en ese juego. Obedeció mis órdenes sin remilgos, aferrándose al asfalto tanto como a mis palabras, lo que nos colocó con una clara ventaja. Éramos cinco coches, todos de alta gama, aunque el Ferrari era un pelín superior.

Dos de los coches chocaron.

—¡Acelera! ¡Acaban de chocar y vienen directos hacia nosotros! —grité justo antes de que nos alcanzaran. Nos libramos del impacto por unos centímetros, aunque el tercer coche no corrió la misma suerte—. Casi hemos llegado a la línea de meta, no te vengas abajo ahora.

—Nena, yo nunca me vengo abajo. —Inferno volvió a acelerar, cruzando la línea de meta.

—¡Lo logramos! —aullé llena de júbilo, quitándome el casco. Estaba sudando por la presión del momento.

—¿Acaso lo dudabas? —Él también se sacó el suyo y la venda que llevaba puesta. Me repasó, pagado en sí mismo. No me importaba su sonrisa petulante, había hecho una carrera de escándalo.

—Eres muy bueno.

—Tú también. Creo que formamos un gran equipo, Queen. Ahora ya puedes mirarme el paquete —respondió socarrón. Mi mirada se desvió instintivamente. Estaba acelerada por la adrenalina y él también parecía estarlo. Levantó una de sus manos para colocarme un mechón rebelde que había escapado de mi coleta. Le sonreí, él me devolvió el gesto y no me aparté cuando noté que sus labios descendían sobre los míos.

Mi estómago dio una voltereta, supongo que por la alegría de la victoria, aunque debía reconocer que los labios de Inferno también tenían parte de culpa. Besaba bien, muy bien, y a mi cuerpo parecía gustarle. Sus dedos buscaban mi nuca para profundizar la acometida de su lengua cuando la puerta del coche se abrió.

Nos separamos al instante, mirándonos el uno al otro resoplando e intentando entender qué acababa de ocurrir. Él me contemplaba con cara de suficiencia, y yo a él, aterrada por lo que acababa de ocurrir. ¡Le había devuelto el beso! ¡Pero si se suponía que me gustaba Xánder! ¿Por qué no me había opuesto? ¿Por qué se lo había devuelto? ¿Sería que Xánder no me gustaba tanto como creía? La cabeza comenzó a palpitarme, necesitaba aire.

Salí del coche precipitadamente para lanzarle el casco a Leo con fuerza y poner tierra de por medio.

Poco me importó que me llamaran, intentando que regresara. Necesitaba largarme de allí cuanto antes.

## Capítulo 21



Estaba nervioso, creo que nunca había hecho algo así por una mujer.

El viernes le di el día libre a Nani, deseaba que, por lo menos, tuviera un día para poder descansar. Total, Benedikt había salido fuera de la ciudad y no me había reclamado ni encargado nada especial para alguno de sus *amigos*.

Necesitaba que todo saliera perfecto, quería que Nani gozara de una noche de ensueño y que eso ocurriera junto a mí.

Solo le di un par de consignas: que se pusiera cómoda, que trajera ropa de recambio y se preparara para disfrutar.

Pasé a recogerla por su piso. Llamé al timbre y en un par de minutos la tenía junto a mí.

Llevaba una simple camiseta de tirantes de algodón blanco y unos pantalones cortos de sport.

—Estás preciosa —le susurré besándola.

—Tú tampoco estás mal. —Mi camiseta de manga corta era azul y la combinaba con un vaquero desgastado y mis gafas de aviador—. Creo que me

gustas más así que con el traje, pareces más accesible y peligroso —susurró pasando sus dedos por mi cabello.

—Pero es que yo no soy accesible. —La agarré del trasero con firmeza para apretarla contra mí—. Solo lo soy para ti —musité con voz ronca, frotándome contra ella. Un jadeo escapó de sus labios y capturó su labio inferior entre los dientes.

—Eso todavía me gusta más, señor *Hoyaustedmelocopulo*. —Mordisqueó el hueco de mi barbilla justo donde tenía la mancha blanca.

—Como siga así, señorita Estrella, a quien van a copularla va a ser a usted, ahora mismo, y va a perderse su sorpresa. —Ella se apartó arrugando el ceño con un mohín encantador.

—De eso nada, señor mío, me prometió una noche sorprendente y eso es justo lo que vamos a tener. —Su pose coqueta me hizo sonreír.

—Perfecto, porque tu sorpresa comienza aquí.

Cogí las llaves de mi coche y se las lancé. Ella me miró con cara de sorpresa y después a mi maravilloso descapotable azul. Agitó la llave electrónica como si no pudiera creerlo.

—¿Esto quiere decir que lo puedo conducir? —Asentí emocionado por la cara de felicidad y el grito de júbilo que emitió. Dio un salto anclándose a mi cintura, rodeándola con sus esbeltas piernas, para besuquearme encantada.

—¡Ay, Dios, te adoro, Xánder!

—Si sé que conducir mi coche te pone así, me hubiera ahorrado todo lo de después. —Ella negó agitando su melena rubia y, con la misma facilidad pasmosa con la que había saltado sobre mí, bajó al suelo, soltó su mochila en el maletero y tomó el control del coche.

—De eso nada, moreno. ¿Subes o te quedas? —preguntó con soberbia.

—Pues creo que subo, aunque ¿no necesitas que te explique cómo funciona? —Ella levantó la muñeca y me mostró el tatuaje que allí lucía. Una

rueda en llamas.

—Nene, por mis venas corre gasolina. ¡Vamos, sube!

Ni siquiera abrí la puerta, de un salto me metí dentro y activé el navegador, bajándome las gafas de sol.

—Siga la ruta, señorita Estrella.

—Eso está hecho. Pero antes vamos a darle *rock & roll*.

Nani encendió la radio, buscó una emisora que le gustó y bajo el himno de Marvin Gaye, *Ain't no Mountain High Enough* se puso en movimiento, animándome a que la cantara con ella. Creo que no había una letra más acertada para nosotros dos que la de aquella canción.

*No hay montaña lo suficientemente alta,  
no hay valle lo suficientemente profundo,  
no hay río lo suficientemente ancho,  
que me impida llegar hasta ti, cariño.*<sup>[4]</sup>

Llegamos a Cornellà de Terri con dolor de garganta de tanto reír y cantar.

Cuando Nani contempló el lugar al que la había llevado, agitó varias veces las pestañas.

—¿Qué es este sitio?

—Lo llaman Mil Estrellas, y creo que no había un lugar más oportuno que este para nosotros, porque eso es lo que se prende en mi oscuro cielo cada vez que te veo. —Nani me tomó el rostro emocionada y depositó sobre mis labios un beso muy dulce.

—Es precioso, Xánder. Gracias.

—¡Pero si no has visto nada! Espera y verás.

Salí el primero para abrirle la puerta y coger su mochila.

El hotel Mil Estrellas era un lugar muy peculiar. Ubicado en la urbanización la Bastida, era una casa rural que contaba con algo que la hacía única: sus habitaciones burbuja.

Podías escoger entre dormir en la casa rural o, cómo íbamos a hacer nosotros, dormir en una burbuja transparente desde la cual íbamos a ver el firmamento.

Nuestra suite, llamada *Bubble* al Jardí, constaba de una burbuja principal y dos secundarias, un total treinta metros cuadrados para nuestro uso y disfrute. La burbuja principal tenía un dormitorio con una amplia cama con dosel. También había un comedor y baño completo con bañera. Estaba situada en un jardín completamente privado, equipado con una mesa y dos sillas, donde íbamos a cenar.

—¿Te gusta? —le pregunté a Nani una vez se fue la chica que nos había realizado el *check in*.

—¿Bromeas? ¡Es perfecto! Casi tanto como tú. —Sus ojos no podían estar más abiertos, como si tratara de absorberlo todo con la mirada. Se dejó caer contra el colchón, mientras yo descorchaba una botella de cava y nos servía una copa.

—Gracias. —Palmeó la cama para que me sentara junto a ella y lo hice encantado. En cuanto me senté, se subió a horcajadas encima de mí. Y con el cava todavía burbujeando en su lengua, apesó el lóbulo de mi oreja—. ¿Así que cualquiera podría vernos si ahora mismo me desnudo y te monto aquí? ¿No te parece un poco atrevido? —Había pasado una de sus manos por mi nuca y movía su pelvis contra mi bragueta.

—Lo sería si el jardín no fuera privado. —Algo parecido a la decepción pasó fugazmente por su mirada—. ¿Te pone cachonda que nos vean? —Ella dio un trago a la copa, vaciando su contenido.

—Puede —susurró con osadía en mi oreja.

—Así que eres una pequeña exhibicionista.

—No lo sé, lo único que sé es que el día del semáforo me excité mucho.  
—Sonreí interesado.

—¿Cuándo te masturbé y te corríste delante de aquellos chicos? —Su vaivén estaba despertando mi erección. Ella enrojeció, emitiendo un ruidito de asentimiento—. No debes avergonzarte por ello, hay gente a quien le pone mostrar esa parte de su intimidad.

—¿A... A ti te gusta? —preguntó titubeante.

—Digamos que no me importa. En mi juventud fui *stripper*, ¿sabes? —Me miró con sorpresa.

—¿Ah sí? Eso no lo sabía. Aunque, con el físico que tienes, no me sorprende. ¿Bailarías para mí?

—¿Te gustaría que lo hiciera? —Asintió lamiéndome el cuello y arrancándome un gruñido de deseo—. Pues entonces, tal vez lo haga, pero ahora, señorita Estrella, no es el momento. —Paseó la nariz por mi cuello, mordisqueándolo.

—Está bien, follemos entonces. —La detuve.

—Aunque me encantaría, tampoco podemos hacer eso ahora. —Ella me miró sin comprender.

—¿Por qué?

—Porque tengo otros planes. Ese puede esperar.

—¿Qué puede esperar? —Agarró mi mano y, ni corta ni perezosa, la guio hasta su sexo. El pantalón no tenía botones, solo una cinturilla de goma. Eso, y que no llevara ropa interior, facilitó el acceso. Introduje un dedo sin dificultad provocando que retozara sobre él.



—Nena, estás empapada. —Ella se movía con abandono, me fascinaba a cada minuto que pasaba. Saqué el dedo impregnado en sus jugos y lo saboreé, ganándome un quejido de protesta.

—¿Por qué te has detenido?

—Porque, aunque no hay nada en este mundo que desee más que follarte, no puede ser. Ya te lo he dicho.

—Eres un aguafiestas —protestó.

Me incorporé, llevándola conmigo a cuestas.

—¡Eh! ¡¿Adónde me llevas?!

—Ahora mismo lo verás.

Salimos de la burbuja para entrar en la masía, desde donde se accedía a una sala muy íntima, con las paredes y el techo recubiertos de madera. La iluminación era tenue gracias a la luz de bajo consumo y las velas aromáticas. Todo era muy romántico.

—¿Qué es esto? —Le pregunté.

—Desnúdate y ahora lo verás. —Nani no preguntó, supongo que porque estar desnuda y conmigo era lo que deseaba en ese momento. Aunque no entrara en sus planes lo que iba a ocurrir.

Nos quitamos la ropa, hambrientos el uno del otro. Nani me deseaba, yo lo sabía y estaba prácticamente en la misma tesitura que ella, sin poder disimular la erección que me provocaba con el simple hecho de respirar.

—¿Y ahora? —preguntó mostrándose en todo su esplendor.

—Ahora vamos a flotar.

Tiré de una puerta de cristal y la acompañé para que se introdujera junto a mí en el *flotarium*: una piscina de poca profundidad con una característica

muy concreta, una solución salina cinco veces más densa que el agua del mar, para obtener un resultado de flotación semejante al del Mar Muerto.

Estábamos completamente a oscuras, la única iluminación eran pequeños puntitos de luz que emulaban el cielo de noche.

—Guau, estoy sin palabras —dijo Nani sorprendida cuando la invité a tumbarse a mi lado. Había una especie de cojines inflables, similares a los que se usan para las cervicales cuando vas de viaje. Te permitían apoyar la cabeza relajadamente mientras te abrazaba la sensación de gravitar en el agua.

—De eso se trata. Ahora debes intentar relajarte, esta terapia tiene muchos beneficios tanto mentales como físicos. Se suele usar con pacientes con problemas musculares, problemas óseos o estrés.

—Pues me va a ir genial después de estar toda la semana conduciendo.

—Por eso te he traído. Quiero que estés completamente relajada y que el rato que estemos aquí sea solo para dejarte mimar. Ahora cierra los ojos e intenta desconectar, yo haré lo mismo.

Permanecimos así, en silencio, solo escuchando el suave hilo musical, cerca de cuarenta y cinco minutos. Juro que intenté relajarme, aunque las dudas que sentía por todo lo que estaba aconteciendo en mi vida me lo pusieron muy difícil. Al terminar, nos pusimos el albornoz y las zapatillas que habían dejado para nosotros, y fuimos al siguiente tratamiento. Un masaje en pareja de cuerpo completo, con aceites esenciales.

Tras conocer el morbo que le daba a Nani ser mostrada, le di una propina extra a los masajistas con un único objetivo: que no nos cubrieran el cuerpo a ninguno de los dos con una toalla. Les solté un rollo de que éramos nudistas y no pusieron pega alguna. El masajista masculino fue a atender a Nani y la chica a mí. Eso no lo había pedido, pero imaginaba que a ella le daría más morbo que fuera así y no al revés.

Observé los claros signos de excitación cuando nos pidieron que nos quedáramos desnudos. Ella me miraba como pidiéndome permiso a la par que el masajista le quitaba el albornoz. Nos tumbamos boca abajo durante los

primeros treinta minutos, pero, la siguiente media hora, tuvimos que darnos la vuelta. Me gustó contemplarla de ese modo, sonrojada y embriagada por el momento mientras sus ojos buscaban los míos.

Tenía los pezones erectos, los labios se separaban a cada pasada de las manos masculinas, vibrando cuando se acercaban a sus zonas erógenas, sin rozarlas.

Fue una experiencia peculiar, yo no hubiera querido que el masajista fuera más allá, gocé viendo cómo ella se sentía, pero no hubiera permitido que él la poseyera, Nani era mía. Aunque no me importaba recrear una situación que le diera morbo, implicando a terceras personas.

Cuando el masaje finalizó, nos pusimos el albornoz para llegar a la habitación.

—No te vistas —le pedí a Nani, aflojándole el cinturón y llevándomelo conmigo—. Siéntate en la silla del jardín, ahora vengo.

Llamé a recepción para ordenar que nos trajeran la cena y saqué el cava que todavía se conservaba frío. Quería que tuviera el puntito de desinhibición que te otorgaba el alcohol.

Serví una copa para cada uno y me senté en la otra silla, contemplando las estrellas junto a Nani.

—¿Qué miras con tanta atención? —le pregunté fijándome en la porción de su piel que quedaba al descubierto. Al quitarle el cinturón las dos partes de la prenda se habían separado, formando una línea vertical que descendía de sus pechos a su sexo. Me relamí, tenía muchas ganas de jugar con Nani y ampliar sus horizontes.

—Esa estrella, brilla muchísimo. —Fijé la vista donde apuntaba con el dedo, intentando desoír el atronador ritmo de mi corazón que me impulsaba a no esperar más y hacerla mía.

—Es Sirio, la estrella más brillante de todo el cielo nocturno. Está situada en la constelación del hemisferio celeste sur de Canis Major y es muy

conocida desde la antigüedad. En el Antiguo Egipto, la salida heliaca de Sirio marcaba la época de las inundaciones del Nilo.

—Sabes mucho de estrellas —dijo admirativamente—. ¿Qué es eso de la salida heliaca? —Me incorporé poniéndome tras ella y abriendo ligeramente el albornoz. Solo lo suficiente para que apareciera un pezón y pudiera recorrerlo con la yema del dedo. Ella contuvo la respiración cuando comencé a acariciarlo.

—El orto heliaco es la primera aparición de una estrella tras su período de invisibilidad —. Tiré con suavidad del tierno botón maravillándome ante su respuesta. La cabeza de Nani se curvó hacia atrás, dejándome contemplar aquella pequeña maravilla. La piel estaba sumamente hidratada, brillaba y emitía un aroma embriagador.

Llamaron a la puerta del jardín y les di la orden de entrar. No me detuve, no paré de hacer lo que estaba haciendo.

Nani me miró fijamente y yo le sonreí para tranquilizarla, quería inflamar tanto su deseo que, con un simple roce, fuera capaz de alcanzar el orgasmo.

El camarero entró portando la bandeja de la cena.

Sus ojos se encontraron con los de ella por un instante, el suficiente para cubrirla con un ligero sonrojo.

—Señor... —carraspeó el camarero algo incómodo.

—Sírvalo todo en la mesa —ordené apretando la dulce joya entre mis dedos. Nani no pudo contener el gemido de placer ni el camarero evitar que la costura de su pantalón se tensara.

Era un menú degustación compuesto por distintas delicatessen. Estaban servidas en cazuelitas de colores para mantener la temperatura de los platos, una vez estuvo todo colocado, el hombre lanzó un ligero vistazo ganando que apartara ligeramente el otro lado y le ofreciera una vista total de los hermosos pechos.

No dijo nada, aunque pude advertir anhelo prendiéndose en su mirada, se retiró en silencio y yo aproveché para dejar caer la prenda por sus hombros dejando que el cuerpo quedara bañado por la luz de la luna.

—Eres una diosa hecha mujer —murmuré en su otro oído lamiéndolo con suavidad.

—Xánder, te necesito. —Sus manos subieron hasta cogerme de la nuca.

—Separa las piernas, nena.

Los muslos que habían estado apretados hasta el momento se abrieron como una flor, revelando un sexo húmedo, carente de atención.

Las yemas de mis dedos trazaron un serpenteante camino desde su pecho a la entrada de la vagina, entrando en la pequeña gruta en profundidad. Las pequeñas uñas de Nani se clavaron en mi nuca con deleite, mientras el vaivén de mis dedos hacía que se retorciera bajo las suaves atenciones.

Los suspiros que emanaba eran música celestial, que combinaba a la perfección con la corriente de deseo que impregnaba mi piel.

Respiraba aceleradamente, como si el aire fuera incapaz de cubrir toda su necesidad de oxígeno. Tenía los ojos cerrados y los labios abiertos, listos para ser besados. Aunque no era eso lo que pretendía.

Su vagina se contrajo cuando el pulgar trazó círculos sobre el clítoris.

Su sexo era puro caramelo cocinado a fuego lento, que caía precipitándose sobre mi mano.

A la segunda contracción, aquella tan intensa que anunciaba la llegada del orgasmo, saqué los dedos y los introduje en su boca.

Nani sorbió con fruición, como si su placer dependiera de aquel único gesto que estaba tan alejado de hacerla estallar. Por un momento, me planteé detener el juego y darle lo que deseaba, pero entonces no la habría empujado al abismo de sensualidad al que quería llevarla. Un lugar sin retorno, uno que la haría saltar al otro extremo para descubrir el placer más díscolo y absoluto.

—Shhhhh, preciosa, ya está.

Saqué los dedos, observando en el mar de sus ojos el sentimiento de pérdida.

—¿Ya? —preguntó consternada. Asentí.

—Ahora vamos a cenar, no adelantes los acontecimientos.

—¿Adelantar? ¿En serio? ¡Llevo dos horas como una olla exprés a punto de estallar! —Sonreí ante su indignación.

—Aguantarás —anuncié—, porque lo que te espera va a ser tan increíble que el tiempo va a pasar a ser una mera anécdota.

—Eso díselo a la bestia insaciable que has desatado entre mis piernas, que, como sigas así, en cuanto le metas tu varita del amor, te la arranca de cuajo para usarla cuando le venga en gana, para echar polvos mágicos sin necesidad del Hada Madrina. —Solté una carcajada ante su insolente respuesta. Nani era burbujeante y me daba tanta alegría que apenas podía creerlo.

—¿Acabas de llamarme Hada Madrina? —Asintió cruzándose de brazos—. Pues te aseguro que no pienso dejar que le echas polvos a nadie. Te aseguro que aplacaré a tu bestia después de cenar y la dejaré saciada, aunque me vaya la vida en ello. Pero ahora, vamos a cubrir otros apetitos, quiero que tengas las reservas llenas para todo lo que quiero hacerte.

—¿Y piensas hacerlo vestido? —me preguntó interrogante.

—Pensé que querías un *striptease*.

—Mejor en otra ocasión —afirmó contundente—. Desnúdate, yo también quiero ver el cuerpo de mi Dios griego mientras cena.

—A sus órdenes, señorita Estrella. —Me quité el albornoz sin que Nani despegara los ojos de mí. Me contemplaba con tanta avidez que no pude controlar el respingo que dio mi erección cuando el electrizante azul impactó

contra ella.

—Parece que no soy la única a quien le gusta que la miren —susurró.

Me acomodé en la silla y serví los platos.

—Come, después ya nos dedicaremos a la contemplación.

## Capítulo 22



La brisa de la noche no era capaz de calmar el incendio que se había desatado en mi cuerpo.

Toda yo me había convertido en una hoguera, azuzada por el viento de sus caricias y el calor de sus miradas.

Sentía que podía arrasarlo todo por completo. No tenía ni idea de que estaba tan deseosa de descubrir todo lo que el sexo me podía aportar. Había pasado de ser una ameba sexual a una bomba de relojería, y ya no había marcha atrás.

Me sentía una aprendiz, ansiosa de todo lo que Xánder quisiera mostrarme.

En un principio me sentí confundida por el beso que me había dado Inferno, pero ahora estaba más que segura de que nadie podría sustituir a Xánder y a lo que me hacía vivir a través de sus caricias.

Él era todo lo que quería en mi vida, haría cualquier cosa por él si me lo pidiera.

No tenía duda alguna respecto a mis sentimientos por ese hombre. Le amaba con todo mi ser y estaba dispuesta a darle el tiempo que necesitara para



que comprendiera que yo era tan indispensable en su vida, tanto como él en la mía.

La cena estuvo llena de roces, mimos, sonrisas que pretendían enmascarar el deseo que me impulsaba a lanzarlo todo por los aires y arrojarme sobre él. Pero me contuve, me conformé con las lisonjas, aunque deseara mucho más que eso. También quería conocerle, profundizar en nuestra relación, así que me pareció un buen momento. Se le veía relajado y con ganas de hablar.

—Todavía no me has explicado de qué tratan tus negocios —observé llevándome la última cucharada de tarta de chocolate a la boca. Él se quedó con la mirada fija en su plato, como si se estuviera planteando contármelo o no.

—Hago inversiones —respondió algo seco—. Ofrezco a mis clientes lo que desean y, a cambio, ellos me dan importantes sumas de dinero. Llevo años invirtiendo en bolsa para hacer crecer mi pequeña fortuna.

—¿Algo así como un agente de bolsa?, ¿un bróker?

—Algo así.

—Siempre me ha alucinado la capacidad de algunas personas con los números. Yo soy una negada. Las mates nunca fueron mi fuerte.

—En mi caso nada era mi fuerte, siempre fui un pésimo estudiante. —Era la primera vez que se explayaba contándome algo de él, así que sentía muchísima curiosidad. Decidí empujarle un poco más.

—Pero eres muy listo, ¿cómo es posible que se te diera mal estudiar?

—Supongo que, cuando quienes te enseñan lo hacen a base de golpes y castigos, logran arrancarte de cuajo el amor por el aprendizaje. —Recordé lo que me había contado de las monjas y el colegio interno.

—¿Y tu madre no decía nada? ¿Por qué no te sacó de allí?

—Mi madre vivía en su mundo, siempre lo ha hecho, y le convenía más creer lo que le contaban que darse cuenta de lo que verdaderamente estaba

sucediendo. Era mucho más fácil creer que todo iba bien, que yo era un mentiroso con ganas de llamar la atención para que me sacara de allí y no que era una víctima de maltrato infantil a cargo de las siervas de Dios.

—Debió de ser muy duro para ti.

—Lo fue —respondió tajante.

—¿Y tu adolescencia? ¿Fue mejor? —Elevó las comisuras de los labios.

—Esa la pasé drogándome y alcoholizado. Mis amigos, el vicio, las peleas y el sexo eran mi refugio. Hasta que la lie tanto que me echaron de casa.

—¿Cómo que te echaron?

Lo miré espantada. Los adolescentes, a veces, eran unos cabezas huecas, si no, qué me lo dijeran a mí. Damián también había sido un perla de cuidado.

—Digamos que mi madre rehízo su vida y yo no encajaba en ella, así que le dejé vía libre. Con catorce años me largué, hice un intento por regresar años después, pero ya no había espacio para mí en aquella casa. Debía conformarme con visitas a escondidas y llamadas por Navidad. —Solté un exabrupto.

—Menuda cabrona. Perdón —me disculpé, limpiándome con la servilleta sin poder creer que una madre le hiciera algo así a su hijo—. ¿Y la sigues viendo? —Clavó sus ojos verdes sobre los míos.

—Es mi madre —anotó, como si aquella simple palabra lo explicara todo.

—Eso no le da derecho a comportarse como lo hizo, no todo vale, Xánder. Una madre debe estar ahí siempre, sobre todo en los momentos en los que la necesitas. No vale colgarse el título y abandonar a los hijos en la estacada, eso no es ser una buena madre para mí.

—No he dicho que mi madre fuera buena, solo que es mi madre. —Aquella afirmación me impactó—. Con ello tampoco quiero decir que sea mala, simplemente creo que fue una víctima de sus circunstancias. Una mujer

de carácter débil que siempre estuvo buscando que alguien cuidara de ella y, cuando lo logró, lo demás dejó de existir.

—¿No sientes rencor hacia ella? ¿Qué hace un crío de catorce años en la calle?

—La perdoné hace mucho porque aprendí que no se puede vivir anclado en el rencor. El resentimiento te enferma y muchas de las enfermedades se producen por malos sentimientos que nos envenenan la sangre.

—Ya lo había escuchado alguna vez, pero yo no sé si la hubiera podido perdonar. ¿Y qué hiciste cuando te viste en la calle? —Sentía curiosidad por cómo sobrevivía un chaval a esa edad.

—Vivir como pude. —Me contó que se había largado de Bilbao haciendo autostop, que lo había recogido una pareja con quien mantuvo una relación poco convencional. Cómo había dado tumbos hasta terminar viviendo en la indigencia, durmiendo entre cartones y vendiendo pañuelos de papel. Se me hizo un nudo al pensar en ese joven Xánder, carente de toda protección. Aunque lo contara en un tono neutro, no podía evitar tener el corazón encogido en un puño.

—Terminé viendo un anuncio en un club de *striptease* que me sacó de todo aquello —finalizó.

No estaba segura del motivo, pero me daba la sensación de que no me lo contaba todo, aunque, para ser la primera vez que se abría a mí, tuve suficiente y no quise forzar la máquina. Sobre todo, cuando me dijo que ya estaba bien de tanto hablar del pasado. No insistí y dejé que me tomara de la mano para guiarme al interior de la burbuja.

—Eres un superviviente, Xánder Asimakopoulos, y eso me llena de orgullo. Mucho más que si fueras un simple ricachón hijo de papá. —Lo solté de la mano para abrazarlo y acariciarle el pelo. Me sentía emocionada por todas aquellas revelaciones. Que estuviera confiando tanto en mí era dar un paso agigantado a lo que fuera que tuviéramos.

—¿Eso creías de mí? —asentí—. Pues ya ves que las apariencias engañan.

—Mucho—aseveré—. Ahora no vas a volver a estar solo, porque yo me encargaré de no dejarte nunca.

—Nunca es mucho tiempo.

—Nunca es la única palabra que me viene a la mente cuando pienso en separarme de ti. Creo que el mundo se quedaría sin tiempo si conociera cuánto pretendo permanecer a tu lado.

El verde de sus ojos llameó, tomó mi cara entre sus fuertes manos y, literalmente, barrió mi boca.

Fue un beso desesperado, codicioso y territorial.

—Eres mía, pequeña, y yo también voy a cuidar de ti —dijo separándose por un momento, atacando de nuevo con fiereza.

Su lengua seductora envolvía la mía, sediento del placer que nos rodeaba.

Mi cuerpo se pegaba al suyo, hambriento por sentirle por entero. Le quería dentro, muy dentro, solapado a mí, en un banquete donde el único plato fueran nuestros cuerpos y nuestros corazones.

—Ven, tumbate en la cama, esta noche es íntegra para ti.

—Me gusta cómo suena eso...

—Más te va a gustar todo lo que pienso hacerte.

Dejé que Xánder me colocara. Suspiré cuando un juego de pañuelos de seda hizo su aparición para acariciar mi cuerpo con su suavidad.

La sutileza del tejido me enardecía por momentos, impulsándome en cada sopro a ansiar más. Cuando me ató de pies y manos a los postes de la cama en forma de cruz, mi pulso se disparó.

—Contempla las estrellas, Nani, hoy voy a hacer que las alcances una y otra vez. Voy a hacerte bailar junto a ellas para que estalles en una supernova

de placer.

—Me conformo con que me folles de una vez. Eso de no poder tocarte va a ser un suplicio.

—Tranquila, pequeña diosa, todo a su debido tiempo. —Colocó un cojín bajo mis lumbares y me flexionó las rodillas, separándolas, para que quedara completamente expuesta. Por suerte, los pañuelos eran largos y me permitían aquel movimiento—. Preciosa— susurró justo antes de apartarse para acercar su bolsa de viaje a la cama.

—¿Qué tienes ahí?

—No preguntes. Si no, no tiene gracia, debes limitarte a sentir. No voy a vendarte los ojos para que no te pierdas el espectáculo que hay sobre nuestras cabezas, aunque sería lo suyo. Solo quiero que te emborraches de placer — anotó colocándose una especie de guante de goma en su mano derecha. Casi me echo a reír, pues me daba la sensación de estar en la camilla del ginecólogo justo antes de la exploración.

No sé dónde apretó Xánder, solo sé que el guante empezó a emitir un extraño sonido y que, cuando lo acercó a mi cuerpo y se puso a vibrar, creía que me iba a dar una apoplejía.

Era muy intenso. Mi carne temblaba bajo su palma, tenía una especie de pelitos de goma que intensificaban la sensación de goce, multiplicándola por mil. La sonrisa de engreimiento de Xánder no tenía precio. El muy cabrón sabía muy bien lo que hacía, demasiado bien.

—Esto es...

—Lo sé. Siéntelo, pequeña, deja que el placer inunde cada uno de tus poros.

Pasó la mano con delicadeza por todo mi cuerpo. La necesidad por sentirlo en mi centro de operaciones era acuciante, apenas podía controlar los espasmos musculares que emitía mi cuerpo, y eso que estaba evitando concienzudamente mi vagina, acercándose al límite para alejarse, creando una

marea de codicia perenne que latía en cada vello de mi piel.

—¿Te gusta?

—¿Que si me gusta? —pregunté desencajada—. Houston, tenemos un problema. O me tocas donde necesito o, en cuanto metas algo, te lo arranco. — Una sonrisa sombreó en sus labios.

—¿Te refieres aquí? —Fue poner el dedo sobre mi clítoris y al primer toque estallé, vaciando mis pulmones mientras de mí nacía un grito ensordecedor—. Eso es, pequeña, dámelo todo, entrégate. —Comenzó a golpear con contundencia sobre el pequeño botón, alentándolo a seguir y seguir, con pequeñas palmadas que descargaban voluptuosidad a cada impacto.

No recordaba un orgasmo tan largo ni tan extenuante. Cuando terminó, mis jugos caían resbalando hasta el ano. Xánder se sacó el guante y recorrió mi vagina con los dedos, ungiéndolos bien para bajar por ella y penetrar en aquel oscuro lugar donde nadie había estado jamás. No habíamos hecho eso todavía y, pese a estar algo asustada, no dije nada. Mi cabeza era otro cantar, no dejaba de cuestionarse cosas mientras él seguía estimulando con pericia aquella parte de mi anatomía.

—¿Te duele? —preguntó.

—No —le aclaré sin saber muy bien cómo me sentía. Creo que un poco avergonzada era la respuesta.

—El sexo anal puede ser muy placentero si se hace bien.

—Si tú lo dices —respondí agarrándome a los pañuelos de mis muñecas.

—¿No me crees? —Internó un poco más los dedos. Era una sensación extraña.

—Que yo sepa, a mi padre no le hace mucha gracia cuando le revisan la próstata. —Él escondió una sonrisa.

—Eso es porque su urólogo no es tan bueno como yo. —Resoplé.

—Dudo que quisieras meterle los dedos en el culo a mi padre, o que él te dejara. —Esta vez sí que soltó una carcajada.

—Cierto, creo que me quedo mejor con el tuyo. ¿Te estás ruborizando, Nani? —Puse los ojos en blanco.

—Entiéndeme, me tienes maniatada, desnuda y me estás metiendo los dedos en el culo. Muy cómoda no es que me sienta —rezongué.

—La comunicación es fundamental en el sexo y si hay algo de lo que te haga que no te guste o incomode, debes decírmelo. Es lógico que te sientas cohibida, hasta hace dos días eras virgen, así que si necesitas que vayamos más despacio con todo lo que quiero enseñarte, solo has de decírmelo. —Retiró los dedos y, por un instante, quise que no lo hiciera.

—¡No! —exclamé.

—¿No? —inquirió curioso.

—Quiero que sigas, por favor. —Me mordí el labio, nunca había sido una cagueta y confiaba en Xánder. Si él decía que me iba a gustar, seguro que lo hacía.

—Está bien, dame un segundo. —Volvió a su equipaje, cogió un gel y una bolsa de terciopelo.

—¿Qué es eso? —Cuando sacó la vara plateada, me recordó a la que vi en su cajón, la que yo había tomado por un masajeador.

—Es tu nuevo dilatador anal —anunció mostrándomelo. Puso gel en la punta y tanteó la entrada de mi culo con él—. Ya que el que encontraste en mi piso pareció llamarte tanto la atención, he decidido comprarte el tuyo propio. —Lo empujó entre mis cachetes, rotándolo. Solté el aire que estaba conteniendo. No dolía, pero era algo incómodo—. ¿Sigue sin dolerte? —Asentí—. Bien, esto ha de ser una experiencia agradable, si en algún punto sientes dolor, debes avisarme. Los músculos del ano son muy fuertes, así que trataré de ser delicado hasta que te habitúes.

—¿Eso quiere decir que después no lo serás?

—Eso quiere decir que, después, tú misma pedirás más.

—Deja que lo dude —resoplé, provocando que volviera a sonreír. Cada vez parecía más cómodo haciéndolo y, si para ello debía dejar que me diera por el culo, lo haría. Lo que más deseaba era hacerle feliz.

—Y tú deja que yo acepte el reto. Ya tienes metida la mitad. —Le miré extrañada, ni me había enterado. Volvió a meter mano en la bolsa.

—¿Pero cuantas cosas tienes ahí dentro? ¡Parece el *pornobolso* de una mujer!

—Parecido. Como vosotras diríais, llevo lo imprescindible. —Esta vez la que reí fui yo cuando puso vocecilla—. Solo llevo las necesarias para que jamás te olvides de esta noche. —De eso estaba segura.

En esta ocasión sacó una cosa que parecía un micrófono.

—¿No me jodas que te vas a poner a cantar mientras me metes un palo por el culo? —La carcajada que soltó casi hace que se atragante.

—Eres única, Nani, pero lo lamento, aquí la única que va a cantar vas a ser tú. ¿Te gusta la ópera? —preguntó entrecerrando los ojos y bajando esa cosa.

—Soy más de Roooooooooooooock. —Su mano había descendido con el micro, apuntando a mi clítoris, donde se había puesto a vibrar como un loco. ¡OMG! Era muy intenso.

—Eso es, nena, quiero un solo de guitarra en exclusiva para mí. —¿Guitarra? Si tuviera una guitarra se la hubiera estampado en la cabeza. Aquello era el Fairy plus ultra de los vibradores: *con una sola gota, tu vagina explota*.

Mis caderas se levantaban solas en busca de aquel maldito cachivache. ¡Dios bendito! ¡Era espectacular! No podía dejar de empujar y frotarme contra



él como una perra en celo mientras Xánder volvía a empujar el dilatador en mi culo.

—¡Dios! —grité a pleno pulmón.

—No es Dios, sino Xánder, aunque reconozco que a veces nos confunden.

—¡No estoy para gilipolleceeeeeees! —grité a mi torturador, al que le había dado por acercar y alejar el maldito aparato. —Yo tampoco, créeme. ¡Joder, me gustaría que te vieras con mis ojos en este mismo instante! Eres pasión en estado puro.

—Lo que soy es una puta loca por hacerte caso y dejarme atar. ¡Haz algo o soy capaz de arrancar los postes de la cama, hacerte una llave y follarte hasta matarte!

—Hasta la parte de la muerte, sonaba bien... —El muy cabrito seguía jugueteando—. ¿Cómo puedo complacer a mi hermosa diosa?

—Ya lo sabes, Xánder, te quiero dentro. O te metes ahora mismo o te juro que...

La penetración llegó sin avisar, la encontré de golpe, impactando entre mis piernas con Xánder agarrado a mis rodillas, alzándose en todo su esplendor, para empujar hasta el fondo una y otra vez.

Sus gruñidos se mezclaban con mis gemidos. El acto era pura entrega irracional, quería más y más a cada penetración.

Estaba completamente llena, con ambos orificios completamente colmados. El clítoris inflamado de tanta estimulación y la vagina lagrimeando del gusto.

El placer era abrumador y se enroscaba en mí con avaricia, pretendiendo quedárselo todo. Me empeñaba en salir al encuentro de sus envites, cargando de potencia cada impacto. Cuando su cadera se encontraba con mi nudo de placer, lo golpeaba haciéndolo llegar a otra dimensión.

—Eso es, nena, abandónate, entrégate.

El hambre me sacudía por completo, haciendo que ambicionara todo lo que me era entregado. No había nada que no quisiera de él.

Xánder me manejaba a su antojo, aunque en el fondo de su mirada podía ver que su único objetivo, su único afán, era hacerme disfrutar.

Mi corazón aleteaba mientras los músculos de mi vagina se comprimían anunciando el estallido de la tempestad.

—Eso es, pequeña, córrete, córrete. —me alentó volviendo a colocar el micrófono sobre el clítoris. A la primera contracción, salió de mi interior, sacó el dilatador y se entregó hasta el fondo de mi segundo agujero para descargar. Los dos nos corrimos profusamente sin abandonar los ojos del otro, endulzando nuestra agonía en el amor de nuestras miradas.

Xánder tenía razón y le exigí que me penetrara más duro, más profundo, era como si no tuviera suficiente, como si por aquel lugar pudiera entrar y fundirse conmigo como deseaba.

Me quedé laxa contemplando los últimos vestigios de su placer, sintiendo su esencia recorrerme por dentro.

Tras la última sacudida, salió de mí, me desató y me abrazó, acunándome entre sus brazos. Había sido una experiencia única y agotadora. Estaba tan a gusto que no tardé en quedarme dormida, arrullada por el manto de su piel y el arrullo de su corazón.

El mejor lugar del mundo para dormir era sobre el cuerpo desnudo de Xánder.

\*\*\*\*\*

Me desperté al sentir cómo se agitaba. Parecía tener una pesadilla.

—¡No! ¡No! ¡No, por favor! Yo... no puedo, no puedo... ¡Noooooooooooooooooo! —Lo sacudí con cuidado, intentando que su despertar no fuera demasiado abrupto.

—Xánder, Xánder —lo llamé un par de veces. Seguía gritando incluso algunas lágrimas surcaban su rostro—. ¡Joder! ¡Xánder! ¡Despierta, es una pesadilla! —Lo volví a sacudir y, por fin, abrió los ojos sin enfocar, se colocó sobre mí, me abrió las piernas y comenzó a penetrarme con violencia. Me dolía, no estaba lista ni preparada para eso. Intenté gritarle, pero me había tomado del cuello y apenas podía respirar. Sus ojos no veían, estaba claro que era preso de algún estado extraño entre el sueño y la realidad.

Sus envites seguían igual de crudos y duros. Comencé a aporrearle el pecho, intentando sacarle de aquel trance. Cada vez tenía menos oxígeno y ya no era solo el dolor que estaba sintiendo, sino que apenas podía respirar.

Xánder gritó, corriéndose en mi interior, eso y unas palabras soltadas en mitad de la bruma fueron lo último de lo que fui consciente...

—¿Nani? ¿Nani? ¡Mierda! ¡¿Qué te he hecho?!

\*\*\*\*\*

Cuando recobré la conciencia, ambos estábamos en la bañera y el rostro de Xánder estaba surcado en lágrimas. Intenté hablar, pero me dolía el cuello.

—Xan... Xánder —murmuré llamando su atención. Me tenía cogida entre sus brazos y no dejaba de sollozar. Cuando los abrió, solo podía ver culpa latiendo en ellos.

—Joder, nena, lo siento, yo no quería, yo no....

—Shhhh, —lo tranquilicé cogiéndole el rostro—. Estabas teniendo una pesadilla.

—Pero eso no justifica lo que te he hecho. ¡Te violé, Nani! ¡Te acabo de violar! ¡Soy un puto monstruo!

—No eres nada de eso, mírame. —No sabía cómo hacerle volver en sí—. Es cierto que yo no deseaba lo que estaba ocurriendo, que intenté detenerte, pero no puedes culparte por tener una pesadilla y dejarte llevar. Yo no debí intentar despertarte, fue un fallo de ambos, no pasa nada.

—¿Que no pasa nada? ¡Claro que pasa! ¡Mira lo que te he hecho! ¡Casi te mato! —gritó llevándose las manos al pelo para tirar con fuerza de él.

—Lo que me has hecho es ser la mujer más feliz del mundo. Nunca nadie había hecho tantas cosas maravillosas por mí. Lo que ha ocurrido ha sido un accidente, no debes atormentarte por ello, a todos nos puede pasar algo así. Mírame, Xánder. —Abrió los ojos, mostrándome un terrible dolor que era incapaz de absorber—. Todo está bien, esto quedará como una mera anécdota para la posteridad. Te quiero y te perdono, porque en ese estado no eras tú, estabas soñando.

Agitaba la cabeza de lado a lado.

—Es imposible, no me puedes querer, no merezco que alguien como tú me quiera. Soy un puto desastre, lo jodo todo.

—¿Pero qué tontería es esa? ¿Cómo no vas a merecer que alguien te quiera? Escúchame bien, señor Asimakopoulos, tú no decides si te quiero o no, eso solo lo decido yo y quiero que te quede muy claro que te amo. Me da igual si no sientes lo mismo por mí, sé que eres un cabezota, un testarudo y que la vida se ha encargado de ponerte las cosas difíciles. Pero eso no implica que no seas merecedor de que alguien se enamore de ti como lo he hecho yo. Te quiero y, por muy idiota que te pongas ahora, voy a seguir queriéndote.

Sus ojos pestañearon varias veces incrédulos.

—Tú no me quieres.

—Oh sí, claro que te quiero, si no fuera así no aguantaría todas tus neuras y no te llevaría a comer a mi casa para presentarte a toda mi familia, dentro de

unas horas.

—¿Cómo?! —aulló.

—Lo que oyes, que mis padres te quieren conocer, y mis hermanos también. —Me mordí el labio inferior. Tal vez no había sido el mejor modo de comunicárselo, pero ya estaba hecho.

—¡No puedes presentarme a tu familia!

—¿Y por qué no? ¿Es que no quieres tener una relación conmigo? ¿Soy acaso un simple polvo?

—¡Claro que no! ¡No eres un simple polvo! —Sabía que estaba jugando sucio, pero era la única manera de hacerle reaccionar.

—¿Entonces qué soy, Xánder? ¿Una *follamiga*? ¿Una empleada a la que te tiras? ¿Qué? —Sacudía la cabeza.

—No puedo etiquetar lo nuestro.

—Pues yo sí. O estás conmigo o no lo estás, así de simple. No espero que me digas que me amas si no lo sientes, supongo que para alguien a quien han rechazado tanto como a ti es un término difícil de digerir. Pero sí que quiero que tengas claro que yo sé lo que siento, que te quiero en mi vida, y no como un amigo o como un jefe o alguien a quien me tiro los fines de semana. Te quiero en mi vida para compartirla contigo, tanto los buenos como los malos momentos, en mi cama y fuera de ella, y para mí eso tiene una definición muy clara. Quiero que seas mi pareja, mi chico, mi novio, mi capullo o como quieras llamarle. ¿Qué quieres tú?

Xánder seguía mudo. Sabía que, con mi palabrería, lo estaba colapsando, pero yo tampoco quería perder el tiempo con alguien que no perseguía lo mismo que yo. No me importaba esperar, siempre y cuando fuéramos en la misma dirección.

—¿Xánder? ¿Estás dentro o estás fuera de esto? —Nos señalé a ambos. Él resopló, le estaba costando un imperio decidir, así que me dispuse a facilitarle

las cosas. Me puse en pie.

—¿Adónde vas?

—A llamar un taxi. Me largo, así te daré espacio para que puedas decidir qué quieres y qué somos.

—¡No! —exclamó poniéndose en pie.

—¿No? —inquirí levantando una ceja.

—Tengo muy claro lo que quiero, aunque sea una puta locura.

—¿Y qué es?

—A ti, te quiero a ti, aunque no sé si voy a ser capaz de ser el hombre que necesitas o ponerle a esto la etiqueta adecuada. —le sonreí despreocupada.

—Me conformo con que te limites a ser el hombre que eres. Todo saldrá bien, Xánder, si ambos ponemos de nuestra parte. Y por lo de la etiqueta, no te preocupes, creo que la de capullo es la que mejor te va. —Él sonrió.

—El capullo más afortunado del mundo.

Me puse de puntillas y lo besé con todo el amor que sentía, ese que nacía de algún lugar de mi pecho, para anunciarme que él era el único a quien iba a ser capaz de amar. Y él respondió con creces, amándome de la manera que él sabía, esa en la que las palabras quedaban vacías por tanta intensidad.

## Capítulo 23



Miraba de reojo a Nani mientras conducía hacia la casa de sus padres.

No estaba seguro de estar haciendo lo correcto.

Era como esas imágenes del demonio y el ángel, cada uno aposentado en uno de mis hombros, susurrándome al oído.

Uno diciendo que lo tenía que intentar y, el otro, que la dejara marchar, que solo iba a hacerla sufrir.

Era de locos. Mi realidad era tan sumamente compleja que no entendía cómo había tenido los cojones de haberle dicho que podíamos tener algo más que un sexo fantástico.

Ser pareja llevaba implícitas muchas cosas que no podía proporcionarle o, por lo menos, contarle.

Ser mi pareja implicaba aceptar la sordidez que me envolvía y dudaba mucho que alguien en su sano juicio aceptara que su pareja se prostituyera.

Eso es lo que era, en definitiva, un puto, alguien que traficaba con su cuerpo por dinero. Yo era el principal activo de mi empresa, me vendía por un

puñado de euros desde el día que acepté el trato de Benedikt.

Nunca fue mi elección, pero la vida se había encargado de arrojarme allí una y otra vez. A que mi cuerpo fuera vendido, manoseado y ultrajado por todos aquellos hombres que me hacían sentir que valía poco más que una mierda.

No importaba la fortuna que cobrara cada vez que estaba con uno de los hombres elegidos por Benedikt. El resultado siempre era el mismo, me convertía en una mercancía capaz de realizar las acciones más sórdidas para complacerles.

Un muñeco adiestrado para complacer, para dar o recibir placer, dependiendo de los brazos que me tomaran.

*Tras mi primera noche de iniciación en casa de Benedikt, seguí el contrato al pie de la letra. Jamás podría revelar a nadie qué me unía a él o Julie dejaría de recibir su tratamiento.*

*Era de su propiedad, podía hacer conmigo lo que le viniera en gana, así estaba estipulado y así había sido hasta el momento. Eso incluía cederme a sus amigos por cuantiosas sumas de dinero, utilizarme de moneda de cambio para sus propósitos y hacerme participar en sus orgías y bacanales.*

*Eso fue lo que firmé aquella noche. Por un lado, yo era el pago para que mantuviera con vida a mi hija en su hospital. Él no quería dinero, solo a mí. Y la otra parte era que podía cederme a terceros, para complacer a uno o a varios hombres a la vez, a solas, en saunas, hoteles, o en sus fiestas privadas.*

*Digamos que Benedikt era mi chulo, y no por necesidad, sino por afición. Era uno de sus chicos, su favorito, al que todos deseaban y por el que recibía grandes cantidades de dinero. Gracias a ello, mi cuenta bancaria se engrosó a un ritmo tan desenfrenado como las depravaciones en las que me hizo participar.*

*Habían pasado muchos hombres por mi cuerpo, y yo por el de ellos.*



*Personas de gran poder habían pretendido quedarse conmigo, comprándome, ofreciéndole a Benedikt cantidades indecentes de dinero para que me quedara con ellos en exclusiva. La esclavitud sexual no era algo tan alejado como nos hacían creer en las noticias.*

*Yo era esclavo de políticos, actores, abogados... Me encargaba de saciar sus más bajos instintos. Cuanto más dinero tenían, mayor era el vicio y las exigencias que debía cumplir.*

*Nadie conocía mi doble vida, ellos conocían mi secreto y yo el suyo. A veces me los cruzaba por la calle con su halo de respetabilidad refulgiendo por los cuatro costados, con sus familias perfectas y su pose de buenas personas. Me asqueaba verlos así, tan perfectos de cara a la galería y tan podridos por dentro.*

*Sandra, que ya no vivía, y Chantal, habían sido las únicas personas que conocían mi secreto. Una se lo llevó a la tumba y la otra no lo revelaría jamás, pues ella misma era consumidora y me había metido en aquella sordidez.*

*¿Si me excitaba? En ocasiones. Mi cuerpo se había habituado a reaccionar ante los estímulos. Para ello, mi mente jugaba un papel fundamental, vistiendo la realidad de pura ficción. Aunque no puedo negar que los efectos secundarios eran devastadores, sobre todo al principio. En más de una ocasión vomité ante lo que me hacían, mi estómago no toleraba algunas de las cosas que me obligaban a realizar, se revelaba vaciando su contenido. Pero a ellos parecía no importarles, incluso a algunos les excitaba.*

*Aprendí a tomar distancia con lo que sucedía, enmascaraba la repugnante realidad a la que me sometía con fantasías. Creaba un mundo paralelo en el que maquillaba el escenario de mi interpretación, por sórdido y surrealista que fuera.*

*En determinadas ocasiones había necesitado drogarme para resistir, en otras, consumir Viagra para que se me levantara, a veces era imposible lograr una erección y necesitaba recurrir a ella para las maratones sexuales a las que era sometido.*

*Sandra me decía que debía tomármelo como si fuera un actor. «Es el papel de tu vida», me decía, «y el de Julie, no lo olvides. Nuestra hija merece todo el sacrificio que estás haciendo». Ese era mi único consuelo, pensar que Julie podría vivir un poco más, aunque eso supusiera que yo muriera por dentro.*

*Un hombre no era como una mujer, no podíamos fingir el orgasmo y prácticamente todos los clientes exigían que me corriera, deseaban que les entregara incluso eso, mi esencia. Anhelaban sentirse deseados por mí, hasta el nivel de exigir mi semen como trofeo. Vacío, así era como me sentía tras cada sesión, sucio y sin alma; carente de todo lo que era y representaba. No me quedaba nada, ni mi hombría, ni mi pundonor, nada. Era un simple cuerpo a merced de quien quisiera pagar por él, por mis servicios.*

*Habitualmente solo debía cumplir los fines de semana, aunque, excepcionalmente, Benedikt me había hecho acompañarlo de viaje y pertenecerle todas las noches.*

*Aquello había sido muy duro. Entregarse a él no era sencillo, porque era un sádico morbosos. Le ponían situaciones que a la mayoría le hubieran asqueado, por eso necesitaba esclavos. Su mente era tan depravada y retorcida que no le valía con una simple mamada o sexo tradicional.*

*Le gustaba dar, recibir, utilizar herramientas de tortura y, sobre todo, vejarme, tanto física como psicológicamente. Eso era lo que más le excitaba, sentir que tenía el poder de dominar y convertirme en su puto esclavo sin límites.*

*Todos los hombres con los que estaba pasaban un exhaustivo control médico, yo mismo debía pasar cada quince días por el hospital para hacerme las analíticas pertinentes, pues, a veces, las relaciones implicaban no usar condón. En esos casos, Benedikt se volvía muy exigente y escrupuloso. No permitía que nadie me tocara sin estar bien al cien por cien. Él mismo se encargaba en persona de cada revisión y no dejaba pasar por mí a nadie que no estuviera completamente sano.*

*Con el dinero que fui ganando y el tiempo libre que disponía, me interesé por el mundo de la banca y las inversiones.*

*Para saber dónde invertir necesitas una mente aguda y muchos contactos influyentes, y de esos tenía unos cuantos.*

*Me dediqué a aprender a jugar con el dinero hasta tal punto que le pedí a Benedikt que no me prostituyera más.*

*—¿Me estás diciendo que quieres romper el contrato? —me preguntó tras el fallecimiento de Sandra—. ¿Acaso no vas a seguir costeando el ingreso de Julie porque su madre ya no está entre nosotros?*

*Estaba destrozado. La muerte llegó casi sin darme tiempo a despedirme de ella. Un día comenzó a sentirse mal y me pidió que la llevara al hospital de Benedikt. Fue fulminante, según él tenía un cáncer en estado muy avanzado. Tras quitarle lo necesario para investigar, la incineraron, devolviéndomela en forma de urna y cenizas. Sandra, al enterarse de la noticia, había firmado un consentimiento para que aprovecharan lo que pudieran para estudiar la enfermedad. Nunca habíamos hablado de ello, ni siquiera sabía si hubiera preferido un entierro tradicional. Según Benedikt, aquella fue su última voluntad y así la dejó firmada en un papel que adjuntó a la urna. No pude despedirme de ella como me habría gustado, diciéndole que no se preocupara, que yo iba a encargarme de Julie. Todo fue demasiado rápido.*

*—No —le respondí tajante—. Sé que la vida de mi hija depende de ese contrato y que tú nunca aceptarías mi dinero para tratarla, ¿cierto?*

*—Cierto. —Paseó su mano por mi cuerpo desnudo—. Lo que quiero de ti es esto. —Puso su mano en mi miembro y comenzó a pajearme—. No me interesa nada más que tu polla y tu sumisión. —Me besó en la boca y fue descendiendo por mi cuerpo a mordiscos, hasta dar un lametazo desde la base de mi erección al glande—. Sabes cuánto me gustas, eres mi esclavo predilecto, por eso eres al que más solicito. Pero no quiero tu dinero, Xánder, te quiero a ti, y sabes perfectamente que no hay ningún otro hospital donde puedan tratar la enfermedad de tu hija, además del riesgo que correría si la trasladaras a cualquier parte.*

*Era cierto. Le había dado mil vueltas, incluso había preguntado en muchos sitios a escondidas de Benedikt. La respuesta era siempre la misma, desconocían aquel tipo de enfermedad y no se hacían cargo de lo que sucediera.*

*—Lo sé, por eso no te he pedido romper el contrato. Solo que me libres de venderme a otros.*

*Su boca succionó con fuerza, arrancándome un gruñido. Era bueno con eso, siempre lo había sido.*

*—Lo pensaré. Y ahora, concéntrate, Xánder, quiero que te corras en mi boca, deja ir el dolor por Sandra así, conviértelo en placer. Sacia mi sed y ya hablaremos más adelante de tu futuro a mi lado.*

*Me costó un año que aceptara, pero finalmente lo hizo. Desde entonces solo me debía a él y a sus fiestas privadas o compromisos muy puntuales, por los que seguía cobrando.*

No podía contarle eso a Nani y ocultárselo era una putada, merecía saber quién era el trozo de mierda con el que estaba y decidir si eso era lo que quería a su lado. Por eso estaba asustado. ¿Quién iba a querer compartir su vida con alguien así? Con alguien capaz de renunciar a su persona y entregar aquella parte de su intimidad a otros. ¿Qué cojones iba a hacer?

—Hemos llegado —anunció cantarina con una sonrisa de oreja a oreja. Mi humor se había visto afectado por los pensamientos recurrentes que azotaban mi mente. Debía remontar, alejarlos de ella, centrarme en lo bueno y dejar que disfrutara de su día.

Habíamos alargado la estancia en el hotel. Tras tomar un buen desayuno, volvimos a perdernos el uno en brazos del otro y, finalmente, dimos un paseo por el pueblo, como cualquier pareja normal.

Cuando se acercaba el mediodía, tomamos el coche para poner rumbo a casa de sus padres, tal y como le había prometido.

Estaba nervioso, me sudaban las palmas de las manos. Nunca había asistido a un compromiso que me atara emocionalmente tanto como aquel. Le hice parar por el camino para comprar una botella de vino y un ramo de flores. No me gustaba ir a casa de nadie con las manos vacías.

Seguía con su regalo en el bolsillo, me había dado cierta inseguridad entregárselo, pero no podía postergarlo más.

—¿Vamos? —preguntó desabrochándose el cinturón de seguridad.

—Espera un minuto, todavía no te he dado tu regalo. —Me miró extrañada.

—¿Más? Creí que la noche de hotel, con todo lo que conllevó, era mi regalo. ¿Crees que con todo eso no tuve suficiente? —Sonreí tímidamente.

—Para mí nada es suficiente cuando se trata de ti. —Saqué una cajita y se la tendí. Me miró emocionada.

—Xánder... —balbuceó sin cogerla.

—Tranquila, es un detalle, no le des más importancia de la que tiene. Simplemente me recordó a ti y sentí la necesidad de comprarlo.

—Está bien, veamos qué hay ahí dentro. —La tomó entre sus dedos, abriéndola como si se tratara de algo sumamente delicado y valioso. En cuanto los ojos impactaron contra el contenido de la caja, se llenaron de regocijo.

—¡Es preciosa! ¡Me encanta! —exclamó entusiasmada.

—¿Puedo? —le pregunté pidiéndole permiso para colocarle la manzana de oro amarillo alrededor del cuello. Estaba hecha en 3D, pensada justo para que cayera sobre su corazón, allí donde palpitaba el recuerdo de lo que había sucedido entre nosotros. Me gustaba pensar que la llevaría ahí, como si de aquel modo también me llevara a mí.

—Por supuesto —. Me ofreció su cuello y yo se la abroché.

—¿Qué tal me queda?

—Es casi tan perfecta como tú. —Ella sonrió ante el cumplido.

—¿Lo de la manzana es porque solo piensas en comerme? —preguntó seductora.

—Más bien porque eres mi única tentación, la única que me he permitido en mucho tiempo. Además, tiene muchísimas simbologías distintas dependiendo de la cultura.

—Oh, seguro que sí, yo sé la de Adán y Eva. Ella le tentó con la manzana y Dios les expulsó del paraíso para llevar una vida llena de penurias y mucho sexo.

—¿Eso de mucho sexo de dónde lo has sacado? —Nani resopló.

—¡Te parece poco parir a toda la humanidad! Esos dos tuvieron que follar mucho. —No pude dejar de reír en un buen rato. Nani era la única, capaz de convertir mis días nublados en unos repletos de arcoíris.

—¿Te he dicho que eres increíble? —le pregunté acercándome a sus labios.

—No lo recuerdo, pero podrías hacer que recordara... —Cerró los ojos, abrió la boca incitante y la tomé por la nuca, dispuesto a conquistar aquella dulzura que me ofrecía.

—Vaya, veo que la relación avanza con paso firme, señor Capullo. —La voz femenina y algo gritona nos interrumpió, provocó que me girara en redondo dando por finalizado el beso, incluso antes de empezarlo.

—Yo también me alegro de verte, em... —Se me había ido el nombre.

—Vane —dijo tendiéndome la mano—. La fresca de mi amiga nunca nos llegó a presentar, aunque entiendo perfectamente el motivo: te quería solo para ella. —Le estreché la mano. Esa chica era pura energía y desparpajo.

—Xánder. Encantado de conocerte y, aunque no nos ha presentado, sí que me ha hablado maravillas de ti. —Ella asintió complacida ante mis palabras.

—¡Vane, eres la repera!

—¡Dirás la rehostia! Eso de repera suena a cantante de rap, y ya sabes que lo mío son los tintes y las tijeras, no la música.

—Desde luego. Cuando te dio por ir al Karaoke, la gente salía espantada al escucharte.

—Porque no entendían mi talento musical. Hay chefs que deconstruyen platos y yo deconstruyo canciones. Por cierto, ¿pensáis quedaros todo el día ahí? Ya sabes la rabia que le da a tu madre que la comida se enfríe.

—Lo sé. —Nani salió fuera del coche.

—¿Y tú te quedas a comer, guaperas?

—Eso parece —afirmé, saliendo también.

—Me da a mí que va a ser una comida bien movidita —. Vane llevaba el pelo corto, estilo *bob*, creo que se llamaba así, Sandra se lo había cortado alguna vez de aquel modo, pero como lo tenía ondulado no le sentaba igual de bien. La chica que tenía frente a los ojos lo tenía muy liso y teñido en color violeta.

—¿Y ese pelo? —preguntó Nani.

—¿Te gusta? Es mi nuevo *look* para entrar en la casa, estoy como loca. — Agitó la cabeza y se atusó el pelo, mostrando sus dientes perfectos con un brillantito superpuesto en el último incisivo.

—¿En qué casa? —No sabía de qué hablaban y me sentía algo fuera de lugar.

—¡Es que mi amiga no te ha contado nada! ¡A saber qué te ha dicho sobre mí si obvia lo más importante! —exclamó tomándome del brazo y colgándose en él—. Soy la futura ganadora del maletín de *Gran Hermano singles*. Dentro de un par de meses saldré de la casa de Guadalix de la Sierra con un buen fajo de billetes y mi sueño en la punta de mis tijeras.

—Dirás de tus dedos —la corregí. Ella negó—. Para nada, mi sueño es montar una cadena de peluquerías, así que pasa por la punta de mis tijeras, sí o sí.

—¡Ah!, ok, comprendo. —Estaba claro que aquella chica era tan peculiar como Nani.

—Las *celebrities* pelearán por asistir a mis salones, dedicados a cortes y coloraciones extremas.

—Así que quieres peinar a las estrellas.

—No exactamente. Yo solo quiero llenar el mundo de color, que últimamente está muy gris. Abriré dos líneas, una más pija y otra de barrio, ofreciendo calidades similares para todos los bolsillos. Que una viva en Cornellà no quiere decir que no le guste llevar el *look* de Rihanna. Así que voy a adecuar mis salones a la economía de mis clientas.

—Me parece un gran sueño —afirmé.

—Yo también.

—¡Eh, vosotros dos! ¡Qué yo también existo! —protestó Nani, trayendo el vino y las flores.

—¡Lo sabemos, *neni*, ven aquí entre nosotros! —Vane le cedió el sitio para plantarle dos besos.

—Sabes que te súper adoro, y a la que más voy a echar de menos es a ti. Aunque, sabiendo que tienes a este pedazo de maromo al lado, me quedo mucho más tranquila, seguro que sabe cómo entretenerte—. A Nani se le subieron los colores.

—Eso no lo dudes ni por un momento, la dejas en buenas manos —corroboré guiñándole un ojo a la chica del pelo morado.

—Menudo par estáis hechos —bufó Nani—. Venga, que al final sí que se nos hará tarde.



Subimos al piso. Estaba claro que Nani procedía de una familia humilde, pero, por lo que había contado, muy unida.

Nos recibió su madre, que se mostró muy complacida ante el ramo de flores, casi tanto como su hija con el colgante. No se parecía físicamente a Nani, aunque era guapa y se conservaba bastante bien.

Cuando le di dos besos, enrojeció igual que su hija, e hizo un gesto con la mirada que sí me recordó a ella. Se la veía una buena mujer, de esas que te dan sabios consejos y cuidan de sus hijos. Me hubiera gustado que mi madre fuera como aquella.

La última vez que yo vi a la mía había sido en Navidad. Me había acercado a Bilbao a visitarla, a ella y a mi hermano, que no tenía nada que ver conmigo. Rondaba los dieciocho y no tenía oficio ni beneficio. Había dejado los estudios hacía tiempo y se dedicaba a vivir del dinero que le daban mi madre y José Mari. Nada le venía bien, decía que, para mil euros que le iban a pagar en un almacén, mejor se quedaba en casa. Y eso era lo que hacía, estar en casa y salir con los amigos.

No era un mal chico, pero no habían sabido educarle. La ley del mínimo esfuerzo era la que regentaba su vida. A mi madre y José Mari no parecía que les molestara aquello, cosa que no entendía tras lo intransigente que se había mostrado conmigo mi padrastro en el pasado. Pero ya se sabe, cuando los hijos son propios, las cosas cambian.

Ella se limitó a enumerar el listado de todas sus dolencias físicas. Tenía problemas de rodillas, dentales y estaba muy deprimida. Hacía un par de meses que el padre de su marido había fallecido y ella se había dedicado a cuidarlo durante los últimos cinco años.

Curioso, lo que no me había cuidado a mí lo había hecho con un hombre que no le tocaba nada. Se me hizo un nudo en el estómago al pensar en cómo se debió ocupar de él mientras a mí me había abandonado a mi suerte, como a aquellos perros que crecen y molestan a la familia que los había criado, esos a los que se abandona en medio de una carretera porque el hotel que han cogido para las vacaciones no admite mascotas. ¿Eso había sido para ella? ¿Una mascota olvidada en medio del camino?

Dolía mucho contemplar las miradas cómplices entre mi hermanastro y ella, escuchar sus conversaciones en las que me encontraba fuera de lugar. ¿Qué pintaba yo allí? ¿Cuál era mi lugar en aquella ecuación? La tristeza lacerante me embargaba a cada gesto descuidado: cuando le ajustaba el jersey, le ponía bien el pelo o, simplemente, le recriminaba que iba a coger frío así vestido.

Ya no recordaba si conmigo se había comportado de ese modo alguna vez tras su matrimonio. ¿Cómo reaccionaría si alguna vez le contaba lo que me había visto obligado a vivir por no contar con un techo sobre mi cabeza? Muchas veces me reconcomía la necesidad de contárselo, de que se diera cuenta en lo que me había convertido. Pero nunca me atreví a hacerlo, decir en voz alta lo que era significaba reconocer al monstruo en el que me había convertido.

Ella no sabía prácticamente nada de mi vida y prefería que fuera así, a veces la ignorancia te hace ser más feliz. Tampoco es que me preguntara en exceso, supongo que a ella tampoco le interesaba conocer todas mis miserias. A su manera era feliz en la burbuja que había erigido a su alrededor, con su nuevo marido y su nuevo hijo.

Cada vez que llevaba diez minutos con ellos ya temblaba de deseo por marcharme. Una fina capa de sudor recubría mi cuerpo, haciéndome temblar ante la visión familiar. Ellos sí que eran una familia, se palpaba en el modo en que cruzaban sus miradas, en los gestos de desacuerdo de mi hermano al recibir afecto en público. Me corroía ver cómo se comportaban con él y, automáticamente, mi parte más visceral lo comparaba conmigo.

En sus discusiones entreveía cómo toleraba cosas que a mí no me habrían permitido viviendo bajo su techo, cómo relataba las discusiones con José Mari, como si solo se tratara de una mera anécdota, tras el comportamiento de mi hermano. No podía evitar mirarle fijamente, él seguía allí, comiendo caliente y viviendo con ellos, comportándose como un malcriado sin que nada le ocurriera. Él seguía viviendo bajo la comodidad de dos personas que lo amparaban por mal que hiciese las cosas.

No le habían echado a la calle cuando le pillaron fumado y conduciendo el

coche de su padre. No le habían invitado a irse cuando la Ertzaintza descubrió plantas de marihuana en el balcón de su habitación.

Hacía lo que quería sin sufrir consecuencia alguna, sin que los reproches se convirtieran en una maleta en la puerta, como me había ocurrido a mí. ¿La diferencia? Estaba clara: él era hijo de ambos y yo un simple añadido.

Juro que intenté odiarle desde que ocupó el lugar que era mío, pero no pude. Siempre había sido un niño afable y cariñoso que se empeñaba en llamarme *tato* cada vez que me veía. Y yo era incapaz de echarle la culpa de la ineptitud de mi madre o de su falta de coraje para mantenerme a su lado.

Creo que aguanté una hora allí, todo un récord. Después cogí el coche y regresé cagando leches a Barcelona. Ellos tenían su vida y yo la mía, eso no iba a cambiar por muchas visitas que les hiciera.

Tras la recepción de la madre de Nani, pasamos al salón. Allí había cuatro hombres, tres jóvenes muy parecidos, que me fueron presentados como mis cuñados: Andrés, Bertín y César. Sentado en una silla de ruedas, apostado en la mesa, estaba un hombre que era la réplica en mayor de ellos tres. El padre de Nani, Andrés padre, me miraba ceñudo, como si fuera el usurpador que pretendiera robarle su mayor tesoro.

—Así que tú eres el griego —fue lo primero que me dijo, resoplando.

—Así es, señor Estrella, aunque prefiero Xánder si no le importa. Hace mucho tiempo que vivo en Barcelona y prácticamente me crie en Bilbao, así que podría decirse que soy español.

—¿Tus padres son vascos? —prosiguió como si no le importara lo que había dicho.

—No, solo es el lugar que mi madre escogió para criarme junto a ella.

—¿Viuda?

—Así es, aunque se volvió a casar. Rehízo su vida con un bilbaíno y tienen

un hijo en común.

—Lamento tu pérdida. La gente del norte suelen ser buenas personas.

—No se preocupe, apenas le conocí. Y sobre lo de buena gente, creo que la región es lo de menos, o se es buena persona o no se es, así de simple. —El asintió. El ambiente era algo tenso y no estaba muy seguro de cómo relajarlo.

—Así que tú eres el ricachón que ha pescado mi hermanita. Menudo cochazo que tienes, no me extraña que te haya dejado que te metas en su... — Hizo una pausa dramática—. Piso. —El que había hablado era César. Me contemplaba con los brazos cruzados.

—No empecemos —le advirtió Nani.

—Eso, hoy es el cumpleaños de tu hermana y es un día para celebrar, no para que os lancéis pullas. Discúlpate con *Sande* ahora mismo.

—Xánder, mamá, se llama Xánder —la corrigió Nani.

—Eso he dicho, *Sande* —corroboró apretando el gesto. Sonreí por lo bajo, tenía un deje andaluz que le impedía pronunciar bien mi nombre.

—*Sande* es perfecto, lo ha dicho maravillosamente bien, señora — respondí provocando una sonrisita de deleite en el rostro de la mujer—. Señor Estrella, me he permitido traerle un vino, su hija me ha dicho que es un gran aficionado a la enología.

El hombre observó la botella que le acerqué.

—Así es. Después del accidente empecé con nuevas aficiones. Ya que no puedo conducir, ahora puedo apreciar el buen vino, porque ya nadie me va a hacer soplar.

—Lamento lo de su accidente, señor.

—No más que yo. Pero uno debe conformarse con lo que le viene y seguir adelante.

—¡Exacto! —afirmó Nani—. Mi padre es un gran luchador y todos le admiramos mucho por ello. —Se acercó a él con adoración y ambos se besaron.

—Feliz cumpleaños, pequeña.

—Gracias, papá.

—Siéntate a mi lado, Xánder —me ofreció el patriarca de la familia.

—Con gusto. —Todos ocuparon los lugares, que parecían designados. Nani se sentó a mi lado y miró al frente, triste, al lugar donde había una silla vacía, justo delante suyo. Hoy era su día, pero también el de Damián, lo recordé al ver a Vane sujetando un marco con la foto de su mellizo y colocándola frente a la silla. Nani subió los ojos hacia los de su amiga.

—Él no podía faltar, aunque este año no esté, siempre va a tener su sitio —anunció la chica emocionada.

El padre de Nani endureció la mirada al contemplar la imagen mientras ella se deshacía en hipidos de congoja.

Le acaricé la espalda para sosegarla y Nani se dio la vuelta, enterrándose en mi abrazo sin que nadie dijera nada al respecto.

La consolé ante su familia y ellos aceptaron sin problema que fuera yo su refugio.

Me admitieron en la familia desde el mismo momento en que crucé el umbral, sin demasiadas preguntas, y eso me descolocó por completo. Parecía que para ellos era suficiente con que Nani me quisiera a su lado. No me sentí un extraño en momento alguno, sino completamente aceptado.

El único que se mostró algo reticente fue César, aunque no creo que fuera por mí. Parecía que tenía algo con su hermana que los distanciaba y me hacía ser el blanco perfecto para sus dardos.

Por suerte, no lanzó demasiados. La comida fue bastante cordial y los ánimos se fueron relajando progresivamente. Todos estaban dispuestos a

celebrar el día que Nani había llegado a la vida y yo, más que ninguno.

## Capítulo 24



Feliz, esa era la única palabra que me venía en mente cuando agitaba la pequeña manzana ante mis ojos.

La presentación de Xánder a mi familia había sido un éxito. Pareció caer bien a todo el mundo, y eso era todo un logro.

Estábamos a miércoles y Vane ya había entrado en la casa de Guadalix de la Sierra junto a Borja, el chico que le habían adjudicado de pareja.

Antes de entrar se había despedido de Hugo, el pizzero, al cual le dejó muy claro que lo suyo había sido un simple roce y nada más. Vane iba a por todas, y si para ello se tenía que enamorar, pues iba a hacerlo.

Tenía muy claro su objetivo y no conocía una mujer más tenaz que ella, excepto yo misma. Tenía claro que mi amiga iba a luchar con uñas y dientes para lograrlo.

En la gala de Telecinco se la vio muy desenvuelta y su vídeo de presentación había sido un fiel retrato de quién era, así que no dejó a nadie indiferente.

Estaba claro que «la Vane», como la habían apodado, iba a dar mucho de

qué hablar y muchísimo juego dentro de la casa.

Mi teléfono sonó. Estaba en la parada del aeropuerto, esperando a los clientes que llegarían en el siguiente vuelo.

Miré la pantalla, el número no me sonaba.

—¿Sí? —contesté resuelta.

—¿Señorita Estrella? —preguntó la voz al otro lado de la línea. El acento era muy peculiar y yo era muy buena para recordar los timbres.

—¿Es usted, doctor Hermann? —Una risa retumbó al otro lado de la línea.

—Y yo que pensaba que la iba a sorprender, menuda retentiva tiene. Sí, soy yo, aunque, si no le importa, prefiero que me llame Benedikt. —La piel de la nuca se me erizó.

—Claro, usted también puede llamarme Nani. Dígame, Benedikt, ¿puedo ayudarle en algo?

—Sí, Xánder me facilitó su número. Debo decir que lo engañé un poco, le dije que lo quería para un servicio, pero no es exactamente así, espero que no me lo tenga en cuenta. Un grupo de amigos vamos a hacerle una fiesta privada a Xánder y me gustaría invitarla, es este viernes. Queremos que sea una sorpresa, él es un poco reservado, supongo que ya le conoce. Y creo que no me equivoco si invito a su pareja a la fiesta, no sería lo mismo sin usted y estoy seguro de que no me lo perdonaría, se le ve muy enamorado.

—Ambos lo estamos. —No sabía el motivo, pero necesitaba reafirmarle que el sentimiento era mutuo.

—Lo sé, y es por ello por lo que quiero que venga, sé que a él le hará mucha ilusión verla allí. Recuerde que no puede decirle nada, si no, no sería una sorpresa. No debe preocuparse por nada, mi chófer pasará a recogerla por casa y la traerá, así nos aseguramos de que nadie la vea. No queremos que nada arruine la cara que pondrá al verla. Estoy seguro de que será un momento imborrable para ambos.



—Sí, bueno, no sé. Ese día trabajo, él suele necesitar que lo lleve los viernes.

—Ya, pero este no será así, yo me ocuparé. Solo encárguese de estar lista a las diez, le haré llegar un disfraz, deberá ponérselo para el baile de máscaras. No sufra por nada, tengo su talla, se lo haré llegar antes de la fiesta para que pueda probárselo. —Eso sí que no lo esperaba, un baile de disfraces, quién hubiera dicho que a Xánder le gustara disfrazarse. ¿Y cómo tenía ese hombre mi talla? Tal vez, el ser médico le daba buen ojo—. Mi hombre es muy puntual, solo ocúpese de estar lista y preciosa.

—Puedo ir sola donde me diga, no hace falta que me lleve nadie —observé.

—Ya le he dicho que prefiero que nadie la vea, límitese a arreglarse y estar radiante para ese día. Lo demás déjemelo a mí.

—Está bien, necesitará mi dirección, supongo. ¿O esa también la tiene? —Él volvió a sonreír.

—No, no la tengo. Si es tan amable de facilitármela, ahora mismo la anotaré.

—Por supuesto, apunte. —Pese a que no me hacía mucha gracia, tampoco iba a perderme la fiesta de Xánder después de todo lo que había hecho por mí.

—Hasta el viernes, Nani.

—Adiós —me despedí nerviosa. Cuando colgué me di cuenta de que no le había preguntado el motivo de la fiesta. ¿Tendría que comprarle un regalo o algo así? Mejor asegurar el tiro, algo se me ocurriría, un detalle como el que él tuvo con la manzana.

No me dio tiempo a pensar más, pues la oleada de gente se desató por la puerta del aeropuerto. Ya le daría vueltas a qué llevar para sorprenderlo.

Llegué a casa destrozada. Había sido una noche dura, las carreras se habían sucedido sin tregua, una tras otra. Aunque, cuando llegué al portal y vi

quien estaba en la puerta, se me quitó el agotamiento de golpe.

Xánder estaba allí, de pie, esperándome, con dos vasos de chocolate caliente y unos churros. Corrí precipitándome hacia él. Con el impacto casi provoqué que se le cayese el chocolate. No podía ser más feliz.

—¿Y esto? —le pregunté sin saludarle, señalando todo lo que llevaba.

—Creo que le debía unos churros con chocolate, señorita Estrella. —Le sonreí, pensando en la promesa que me había hecho de comer churros y en cómo esta se había visto truncada.

—Ya veo.

—Dicen que más vale tarde que nunca. —Una sonrisa traviesa se dibujó en su boca.

—Eso dicen, pero estos llegan con tanto retraso que tiene penalización. Lo sabe, ¿verdad? —Subí y bajé las manos por su torso de manera incitante.

—¿Y cuál es la penalización? —preguntó con la mirada oscurecida.

—Suba a mi piso y lo comprobará.

—No estoy seguro de que sea buena idea. ¿Y si es usted una psicópata? —Frunció el ceño en un vano intento de que su rostro pareciera preocupado.

—Podría serlo, pero no. Más bien soy algo caníbal, no debe tener miedo a morir en mis manos. —Lo agarré por el trasero y me froté contra su erección—. Solo a ser devorado. —Él curvó una sonrisa lamiéndose los labios.

—Creo que eso no me importará, me encantaría ser devorado por usted.

Subí las manos hasta su nuca y lo primero que hice fue saciarme contra su lengua. Nada parecía suficiente. Le alboroté el pelo, tirando de él para profundizar el beso con un ritmo salvaje.

—Nena, abre la maldita puerta o voy a follarte en la calle sin importarme las consecuencias, y le van a dar mucho a los churros y al chocolate.

Yo estaba tan excitada como él.

—Está bien, pero hoy mando yo. Si subes a casa, tendrás que dejarme hacer lo que quiera con tu cuerpo y ese manjar que me has traído. ¿Estamos?  
—Él resopló.

—Haré lo que me pidas, pero abre la puerta de una vez.

Solté una risita por la necesidad que dejaba entrever en sus palabras.

Yo también lo necesitaba, y mucho.

\*\*\*\*\*

Una hora después seguía lamiendo churros de chocolate sobre su cuerpo.

—¿De verdad que no se te podía ocurrir nada más pringoso? —preguntó divertido.

—Pues a tu cosita no pareció importarle cuando la degusté sobre un mar de chocolate...

—¿Mi cosita has dicho? —Estaba muy gracioso, repleto de manchurrónes por todas partes. Mis sábanas estaban para el arrastre, pero no importaba, solo el delicioso momento que habíamos vivido satisfaciendo mi fantasía de alimentarme sobre su cuerpo—. Ahora vas a ver en lo que puede convertirse mi cosita. —Esperaba que se lanzara sobre mí y me penetrara, no había dejado que la erección disminuyera ni un ápice, mientras el juego había durado. Pero me confundí, lo que hizo fue lanzarse a hacerme cosquillas. ¡Madre mía, siempre había sido muy cosquillosa! Casi reboto de la cama, grité, pataleé, tiré de su pelo hasta que, de pronto, ambos nos encontramos en el suelo, el somier se había venido abajo. Los dos nos miramos con los ojos muy abiertos sin poder dejar de reír.

—¡Eres un bruto! —Le golpeé.

—Y tú la chica más sexy del planeta, aunque parezca que vengas de un lodazal. —Nos abrazamos y besamos, compartiendo la pegajosidad de nuestros cuerpos. Terminamos en la ducha, dándonos placer hasta acabar saciados y agotados.

Salimos desnudos, nos secamos y cambiamos las sábanas.

—¿Sabes que los futones vuelven a estar de moda? —preguntó mostrándome todos sus dientes.

—¿Y tú sabes que estás muy chistoso últimamente? Ahora voy a tener que comprarme una cama nueva por tu culpa.

—De eso nada —respondió viniendo a mi encuentro—. Iremos juntos a elegir una, invita la casa, dado que yo también pienso disfrutarla —anunció besándome la punta de la nariz—. Ahora toca descansar, debes de estar agotada después de trabajar toda la noche —expresó tumbándose a mi lado para acurrucarme y ejercer de almohada.

—Pero el recibimiento ha merecido la pena. Como mi Vane diría «No hay nada mejor que irse a la cama con la barriga llena y la entrepierna satisfecha»

—Un pozo de sabiduría popular, tu amiga. Por cierto, anoche la vi en el concurso, está claro que es una de las favoritas. Esa chica ha nacido con estrella.

—O lista para estrellarse, según se mire. Vane tiene una personalidad arrolladora y eso no le gusta a todo el mundo.

—Pues a Borja no pareció importarle cuando ella se metió bajo el edredón. —Xánder agitó las cejas.

—¿Ya? —Puse los ojos en blanco.

—Creo que tu amiga no está para perder el tiempo y, definitivamente, va a por todas.

—Eso parece. Como la vea mi padre le da un *parraque*.

—¿Y el suyo?

—Está habituado, Vane es un espíritu libre, lo ha sido desde pequeña. Un día, Bartolo, su padre, llegó a casa antes de tiempo y se la encontró desnuda en su cama, frotándose la cabeza de Ken entre las piernas.

—¡Dios! ¿Y cuántos años tenía?

—Cuatro. Decía que quería quedarse embarazada de Ken a ver si así completaba toda la colección de Barbies.

—¡Jesús! ¿Y por qué pensó eso? Mejor no pregunto... —Sonreí porque imaginaba las elucubraciones a las que estaba llegando.

—Porque la noche anterior pilló a sus padres... —Suspiré—. Ya sabes, con Bartolo metido de cabeza entre las piernas de su madre y, cuando les preguntó qué hacían, a su madre solo se le ocurrió decirle que por ahí se pedían los bebés, que era como la cueva de los deseos y que su padre estaba encargando uno.

—Vaya, como si fuera el McAuto —observó divertido.

—Algo así. —Xánder no podía dejar de reír.

—Madre mía, menudo bochorno para los padres.

—Pues para Vane no supuso ninguno. Dijo que a partir de ese día ella también le pediría cosas a la cueva de los deseos.

—Para verla en ese momento... —Acaricié su amplio pecho. Esos ratos de intimidad con él me encantaban, incluso más que el sexo.

—Mi amiga es única.

—Casi tanto como tú. Anda, duérmete, que yo me esperaré hasta que Morfeo te abrace para irme. —Bostecé, realmente estaba agotada.

—¿Tienes muchas cosas que hacer? Qué pregunta más tonta, seguro que tienes miles, eres un hombre muy ocupado. —Me acarició la mejilla.

—¿Por?

—Nada, porque en vez de que me abrazara Morfeo prefería que lo hicieras tú. Soy una tonta, no me hagas caso, tranquilo que no pasa nada, ha sido una chiquillada. —Su mano había pasado a deslizarse por mi pelo. No sé si me respondió, porque ya me había quedado dormida.

Cuando desperté lo hice sintiendo un golpeteo bajo mi oído. Abrí los ojos con pereza, descubriendo el hermoso cuerpo que había debajo de mí.

—¿Xánder? —pregunté, elevando el rostro hasta encontrarme con sus incandescentes ojos verdes.

—Aquí estoy, ¿acaso esperabas a Morfeo? —Sonreí contra su pecho, con el vello recortado cosquilleando en mi nariz.

—¡No! ¡Sí! Bueno, no exactamente, es solo que no pensé que te quedaras. ¿Qué has hecho todas estas horas, mientras dormía? —Acunó mi rostro entre sus manos para besarme con dulzura.

—Contemplarte y abrazarte, creo que no hay nada mejor en la vida que sentirte sobre mí. —Mi corazón se agitó. Para no ser un romántico me decía unas cosas que me robaban el aliento—. Siempre haré lo que necesites, eres muy importante, mi estrella, nunca lo olvides. Eres aquella que brilla en mi noche más oscura para llenarla de luz y esperanza.

Ya no pude más, me lancé sobre él dispuesta a llenarle de luz todo el cuerpo.

\*\*\*\*\*

Estaba temblando como una hoja. El chófer del doctor Hermann había

venido a buscarme a la hora acordada y yo estaba atacada sin saber por qué.

Miré mi reflejo. Llevaba un precioso vestido de la época de la regencia francesa en color dorado, con un corsé que levantaba mis pechos hasta el límite de la indecencia y una falda que redondeaba mis caderas.

El disfraz se complementaba con una peluca blanca empolvada, que me costó un horror colocarme. En esos momentos echaba de menos a mi Vane.

Unos guantes me cubrían hasta el codo y en el rostro llevaba un antifaz dorado que ocultaba hasta mi nariz. Un lunar de pega decoraba la comisura de mi labio.

No parecía yo. Xánder se llevaría una sorpresa increíble cuando me viera de esa guisa.

Me había mandado un mensaje dándome el día libre, diciéndome que tenía cosas que hacer y que no me necesitaba por hoy.

Me pinté los labios en color rojo sangre, dotándolos de mucha voluptuosidad.

Le había comprado un detalle, un par de gemelos con obsidianas negras. La chica que me los había vendido me dijo que esa piedra era muy protectora, repelía la negatividad y dispersaba los pensamientos poco amorosos. Era justo lo que Xánder necesitaba: protección y pensamientos positivos.

Coloqué la cajita en un pequeño bolso dorado, junto con las llaves de casa, el móvil y un mini monedero. No me gustaba salir sin el DNI y algo de dinero. Nunca se sabía qué podía pasar.

Cuando el timbre sonó, bajé y dejé que el conductor, que era algo parco en palabras, me llevara al lugar donde acontecería la fiesta.

Cuando llegamos, me sorprendió encontrarme en el mismo lugar en el que había estado la última vez con Xánder. No me había dicho que aquella casa era la de Benedikt, pensaba que había estado allí para una cena de negocios con alguno de sus clientes. Claro que, en ese momento, no teníamos mucha

confianza como para hablar demasiado.

Tras recuperarme del desconcierto inicial, el chófer me abrió la puerta, acompañándome al interior de la imponente mansión que se desplegaba frente a mis ojos.

Todo era muy opulento: los suelos de mármol, los adornos del techo, las lámparas de cristal que pendían de él.

Hombres y mujeres paseaban ataviados con disfraces muy similares al mío, bebiendo copas de distintos licores y sonriendo, mientras los camareros paseaban bandejas repletas de comida.

—Por aquí, por favor —me indicó mi guía. Ofreciéndome una copa de vino rosado. La acepté y caminé junto a él, degustando aquella ambrosía.

Me llevó frente a unas puertas dobles, golpeó y, tras el oportuno adelante, las dos puertas se abrieron.

Parecía un salón de cuento de hadas, con dos tronos gemelos donde sentarse. «*El salón del rey y la reina*», pensé.

—Vaya, señorita Estrella, está deslumbrante. —Busqué en la dirección de la voz. Allí estaba Benedikt y debo reconocer que lucía apuesto vestido de aquel modo. Su traje parecía hacer juego con el mío, también era completamente dorado, aunque él no llevaba máscara. Supuse que porque era el anfitrión—. ¿Te gusta mi humilde morada, Nani? —Caminó son elegancia hasta llegar a mi altura, me tomó de la mano y la besó con sutileza sobre el guante.

—Yo no la llamaría humilde, Benedikt. —Él soltó una sonora carcajada.

—Eres refrescante y muy clara, entiendo lo que ha visto Xánder en ti. Ven, acompáñame, sentémonos un rato antes de que todo empiece.

Subimos hasta los tronos, tres peldaños los distanciaban del suelo, como si quien se sentara allí tuviera que quedar por encima de los simples mortales.

—Toma asiento, querida, son realmente cómodos. —Intenté colocar bien



el vestido antes de sentarme, sin derramar el vino. Habría sido imperdonable que lo ensuciara, aquel traje tenía pinta de ser muy caro. —Los compré en una subasta, al principio solo tenía la silla donde estoy sentado yo, pero en un viaje a París que hice con Xánder compramos su gemela, el ejemplar donde estás tú sentada: el trono de la reina. Fue una suerte encontrarlo.

—Son muy bonitos.

—Lo son —afirmó—. Muchos reyes y reinas han pasado por ellos, casi se pueden sentir los siglos de historia deslizándose por la madera. —Sus dedos reseguían el intrincado dibujo. Di otro sorbo a mi copa, estar con ese hombre me ponía nerviosa.

—¿El vino es de tu agrado?

—Lo es, está muy bueno —afirmé.

—Es un Chateau d'Esclans, Garrus Rosé, uno de los mejores rosados de la región, así como uno de los más caros. Se trata de un vino especial, casi tanto como tú, aunque está claro que eres mucho más joven. Este vino está hecho de viñas de ochenta años de edad.

—Todo un anciano —anoté volviendo a llenar mi paladar.

—Cierto, a diferencia de la mayoría de rosados, es un vino elaborado para beber pasados unos años, en botella. Este vino se fermenta en barricas a temperatura controlada y luego envejece durante ocho meses en una de ellas. Otra peculiaridad de este rosado es que permanece en contacto con las lías con revolcados o *battonage* semanales, como los chardonnay de Borgoña. Eso le ayuda a crear complejidad, así como textura y peso en el paladar. —Bostecé ante la explicación. Seguro que a mi padre le hubiera fascinado, pero a mí me producía sueño.

—¿Te aburro?

—No, disculpa, es que estoy algo cansada. ¿Tardará mucho Xánder? —Miró su reloj de pulsera.

—En unos minutos más le tendremos aquí. Será una grata sorpresa encontrarte, seguro que le encanta.

—¿Hace mucho que os conocéis? —pregunté esperando que los minutos pasaran más rápidamente.

—Años, diez u once, apenas lo recuerdo. Cuando llegues a mi edad te darás cuenta de que el tiempo deja de importar. Tú porque eres muy joven, ¿cuántos años tienes?

—Veintidós —respondí alzando algo la voz. Me molestó el tono que usó al preguntar mi edad.

—Lo que yo digo, muy joven, casi podríamos acusar a X de pederastia. Cuando tú naciste él ya tenía trece y se estaba follando a chicas mayores. ¿Te lo ha contado? —Negué.

—No, claro que no, no es de buena educación contar ese tipo de cosas a la pareja. Hay secretos que es mejor mantener en privado, tener tu parcela de intimidad, ¿no crees?

—No estoy de acuerdo —repliqué y él arqueó una de sus rubias cejas.

—¿Ah, no?

—No. Creo que en una pareja ha de haber sinceridad. Si no le cuentas las cosas a tu pareja, si no confías en ella ¿a quién vas a decirle las cosas?

—Un sentimiento muy loable. ¿¿Y qué me dices del perdón, Nani? ¿Eres de las que perdonan con facilidad si se siente traicionada?

—Supongo que depende del calibre de la traición.

—El perdón es un sentimiento muy cristiano. Perdonar significa disculpar a alguien que nos ha ofendido o no tener en cuenta su falta. La palabra griega que se traduce como «perdonar» significa, literalmente, «dejar pasar», como cuando una persona deja de exigir que se le pague una deuda. Jesús usó esta comparación al enseñar a sus discípulos a orar: «Perdónanos nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden». —Genial, ahora me

tocaba aguantar una charla sobre religión, ese hombre era la alegría de huerta. Él siguió a lo suyo mientras yo intentaba refrenar mis impulsos de bostezar de nuevo—. Perdonamos a otros cuando dejamos de guardar resentimiento, cuando no insistimos en pedir una compensación por el daño que nos hayan hecho o por la pérdida que hayamos podido sufrir. La Biblia enseña que el perdón se basa en el amor sincero, ya que el amor «no lleva cuenta del daño». —¿A qué venía toda aquella perorata? Mi familia me había educado en la fe, pero yo no era de ir a la iglesia y esas cosas. Creía en Dios, pero no practicaba. Me forcé a seguir despierta, apurando la copa de vino. ¡Menudo sueño me estaba entrando! A este ritmo me quedaba frita en el sillón de la reina. Benedikt chasqueó los dedos y un camarero que estaba oculto entre las columnas me cambió la copa por una nueva.

—Gracias.

—¿Qué opinas sobre lo que te he dicho? —Intenté hacer memoria y elaborar un discurso propio de lo que se esperaba de mí.

—Pues que perdonar, según tengo entendido, no significa aprobar la ofensa ni actuar como si la persona no hubiera cometido la ofensa o dejar que los demás se aprovechen de uno.

—Cierto, no puedo estar más de acuerdo. Brindemos por ello, por la sinceridad y el perdón, dos palabras de mucho peso en cualquier relación que se precie—. Buff, prueba superada, parecía haberle convencido. Chocamos las copas y volví a beber—. ¿Sabes?, en este mismo salón fue donde Xánder y yo nos conocimos, aquí comenzó nuestra relación. Una amiga nos presentó y, desde ahí, hasta hoy. Él siempre ha sido muy complaciente y generoso conmigo, nunca he obtenido un no por respuesta; siempre entregándose a todas mis proposiciones y gozando con cada aventura. —Soltó una risita—. Cuando llevamos la silla donde estás sentada a que la modificaran fue todo un acierto, antes era un simple trono como el mío, pero ahora no es así. Deja que te lo muestre, verás qué especial se ha vuelto.

Se levantó del asiento, me cogió la copa y la dejó en una mesita auxiliar.

—Apoya bien tus brazos y agarra esa pequeña garra de madera, envuélvela con tus manos. —Su voz era hipnótica, así que dispuse los dedos

sobre la filigrana tal y como sugería—. Eso es, y ahora permíteme, no te asustes, no pasará nada, solo voy a mostrarte una cosa.

Levantó un poco mi falda, justo por encima de los tobillos.

—Coloca los pies sobre esos salientes que ves ahí. Esos que parecen pequeños estribos. —Subí los talones donde me indicaba—. Eso es, perfecto, y ahora aprieta hacia abajo con fuerza. —Pisé y, sin esperarlo, salieron cuatro resortes que me fijaron las muñecas y los tobillos al asiento. Abrí la boca por la impresión de verme maniatada y él soltó una carcajada—. ¡Muy bien, lo has hecho muy bien! Ahora, en cuanto te coloque esto... —dijo sacando una bola de goma con dos tiras—, estarás lista para ver la función. —¿Cómo había podido dejarme engañar de ese modo? ¡Era de manual!

—¡Pero de qué hablas! —exclamé— ¡Suéltame! —le ordené gritando a pleno pulmón, intentando liberarme de los agarres. Pisé con fuerza mis talones, pero aquello no se abría.

—No te esfuerces, pequeña, solo yo puedo soltarte. No sufras, no pretendo hacerte daño alguno, solo que contemples lo que hoy va a acontecer aquí. Recuerda que esta fiesta es para Xánder y tú, su mayor sorpresa. —El tono cínico de su voz me puso en alerta—. Recuerda nuestro tema de conversación, creo que te va a hacer falta.

Me agité con fuerza cuando me forzó con rudeza a que abriera la boca. Metió la bola en mi boca, bloqueando cualquier sonido que pudiera emitir, y fijó la mordaza, una vez atada tras mi cabeza, a la silla.

Estaba completamente a su merced, no podía hacer nada por escapar a lo que aquel loco quisiera hacerme.

«*Xánder, Xánder, ayúdame*», me repetí mentalmente, como si pudiera escucharme. ¿Cómo había podido ser tan estúpida? ¡¿Cómo?!

## Capítulo 25



Los primeros acordes de *Carmina Burana* comenzaron a sonar y eso solo quería decir una cosa: había llegado el momento.

Flexioné mi cuello de un lado a otro, intentando erradicar la tensión que precedía la tormenta.

Era como dirigir un barco directo a un temporal, sabiendo que, tras enfrentarme a él, el casco se resquebrajaría un poco más. No estaba seguro de si algún día el impacto contra las olas sería tan bestia que dejaría de luchar para verme naufragar. Tal vez debería hacer eso, dejarme hundir del todo, rendirme ante lo evidente. No podía hacer nada frente a lo que iba a suceder.

Seguramente debería haberme habituado, pero cuando participaba en una de las bacanales de Benedikt mi cabeza me empujaba a revivir la iniciación como si fuera el mismo día que puse el pie en la mansión.

Esas fiestas las solía celebrar una vez al año, eran las más duras y exigentes. Las que requerían mayor preparación y concentración para no perder el juicio. Aquellas que me revalidaban, año tras año, como el favorito del Rey.

A Benedikt le encantaba jugar, ya fuera tanto sexual como mentalmente.

Era adicto a las guerras psicológicas, a llevarte al límite para hacer cumplir sus deseos. Si querías pertenecerle, lo primero que debías aprender era a borrar la palabra no de tu vocabulario.

Llevaba puesto su arnés de cuero favorito, el collar de esclavo con su insignia, la argolla dorada que me erigía como favorito y el *slip* de cuero negro con cremallera delantera, salvaguardando mi erección.

Había tomado una de las fabulosas pastillitas azules que me permitían funcionar toda la noche. Era indispensable su uso, ya que habitualmente no terminábamos hasta el amanecer y mi amo exigía una erección continuada.

Iba descalzo, los esclavos teníamos prohibido llevar calzado, para no poder usarlo contra ellos. Yo era el único que lucía el arnés y el *slip*, los demás estaban obligados a ir desnudos solo con el collar de sus dueños.

Me estiré en el suelo e hice unas cuantas flexiones, a Benedikt le gustaba que saliera con los músculos hinchados y brillantes. Para ello me aplicaba un aceite efecto calor que dejaba mi piel lustrosa, tal y como él quería.

—X, ¿estás listo? —preguntó la suave voz femenina. Alcé los ojos, ahí estaba mi portadora, Chantal, con una gruesa cadena dorada dispuesta a anclármela al cuello. Asentí con un ligero movimiento de cabeza. Ella se acercó, paseando la palma de su mano por mi torso. La edad pasaba factura y había partes del cuerpo, como las manos, donde se reflejaba que no era ninguna jovencita—. Tan bello como siempre, los años te sientan bien, eres salvajemente hermoso, Xánder. —Descendió para acariciar mi entrepierna, sobándome por encima de la tela—. Tuve mucha suerte de probarte antes que Benedikt, sé que después de estar con él ya no habría sido igual. Tu mirada cambió desde la noche en que te inicié, aunque debo reconocer que ha hecho un gran trabajo respecto a tu obediencia. —Chasqueó la lengua—. ¿Sabes? a veces me arrepiento de no haberme quedado contigo, eras muy bueno en la cama, todavía recuerdo nuestros encuentros con Sandra. Pero la vida sigue, tú ahora eres suyo y yo tengo a Heraclion.

Un joven de unos veinticinco años emergió a sus espaldas.

Lo contemplé abiertamente. Podría haber sido yo diez años atrás, solo que

en mulato. Tenía un cuerpo atlético, unos profundos ojos de un tono similar al mío y un grueso miembro con un aro de constricción colocado.

—Es guapo, ¿verdad? —preguntó sonriente—. Aunque está aprendiendo, aún le queda mucho para ser tan hábil como tú. —Enganchó la cadena en mi cuello y se dirigió a él—. Toma a X como referente, es un gran esclavo.

—Sí, mi ama —respondió el chico bajando la cabeza en señal de sumisión.

— Vamos, X, tu amo te espera para jugar.

Seguí sin hablar durante todo el camino, simplemente no me apetecía dialogar con ella y sabía que a Chantal poco le importaban mis palabras. Estaba allí como todos los que ostentaban el poder, ella formaba parte de la élite, aquella que disfrutaba del circo romano de la depravación. Buscaban sexo y sangre, eso les daba placer, eran codiciosos y no perdonaban jamás. Lo que pudieras decir, gritar o implorar, no importaba. Solo tu propia resistencia ante lo inevitable, que te devoraran los leones.

Respiré profundamente antes de entrar a la sala. Lo hice tal y como se esperaba, con la cabeza gacha, sin mirar a los ojos de los asistentes, lo tenía prohibido, solo fijarme en el mármol del suelo, a no ser, que se me exigiera lo contrario. A los esclavos no se les piden las cosas, se les exigen siempre.

Tenía la lección bien aprendida. El castigo por desobediencia alcanzaba unos límites que ya no estaba dispuesto a rebasar. Solo debía evadirme y soportar. Por suerte, mi mente contaba con un aliciente: Nani, ella iba a ser mi fuerza durante toda la noche.

Pasara lo que pasase, sabía que después estaría con ella, iría en su busca para envolverme en su cálido abrazo. Ella sería mi refugio, mi único motivo de alegría, además de Julie. Ellas dos eran mis anclas a esta vida y por ellas lo daría todo. No quería nada para mí, solo salvaguardarlas de cualquier mal que les pudiera suceder.

A cada pisada el aire abandonaba mis pulmones, y me costaba capturar la siguiente bocanada, como si mi cuerpo quisiera asegurarse de que

verdaderamente quería seguir respirando. Sabía que nada bueno iba a ocurrir, que no habría liberación tras el castigo, sino una larga condena que convertiría mi sangre en pesadas cadenas. Oía el pasar del tiempo en mi cabeza, como si tuviera un reloj implantado en el cerebro. Tic, tac, tic, tac, las agujas no se detenían para mí, pues, si lo hicieran, cargaría con la culpa de arrastrar conmigo a Julie. Si mi vida se apagara, también lo haría la suya y eso no lo podía permitir.

Prefería cumplir con mi penitencia de por vida a que ocurriera eso.

Los primeros años de estar en el hospital, ni siquiera me permitían verla, estaba tan mal que debía conformarme con las fotos que Benedikt nos mostraba a Sandra y a mí. Recuerdo su pequeño cuerpo plagado de tubos en una cama de hospital, esas eran las imágenes que el doctor nos facilitaba para mostrarnos que estaban experimentando con ella continuamente.

A veces no estaba seguro de si había elegido el mejor camino, pero yo no pensaba abandonarla como hicieron conmigo. Le mandaba cartas esperando que alguien se las leyera, no quería que se sintiera sola. Incluso grababa vídeos con la esperanza de que se los pusieran. Sabía que la clínica no era como el internado, pero, aun así, no podía sacarme esa congoja del pecho.

Por suerte, mejoró. Cuando Julie contaba ya con ocho años, empecé a poder visitarla. Sandra había fallecido y la pequeña solo me tenía a mí. Su muerte supuso un duro revés, pues ya no me quedaba consuelo al regresar a casa. Adora era una compañera de Sandra en la agencia de *escorts*, así fue como la conocí. Ambos compartíamos «profesión» y, de tanto en tanto, quedábamos, sobre todo, cuando necesitaba sentir que eran las mujeres lo que realmente me gustaba.

Al principio veía a mi hija un par de veces al año, después pasaron a ser cuatro y, en los últimos dos años, empezamos a vernos una vez al mes.

Eso era signo de su mejoría, pero no de su cura, y eso me atormentaba.

Estábamos frente a la puerta que daba acceso a la sala principal. Allí dentro estarían Benedikt y todos sus invitados.



—¿Listo? —preguntó Chantal.

—Todo lo listo que se puede estar —murmuré.

—Recuerda, solo puedes mirar al suelo. Sigue con la mirada el borde de mi falda y todo irá bien.

—Lo sé, gracias por el recordatorio —respondí tajante.

Ella dio un tirón firme a mi cadena para demostrar su autoridad y arrancamos el paso.

Heracion iba tras de mí. Yo abría el desfile, pues después de nosotros se sumarían los otros esclavos luciendo su collar de propiedad.

Todos estábamos destinados a complacer. Los amos cedían a sus esclavos a quien quisiera utilizarlos. Había hombres, mujeres, transexuales... el Monte Olimpo del sexo. Las fiestas de Benedikt no eran exclusivamente gais, había de todo. El libertinaje no conocía de género, ni la crueldad tampoco.

Caminamos lentamente. Vislumbraba los dobladillos coloridos de los vestidos femeninos, contrastando con los zapatos impolutos, mayoritariamente oscuros, de los hombres.

La música lo embriagaba todo, envolviendo la estancia en un velo de misterio y exaltación. Escuchaba los murmullos de admiración al vernos desfilar, las risas de anticipación, los suspiros inmorales que plagaban el ambiente de lujuria y desenfreno.

Cada cual tenía su papel, incluso su lugar, y yo acababa de llegar al mío. Una estrella de cinco puntas rodeada por un círculo. Yo debía colocarme en el centro, a la par que mis compañeros se colocaban siguiendo la redonda trazada a su alrededor, a unos pocos metros de distancia.

Según me había contado el mismísimo Benedikt, las cinco puntas representaban los cinco elementos: tierra, aire, fuego, agua y la quintaesencia. Si te fijabas detenidamente en la forma de la estrella, era la misma que la del ser humano. La punta de arriba es la cabeza, las puntas que están a los lados

son los brazos y las dos puntas de abajo son las piernas.



El círculo representaba la armonía creada entre los cinco elementos y el ser humano, que yacía encerrado en un campo de poder, el campo que Benedikt alzaba contra todos nosotros.

Chantal me tomó del rostro y me besó. Fue un beso largo, profundo, pausado, recreándose en aquellos momentos en los que nuestras lenguas se buscaron de otro modo. Cuando se dio por satisfecha, tiró de mi cadena para hacerme caer de rodillas junto a los demás.

\*\*\*\*\*

¡No era él! ¡Era absurdo! Debía tratarse de un doble o alguien muy parecido físicamente.

Los ojos me escocían, los estaba llevando al límite para fijarme en cualquier detalle que pudiera indicarme que se trataba de Xánder.

Llevaba unos quince minutos atada en aquel lugar sin que a nadie le importara que estuviera allí, expuesta de aquel modo.

Benedikt había abierto las puertas y los asistentes habían entrado a la sala como si nada. La mayoría me ignoraba y algunos me miraban con cierta

curiosidad. Intenté revolverme para llamar su atención, pero no logré que nadie se cuestionara qué hacía allí, atada, y con una pelota de goma en la boca. Lo que me llevó a la conclusión de que se trataba de una práctica habitual.

—No te agites —murmuró Benedikt en mi oído cuando pretendí levantar las caderas—. Pasarás un mal rato innecesario, aquí nadie va a hacer nada por ti, todos vienen a lo mismo, a jugar, igual que tu querido Xánder, igual que yo. —Fue escuchar su nombre y me activé. Era inadmisibile que él formara parte de todo aquello, aquel tipo quería engañarme, aunque todavía no conocía el motivo. Igual pretendía abusar de mí y aquello iba a convertirse en una orgía conmigo como estrella invitada. Pues lo llevaba crudo si pensaba que se lo iba a poner fácil. ¿Cómo había podido picar? Debería haberle dicho por lo menos a alguien que iba a estar allí, pero ¿quién iba a sospechar del respetable doctor?— ¿Qué ocurre? —preguntó entrecerrando los ojos—. ¿No me crees? Tranquila, lo verás en un rato y no hará falta que te diga nada más, porque tú misma vas a verle en acción. —Parecía estar muy seguro de lo que decía—. Si le amas, deberás aceptar sus gustos sexuales, que son estos. Puede que no sean del todo convencionales, pero son los suyos y deberás respetarlos si verdaderamente lo amas. Eso es el amor, aceptar al otro tal y como es, con sus deseos, sus anhelos, sus costumbres. Él necesita todo esto para ser feliz, y yo, como su mejor amigo, solo quiero su felicidad. Por eso te he hecho venir, para ver si eres la mujer indicada para Xánder. Si es así, te abriremos las puertas a nuestro mundo y, si no es así, deberás dejarlo marchar. —Pero ¿qué decía ese loco? Yo no iba a dejar a Xánder ni con agua caliente. —Hoy es el día de tu elección: o juegas con nosotros o desapareces, así de simple. Tal vez nos sorprendas y te guste. Si es así, te dejaremos participar, a muchos de mis invitados les gustará jugar contigo. —Acarició la porción de piel que quedaba desnuda entre el final de mi codo y el hombro. Su tacto me dio repelús—. Tienes una piel muy suave, ideal para ver cómo enrojece bajo la fusta. —Me resistía a creer que a Xánder le gustara aquello. Una cosa eran los juegucitos en pareja que habíamos hecho y otra muy distinta lo que estaba sugiriendo ese desequilibrado con pinta de Luis XVI. Además, si le hubieran ido ese tipo de cosas, me lo habría sugerido, ¿no?

La ópera que hasta el momento había estado sonando casi imperceptiblemente aumentó a un volumen casi ensordecedor, como si fuera a ocurrir algo apoteósico.

—Atenta, Nani, el espectáculo comienza.

Los invitados se colocaron a ambos lados de la estancia, dejando un largo pasillo a la vista. Al fondo quedaba la magnífica puerta doble francesa, pintada de color dorado. Esta se abrió y una mujer engalanada de rojo apareció como la mismísima María Antonieta. Era mayor y llevaba una gruesa cadena de la cual tiraba. Forcé la vista hasta alcanzar el final de la sala, parecía estar trayendo a alguien que estaba sujeto a la cadena.

El hombre era grande, aunque caminaba algo encogido y cabizbajo. No podía verle con claridad. Le seguían una procesión de cuerpos desnudos, hombres y mujeres que solo llevaban una pieza de cuero atada al cuello. Reconozco que la imagen me impactó, el único que no iba sin nada era el que llevaba la mujer, que iba ataviado con unas tiras de cuero que cruzaban su torso y un *slip* negro con una cremallera central a lo Village People. Mi cerebro me enviaba pensamientos poco oportunos. Dada la situación en la que me hallaba, me hubiera gustado ver a mi amiga Vane en una tesitura parecida, aunque conociéndola, fijo que ella se les unía.

Se detuvieron en el centro de la sala. El corazón me iba a mil. Les tenía mucho más cerca y, debo reconocer, que parecía su cuerpo, su pelo, sus músculos... La mujer le levantó el rostro y, cuando su boca se encontró con la de él, pude verle el rostro con claridad.

Quise gritar, patalear, lanzarme contra esa zorra que le comía la boca, que se diera cuenta de que estaba allí y lo estaba viendo.

¡Era Xánder! ¡Mi Xánder! ¡Maldita fuera su estampa! Y se estaba dejando besuquear por aquella mujer que podría ser mi abuela o su madre.

La mano de Benedikt se posó sobre mi muslo, clavando los dedos con fuerza en mi carne que había decidido ponerse a temblar. Dolía, pero no tanto como ver al que había creído el amor de mi vida en aquella tesitura.

—Serénate —murmuró el doctor—, solo acaba de empezar. —¿Que me serenara? ¿Que acababa de empezar? Todo me daba vueltas, supongo que el vino y la tromba de emociones no ayudaban a que lograra calmarme.

La mujer dio fin al beso, tiró de la cadena y Xánder se arrodilló. El resto de hombres y mujeres llevaban ya un rato en aquella posición.

Benedikt se levantó, la música bajó de intensidad y se puso a hablar.

—Queridos amigos y amigas, hoy es una noche muy especial, es nuestra noche del pecado y la carne. Sabéis que, una vez al año, me gusta celebrar con todos vosotros esta tradicional oda a la lujuria, dando rienda suelta a nuestros instintos más bajos. Me gusta liberar a nuestra bestia interior y que todos podamos comportarnos con total libertad, sin temor a ser juzgados, compartiendo con aquellos que son nuestros pares el deleite del libertinaje sexual. Somos espíritus libres y, como tal, nos comportamos. No hay vergüenza en ello, solo voluptuosidad, deleite y abandono. Carne somos y en carne nos convertimos. Por eso, queridos amigos, levantemos nuestras copas para celebrar la entrega de los elegidos. Aquellos hombres y mujeres que disfrutaban sometiéndose a los demás, aquellos quienes voluntariamente satisfarán nuestra hambre. Demos las gracias a los elegidos por abandonarse, confiar en nosotros y dejarnos gozar con ellos del libre albedrío. Brindemos por los ofrecidos, pues, sin ellos, esta fiesta no tendría sentido. —Miré ojiplática a aquellos hombres y mujeres que formaban parte del círculo que rodeaba a Benedikt, ninguno estaba maniatado, no parecían forzados a estar allí, verdaderamente deseaban formar parte de aquello—. ¡Por los ofrecidos! —exclamó Benedikt.

—¡Por los ofrecidos! —vitorearon los invitados, levantando las copas y vaciando su contenido.

—Ha llegado el momento —anunció el doctor—. ¡Que comience el juego!

Hombres y mujeres se desprendieron de su ropa, quedándose, algunos, en ropa interior y otros, directamente, sin nada que los cubriera. Se repartieron por la sala, escogiendo a quienes estaban arrodillados. Uno a uno, los fueron levantando hasta que solo quedó Xánder.

No quería mirar, me negaba a ver lo que estaba ocurriendo, pero mis ojos no podían apartarse de las escenas que se desarrollaban frente a mí. Nada parecía estar prohibido en aquel lugar.

Tríos, cuartetos, parejas, sexo anal, felaciones, latigazos...

No había espacio para el flirteo, aquello era sexo crudo y descarnado, sin importar con quién o mediante qué pudieran alcanzar el placer. El crujir de la carne al impactar con otro cuerpo, los gritos, los gemidos, el olor picante a sexo se fundían en una orgía para los sentidos que me estaba abrumando.

Me impactó ver a una chica ser levantada a pulso y soportada por un hombre encajado en su ano, a la par que otro enterraba el puño en su vagina. Ella gritaba, agarrándose a la nuca del primero, pero nada les frenaba, cuanto más fuertes eran los gritos, más violentos se tornaban. La escena me causó tanta repulsión que tuve que girar el rostro.

Al voltearlo me di de bruces con un hombre que era azotado con saña. El látigo trazaba un arco perfecto para terminar restallando contra su piel, realizando cortes en ella. ¿Cómo alguien podía sentir placer torturando a otra persona? Lo que más me alucinó fue que él no se quejaba, más bien lo contrario, había placer reflejado en su rostro, como si verdaderamente le gustara lo que le estaban haciendo. Entre sus piernas estaba la mujer que había besado a Xánder, practicándole una felación, mientras un joven mulato la penetraba por detrás.

¿Eso era lo que le gustaba a Xánder? ¿Ese era su ambiente? Estaba tan sobrecogida que me negaba a mirar qué estaba haciendo él.

Benedikt, que estaba a mi lado, se movió, bajando los escalones. Fue desprendiéndose de la chaqueta y la lanzó despreocupadamente a los pies de la escalera. Se paró un segundo para elevar el rostro y mirarme con fijeza. Me daba la sensación de que buscaba que lo siguiera con la mirada.

Lo que vi en ellos no me gustó, era como si tratara de aleccionarme, de mostrarme su poder. Se desabrochó la cinturilla del pantalón, curvando las comisuras de los labios en una macabra sonrisa que no me hacía presagiar nada bueno.

Caminó despacio, recreándose en cada paso hasta llegar a Xánder. Le acarició el pelo y le dijo lo suficientemente fuerte para que yo lo pudiera oír:

—Abre la boca. —Mis entrañas se revolviéron ante la imagen que me transmitió mi cerebro. O yo era muy mal pensada o Benedikt pretendía que Xánder se la chupara. Era imposible que accediera a hacer eso, no podía ser. Mi cuerpo rebotaba sobre el asiento, intentando liberarse de los agarres, quería detener toda aquella locura. Necesitaba agarrarlo por el maldito arnés, sacudirlo para que saliera del extraño influjo de aquel lugar y volviera a ser simplemente mi pareja.

Pero, obviamente, no pude liberarme y nada de eso sucedió.

Xánder levantó el rostro como un autómeta sin voluntad, separó esos labios que tantas veces me habían besado y dejó que el doctor enterrara su miembro en él.

«¡Aaaaaagrrrrrrrr!» chilló mi alma, «¡no, no, no!» gritó mi garganta, sin poder emitir sonido alguno. Mi corazón se rompía a cada envite de aquella cadera en el interior de la boca de Xánder. No se rebelaba, estaba completamente sumiso, muy quieto, aceptando lo que aquel hombre le hacía.

Las náuseas me sobrevenían, no quería seguir mirando, ¡no podía hacerlo! La angustia estallaba en cada poro de mi piel, pero, por otro lado, no podía apartar los ojos de la escena, como si necesitara cerciorarme de que estaba ocurriendo de verdad.

Benedikt hizo una señal, tres hombres se acercaron a ellos. Uno con unos guantes llenos de alfileres en la palma. Abrí mucho los ojos cuando se puso tras Xánder a presionarlos contra su espalda.

«¡Dios!, ¡Eso tenía que doler!» Pero él seguía ahí, impertérrito. ¿Sería que necesitaba ser castigado? ¿Sería uno de esos hombres traumatizados por su pasado que necesitaban expiar sus demonios a través del dolor?

Recordé el episodio de cómo me agarró del cuello y yo gritaba que me soltara.

¿Sería esa su verdadera personalidad? Pero entonces, ¿por qué se había puesto a llorar en la bañera? No comprendía nada de lo que estaba ocurriendo

y las preguntas se aglutinaban en mi cerebro, que seguía negándose ante la evidencia.

¿Con quién estaba? ¿Quién era el Xánder real?

Los dos hombres que estaban al lado de Benedikt se habían sacado los miembros para masturbarse al contemplar la escena.

Uno de ellos se arrodilló, sin dejar de tocarse, para abrir la cremallera que aprisionaba el miembro de Xánder, que salió como un resorte. ¡Estaba erecto! Un hombre no podía disimular ese estado de excitación ¡Le gustaba lo que le estaban haciendo!

Sin previo aviso, el tipo comenzó a chupársela, masturbándose.

Estaba horrorizada, no me importaba que cada uno viviera el sexo a su manera, pero enterarme así de lo que le gustaba a Xánder me estaba machacando por dentro.

Las lágrimas me irritaban la piel, caían sin control por mi rostro, quedándose atrapadas en la máscara. No podía soportar la idea de estar con alguien así.

Su polla respondía en la boca del hombre que mamaba sin tregua, estaba disfrutando ante mis ojos.

Benedikt rugió gritando.

—Eso es, X, aliméntate de mí, trágalo todo. —«*No es posible, eso sí que no*», murmuré para mis adentros. Pero, tras el grito de liberación del doctor, vi la nuez de Xánder moviéndose arriba y abajo. Estaba haciéndolo, ¡estaba tragando!

Benedikt giró el rostro con cara de triunfo para impactar contra mi mirada. Era orgullo lo que veía en el fondo de su mirada azul. Se sentía complacido por mostrarme lo que realmente eran, y yo solo podía pensar en vomitar y largarme de allí.

Quería salir corriendo, alejarme de aquel lugar y de todo lo que



representaba. No quería seguir viviendo esa grotesca realidad en la que me estaba viendo envuelta. Sentía el corazón roto. No había fragmentos que reparar, era imposible que pudiera estar con una persona a la que le iba todo eso.

Cuando pensaba que ya no me quedaba nada por ver, me di cuenta de que solo era el inicio, aunque yo ya me sentía muerta por dentro. Lo mío con Xánder había terminado.

## Capítulo 26



El último amigo de Benedikt se corrió en mi boca. Con él, iban tres.

Tragar semen seguía siendo una de las cosas a las cuales no lograba habituarme. El regusto acre que te dejaba seguía causándome el mismo asco que el primer día.

Intentaba no pensar en ello ni en todas las atrocidades que había cometido el doctor para que me habituara a su sabor.

Recuerdo la primera vez, en el mismo lugar donde estaba ahora, con bastantes años menos y un miedo atroz.

*Estaba desnudo allí en medio, con todas las miradas puestas en mí.*

*—Abre la boca. —Esa siempre había sido su frase de inicio. Tensé el cuello, flexionándolo hacia atrás, estirando los tendones e intentando alejarme de aquel sitio para no cavilar sobre lo que iba a suceder. Apreté mi tensa barbilla para forzarme a separar la boca. Solté abruptamente el aire que estaba conteniendo para sustituirlo por su carne contra mi lengua.*

*La bilis me subió por la garganta, las arcadas se sucedían una tras otra, tanto por la violencia que utilizaba para llegar hasta el fondo, como por el*

*asco que me producía estar realizando aquel acto. Sabía que no podía evitar lo que estaba ocurriendo, que había firmado un contrato y que, en él, se especificaba claramente lo que se esperaba de mí. Pero que yo hubiera estampado mi rúbrica ahí no me eximía de la aversión que sentía hacia mí mismo y por lo que estaba haciendo.*

*Cuando él se corrió en mi boca y me ordenó tragar sin que se escapara nada, vomité. No pude controlarlo, intenté hacerlo, pero sentir aquella sustancia caliente bajando por mi garganta fue suficiente para que lo echara todo. Llené el suelo, convirtiéndolo en un amasijo indescriptible de colores pastosos. No me podía controlar, parecía una fuente y no me detuve hasta sacarlo absolutamente todo.*

*Cuando la última convulsión abandonó mi cuerpo, Benedikt me levantó el rostro y pasó un pañuelo por mi barbilla, limpiándome los restos. Hizo que me pusiera en pie y me llevó a unos metros de distancia para volverme a colocar en la misma posición, mientras algunos empleados limpiaban el desastre.*

*No parecía enfadado, su postura era neutra, aunque me esperaba lo peor. Acarició mi cabeza.*

*—Eso no ha estado bien, X, nunca debes echar aquello que te sea dado. Debes venerar la bondad de tu amo, sobre todo, cuando te alimenta. —Me daba la sensación de ser un perro a quien su amo trataba de aleccionar mediante muestras de afecto—. No te preocupes, entiendo que ha sido tu primera vez y las primeras veces de cualquier cosa no siempre salen como uno desea. Voy a hacer que aprendas, que llegues incluso a desear este momento, que lo ames y lo agradezcas. —Era imposible que yo pudiera amar y agradecer aquella repugnancia. La sonrisa maligna que curvó sus labios me dio a entender que no podía esperar nada bueno—. ¡Caballeros, formen una fila! —gritó en voz alta a los hombres que había presentes en aquel momento, sin apartar su mirada de la mía—. Lo mejor para aprender es practicar y hoy vas a practicar mucho, X, yo mismo me voy a encargar.*

*Al contemplar la larga fila que se estaba formando de hombres acariciando sus pollas, me acongojé y no pude controlar los temblores que empezaron a sacudir mi cuerpo. Los ojos me ardían pensando en lo que iba*

*a ocurrir.*

*Dos hombres me agarraron, colocándome una barra rígida a la espalda. En ella me ataron las muñecas en cruz. Pasaron una cadena y también me colocaron grilletes en los pies. No podía plantearme huir, estaba completamente a su merced.*

*Benedikt se arrodilló para murmurar a mi oído:*

*—Se la vas a mamar a todos, X, todos van a correrse en tu boca y vas a tragar. Cada vez que vomites el regalo de uno de mis amigos, él volverá a colocarse en la fila y tendrá derecho a repetir las veces que sean necesarias hasta que lo tragues todo de él. ¿Lo entiendes? —Tiró con fuerza de mi pelo, separándose de él para clavar su intensa mirada en la mía—. No tenemos prisa, somos muy pacientes, solo queremos que aprendas y esta es la mejor manera. —Clavó los dedos en mi cara—. Cuanto antes le cojas el gusto al semen, mucho mejor.*

*En aquel momento quise morirme y giré la mirada hacia Sandra. Ella levantó los pulgares como si intentara infundirme ánimos. «Respira y traga, todo irá bien», leí en sus labios. Después me sonrió y besó a Chantal.*

*No podía hacer más que soportar e intentar que todo terminara lo antes posible, no sabía cómo iba a ser capaz de resistir aquello, era incluso peor que la violación a cargo de los amigos de Alfredo. Aquella situación me hizo plantearme si no hubiera sido mucho mejor quedarme con él que salir huyendo de aquella casa. Al final, todo se traducía en lo mismo, iba a convertirme en lo mismo. En un puto, ¿sería ese mi destino y por eso la vida me empujaba hacia allí una y otra vez?*

*Cuando el primer hombre de la fila me penetró traté de no pensar y focalizarme en subsistir. Al fin y al cabo, solo se trataba de eso, de subsistir para que mi hija pudiera vivir.*

*Estuve toda la noche practicando felaciones, algunos parecían recrearse, alargar la agonía, otros eran rápidos y brutales. Uno incluso me forzó hasta tal extremo de que me provocó el vómito sobre él, lo hizo a conciencia y repitió la operación varias veces hasta que incluso llegué a*

*tolerar eso.*

*Fue la peor noche de mi vida, el principio de mi destrucción como hombre y como ser humano. Allí, en aquel frío suelo de mármol, aprendí que había dejado de existir. Todo era válido porque yo no era nada ni nadie, era un simple juguete, una vía para cometer las más crueles depravaciones que alguien pudiera imaginar.*

*El dinero era poder, todas aquellas personas lo mostraban a través de sus actos. Y la sensación de poder en aquel lugar iba mucho más allá que la compra de un simple esclavo. El poder era ser capaz de doblegar a un hombre como yo y convertirlo en un despojo por pura diversión. Aprovecharse de mi necesidad para convertirme en lo que ellos desearan. Ese era el auténtico quid de la cuestión, su supremacía.*

*Cuando todo terminó, Benedikt me felicitó, se metió conmigo en la ducha y me folló a conciencia. Colocó mis manos sobre las frías baldosas, me separó las piernas y me dio por culo hasta correrse varias veces. Fue doloroso, pues no estaba listo, no había usado nada para dilatarme o estimularme. Pero intuyo que era justamente eso lo que buscaba, seguir marcándome, reducirme a la nada gracias a su brutalidad.*

*Acababa de firmar mi sentencia, iba a convertirme en un animal cautivo en una jaula de aparente invisibilidad, cuyos barrotes atravesaban con saña todos y cada uno de mis puntos de apoyo. Ya no era nada, ya no era nadie, un jarrón vacío y resquebrajado cuya utilidad era soportar todo aquello que quisieran verter en él.*

*Sangré durante una semana, la única que mi amo me permitió de descanso. Pasé aquellos días arrebujado, llorando cuando nadie me oía, en mi cama vacía. Esperaba a que Sandra se marchara para que no me viera más humillado de lo que ya me sentía, prefería ahogarme en mi soledad que compartirla con ella.*

*Me había quebrado por completo, el poco color que me quedaba se había esfumado, tiñéndolo todo de negro. Era un cuerpo sin alma, con un músculo que seguía bombeando sangre para continuar con vida, pero del cual se habían evaporado las ilusiones, la esperanza y la posibilidad de*

*volver a ser feliz algún día.*

*Apenas podía tragar, la garganta me dolía horrores, la tenía terriblemente inflamada, tanto que Sandra tuvo que llamar a Benedikt a mitad de semana para que viniera a verme. Me recetó antiinflamatorios disueltos en las sopas que Sandra me daba y que era lo único capaz de tragar. También revisó las heridas de mi ano cuando vio las manchas secas de sangre en las sábanas.*

*Mi piel se erizó cuando me bajó los pantalones y me exploró. El primer instinto fue apartarle, agarrarle del cuello y presionar, arrancarle la vida como él me la había arrancado a mí. Pero no lo hice, la imagen se quedó flotando en mi cerebro mientras yo apretaba los nudillos contra las sábanas. Tras verme, anotó una pomada con una cánula para que estuviera en perfectas condiciones el fin de semana. Así me lo hizo saber.*

*Sandra nos había dejado a solas, él se sentó en la cama y después se tumbó de cara a mí para acariciarme el rostro con suavidad.*

*—Eres tan hermoso, me recuerdas a una pantera negra de belleza salvaje a la que acabo de cazar. —Sus dedos pasaban entre las hebras de mis cabellos, sus pupilas se dilataban al contemplarme llenas de deseo, cuando el mío era que se largara cuanto antes—. Es lógico que la primera semana estés así, pero no lo puedes alargar demasiado, tienes que habituarte a tu nueva condición, asumirla y aceptarla. Cuanto antes lo hagas, mejor para todos. Yo quiero al hombre que entró por la puerta de mi casa, con espíritu de guerrero y cuerpo de gladiador. —Reí para mis adentros, él quería un sumiso, no un gladiador, y yo ya no podía luchar—. Vamos, pequeño, Sandra está preocupada por cómo te estás comportando, no es justo que la tengas cuidándote como si fueras un crío de pañal, eres un hombre que ha aceptado un trato y, como tal, debes comportarte. Sabías todo lo que podía ocurrirte si aceptabas, me diste carta blanca para hacer contigo lo que me viniera en gana, así que ahora no puedes adquirir el rol de mártir. —Escuchaba sus palabras, aunque era incapaz de reaccionar. Si lo hacía, sería para acabar con su vida, y eso no me lo podía permitir. Acallé a mi fiera interior, intenté relajarla—. Entiendo que pudo ser abrumador, pero lo hiciste bien y eso solo denota el potencial que tienes, Xánder. Te dejaré un par de días más para que descanses y después vendrás*

*a mi casa para comenzar tu adiestramiento. —Aquello me puso en alerta, me encogí intentando alejarme de él—. Shhh, tranquilo, iremos introduciendo los elementos paulatinamente, sin prisa, por eso te quiero para mí por completo. Si vemos que una semana bajo mi custodia no es suficiente tiempo, alargaremos tu estancia en mi casa hasta que toleres la mayor parte de las cosas. Soy un buen amo, Xánder, y fácil de complacer. Solo has de tener una cosa clara: si haces todo lo que te pido y exijo, no habrá castigo. Pero, si no lo haces, deberé enseñarte a obedecer, y creo que mis métodos no te gustaran, aunque a mí sí. Me complace la tortura, no lo voy a negar. Por tu bien, será mejor que elijas la vía más fácil, tú hija no sufrirá y para ti será más llevadero. —Me tomó el rostro y me besó—. Voy a hacerte fuerte, Xánder, te convertiré en el esclavo más deseado, te haré ganar mucho dinero y te enseñaré que el placer y el dolor no están reñidos. Ahora descansa, recupérate y reacciona. Recuerda que, si el viernes no vienes en plenas facultades a mi casa, echo a Julie de mi hospital. Tú eliges.*

*Se levantó de la cama y se largó sin más. Tras él entró Sandra.*

*—¿Qué te ha dicho? —preguntó sin obtener respuesta de mi parte. Seguía intentando digerir todo lo ocurrido, intentando agarrarme a algo para no caer en aquella espiral que me empujaba a abandonar este mundo—. Vamos, Xánder, ¡no puedes seguir así! Compórtate como un hombre, joder, yo me como las pollas dobladas cada día, a mí también me han follado indiscriminadamente y nunca me he tirado una semana repantingada en la cama sin currar. ¡Crece de una puta vez y deja de comportarte como un maldito crío! —Sus palabras me escocían, su incomprensión me dolía y su falta de empatía me desgarraba por dentro, cuando estaba claro que ella también había pasado por situaciones parecidas. ¿Realmente me estaba comportando como un flojo? ¿Sandra tenía razón y no tenía motivos para estar así cuando ella trabajaba de lo mismo? Las preguntas se sucedían como disparos emitidos a bocajarro—. La vida no es de color de rosa, sino un agujero donde solo sobrevive el más fuerte y tú, ahora, eres simple carnaza. —Respiré con dificultad, las imágenes apenas me dejaban pensar estaba bloqueado—. ¡Mírame! —gritó desnudándose ante mis ojos—. ¿Ves esto? —preguntó exhibiendo la parte interna de sus muslos donde se adivinaban unas finas marcas blancas—. Me las hacía con una cuchilla cada vez que mi padre, o los hombres que me follaban, estaban conmigo.*

*Abría mi carne para expiar mis demonios, me autolesionaba para infringirme daño y sentirme menos culpable por lo que me obligaban a hacer. ¿Sabes qué conseguí? —Su voz destilaba odio—. Nada, porque uno no consigue nada dañándose, solo consigue hacer sus marcas visibles, unas que te dejan su rastro en la piel y poco más. Pero no son esas marcas las que importan, ¿verdad que no? —Su tono cambió a uno mucho más dulce y conciliador—. Tú y yo somos supervivientes, Xánder, y debemos sentirnos orgullosos de ello. Ambos hemos hecho cosas que la mayoría sería incapaz y, aun así, vivimos, soportamos esa carga y tiramos del carro con más fuerza que nunca. —Se tumbó a mi lado, apoyando la cabeza sobre mi brazo. Paseaba las yemas de los dedos por el costado de mi cuerpo, en un intento por transmitirme algún tipo de emoción a través de sus caricias—. Debes dejar que el dolor te abraza, hacerte su aliado, cargarte de él para ganar fortaleza. Aprende a tolerar lo intolerable porque los límites solo los marca tu mente. —Empezó a besarme, la mano descendió y agarró mi miembro inerte—. Busca un refugio en tu mente y, cada vez que estés con ellos, imagina que es conmigo con quien estás. En tu mente seré yo quien juegue contigo, a quien seducirás con tu cuerpo, a quien le dejarás llenarte de placer, aunque sea a través del dolor. —Me tomó el rostro e hizo que la mirara fijamente—. Cambia sus rostros por el mío y déjate llevar a un lugar donde todo es posible. No te juzgues, perdónate, permítete fluir con ellos como lo haces junto a mí. No hay nada de malo en gozar del sexo con personas de tu mismo género, eso solo son prejuicios y bloqueos mentales. Una polla es una polla y un coño es un coño, son herramientas de placer que deberían carecer de género como cualquier parte de nuestro cuerpo. Asímelo, admítelo, afianza los motivos que te han llevado a hacer lo que estás haciendo, acepta tu sacrificio porque, a través de él, le estás dando la vida a nuestra hija. La culpabilidad no va a llevarte a ninguna parte, somos personas complaciendo a otras personas y nada más. Demuéstranos el amor que me tienes a mí y a Julie aceptando tu nuevo destino—. Tomó de nuevo mi miembro y lo frotó con ahínco. Algo hizo clic en mi cerebro, algo que me permitió reaccionar. Era ella, todo era por ella y por nuestra pequeña. Sandra tenía razón, debía salir del bucle donde me había resguardado y enfrentarme a mi nueva realidad—. Eso es, Xánder, déjate llevar, acompáñame en este viaje de liberación. Fóllame y desata tu bestia interior.*



\*\*\*\*\*

Ya no me quedaba nada. Contemplar cómo aquellos hombres habían poseído a Xánder, cómo él se había corrido con ellos, cómo se había vaciado en reiteradas ocasiones con cada acto... me había dejado los dientes mordiendo y gritando contra la maldita pelota, pero ya no me quedaban lágrimas en los ojos. O eso creía. ¿Qué podía haber peor que ver al hombre que amas compartir algo tan íntimo como lo que acababa de hacer? ¿Había sido siempre así? ¿Cada vez que lo había llevado a algún sitio había sido para estar con otros hombres sin que yo lo supiera? ¿Cuántas cosas me había ocultado?

La cabeza no paraba de lanzarme dagas punzantes. A cada minuto nuevas conjeturas me colapsaban, hundiéndome cada vez más en mi propia miseria. ¿Con cuántos había estado justo antes de estar conmigo? ¿Hacía orgías habitualmente? ¿Benedikt era su amante principal? Ver que no usaban preservativo me acongojó, ya no era que practicara sexo con otros, sino que lo hacían sin protección. ¿Tendría alguna enfermedad? ¿Me habría contagiado alguna cosa? ¿Cómo podía estar con ellos y después estar conmigo? ¿Cómo era capaz de mirarme a la cara? ¿Y si había pillado alguna enfermedad? Estaba empezando a hiperventilar y tener un objeto bloqueando una de mis principales vías respiratorias no era nada bueno. Debía calmarme, pero ¿cómo iba a hacerlo?

El juego se detuvo cuando uno de los hombres que estaban con Xánder gritó mientras le penetraba analmente.

Había apartado la vista por un momento, intentando bloquear las emociones que me sacudían con intensidad. Benedikt había parado de manejar el *flogger*<sup>[5]</sup> sobre su torso, que estaba repleto de pinzas para tender la ropa. No quería ni imaginar lo que dolía tener el cuerpo pellizcado por mil puntos diferentes como para que encima te golpearan sobre ellos.

Cuando el hombre se retiró, Benedikt le quitó las pinzas mostrando las feas marcas que habían dejado sobre su piel. Me hacía cruces de que alguien pudiera sentir placer con ello.

Cuando el cuerpo de Xánder estuvo desprovisto de ellas, hizo que se levantara, lo tomó de la gruesa cadena y lo dirigió hacia donde yo estaba. Pese a mirar al suelo, pude ver su mirada vacía como si estuviera en otro mundo, a mil kilómetros de allí.

¿Eso era lo que buscaba a través de ese tipo de encuentros sexuales? ¿Alejarse de la realidad? ¿Yo no era suficiente para colmar sus necesidades? Estaba claro que no si necesitaba todo aquello.

Bullía de rabia e indignación por haber sido tan idiota. Yo soltándole palabras de amor, sirviéndole mis sentimientos en bandeja mientras él se montaba orgías con el médico.

Todavía no entendía por qué había aceptado mantener una relación conmigo. ¿Acaso era uno de esos hombres que deseaban llevar una doble vida? Porque yo no estaba dispuesta a ello, en parte debía darle las gracias a Benedikt por abrirme los ojos y mostrarme con quién estaba realmente.

Aunque según el médico lo que pretendía era mostrarme el mundo de Xánder, ¿se trataría de algún extraño plan de iniciación? ¿Habría tenido la intención de que me uniera a ellos en su mundo de depravación?

Se detuvieron en el primero de los peldaños que llevaban al trono donde yo seguía apostada.

El doctor subió con una sonrisa pujando sus labios hasta llegar a mi oído.

—Espero que te haya gustado el espectáculo, Nani, porque ahora Xánder quiere hacerte un regalo muy especial, espero que te guste. —Si hubiese podido, le habría escupido en el rostro. Cogió los bajos de mi falda y los levantó, arremangándome la falda en la cintura. ¿Qué pretendía? Después tiró de una pieza del asiento que hizo que se quedara en la mitad. Sentía el culo en el borde, y, como colofón final, tiró de una palanca que balanceó el trono hacia atrás, exponiéndome por completo. ¡Había convertido aquella cosa en una especie de sillón ginecológico!—. X, ven aquí. Ella es tu ofrecida, tómala hasta vaciarte en su interior, lo está deseando. —«¡No!, ¡No!»», ¡eso sí que no lo iba a tolerar! Me removí inquieta, pero eso no impidió que Xánder subiera

las escaleras sin mirarme una sola vez. ¿Tan poco le importaba a quién se iba a follar? «*¡No lo hagas! ¡No lo hagas!*», le grité sin que una puñetera palabra saliera por mi boca.

No le importó que estuviera removiéndome sobre el asiento. Él médico descorrió el fino tejido que cubría mi sexo y Xánder aprovechó para clavarse en mi interior hasta eyacular.

No hubo mimos, caricias, preparación, nada de nada, solo brutalidad, dolor y vergüenza por estar recibiendo ese trato delante de otros. Y pena, mucha pena por haber perdido lo que nunca había tenido.

Xánder había destruido cualquier posibilidad de que lo nuestro fuera posible, si es que alguna vez tuvo la intención. Dudaba de todo y de todos, solo quería largarme de allí cuanto antes, que me liberaran y desaparecer cuanto más lejos mejor.

No le quería en mi vida. Le odiaba profundamente, había mancillado todo lo hermoso que teníamos para convertirlo en una inmundicia. Me importaba muy poco si mi hermano perdía el cliente, porque yo acababa de perder a quien creía el amor de mi vida.

Ya no había espacio para él en mi pecho, solo la rabia más visceral que era capaz de almacenar. Ahora entendía por qué se autodenominaba monstruo, porque realmente lo era, un salvaje, un animal carente de emociones que solo buscaba abastecer su vicio como fuera.

Era un ser sin alma que no merecía más que mi desprecio. Yo le había presentado a mi familia, lo había sentado en mi mesa, para verme envuelta en una puta orgía, contemplando cómo saciaba sus más bajos instintos, cómo me tomaba sin un ápice de cariño y sin importarle quién se encontraba bajo las faldas.

Sentí su corrida deslizarse entre mis muslos a la vez que las gruesas lágrimas pendían de mis ojos. Esas eran las últimas que iba a verter por él, porque ni siquiera merecía eso de mí. Lo odiaba con todo mi corazón por todo lo que nos había hecho.

—Muy bien, X, espero que te haya gustado el regalo —lo felicitó Benedikt acariciando su nuca. Xánder seguía empalmado, ¿es que nunca iba a tener suficiente? Cuando estaba a solas conmigo no le pasaba eso, pero en ese contexto parecía no perder la erección aun habiéndose corrido. Cada vez me daba más asco toda la situación. Benedikt tiró de la cadena dorada haciéndolo a un lado—. ¡Subid! —Ordenó a los hombres que habían estado con Xánder—. Sujetadla mientras la libero. Ya ha cumplido su cometido —anunció el médico recolocándome la falda. Él mismo me soltó del anclaje que aguantaba la tira de mi boca a la silla, aunque no me quitó la pelota, que seguía firmemente amarrada a mi cabeza.

Cuando los hombres me tuvieron sujeta, accionó un botón que liberó mis pies y manos.

Me sacudí intentando soltarme, lo primero que quería era sacarme esa puta pelota de la boca. Aunque fue en balde, me tenían bien sujeta.

—Siéntate en su lugar, X, y ponte tal cual estaba ella. —La orden fue directa y Xánder la acató sin protestar, acomodándose en el trono—. Empuja los talones, ya sabes cómo funciona —observó despreocupadamente, como si se tratara de un juego habitual entre ellos. Los resortes se activaron y ahora era él quien permaneció atado—. Perfecto, en un momento satisfacerás a Lucas, está deseando sentir tu polla en su culo. —Uno de los hombres que me sujetaba emitió una risita, estaba convencida de que se trataba del tal Lucas—. Pero antes quiero hacerte otro regalo, mi amado Xánder. —¿Amado? ¿Se amaban? A cada palabra de ese hombre más lejos quería estar—. Quiero que conozcas a nuestra invitada de hoy, aquella a la que acabas de complacer. Le he pedido que se una a nosotros, ya que a ti parece hacerte tan feliz últimamente. Mírame, Xánder. —Él levantó el rostro hacia Benedikt—. Sabes lo que haces aquí, sabes que me necesitas tanto como yo a ti, lo nuestro va mucho más allá de todo esto. Dime que lo sabes.

—Lo sé —respondió sin apartar la mirada de la suya.

—Llevamos muchos años juntos, nos conocemos a la perfección, sé qué cosas te gustan y qué cosas no, cómo hacer que te corras solo chasqueando la lengua, cómo llevarte al límite y que desees más, y eso es muy difícil. Nuestra compenetración es única, aunque la aparición de alguien nuevo en tu vida te ha

mantenido algo distraído estas últimas semanas. Eso ha hecho que me plantee dar un giro a nuestra relación, he visto la importancia que parece haberle dado en tu vida, no sé si como capricho pasajero o como algo más, pero sea como sea, estoy decidido a complacerte. Por eso quiero hacerte este regalo. —Xánder le miró con extrañeza, como si no entendiera por dónde iban los tiros. Para mí estaba muy claro, ellos eran pareja y yo era la otra, un juguete para el niño mimado del doctor—. Acercadla —exigió colocándome frente a Xánder—. Este es mi regalo para ti. Si ella acepta, la dejaré que forme parte de nuestro mundo.

Benedikt se puso tras de mí y soltó la máscara que cubría mi rostro.



hicieran hacer cosas asquerosas para mi propia concepción del sexo. Sino que me hacía renunciar incluso a mi naturaleza, a mi yo interior, para comportarme como un jodido sin sangre. Como si no me rompiera cada vez que aquello ocurría, como si no deseara terminar con todo y con todos lo que me dañaban de algún modo.

Debía calmar esa furia ciega, empujarla a un rincón muy profundo y dejarme utilizar como un muñeco de trapo.

En esos momentos, mi alma rugía por dentro, destruyéndose en mil pedazos al imaginar, por un instante, cómo se habría sentido Nani, y solo había hecho falta el colofón final. Yo, tomándola sin ningún cuidado, como la bestia inmunda que era, dejándome llevar entre sus muslos, sin ningún cariño o cuidado. Juro que hubiera deseado morir en el instante que se había quitado el antifaz. Que un rayo cayera del cielo, me atravesara y terminara con todo este calvario. ¡Ya no lo soportaba más!

Cuando pensaba que por fin algo bueno sucedía en mi vida, el todopoderoso me colocaba en mi sitio. Yo no había nacido para que me pasaran cosas buenas, debería haberlo aprendido hace mucho tiempo, cuando caí en las manos de sus siervas y me trataron peor que a un perro. Ese era el Dios que a mí me había tocado, el castigador, al que no le importaba lo más mínimo cuánto sufriera en esta maldita vida, el que movía el tablero y se encargaba de demostrarme que, aunque yo soñara con ser el rey, era un simple peón destinado a estar en jaque durante toda la partida.

Me daba asco de mí mismo, y estaba convencido de que ella estaba igual de asqueada que yo. No podía ni mirarla a la cara de la vergüenza que sentía. No sabía cómo podía seguir ahí, contemplando al miserable que yo era.

La congoja se había instalado en mi pecho, oprimiéndolo, astillándolo, retorciéndolo hasta hacerlo estallar. No podía seguir encerrándome en mi dolor, necesitaba cerciorarme de que ella me odiaba tanto como yo lo hacía en ese mismo momento. Abrí los ojos, encarándola de nuevo.

Ya no llevaba la mordaza, ni la máscara. La contemplé dejándome impregnar por el odio que destilaba su cuerpo. Sabía que aquello era el fin y que no podía ponerle remedio. Mis ilusiones, mi fe y mi esperanza acababan

de morir.

—Y bien, preciosa Nani, ¿qué nos dices? ¿Te ha gustado la fiesta? ¿Te unes a nosotros? —La pregunta de Benedikt casi me hace reventar los agarres de la silla. Tenía ganas de estrangularle, de asfixiarle con mis propias manos. De acabar con su despótica vida, viéndole perderla entre mis dedos. Tenía los nudillos blancos de apretar la madera, imaginando que era a él a quién apretaba. Pero no podía hacer nada, si abría la boca, si revelaba la verdad, significaría la muerte de Julie. Por mucho que me destrozara aquella situación, no podía causarle la muerte a mi hija. ¡No podía! Aunque supusiera mi descenso definitivo al maldito infierno y romperle el corazón a la única persona que había amado verdaderamente en este mundo. La única que se había fijado en mí sin cargar intereses ocultos, viendo al verdadero Xánder.

Fijé mis pupilas en las tuyas, bañándome en el desprecio que emanaban. Estaba claro que no solo había muerto yo esa noche, también me había encargado de terminar con su amor, lanzándolo por un precipicio hasta fracturarse contra la tierra.

Nani nos miró a uno y a otro con absoluto desprecio.

—Sois dos miserables —escupió. Tenía la falda del vestido agarrada como si tratara de contenerse—. Maldigo el día que pensé que podía tener algo contigo —se dirigió a mí con fiereza—. Eres el hombre más despreciable que conozco, un vil mentiroso que se ha dedicado a jugar con mis sentimientos para pasar el rato, para meterme en su círculo de mierda. ¿En qué momento creíste que esto me iba a gustar? ¿Verdaderamente te planteaste que yo querría participar en algo así? —«¡Claro que no!», gritaba en mi fuero íntimo sin poder expresarlo. «Yo nunca habría dejado que uno de estos degenerados te pusiera un dedo encima»—. Me das asco —prosiguió sin que yo pudiera pronunciarlo—, tú y todo lo que representas. Me entregué a ti en cuerpo y alma, Xánder. No solo te di mi virginidad. —Benedikt silbó, ese era un dato que, al parecer, desconocía. A ella no le importó que silbara, estaba centrada en mí—. Que te la entregara a ti es lo de menos, si no hubieras sido tú, habría sido otro, pero lo que más me duele es que te entregué mi confianza, te presenté a mi familia, te senté en mi mesa y te entregué mi corazón. Eso ha sido lo peor. —«¡Y yo te entregué el mío, joder! ¿Qué crees?, ¿que yo no me he enamorado de ti?»». Era de locos, estaba hablando conmigo mismo cuando



lo que debería estar haciendo era hablar con ella, pero no podía. ¡Mierda!—. Está claro que no lo merecías. Que no me mereces, Xánder —prosiguió—. Desconozco si todo lo que me has contado era verdad o una vil argucia para que me dieras lástima y te dejara enterrarte entre mis muslos, pero ¿sabes qué?, que me da igual. Te odio tanto, me repugnas tanto, que lo único que quiero es largarme de aquí y no verte jamás. No quiero que te cruces en mi camino, que me llames o que me busques. No te quiero en mi vida, Xánder, y no porque te guste el dolor o follar con hombres en orgías, esa es tu intimidad y puedes hacer lo que te venga en gana con ella, sino porque me has mentido desde el principio, me engañaste con palabrería barata y me hiciste creer lo que no era, por eso no te quiero cerca.—. Ella giró la cabeza hacia Benedikt —. Quédate con él, disfrutad de vuestra vida juntos, pero no contéis conmigo para esto.

Se dio la vuelta, mirando el amasijo de carne gimiente, la fiesta se había convertido en una bacanal humana de lujuria y descontrol.

—Pero... pequeña Nani, no te enojés. ¿Recuerdas nuestra conversación sobre el perdón?, Xánder no te ha engañado, seguramente siente cosas hermosas por ti y no me negarás que te ha follado de maravilla estas semanas. Él solo ha omitido una parte de nuestra intimidad, y debes reconocer que no es algo que puedas asumir fácilmente. Pero ambos esperábamos que, tras gozar de su cuerpo, quisieras adentrarte en nuestro mundo. Si tanto lo amas, tanto como dices, puedes aceptar lo que te ofrezco y unirte a nosotros, lo pasarías en grande. —La simple posibilidad de que eso pudiera ocurrir me puso en guardia.

—¡No! —troné llamando la atención de los dos—. Ella no se unirá porque yo no quiero que lo haga. Si no le conté nada, es porque no estaba dispuesto a que participara en esta parte de mi vida y sigo sin querer que lo haga. Ya he tenido suficiente como para saber que no está a la altura de lo que le ofreces. —La miré directamente a los ojos para hacer algo que sabía que no me perdonaría jamás—. Has sido un simple trofeo, un entretenimiento con el que jugar, me divertí follándote y regalándote los oídos porque estaba aburrido. Quería un reto que ya he cumplido, me he metido entre tus bragas las suficientes veces como para saber que no eres lo que busco para nosotros. — Ella se soltó del agarre de los hombres, sacudiéndose con fuerza. La soltaron y

vino directa a mí para girarme la cara de un guantazo.

—Eres un malnacido ¿me oyes?! Un auténtico hijo de puta, porque lo de capullo se queda corto contigo. Me reitero en lo que he dicho, no quiero que te acerques a mí. ¡Nunca! Nuestro contrato queda rescindido y, a partir de ahora, no pienso verte más. Solo deseo que el daño que me has hecho lo pagues con creces, que sientas una mínima parte del dolor que me has infligido y que des con la persona que te lo haga pagar del peor modo posible.

Sabía que no era consciente de que yo ya estaba pagándolo. Ni la muerte de Sandra, el abandono de mi madre, mi primera violación o lo que Benedikt hacía conmigo era comparable al sufrimiento de saber que la había perdido para siempre.

—¿Así que no te quedas? —Benedikt chasqueó la lengua—. Una auténtica lástima, mira que me hubiera gustado que entraras a formar parte de nuestra gran familia. Aunque lo entiendo, para mentes delicadas como la tuya esto puede ser abrumador. No pasa nada, aquí no somos rencorosos ni forzamos a nadie a nada que no desee, todo debe ser consensuado y hablado previamente, antes de participar. ¿Verdad, querido? —preguntó colocándose una mano sobre el hombro, presionando para que respondiera.

—Verdad —contesté apretando la mandíbula.

Creo que jamás había estado tan herido ni tan tenso. Daba gracias por estar atado o no estaba seguro de haber podido aguantar. Los orbes azules de Nani se habían apagado, estaban inyectados en sangre y emitían destellos de ira que contrastaban con las lágrimas que caían sin piedad sobre su escote. Me fijé en él. ¡Mierda! ¡Allí estaba la manzana! ¿Cómo no la había visto? Si tan solo me hubiera fijado en eso, por lo menos podría haberle ahorrado la última parte.

Ella miró al mismo punto que alcanzaban mis ojos, tomó la pieza entre los dedos y la arrancó con violencia de su cuello. Tenía un pequeño bolso de tela anudado a la muñeca, lo abrió y sacó una cajita de dentro. Lanzó ambas cosas a mis pies.

—Esto no lo voy a necesitar. Espero que lo que hay en la caja te proteja, porque te juro que voy a desearte todos los males de este mundo. Yo no soy

Dios para perdonar. —Seguí con mi postura, no podía flojear por mucho que me ardiera la verdad en la punta de la lengua.

Me hubiera gustado soltarme, contarle que me había visto forzado a hacer todo aquello, suplicarle de rodillas su perdón, ofrecerme a ella para que me castigara del modo que creyera oportuno si eso la hacía perdonarme. Pero no podía hacerlo, solo podía verla marchar, ayudarla a odiarme un poco más y que sus heridas sanaran lo antes posible junto a alguien que la mereciera. Nani se merecía encontrar a un hombre que pudiera darle todo aquello que me hubiese gustado entregarle a mí.

—Yo tampoco necesito tu perdón —le dije en tono de reproche—. Si ya has decidido que no quieres estar con nosotros, ¿qué sigues haciendo aquí? ¡Lárgate! Yo tampoco quiero verte nunca más. Ya obtuve lo que quería, chicas como tú hay a patadas, no te necesito para follar, ya lo has visto. ¡Lárgate con tu puto taxi a otra parte!

Ella cogió los bajos del vestido y descendió precipitadamente por la escalera, no sin antes girarse para gritarme:

—¡MUÉRETE! ¡Ojalá te pudras en el infierno! —«*Ya estoy en él, te garantizo que ardo cada día entre sus llamas*», dije para mis adentros. Se dio la vuelta y echó a correr, precipitándose hacia la puerta de salida. Nadie la detuvo en su huida.

Los aplausos sordos me sacaron del trance de su partida. ¡Dios, cómo dolía! Prefería mil veces las torturas de Benedikt que aquel adiós de mierda.

—Bravo, querido, una actuación digna de un actor tan bueno como tú. —Sacudió la mano mirando a sus hombres—. Dejados un rato.

—Pero habías dicho... —protestó Lucas.

—Sé lo que había dicho, pero eso tendrá que esperar. No te preocupes, después te cederé a X para que hagas lo que te plazca, pero ahora quiero hablar con él. Dejados y buscad otra presa para calentar. —Se sentó a mi lado, acariciándome el brazo. Me hubiera encantado arrancárselo y partírselo. Le miré sin ocultar la animadversión que sentía por él—. Mmmmm, no sabes

cuánto me pone cuando me miras así, cuando siento que querrías acabar conmigo de un modo salvaje, pero, por el contrario, te quedas de brazos cruzados. Ahora mismo te follaría tu sucia boca, haciéndote tragar una y otra vez para que supieras que tus pensamientos de odio son lo que más me excitan. Me gusta joderte la boca y, sobre todo, el cerebro. Ese es el lugar donde más gozo, donde radica el verdadero poder. Pero eso ya lo haremos después. —Se relamió, porque sabía que, a pesar de todo, yo cumpliría—. Hoy has demostrado que eres digno de mi total confianza. Lo que has hecho esta noche ha sido tu mayor prueba de coraje. Me has puesto terriblemente cachondo cuando le decías todas esas barbaridades a esa puta cría.

—No la llares así, no te lo consiento. Tiene nombre propio y es Nani. Aunque prefiero que no lo pronuncies y lo manches con tu puta boca. —Él emitió una carcajada antes de pellizcarme y retorcerme la carne bajo sus dedos. Aguanté estoico sin emitir un solo grito de dolor—. He hecho lo que querías, así que, por tu bien, no vuelvas a nombrarla delante de mí. —Se puso a la defensiva, abalanzándose sobre mí.

—¿O qué? Sabes que podría haber hecho cualquier cosa con ella, podía haberla sometido, dejar que todos se divirtieran un rato con tu dulce muñequita. Pero no lo hice, te respeté. —Me quemaba pensar que era cierto. Benedikt no se caracterizaba precisamente por su bondad.

—¿Por qué no lo hiciste? —pregunté.

—Porque, en definitiva, ella no me interesa, ha sido un simple toque de atención. Te estabas metiendo en un jardín que no te puedes permitir, a no ser que Julie te haya dejado de importar, cosa que creo que no es así, ¿verdad? —Sacudí la cabeza negando—. Eso creía, todos cometemos errores y esa cría ha sido el tuyo, te estabas dejando llevar por esos tiernos sentimientos que te empeñas en almacenar y eso no es bueno. Ni para ti ni para mí. Espero haberlos erradicado de una vez por todas y que te des cuenta de que el amor es una gilipollez que no te puedes permitir. —En eso estábamos de acuerdo, el amor no estaba hecho para mí. Volvió a sentarse, recuperando la normalidad y haciendo un mohín con el rostro—. Pero ya no se va a volver a repetir, ¿verdad?

—No, no se repetirá. ¿Crees que después de esto le quedarían ganas de

verme? Lo ha dejado muy claro ¿no? Me quiere lejos de ella y yo no pretendo acercarme más. —Él se encogió.

—Quién sabe, follas muy bien y, como ha dicho, fuiste su primera vez. Esas cosas no se olvidan. ¿O tú has olvidado la tuya conmigo? —Paseó la mano por mi muslo, acercándola a mi entrepierna.

—Nunca— afirmé con asco.

—Eso creía. —Me cogió por los huevos y los apretó, arrancándome un quejido—. Por aquí es por donde te tengo pillado, Xánder y, si me haces enfadar, lo de hoy habrá sido una mera anécdota. Apártate de ella, olvídala y dedícate a vivir tu vida como hasta ahora. Ninguna mujer, excepto una puta como Sandra, tendría una relación con un hombre como tú. —Aflojó el apretón y comenzó a acariciarme con tiento—. Eres mío, griego, me perteneces y solo yo decido con quién puedes estar o no. Mira lo poco que me ha costado dar con ella sin que te enteraras y lo que habría podido llegar a ocurrir. No olvides a quién perteneces o tu hija pagará con su vida. ¿Entendido?

—Entendido —asentí cerrando los ojos.

—Bien, ahora abre la boca. —Me mostró una pastilla—. Esto te ayudará a olvidar y a que disfrutes del resto de la noche. —La introdujo entre mis labios y me la hizo tragar. Después, se levantó del trono y llamó a sus hombres—. Chicos, todo vuestro. Cuando terminéis, avisadme, que X y yo tenemos algo pendiente, su boca va a ser mía el resto de la noche. Lucas y Juan me miraron como dos hienas, sabía que no pararían hasta obtener lo que querían de mí.

Respiré profundamente, dispuesto a dejar actuar a la droga, no podría cumplir sus exigencias en el estado en que me encontraba y, si me soltaban, no estaba seguro de cómo iba a reaccionar. Era mejor permitir que actuara sobre mi organismo y olvidarme de todo.

Ya no me quedaba un puto motivo para querer seguir viviendo, pues mi hija se había convertido más en una obligación que en otra cosa. No quería odiarla porque sabía que ella no tenía la culpa de nada, era una inocente a quien le había tocado aquella jodida enfermedad que la mantenía en su propia cárcel. Pero, en ese momento, me hubiera gustado no contar con esa

responsabilidad, la de mantenerla con vida, para poder poner fin a la mía.

La oscuridad iba a ser eterna. Mi estrella se había apagado.

\*\*\*\*\*

No sé ni cómo tuve fuerzas para salir de aquel sitio. Cogí el móvil y marqué el único número que se me ocurrió, el de Pascual, mi compañero taxista.

No podía dejar que ninguno de mis hermanos me viera en ese estado. Caminé todo lo que pude, intentando alejarme de la casa y, cuando me sentí segura, lo llamé y le mandé la ubicación.

No podía disimular el malestar, todo había sido demasiado intenso, no podía asimilar la cantidad de cosas que había vivido. Rabia, indignación, ira y un dolor sobrecogedor me catapultaban a un lugar sin retorno. Sentía ganas de golpear, arañar y patear, no sabía cómo iba a lograr controlarme y recuperarme de aquel duro golpe. Dicen que el primer amor no se olvida, pero yo dudaba de poder recuperarme algún día de lo que acababa de vivir.

Si unas semanas atrás me hubieran jurado que Xánder me iba a hacer eso no les hubiera creído. ¿Qué impulsaba a una persona a hacer tanto daño a otra de un modo tan gratuito? Era incapaz de asimilarlo y, por mucho que quisiera no llorar, no dejaba de hacerlo. Los sentimientos se entremezclaban en una maraña de nudos difíciles de soltar.

—¡Joder! ¡Mierda! ¡Te odio! —grité a la noche sin obtener otra respuesta que no fuera el silencio. Miré al cielo. Para ser verano estaba completamente oscuro, ni la luna se vislumbraba en aquel descorazonador firmamento. No corría el aire, solo un calor asfixiante que amenazaba con no dejarme respirar, el mismo que pegaba la tela del vestido contra mi piel y me impulsaba a querer sacármelo de encima cuanto antes.

Sentía los muslos pegajosos. Solo quería llegar a casa, meterme bajo la

ducha y eliminar cualquier rastro que me recordara a él. Quería aniquilar su recuerdo, empujarlo bajo las aguas hasta un lugar donde nunca volviera a brotar.

Cómo dolía. Me doblé en dos, sentándome en el suelo, apoyando mi espalda contra el tronco de un árbol. Nunca me había sentido tan desolada, la congoja era tan intensa, que no estaba segura de cómo iba a poder salir de esa, cómo iba a remontar.

Enterré el rostro entre las manos, tratando de dejar de visualizar las escenas que ofuscaban mi mente. Era difícil alejarlas, pero, en cuanto lo hice, fueron las palabras de Xánder las que brotaron en mis oídos. Los cubrí apretando con fuerza, sin poder obviar su voz al tratarme como una estúpida y una cualquiera.

Así es como me había hecho sentir: usada, sucia, emborronando el amor que había sentido por él bajo una capa de mugre y fealdad. No pude evitar abofetearlo, intentar cerrarle la boca, aunque fuera a través de un golpe. Quería acallarle, no podía soportar haber descubierto que nunca me había querido a su lado, solo bajo él.

¿Cómo había podido ser tan necia? Había sido un trofeo, un agujero donde enterrarse que ya no le era válido. ¿Dónde habían quedado aquellos sentimientos que decía tener por mí? *«¿Es que todavía no te das cuenta?, todo ha sido una argucia para follarte, no ha sentido una mierda por ti, han sido falacias, mentiras dichas para lograr su objetivo. Eras un mero entretenimiento para pasar el tiempo»*. Reconocer eso convertía mis pedazos en cenizas. No quedaba nada por recomponer porque el polvo siempre es polvo y basta un soplo de viento para dispersarlo.

Las luces de un coche me pusieron en alerta. Levanté el rostro para ver quién se acercaba.

Era Pascual.

Me levanté y caminé renqueante, me dolía entre las piernas y estas apenas me aguantaban. Escuché un portazo, unos pasos apresurados y unos brazos envolviéndome. Creo que fue el sentirme a salvo lo que hizo que me

desplomara.

Cuando abrí los ojos, no reconocí el lugar. Estaba en una cama con sábanas limpias que olían a lavanda. Era una habitación amplia, con poca luz al tener la persiana bajada y unas cortinas color chocolate cubriendo los cristales.

Miré hacia abajo. Seguía llevando el mismo vestido de la noche anterior, nadie me había desnudado y eso me reconfortó.

Me incorporé buscando una señal que me indicara dónde me encontraba.

Era una habitación de muebles oscuros que se veía algo desordenada, pero limpia, con un papel de dibujos abstractos color canela y crema cubriendo sus paredes. Apoyé los pies sobre la moqueta y salí al exterior.

—¿Hola? —pregunté desorientada. Se escuchaba la tele de fondo y olía a café. La cabeza de Pascual asomó por el pasillo.

—Hola, Nani, ¿ya te has despertado? —asentí algo avergonzada. Debía de tener un aspecto horrible.

—¿El baño?

—Claro. Es la segunda puerta de la izquierda. Te diría que te dieras una ducha, pero no tengo ropa que prestarte que puedas usar para salir a la calle.

—Tranquilo —le susurré—. Solo necesito adecentarme un poco. La ducha ya me la daré en casa.

—¿Estás bien? —preguntó prudente.

—Todo lo bien que puedo estar. Muchas gracias por venir a buscarme anoche y por traerme a tu piso. —Él asintió, pasándose la mano por la nuca en un gesto nervioso.

—Era lo mínimo que podía hacer dado el estado en el que te encontrabas. No podía llevarte a ningún otro sitio. —Agradecí en silencio que no me hubiera acercado a casa de mis padres, no me hubiera gustado tener que dar



explicaciones—. Ve al baño, te pondré alguna cosa para desayunar y un café.

—Eso sería fantástico, gracias.

—No las merecen, somos amigos, ¿no? —Moví la cabeza afirmativamente—. Pues los amigos están para eso. Te esperó en el comedor.

Tras intentar recomponerme en el baño y comprobar que poco podía hacer para restaurar mi rostro, me lavé la cara, me atusé el pelo y fui en busca de Pascual.

Mi amigo había puesto un paquete de madalenas industriales sobre la mesilla y una taza repleta de café hasta los topes.

—Lo lamento, no puedo ofrecerte nada más. Soy un desastre en la cocina y no tomo leche.

—No pasa nada, es suficiente. Me gusta el café en todas sus variedades. Gracias.

Me senté en el sofá, que era bastante cómodo, mientras él ocupaba la butaca de al lado. El piso en sí no estaba mal, aunque necesitaba con urgencia una mano femenina. Era algo oscuro y caótico.

—Disculpa el desorden, no esperaba a nadie —murmuró algo avergonzado.

—Está bien, Pascual, no tienes que disculparte por nada —intenté acomodarme mejor, me dolía la vagina y eso me hizo dar un respingo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó preocupado.

—Sí, solo ha sido un calambre.

—¿Te apetece hablar? Ahí tienes el azúcar, no te lo había dicho —observó. Me eché dos cucharadas y sorbí de la humeante taza.

—No te ofendas, pero no me apetece una charla en estos momentos, aunque sé que estaría cargada de buenas intenciones. Te agradezco muchísimo

lo que has hecho por mí, pero ahora solo necesito tiempo. —Me miró contrito.

—¿No confías en mí?

—No se trata de eso. Si no confiara en ti, no te hubiera llamado anoche —respondí apenada—, es que hay cosas que prefiero guardarme y digerirlas sola. Espero que no te importe.

—Si no quieres, no me respondas, pero... ¿estás así por un hombre? —Asentí resoplando.

—No merecemos tanto la pena —balbuceó.

—¿Cómo dices?

—Que los tíos no merecemos tanto la pena como para que estés así por uno. Nadie tiene derecho a hacer que te sientas mal. Desconozco qué ha ocurrido, pero seguro que te has topado con algún imbécil que te ha hecho alguna putada y, ni tú ni nadie, se merece eso. —Sabía que pretendía alentarme con sus palabras, Pascual siempre había sido bueno con eso—. Vales mucho, así que no dejes que ningún hombre apague tu sonrisa ni el brillo de tu mirada. Busca alguien que te haga vibrar, si es que quieres estar con una persona, si alguien te ama, siempre te llenará de energía positiva, no lo olvides. Y si no encuentras a nadie, no sufras, porque la verdadera felicidad no radica en encontrar a una persona que te ame y te acepte, sino en amarse y aceptarse a uno mismo. Solo así se puede ser feliz. Siempre se ha dado demasiado peso a tener pareja, cuando, ciertamente, no es imprescindible.

—¿Por eso tú estás soltero? —pregunté. Él sonrió.

—Por eso y porque no he encontrado a alguien que aguante mis manías. Estoy muy bien solo y, cuando me apetece estar con alguien —admitió sonrojándose ligeramente—, tengo amigas. Reímos, pasamos un buen rato y después cada cual hace su vida. Creo que hay muchas maneras de vivir, y estar soltero es tan válido como estar en pareja. Y da menos dolores de cabeza —apostilló. Le sonreí.

—Ya, imagino que es lo que siempre nos han vendido de pequeños:

familia, hijos, perro...

—La culpa es de Disney —afirmó rotundo, arrancándome una sonrisa.

—Seguramente. Gracias por la charla y el café, pero creo que ha llegado el momento de irme a casa.

—No has comido nada, ¿no quieres las madalenas?

—No me entrarían en este momento. Prefiero irme a casa, darme una ducha y descansar.

—Está bien, vamos, que te acerco. —Se levantó solícito.

—No hace falta.

—Lo sé, pero quiero llevarte. Déjame hacer por lo menos eso.

—Ya has hecho demasiado. —Se encogió de hombros.

—Los amigos se ayudan, métete eso en tu dura cabecita. He hecho lo mismo que habrías hecho tú por mí. Cojo las llaves y nos vamos.

—Está bien, gracias.

—Si vuelves a dárme las, te juro que me pego un tiro —respondió llevándose dos dedos a la frente emulando una pistola.

Si algo tenía claro era que Pascual tenía razón: costara lo que me costase iba a remontar. Un hombre no iba a arruinarme la vida y menos un capullo como Xánder.

## Capítulo 28



Las manos me sudaban, el recorrido de esa carrera estaba siendo de lo más complejo. Había poca iluminación y las curvas eran muy cerradas.

Tenía a Inferno pegado al culo, llevaba una ligera ventaja que había logrado en la curva anterior, en la que había conseguido adelantarlo, pero el muy hijo del sol naciente estaba pisando a fondo y no me daba tregua.

Una gota de sudor resbaló hacia mi ojo, haciendo que me escociera y activando mis recuerdos al instante.

Llevaba dos semanas sin ver a Xánder, intentando librarme de las pesadillas nocturnas que me asediaban y que hacían que me levantara encharcada en sudor cada noche.

Una de las primeras cosas que hice tras la fiesta, además de intentar recuperar mi vida, fue ir al seguro para hacerme una analítica completa de enfermedades de transmisión sexual.

Suspiré aliviada ante los resultados al comprobar que estaba completamente sana y que no me había pegado nada raro.

El domingo fui a la farmacia a comprar otra píldora del día después. La

farmacéutica me miraba con cara rara, debía de pensar que era una descerebrada por ir comprando las pastillas sin ton ni son, pero es que todavía no había podido arrancar con las anticonceptivas hasta que no me bajara el periodo y no iba a arriesgarme a quedarme embarazada de él.

El dolor había remitido, pero seguía muy latente. Intentaba no pensar, pero las noches no me lo ponían fácil, llenándome de desasosiego.

Mis padres me preguntaron por Xánder y les dije que se había marchado fuera por negocios. Me sabía mal engañarles, pero tampoco podía contarles la verdad. Más adelante les diría que la cosa se había enfriado y así sería más sencillo.

Damián seguía esperando en la cárcel. En la última visita le llevé buenas noticias: el hombre al que había atropellado ya había subido a planta, estaba delicado, seguía en coma, pero evolucionaba favorablemente. Era una de las pocas noticias que nos llenaban de esperanza, porque, si despertaba, todo daría un giro y, seguramente, le soltarían en breve debido a su conducta ejemplar. Pero primero debía despertar.

Me contó que había estado viendo a mi amiga en la tele, lo dijo con cierto resquemor al hablar de las cosas que estaba haciendo Vane para sobresalir. Estaba haciendo un concurso de escándalo, el *edredoning* estaba garantizado prácticamente cada noche, Borjita se estaba poniendo fino con la que ya habían apodado «la Terremoto de Cornellà», convirtiéndose en la comidilla de toda la casa.

No había semana que no estuviera nominada. Su carácter arrollador la hacía estar en el punto de mira continuamente, pero, por suerte, contaba con una aliada dentro de la casa. Había hecho migas con una chica de Jaén, Esmeralda, que pese a ser una pija inaguantable y haber comenzado con mal pie con «la Vane», se había dado cuenta del gran corazón que tenía mi amiga, convirtiéndose en su protectora y aliada.

El principal motivo de su animadversión hacia Vane fue su manía de soltar chascarrillos a diestro y siniestro. Decía que eso la ponía de los nervios, aunque, en algunas tomas de la cámara, podía advertirse cómo sonreía mientras ponía los ojos en blanco.

Damián reconoció que ver sus conversaciones era una de las pocas cosas que le hacían sonreír allí dentro, y debo reconocer que a mí también.

Una luz me impactó de lleno en los ojos, provocando que diera un volantazo. ¡Mierda! ¿Qué había sido eso? Inferno aprovechó la ocasión para tomar la delantera, perdí la ventaja y tuve que aguantar que él cruzara el primero la línea de meta.

Aporreé el volante llena de rabia y frustración.

¡Joder! ¡No podía perder una! Escorpión me penalizaría por ello.

—¡Me cago en la puta! —bociné saliendo del coche echa un basilisco. Los hombres de Escorpión me miraban enfadados. Me saqué el casco y se lo lancé a Leo de malas formas antes de que me dijera nada. El cabreo que llevaba era monumental.

—¡Eh, tú, Queen! ¿Dónde te crees que vas? —gritó Diente de Oro siguiéndome.

—¡Déjame en paz! ¿Quieres? —respondí alterada—. He perdido por vuestra culpa, algo me ha deslumbrado en la curva. ¡Debíais estar vigilando! ¡Seguro que ha sido algún gracioso con su linterna, podría haberme matado si no llego a dar el volantazo que me ha hecho perder! —exclamé señalando al grupo que había en un lado de la llegada, jugando con punteros láser y linternas mientras bebían cerveza.

—¡Me importa una mierda si alguien te ha enfocado en los ojos! —dijo agarrándome del brazo y haciéndome frenar—. Has perdido y eso tiene consecuencias, ya lo sabes.

—Sí, ya lo sé —escupí—. Dile a Escorpión que me autopenalizo con dos carreras más a cuenta de la casa.

—De eso nada, rubia, la cosa no funciona así. Yo también he perdido mi dinero apostando por ti. —Tiró de mí para envolverme en su cuerpo—. Tú y

yo tenemos algo pendiente y me lo pienso cobrar en especie. —Me sacudí intentando desembarazarme de él—. Por cierto, dile al matón de tu novio que si lo veo le voy a dejar la cara como un mapa, aquella noche me pilló bebido, pero no habrá una segunda vez. Voy a mandarle un mensaje que le va a llegar alto y claro, porque pienso follarte y hacerte un regalito para que luego se lo cuenten.

Forcejeé con él, no pensaba dejar que me pusiera una mano encima.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó una voz—. ¿Estás bien, Queen? —Diente de Oro miro a Inferno que se había acercado a nosotros como un ángel vengador enfundado en su mono de cuero.

—¡Lárgate! —esputó Diente de Oro—. Esto no va contigo.

El japonés lo miró con frialdad.

—Yo decidiré si va o no conmigo. ¿Cuál es el problema?

—¡No hay problema! Queen me debe una mamada y se la voy a cobrar esta noche. Así que déjanos en paz, no me van los mirones.

—¡Que te crees tú eso! No te la chuparía ni en el mismísimo infierno. Si me la acercas a la boca, te la arranco de un mordisco —respondí intentando buscar un buen ángulo para patearle las pelotas. Pero no hizo falta, Inferno intervino, le presionó un punto del cuello que hizo que Diente de Oro se desplomara sin poder hacer nada al respecto. Le miré alucinada mientras él se cruzaba de brazos en una postura soberbia. —¿Cómo has hecho eso? ¿Acaso eres un puto Ninja? —Sus dientes relucieron.

—Digamos que las artes marciales se me dan bien. Hay unos puntos vitales muy interesantes que, sin ejercer excesiva violencia, puedes dejar a tu contrincante fuera de combate.

—Dios, eso suena más interesante que patear pelotas. ¿Qué tal si me los enseñas? —Arqueó una ceja.

—¿Estarías dispuesta a que lo hiciera?

—¿Estás de broma? Esto puede serme muy útil. Las mujeres siempre corremos el peligro de encontrarnos con gilipollas como este que se creen que, por no tener pito, pueden hacer con nosotras lo que quieran. A veces es complicado sacárselos de encima, pero con tu técnica resulta mucho más sencillo —argumenté admirativamente.

—Cierto, en muchas cosas las mujeres lo tenéis más jodido. Acepto ser tu maestro con una condición.

—¿Cuál? —pregunté curiosa.

—Que seas mi compañera en The Challenge. —aseveró dejándome fuera de combate.

—¿Cómo? —pregunté sin comprender.

—Este año el reto es mucho más duro y exigente. Por ello, han pedido que los coches sean pilotados por dos personas, por si pasara cualquier cosa durante la carrera, y yo quiero que tú seas esa persona. —Contuve la respiración por un momento. Me halagaba sobremanera que un conductor tan bueno como él quisiera que yo condujera a su lado—. He hablado con mi jefe y está dispuesto a sufragar todos los gastos. Es un hombre muy generoso y te pagará mucho más que el idiota para el que corres.

—Me siento muy halagada —respondí—, pero no puedo aceptar.

—¿Por? —preguntó contrito, frunciendo el entrecejo.

—Le debo pasta a Escorpión y curro en la empresa familiar. Que yo sepa The Challenge implica viajar fuera de España, ¿no es así? —asintió.

—Cierto. Este año, para correr menos riesgos, las carreras son a nivel mundial. Cada carrera se desarrolla en un país distinto. La primera es Tokio, aunque todavía no sabemos el lugar. Serán unos meses cruzando el mundo, conduciendo los mejores coches de carreras. —Los ojos me brillaron: automóviles, velocidad y viajes, ¿podía haber algo mejor?

—Lo siento —me excusé—, no puedo aceptar.



Buscó mi mano y nos alejamos, dejando a Diente de Oro en el suelo.

—Escúchame —murmuró mirando a nuestro alrededor como si intentara cerciorarse de que nadie nos escuchaba—. Sé más de ti de lo que piensas. —Aquello me puso alerta—. Sé que tienes una deuda importante que saldar por culpa de tu hermano, escuché a los hombres de Escorpión hablar de ello en la última carrera. —Resoplé por las pocas luces que habían demostrado al hablar de mi problema delante de terceros.

—Son unos incompetentes —me quejé.

—Pero hay más. —Le escuché con atención—. Sé que hoy has perdido porque te deslumbraron y no fue por tu culpa. La carrera estaba amañada, cuando dejaba el casco escuché a ese imbécil que está en el suelo hablar con los otros dos. Al parecer, le pagaron a un chaval para que te enfocara con una luz y perdieras, de ese modo se garantizaban que siguieras corriendo para ellos y aumentar tu deuda.

—¡Hijos de Puta! —exclamé—. Se van a enterar.

Intenté poner rumbo hacia los hombres, pero Inferno me lo impidió.

—Serénate, no vas a poder demostrarlo. Esos tíos son peligrosos y te tienen cogida por las pelotas, o por los ovarios, como prefieras. Mi jefe no es así, me ha dado carta blanca para que te ofrezca lo que crea justo y corras junto a mí. Soy su chico de confianza, así que, lo que yo diga, va a misa. —Sonreí, se me hacía raro ver hablar tan bien a un oriental en castellano y usando frases hechas.

—¿Puedo saber por qué te ríes ahora? ¿He dicho algo gracioso sin darme cuenta?

—No, disculpa, es solo que hablas muy bien mi lengua. Es sorprendente. —Él me miró con intensidad.

—Eso es porque mi madre es española, pero eso no es lo único que hago bien con la lengua. —Inconscientemente me aparté, y él abrió mucho los ojos.

—Disculpa, no pretendía incomodarte. Mi comentario ha estado fuera de lugar.

—Tranquilo, no es culpa tuya. En otra ocasión, seguramente, te habría seguido el juego, pero ahora no estoy pasando por mi mejor momento. —Pensé en el beso que habíamos compartido en la última carrera. La verdad era que Inferno siempre había sido muy respetuoso y parecía ser un hombre del que podías fiarte. Aunque ahora estaba en un momento en que desconfiaba hasta de mi sombra, mi radar parecía bastante estropeado desde lo del griego.

—Escucha mi propuesta y después decides —asentí, regresando a la conversación—. Mi jefe y yo vamos a comprar tu deuda, pagaremos lo que Escorpión exija y, a cambio, tú correrás conmigo en el The Challenge de este año. Sabemos que eres una apuesta segura, por eso estamos dispuestos a pagar. Tú saldás tu deuda y, a cambio, te vienes de viaje conmigo por el mundo para ganar mucha pasta en pocos meses. Creo que no es una mala oferta. Te sacas a los hombres de Escorpión de encima, viajas con los gastos pagados, hoteles caros, buenos restaurantes, coches de escándalo... —Agitó las cejas—. Y una compañía de lujo. —Volví a sonreír—. Tal vez sea lo que necesitas para superar tu mal momento. Por lo de tu curro, si es una empresa familiar, seguro que pueden echarte una mano. —Parecía tener soluciones para todo—. ¿O me equivoco? Solo dime que lo pensarás.

Suspiré, planteándome seriamente lo que Inferno me sugería.

Sabía que, en parte, tenía razón. Por el taxi no tenía que preocuparme, éramos cuatro, así que mis hermanos podrían arreglárselas unos meses sin mí. Con tres personas era más que suficiente e, incluso, ganarían más.

Era yo la que me estaba poniendo excusas, pero ¿cuál era el motivo? ¿Qué me retenía?

No tenía clientes para el servicio de limusinas, no lograba sacarme a Xánder de la cabeza y debía remontar, algo que, con los hombres de Escorpión poniéndome la zancadilla, no iba a ser fácil. Así que no tenía mucho que perder, pero sí mucho que ganar. Tal vez, si me llenaba la cabeza de cosas nuevas, las viejas caerían en el olvido.

Fijé la mirada en la suya que estaba llena de determinación y esperanza. Esperaba no equivocarme con la decisión que acababa de tomar.

—No tengo nada que pensar. —Su mirada se apagó al creer que iba a negarme—. ¡Acepto! —respondí con firmeza.

Fue en aquel instante cuando comprobé que nunca el negro me había resultado más brillante que en el fondo de sus ojos. Inferno me envolvió en un abrazo arrollador para dar vueltas junto a mí.

—No te vas a arrepentir, pequeña Queen. Vamos a ser indestructibles y voy a enseñarte un mundo que jamás habrías creído posible. Haz las maletas porque salimos en una semana. Hemos de entrenar juntos, conduciremos como si fuéramos uno y eso no va a ser sencillo. Los mejores corredores y los coches más alucinantes que hayas imaginado estarán en esas carreras, hay muchísimos millones en juego y poco espacio para el error.

Una emoción intensa reverberó en mi estómago.

—Vamos a hacerlo genial. Somos los mejores conductores y se lo demostraremos.

—Esa es la actitud. Prepárate para ser la Reina de Inferno, porque así va a llamarse nuestro equipo *Queen of Inferno* y vamos a ser invencibles.

Me fundí en su abrazo, enterrando la cara en su cuello, dispuesta a impregnarme de toda aquella energía y confianza que me había sido arrebatada.

Estaba dispuesta a renacer de mis cenizas y nada lo iba a impedir. Pensaba aferrarme a la vida como nunca, lucharía con uñas y dientes para remontar, ningún recuerdo del pasado iba a quebrar mis ganas de recuperarme y regresar con más fuerza que nunca.

«*Lo que no te mata, te hace más fuerte*», era una frase que siempre había usado mi padre. Si él había podido enfrentarse a vivir en una silla de ruedas, yo iba a poder enfrentarme a una relación truncada con un capullo. Y estaba

convencida de que Inferno me iba a ayudar a superarlo.

Abracé mis nuevas esperanzas sin querer desprenderme de ellas, nunca más iba a dejarme amedrentar por un hombre como lo había hecho.

La reina iba a renacer junto a Inferno.

*Continuará...*



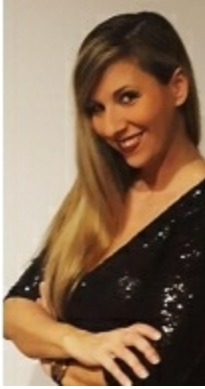
**Tu opinión me importa**

Si te ha gustado la novela me gustaría pedirte que escribieras una breve reseña en la librería online donde la hayas adquirido. No te llevará más de dos minutos y así ayudarás a otros lectores potenciales a saber qué pueden esperar de ella.

¡Muchas gracias de todo corazón!

Rose Gate

**La Autora**



Rose Gate es el pseudónimo tras el cual se encuentra Rosa Gallardo Tenas.

Nacida en Barcelona en Noviembre de 1978, nació bajo el signo de escorpio el más apasionado de todo el horóscopo.

A los catorce años descubrió la novela romántica gracias a una amiga de clase. Ojos verdes, de Karen Robards y Shanna, de Kathleen Woodiwiss fueron las dos primeras novelas que leyó, convirtiéndola en una devoradora compulsiva de este género.

Rose Gate decidió estudiar turismo para viajar y un día escribir sobre todo aquello que veía, pero finalmente dejó aparcada su gran vocación.

Ahora, a sus 38 años, dirige un centro deportivo, casada, con dos hijos y muchos libros devorados, ha decidido poner de nuevo la escritura animada por su familia y amigos.

Su primera obra ha sido una tetralogía:

Trece fantasías vol. 1 (octubre 2017)

Trece fantasías vol. 2 (octubre 2017)

Trece maneras de conquistar (noviembre 2017)

La conquista de Laura (diciembre 2017)

Después esta biología:

Devórame (enero 2018)

Ran (febrero 2018)

Yo soy Libélula Azul (marzo 2018)

Breogán Amando una Libélula (abril 2018)

Ojos de Dragón (mayo 2018)

El Karma del Highlander (julio 2018)

Koi, entre el amor y el honor (septiembre 2018)

La Magia del Karma (enero 2019)

Lo que pasa en Elixyr, se queda en Elixyr (marzo 2019)

Si quieres conocer las demás novelas de la autora, así como sus nuevas obras, no dejes de seguirla en las principales redes sociales. Está deseando leer tus comentarios.

<https://www.facebook.com/ROSEGATEBOOKS>

<https://www.instagram.com/rosegatebooks>

**¿Dónde puedo comprar los libros?**

Todos los libros están a la venta en Amazon, tanto en papel como en digital.

¡Feliz lectura y hasta la próxima!

LOS LIBROS DE LA AUTORA:

**SERIE STEEL**

TETRALOGÍA TRECE FANTASÍAS

SINOPSIS:

La serie que pondrá a prueba si eres capaz de abrir tu mente hacia el sexo.

Laura es una chica con muchas dudas e inseguridades, su físico y su pasado la condicionan en el momento de relacionarse con el sexo opuesto.

En un viaje a su Noruega natal, Laura se introduce en el mundo de la literatura erótica a través de una página de internet que le recomienda su abuela.

De regreso a España sus amigas de chat la incitan a liberarse y que realice todas sus fantasías con un hombre que ha conocido una noche, a través de la pantalla del ordenador y del cual no sabe nada.

¿Será Laura, alias "Gatita mimosa", capaz de acudir a la cita con "Devil69" para que haga realidad sus deseos más oscuros?

Marco nunca ha tenido problemas con el sexo opuesto, guapo, de buena familia y con un negocio que va viento en popa sólo tiene algo que se le resiste, el amor. Marcado por un pasado lleno de traiciones, Marco no confía en las mujeres y no busca una relación seria para que le partan de nuevo el corazón. Alentado por un amigo y compañero de trabajo, queda con una chica a través de un chat de novela erótica, según él, es muy sencillo tener un buen polvo de una noche con esas mujeres tan necesitadas.



Sin demasiado entusiasmo Marco acude a la cita, pero ¿está realmente preparado para encontrar a la única mujer capaz de poner su mundo patas arriba?

¿Aceptaré Marco ser el hombre que realice las fantasías sexuales de Laura?

¿Aceptaré Laura su nuevo yo y que sea Marco el que lo descubra?

¿Serán capaces de separar el amor del sexo? No puedes perderte la primera parte de la trepidante, romántica y erótica historia de Marco y Laura.



## BILOGÍA DEVÓRAME Y RAN

### SINOPSIS:

Su alma no estaba preparada para amar, el sexo y la oscuridad dominaban su vida llena de dinero, poder y desenfreno.

Giovanni Dante es gerente del Masquerade, un selecto club de sexo, además de poseer casi un imperio de la hostelería.

Huérfano al fallecer sus padres en su adolescencia, heredó la empresa de

la familia y fue adoptado por la familia de su mejor amigo cuando más lo necesitaba.

Ilke es una joven llena de vitalidad, guapa y sexy a morir, disfruta de su libertad al máximo sin apenas preocupaciones, solo una: ganar el dinero suficiente para cumplir su sueño.

Ilke desea, sobre todas las cosas, convertirse en una gran diseñadora y estudiar en París, para ello aceptará un trabajo un tanto peculiar, donde le ofrecerán ganar mucho dinero para ahorrar la cantidad que necesita. Un trabajo en un lugar oculto ante el mundo y solo abierto para el goce de algunos.

Con lo que no contaba Ilke, era con conocer a Giovanni y la vorágine de sentimientos que este despertará en ella.

Su atractivo animal, su exotismo y la corriente sexual que hay entre los dos, les llevará a un tira y afloja de voluntades, avocándolos hacia un viaje sin retorno.

Si te gustó Trece Fantasías, prepárate para la historia más irreverente y excitante: la de Ilke y Giovanni.



BILOGÍA YO SOY LIBÉLULA AZUL Y BREOGÁN AMANDO A UNA

## LIBÉLULA

### SINOPSIS:

A los que me juzgan les diré que no saben nada de mí, las personas siempre se rigen por lo que creen pero no se paran a analizar lo que realmente sucede.

A ti, que me estás juzgando, te pregunto,

¿Qué harías si el sexo en tu matrimonio no funcionara durante nueve años?

¿Qué harías si tu marido fuera un eyaculador precoz y se negara a reconocerlo?

¿Qué harías si jamás hubieras tenido un orgasmo?

¿Qué harías si tu marido te hiciera sentir que eres un cero a la izquierda?

¿Qué harías si apareciera un hombre que hiciera sentirte viva?

¿Qué harías si encontraras un nuevo mundo que agitara tu corazón y te llena de deseo?

¿Qué harías si la pasión te envolviera llenando de luz la oscuridad?

No me juzgues todavía.

Yo soy Libélula azul, y esta es mi historia.



## OJOS DE DRAGÓN

### SINOPSIS:

Cuenta la leyenda que las almas humanas están conectadas por un hilo rojo que los dioses atan al dedo meñique.

Esas almas están predestinadas a encontrarse sin importar el lugar, el tiempo, o la circunstancia.

El hilo puede enredarse, liarse, o tensarse hasta tal punto, que puede parecer que quiera romperse. Pero eso jamás ocurre, el hilo rojo que une a dos almas humanas predestinadas a encontrarse es indestructible.

Hikaru es el heredero de una de las principales Yakuza de Japón y siente que su hilo se ha roto.

Su amada lleva cuatro años casada con otro y él fue obligado a casarse

con una cría durante la celebración de su compromiso con Ilke, su prometida.

Una irresponsable que le mintió, le engañó intercambiando el disfraz con la que iba a ser su mujer, para terminar perdiendo la virginidad con él y que toda la familia les sorprendiera al día siguiente.

Akiko se ve envuelta en un matrimonio sin amor, su marido ama a otra, aunque se ha casado con ella por honor. La desprecia y la ignora como si se tratara de un fantasma en su propia casa.

Ella tiene un sueño, convertirse en modelo, así que pone tierra de por medio para luchar por lo único que le queda: sus metas.

Cuatro años más tarde Akiko está en la cima de su carrera y su corazón vuelve a latir gracias a Misha. Él le pide matrimonio

y Akiko acepta. Sólo hay un ligero inconveniente ella sigue casada con Hikaru y Misha no lo sabe.

¿Qué almas unirá ese misterioso hilo rojo?



## KOI, ENTRE EL AMOR Y EL HONOR

### SINOPSIS:

Cuando el honor pasa de ser una simple palabra, a regir tu vida, no porque tú lo decidas, sino porque naciste con el deber de que así fuera, el amor se relega a un segundo término, perdiendo su poder, volviendo su fuerza gris y opaca, como una piedra olvidada en medio del camino.

Sin embargo, solo hace falta una mirada para devolverle el color, que lata de nuevo e inunde tu vida, arrasando con todo lo que habías conocido hasta el momento.

Eso me sucedió a mí cuando le conocí, aquellos ojos café se convirtieron en la piedra angular que me hizo nadar a contracorriente, igual que una carpa Koi, soñando con alcanzarlo algún día.

Me llamo Kenji Watanabe, soy el futuro kumichō de la Yakuza más importante de todo Japón y me he enamorado de quién no debía.

Dos hermanos, dos parejas, dos amores imposibles que ponen en entredicho los valores de una cultura.

Déjate sorprender por Koi, entre el amor y el honor



## **SERIE KARMA**

### **EL KARMA DEL HIGHLANDER**

#### **SINOPSIS:**

Sarah Alcántara es una arpía consumada. Dueña de una de las principales editoriales de Romántica del país tiene un lema:

*“Si no tienes vagina, ni te pases por mi oficina”.*

A sus treinta y dos años no tiene pareja. Los hombres en su vida nada más tienen un cometido, darle placer una sola vez, después los expulsa de su vida. No los quiere cerca y por ello, solo trabaja con mujeres, sus autoras son del sexo femenino exclusivamente.

El premio W Romantic Ediciones se acerca, quedan cinco días y no tiene manuscrito ganador. Sus chicas o su aquelarre de brujas, como ella las llama, le insisten en que lea un manuscrito que ha caído en su poder, fuera de plazo y del cual todas están enamoradas.

Sarah jamás ha leído una historia que le haya hecho sentir tantas emociones. Aquel libro que narra la historia de un Highlander atormentado, cala hondo en ella. A partir de ese momento Kenan MacKenzie aparece en sus sueños para llenar de lujuria sus noches y hacer flaquear los cimientos de su perfecta existencia.

En la entrega de premios ocurre un suceso inesperado, algo que cambiará el rumbo de los acontecimientos, que marcará un antes y un después en la calculada vida de la Sarah Alcántara.

Si te gustan las historias de escoceses, los saltos en el tiempo, crees en la magia y disfrutas con el erotismo, no puedes perderte el Karma del Highlander, una historia que te sorprenderá.





## LA MAGIA DEL KARMA

SINOPSIS:

Cuenta la leyenda, que el Laird del Clan de los MacLeod conoció a una hermosa hada, de la cual se enamoró por completo.

Entre ellos surgió un amor de los que solo se vive una vez. Para su desgracia tenía fecha de caducidad: un año y un día. Ese fue el plazo que les dio el rey de las hadas, después jamás volverían a estar juntos.

Llegado el día, el Hada le entregó al Laird dos regalos muy preciados: su hijo y la Fairy Flag, una bandera mágica que los protegería, que solo podrían usar tres veces.

Didi O'Shea es una mujer un tanto peculiar. Según su abuela, ellas descienden de la mismísima diosa Dana, y su futuro es seguir con la tradición familiar y convertirse en una Bruja moderna, algo de lo que ella no está muy convencida.

Su vida es bastante sencilla y apacible, dueña de una floristería solo tiene un inconveniente con nombre propio: Cédric MacLeod.

Cédric es el último descendiente del poderoso Clan MacLeod. Guapo, despreocupado, y con una empresa de eventos en plena expansión, solo una cosa que se le resiste, más bien una pelirroja con cara de hada llamada Didi O'Shea.

La atracción entre ellos es innegable, sin embargo los malos entendidos y sus fuertes personalidades hacen que estar juntos, sea una misión casi imposible.

¿Será que la magia del Karma vuelve a hacer de las suyas?

¿O será el destino quién condena sus almas a no entenderse?

Si te gustó el Karma del Highlander no puedes perderte esta novela llena de amor, humor y mucha magia



LO QUE PASA EN ELIXYR, SE QUEDA EN ELIXYR

SINOPSIS:

“Donde tengas la olla no metas la polla”.

Ese dicho tendría que haberlo conocido yo antes que a mi exmarido, tal vez así las cosas me habrían ido mejor.

Disculpad, me presento, me llamo Yanet, treinta y cinco años, aliviadamente divorciada, con una hija adolescente que vive con su padre en mi país, Cuba.

¿Que dónde vivo yo?

Pues a más de siete mil kilómetros, al otro lado del Atlántico; en Barcelona, hasta aquí tuve que venir cuando el cabrón de mi ex me vetó en la Habana y no me quedó más remedio que emigrar para subsistir.

Si algo tengo claro en esta vida es que nunca más voy a acostarme con mi jefe y, mucho menos, casarme con él.

Llevo dos años en Barcelona y, pese a mis estudios, aquí solo soy una inmigrante sin papeles más. Trabajo en uno de los gimnasios más lujosos de la ciudad, de especialista en productos químicos, es decir: limpiadora, y los fines de semana, agitando las caderas en el Blue Habana.

Estoy a punto de conseguir el permiso de residencia y eso hará que por fin mi vida de un giro de ciento ochenta grados. Bueno, más que el ser legal, lo que va a hacer que dé el giro es la conversación que escuché tras una puerta en una circunstancia de lo menos adecuada.

Doris, con quien comparto piso, me ha convencido para que haga algo un tanto ilícito que me va a permitir dar un empujón a mi economía.

Siguiendo uno de sus consejos fue cómo conocí a Pitón Salvaje.

¿Que quién es Pitón Salvaje?

Un morenazo que quita el sentido, del cual no quiero saber el nombre y al que no puedo dejar de fo....

Uy, perdón. Ya estoy contando demasiado. Si queréis conocer mi historia, será mejor que nos conozcamos un poco más. Solo os puedo decir una cosa:

Lo que pasa en Elixyr, se queda en Elixyr.



---

[1] Trempera: palabra adaptada incorrectamente del catalán, usada en Barcelona, para designar que el hombre está empalmado.

[2] Bilbo: Nomenclátor oficial para Bilbao en euskera (Fuente: Euskaltzaindia. Real Academia de la Lengua Vasca).

[3] Érastes (Erastés): era generalmente un ciudadano influyente de la clase alta, comprometido en la vida social y política de su polis, que gozaba de cierta fortuna.

[4] Traducción de la canción *Ain't no Mountain High Enough* escrita por Ashford & Simpson en 1966. La composición tuvo un gran éxito como single en 1967, grabado por Marvin Gaye y Tammi Terrell para Tamla. Se convirtió en un hit por segunda vez en 1970 gracias a Diana Ross, que la llevó al número 1 de la lista Billboard Hot 100, siendo nominada para un premio Grammy. (Fuente Wikipedia).

[5] Flogger: Látigo usado en el BdsM conformado por varias tiras de cuero, para dar placer, haciéndolo impactar sobre el cuerpo.